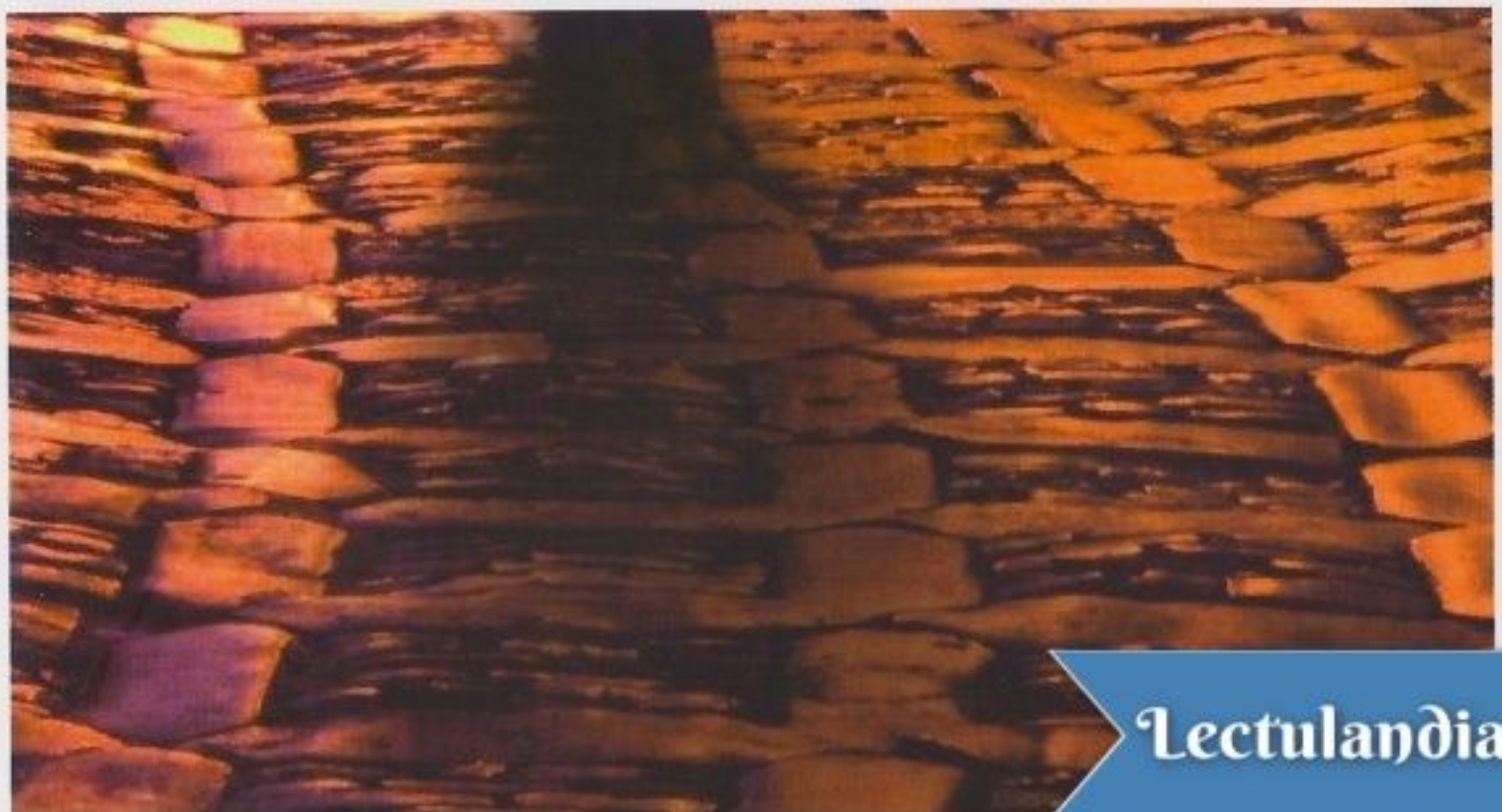


Luis Mateo Díez
El animal piadoso



Lectulandia

¿Era o no Elicio Cedal culpable o al menos sospechoso del atroz asesinato de un matrimonio cometido catorce años atrás? Esa pregunta quedó sin respuesta para el Comisario Samuel Mol, porque no supo, no pudo o no quiso resolver aquel caso. El casual encuentro del Comisario, ya jubilado, con el anciano Elicio sacudirá unos presentimientos que tienen que ver más con el pasado que con el futuro, más con la inocencia de los fantasmas que con la culpabilidad de los vivos.

Luis Mateo Díez nos envuelve en una trama hipnótica y desgarradora, sostenida con una prosa impecable y reflexiva y poblada de personajes inolvidables. *El animal piadoso* trasciende los límites de una historia criminal, en la que la atmósfera es el elemento más poderoso, para conducirnos al centro mismo de alguna de las contradicciones del hombre contemporáneo. Como las que llevan a Samuel Mol a vagar por las calles de la ciudad en busca de respuestas a un caso en el que la suspicacia, más que despertar certezas, contamina incertidumbres. Pero será sobre todo el reconocimiento de lo que en la vida del Comisario supuso la piedad y un inquietante juego de culpas y exculpaciones que trastorna su conciencia, lo que va surgiendo entre el sabor de cada trago de anís y en las conversaciones con los muertos y los vivos. Mol padece los espasmos morales que provienen del pasado que le persigue, y en las vicisitudes de su camino, cuando todo se vuelca sobre su corazón y sus espaldas, resultará difícil que el animal herido encuentre, al fin, la piedad de sí mismo.

Lectulandia

Luis Mateo Díez

El animal piadoso

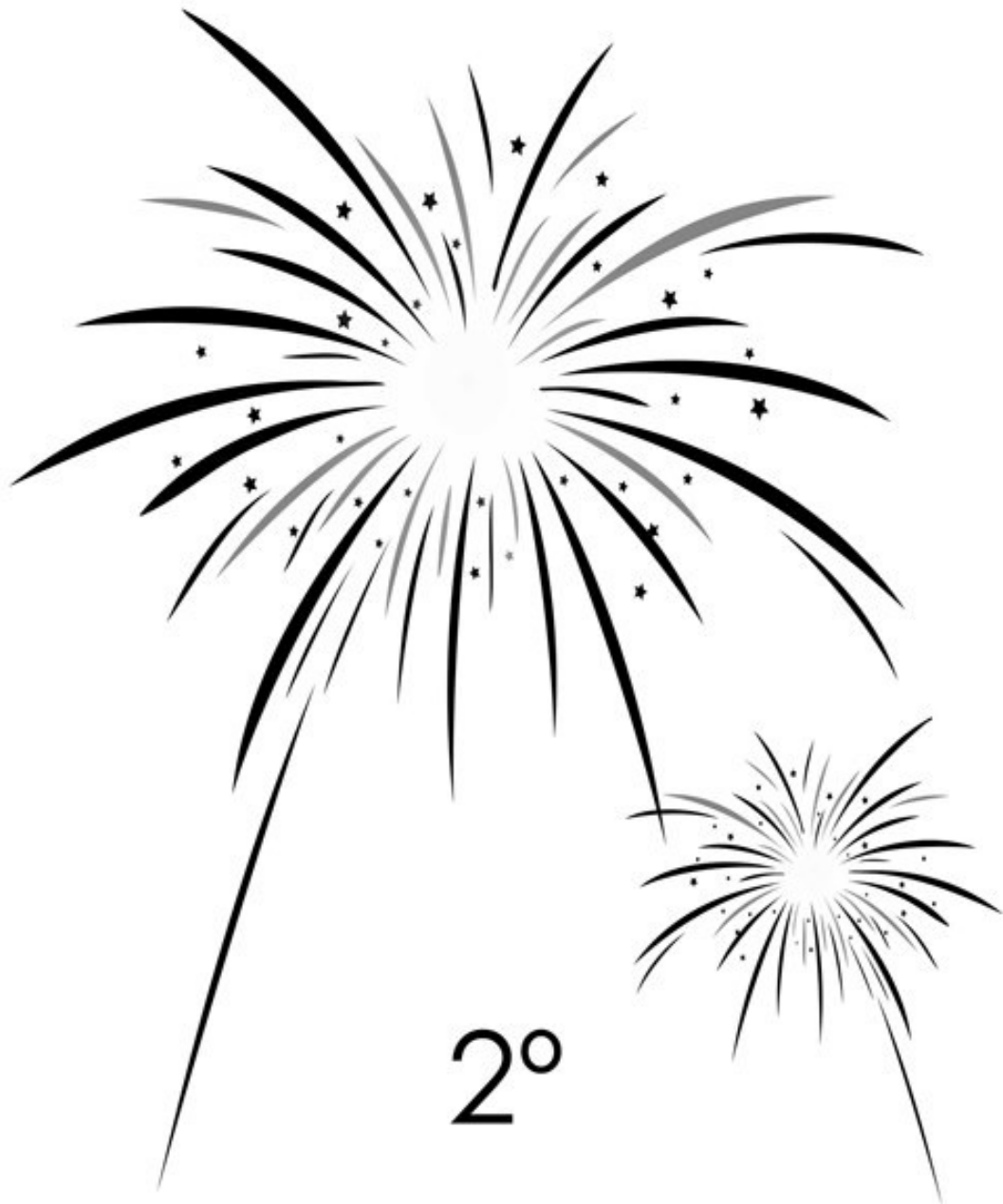
ePub r1.0

Titivillus 23.04.15

Título original: *El animal piadoso*
Luis Mateo Díez, 2009

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com



2º

Aniversario
Edición conmemorativa



I

El saco

1

Samuel Mol vio a Elicio Cedal sentado a los pies de la cama, en la Sala de la Enfermería del Asilo de las Hermanas Penitenciarias, la misma mañana en que acudió al funeral de la Hermana Oscila, que era la última superviviente y también la mayor de las monjas de Celama, fallecidas una tras otra en los últimos tres años, todas de la misma afección cardíaca.

Lo vio según cruzaba la Sala de la Enfermería, terminado el funeral y tras haber acompañado a su Despacho al Doctor Lombardo, que quería enseñarle las copias de los certificados de defunción de las monjas, emitidos por él y con la detallada casualidad de igual suspiro, que el Doctor enumeraba con cierta sorna y complacencia.

—Se me han muerto de lo mismo, puntualmente, en fila india, y cuando digo de igual suspiro me refiero al mismo asentimiento de sus muertes, con un ay sosegado y la sonrisa beatífica de quienes vislumbran la misma luz del más allá.

El Doctor insinuaba la sonrisa y se encogía de hombros abriendo las manos y separando los dedos, como si indicara que las vidas de las Hermanas se le habían ido entre ellos, sin apenas percatarse.

—Como usted también es de Celama, a lo mejor aprecia en la casualidad de sus muertes algún otro sentido. ¿Es que se les resiente el corazón de tal manera a quienes se fueron del Territorio y jamás volvieron...? Ninguna de las Hermanas volvió, lo he comprobado. Dejaron Celama para marchar al noviciado y, al fin, después de muy variadas vicisitudes y destinos acabaron en el Asilo en sus últimos años por pura coincidencia. Las Penitenciarias son monjas de mucha brega, enferman pero no se jubilan. Ya ve usted lo que la Hermana Oscila llevaba a sus espaldas y sin rechistar: los ancianos más impedidos, los más enfermos, las cuentas, la lavandería, la administración...

—Yo tampoco he vuelto... —dijo Samuel Mol— y el corazón me funciona sin ninguna alerta. Celama se pierde como cualquier otra tierra y, además, con el aliciente de que, al perderla, se figura uno con facilidad que no existe. Las Hermanas jamás me hablaron de Celama, aunque es cierto que la amistad que a ellas me unió provenía de ser de allí. Ellas lo sabían y yo lo fui descubriendo, pero sin que nadie mencionara el Territorio. Las conocí hace siete u ocho años, poco antes de dejar el Cuerpo, con motivo del caso del Embaucador, todavía no atendía usted el Asilo.

—El caso lo recuerdo... —dijo el Doctor Lombardo, que no disimulaba el gusto de hablar con Samuel Mol, por quien sentía la misma curiosidad que admiración—. Fue muy comentado en Armenia.

—El Embaucador comprometió a las Hermanas, estuvo en el Asilo, hizo algunos de sus cambalaches escudado en ellas, aunque logramos que no se vieran perjudicadas, y ni siquiera transcendiese esa circunstancia, pero lo pasaron mal, francamente mal. En la propia Orden hubo alguna incompreensión. En aquellos días

conocí a mis paisanas de Celama.

El Doctor Lombardo había retomado las copias de los certificados de defunción, que no parecían haber despertado especial interés en Samuel Mol, y reconocía la ocurrencia de mostrárselas para facilitar la ocasión de charlar un rato, observando al Comisario con la expectativa de que la charla se alargase.

—Bueno... —dijo, encogiéndose de hombros—. Los corazones se debilitan por causas tan variadas que, a veces, no hay una sola razón para justificar la dolencia. Me gustaba pensar en un contagio coronario derivado de la ausencia de Celama. El Territorio es muy literario, y las Hermanas parecían personajes de un cuento popular. Hadas Madrinas o Misioneras de la Misericordia. El Asilo, bien lo sabe usted, es un establecimiento ingrato, me refiero al trabajo y al cuidado, a lo que supone la miseria de la vejez y el abandono.

Samuel Mol ya se iba.

—Podía ser un caso precisamente de eso, de generosidad y misericordia... —dijo al levantarse—. Los corazones sintonizados en el mismo declive. Una muerte paralela, unas vidas repetidas. Un caso de beatitud y sacrificio.

—No estaría mal que también se investigaran esos asuntos ¿no le parece? No se trataría de encontrar culpables sino seres ejemplares rescatados de la soledad y el silencio.

—No les gustaría. La discreción, el silencio, el secreto, es la norma de esos comportamientos y trabajos. Usted lo sabe.

El Doctor Lombardo no hizo un gesto de despedida, lo hizo de requerimiento:

—Espero que podamos seguir hablando.

—¿No será usted también de Celama...? —inquirió entonces Samuel Mol, volviéndose.

—Del Castro Astur.

—Ése es un paraje más real. Los Valles tienen mayor consistencia que la Llanura. Puede estar bien seguro de que la Hermana Oscila jamás miró por la ventana con la esperanza de vislumbrar el Territorio. Su corazón no sufría el desgaste de la añoranza. A las Hermanas las fue matando la compasión, que es el sentimiento que llenaba sus vidas y del que sin duda abusaron...

Elicio Cedal vestía un pijama de una talla abusivamente mayor de la que le correspondía, lo que se compaginaba muy bien con el tamaño de los trajes que siempre usó. Tenía el pelo revuelto, las púas esparcidas de la barba acribillando el rostro macilento, y las manos reposadas en las rodillas.

Samuel Mol percibió el resorte de la alerta en el reconocimiento, una especie de incisión nerviosa, tan instantánea como incontrolada, que formaba parte de sus hábitos profesionales, cuando en la costumbre de las pesquisas la experiencia había asimilado cierta orientación en la observación y las percepciones.

No se detuvo.

La certeza de que se trataba de Elicio Cedal no suponía otra voluntad que la de corroborar el fortuito encuentro y, como poco, recordar el nombre y los rostros de algunos muertos antiguos que se relacionaban con él, concretamente los de Beda Covado y su esposo Melandro, un pobre desgraciado al que las segundas nupcias convirtieron, dos meses desde su celebración, en un cadáver desastroso y atónito.

2

A Samuel Mol apenas le quedaba en la Comisaría de Armenia, donde discurrieron sus últimos veinte años de servicio, un auténtico amigo, el Inspector Aníbal Lodaes, al que algunos percances laborales, el desarreglo familiar de su vida, y el carácter remilgado, además de la baja autoestima, le limitaban el horizonte profesional.

—Cuelgo el abrigo en la percha... —le decía a Mol, cariacontecido— y es algo más que la prenda. El ánimo, la entereza, la obligación. Con cualquier burocracia me entretengo, y si nadie llama de arriba, mejor que mejor. Cuando voy a descolgar el abrigo, no hay día que no me lo hayan cambiado de percha. El cuello se desgasta con el manoseo y el descuido...

—Siempre te dejaste ganar la partida... —comentaba Mol, que sabía que Aníbal Lodaes estaba predestinado a no levantar cabeza, entre otras razones porque no era capaz de hacerlo.

—Contigo de Comisario... —se excusaba— no podía pasarme de listo. La confianza no puede generar el abuso. Yo no soy, y tú bien lo sabes, de los que estrenan un abrigo cada temporada. La gabardina se me pasó de moda al año siguiente de comprarla, pero el abrigo es eterno, si el cuello aguanta los embates y en la tintorería son cuidadosos.

Samuel Mol salió del Asilo y durante un rato caminó sin rumbo bordeando la tapia que circundaba los patios y la huerta del antiguo edificio, como si la figura inmóvil de Elicio Cedal aprisionara la fijeza de su descubrimiento, sin otra revelación que su extrañeza y recuerdo, aunque en los pasos incontrolados también fluyese durante unos instantes la sensación de que aquel hombre no se hubiera ido a ningún sitio, incumpliendo lo que en su día prometió.

El Asilo podía ser el mejor refugio, el más cercano y seguro, el más imprevisible y ajeno.

Cuando tomó conciencia de sus pasos, después de detenerse un instante y recostar la espalda en los recocidos ladrillos que alzaban la tapia como un paredón recortado, pensó que Aníbal Lodaes podría servirle no ya para refrescar la memoria sino para aliviar el ánimo o, con más exactitud, para recomponer lo que en su espíritu se removía con el inusitado encuentro.

Lodares era el único amigo en la Comisaría, y en los últimos tiempos se veían poco, aunque Samuel Mol no había perdido ni un ápice de la paciencia con que volvía a escuchar lo que su amigo repetía con pocas variantes.

—Me la dejé ganar, no lo dudo. La partida y el pleito y también el cuarto a espadas en que se consumó mi matrimonio. Los hijos echados a perder y la úlcera trabajando a su aire. No es el alma la que sube a la superficie. Es el mal cuerpo lo que me queda de lo que llevo vivido. Cincuenta y siete años con las muescas de cada disgusto...

La mañana de Armenta tenía un relieve dorado.

El aire del otoño esparcía el fulgor de las hojas de los chopos en las riberas del Margo, un esplendor de partículas que se acumulaban sobre los edificios y hacia los horizontes, como si en las hojas reverberara el brillo de las pepitas de un río que en la antigüedad llevase en sus aguas el metal precioso.

Samuel Mol paseaba muchas mañanas siguiendo la costumbre de lo que había hecho en el decurso de sus años profesionales, aunque desde que abandonó el Cuerpo sus paseos no tenían el mismo cometido.

Las calles en las primeras horas, apenas iniciado el amanecer, despejaban su mirada y alimentaban el aliciente de su imaginación y de sus razonamientos, como si en la soledad de las mismas existiera un orden que se revelaba con el sosiego de un cierto contagio.

Siempre había sido un andarín empedernido, y en cualquier momento a lo largo de la jornada el afán de moverse reproducía la ansiedad de hacerlo, como si las piernas necesitaran aliviar la agitación, pero en los paseos matutinos era más habitual el sosiego y el pensamiento que incitaban sus argumentaciones, frecuentemente alrededor de una investigación o de cualquier asunto concomitante que necesitase ser evaluado.

—La luz viene al principio... —decía con frecuencia, en alguna de las reuniones de trabajo con sus subordinados, cuando en algún caso comenzaban a corroborarse las sospechas, y sin que ellos entendieran muy bien a lo que se refería—. La primera bombilla que se enciende o la farola que se apaga porque amanece.

—Has hecho de una manía una costumbre provechosa... —le decía su amigo el Profesor Eliseo Viñuela, cuando comentaban inclinaciones y gustos personales, siempre con la misma confianza y comprensión—. La claridad de las primeras horas y sus posibilidades reales y mentales. La calle de la que todavía nadie se apropió. Sin embargo, las pocas ideas que yo logro pillar son siempre nocturnas y, acaso por esa misma razón, oscuras. Soy un dormilón, no podría acompañarte...

La Comisaría de la Reserva estaba en la Plaza del mismo nombre, la primera que se proyectó en el Plan del Ensanche de Armenta, una plaza de esbelta geometría con el Monolito de las Cortes en el centro.

Hasta llegar al Monolito y hacer una pausa para terminar de cruzar la plaza y

dirigirse a la Comisaría, donde el policía de guardia avisaría al Inspector Lodaes, Samuel Mol alargó el paseo y recuperó el esfuerzo de sus mañanas profesionales, la memoria en la luz indecisa, lo que el pensamiento hubiera destilado en alguna de ellas, cuando Elicio Cedal podía ser un recóndito sospechoso en las muertes de Beda Covado y su esposo Melandro.

3

Desde la esquina de siempre, en el límite de la barra del Café Boreal, observó Mol la entrada de su amigo Aníbal Lodaes, y en los pasos del Inspector, antes de que su mano alcanzara la suya con el saludo desmayado y un temblor en los párpados, adivinó el incidente que amargaba su ánimo.

—Ahora los hijos le ganan la partida a la madre... —dijo Aníbal, haciendo un gesto con la mano para rechazar la consumición que todavía nadie le había ofrecido al otro lado de la barra, y con la misma determinación se palpaba el estómago—. La úlcera es el efecto, no el resultado. Me lleva sangrando hace dos días, y ellos son la causa. Ahora los hijos toman la delantera, la madre ya no necesita correr...

El temblor de los párpados presagiaba la inclemencia familiar, que en la contabilidad que Mol llevaba de su amigo, tras haber escuchado las infinitas confidencias que Aníbal engarzaba en cualquier momento y volvía a retomar sin previo aviso, indicaba la mayor preocupación. Todos los avatares familiares coincidían en los sucesivos fiascos que Aníbal asumía como las mayores derrotas que la vida le hubiera infligido.

—No me lo cuentes que ya lo sé... —le dijo Mol—. Da la misma angustia mirarte que oírte, pero no te desanimes más de lo debido, los hijos forman parte de casi todas las úlceras.

El temblor se diluyó y Aníbal se cruzó de brazos.

—Perdona, ya sabes que no tengo con quién hablar. Desde que dejaste el Cuerpo, además de separado soy huérfano. Hay días en que una palabra vale su peso en oro. Pagaría la mitad del sueldo por que me escucharan como tú lo hiciste.

—Todavía me debes esa liquidación.

Aníbal asentía desanimado.

—Dejaste un hueco. A tu despacho sigo sin entrar. Menos mal que el Comisario Oviedo decidió subir a la primera planta. El tuyo se usa de Archivo, hacía falta más espacio.

Samuel Mol había pedido un café solo y Aníbal reclamó un vaso de agua.

—¿A que no sabes de dónde vengo...?

—De uno de tus paseos, está buena la mañana. Esa manía puede mantenerte en

forma, era como la herramienta del trabajo. Yo haría lo mismo: andar, echarme a la calle, pero como alma en pena.

—Fui al Asilo, al funeral de una de mis paisanas de Celama, la Hermana Oscila, la última que quedaba.

—Me acuerdo de ella. Fue la que mayor disgusto se llevó cuando le echamos el guante al Embaucador. Un hombre tan rubio no puede ser tan malo, decía la buena mujer. Está teñido, le aseguró el Inspector Cadmo, y la pobre se deshacía en lágrimas. Uno de los dos ladrones, el Bueno o el Malo, era rubio, y Cristo al perdonarlo no reparó en que estuviese teñido.

Samuel bebía el café. Aníbal simulaba una sonrisa que parecía una mueca en el recuerdo de la monja muerta, que cuando detuvieron al Embaucador había ido más de una vez a interesarse por él a la Comisaría.

—Rubio teñido, es verdad... —dijo Mol—. Un frasquito de tintura en la Pensión Colominas. La pista más boba. De todas formas, la Hermana estaba alterada porque en la Capilla del Asilo había dos o tres imágenes con el pelo de ese color.

—También Devina es rubia... —musitó entonces Aníbal, que jugaba con el vaso de agua entre las manos—. Una hija así, que no tiene el pelo ni de su madre ni de su padre. Como si la hubieran suplantado en la familia. La hija que nos llegó por culpa de Ogino.

—Es una chica preciosa.

—Yo la padezco como padre, y me cuesta más apreciar la belleza, cuando lo que sobresale es la inquina. Ella y su hermano, ya te digo, le ganan la partida a la madre, últimamente van más lejos a la hora de repasarme las cuentas.

Mol volvió a percibir el temblor en el párpado de su amigo, fue una trepidación fugaz.

—¿Sabes quién estaba en la Enfermería del Asilo...?

—Cualquiera de los que la edad todavía no logró matar. Yo también estaré allí algún día.

—Elicio Cedal.

Aníbal asintió con la cabeza, como si el nombre se acomodara a la vicisitud de aquellos a los que no podría augurar mejor destino.

—El último día que lo vi salir de tu despacho, cuando ya estábamos convencidos de que aquel caso no tenía solución, al menos de modo razonable, supe que ése era el mejor establecimiento para él. Cedal no era un viejo prematuro, era un anciano al que la edad le había estallado como un petardo.

4

Desde el hallazgo de los cadáveres de Beda Covado y su esposo Melandro, en el piso

familiar de la calle Azumbre, hasta aquella ocasión en que Aníbal Lodares vio salir por última vez del despacho del Comisario Mol a Elicio Cedal, cuando la investigación avalaba el desánimo y el Juez Moreda juraba que ya no quería saber nada de nada, habían transcurrido veintidós meses.

—Un anciano con los hombros hundidos y la cabeza virada en igual hundimiento... —dijo Samuel Mol—. Todo lo que acumuló en aquellos meses lo fue metiendo en un saco que cargaba a la espalda. En aquella última ocasión, intenté por última vez que pusiera encima de la mesa lo que había dentro del saco.

—Ya no era el mejor camino, te lo aseguro... —indicó Lodares, que seguía haciendo bailar el vaso de agua en la mano—. El viejo recovecoso era un anciano vencido. Fueron muchos meses de dar vueltas y revueltas, se había mareado. Con Elicio ya no quedaba nada que hacer y en las investigaciones, hay que reconocerlo, no habíamos sacado nada en limpio. No apareció nadie más, ni la menor sospecha, una cara nueva.

Samuel Mol asintió con la complacencia de quien recuerda el orden previsible de lo sucedido, ese final inconcluso en que el trabajo no daba ningún fruto y que iba a diluirse desde el desánimo que también promocionaba una irremediable falta de interés.

El conducto de la inoperante investigación era sin remedio ese aparcamiento de un expediente archivado que no respondía con exactitud a lo que pudiera ser un caso cerrado, ya que no estaba resuelto, pero sí a la opción de una expectativa en la indolencia.

Algo podría suceder en algún momento, alguna vía que abriese lo que quedaba abandonado. La conciencia del fracaso solía paliarse en esas ocasiones con la certeza del cansancio, y muchas veces la idea del callejón sin salida era la mejor coartada para dejar de seguir dando vueltas, no convenía perderse en los carriles trillados, el convoy no llevaba a ningún sitio.

—Era un mal asunto... —dijo Aníbal—. De los peores que recuerdo. Y lo era porque tenía los elementos más espectaculares y perniciosos, como un caso de película. Un suceso así no sólo pone a la ciudad patas arriba, le interesa a toda la prensa del país. Parecía una novela.

—Eso duró un tiempo, lo que suena tanto es lo que más se olvida.

Aníbal hizo un gesto de escepticismo que parecía derivado del propio cansancio laboral en que se sumergieron aquellos meses a los que se estaban refiriendo, y que él parecía tener muy en cuenta.

—De suyo se olvidó así, sin previo aviso, cuando no aparecía la mínima novedad y todos estábamos hartos. Ahora, catorce años después, ya ves lo que queda: ese pobre desgraciado al que acabas de descubrir en el Asilo. Supongo que del nieto, que ya casi ni me acuerdo de cómo se llamaba, nada se sabe. Nada se necesita saber. Otro

pobre desgraciado.

—Galo.

—Pobre chaval. Le mataron a la madre, le mataron al padrastro, le echaron a perder la vida porque las circunstancias de todo aquello es imposible que las haya olvidado. Yo me quejo de lo que tengo en casa, pero ni punto de comparación. Los hijos corren, Samuel, me tengo que espabilar si no quiero que me coman la merienda.

—Crecen sin resignarse, no les interesa dejar de serlo... —dijo Mol sin mucha conciencia de sus palabras, como si se las arrastraran las de Aníbal.

—Es una religión, lo aseguraba tu amigo Vihuela en un artículo. La religión de los hijos, la fe exagerada que les tenemos. Un altar para profesarla. Y eso que los míos merecerían mejor la bicoca de la orfandad. Así me gustaría verlos: huérfanos. Y viuda a la madre.

Samuel Mol percibió el gesto sibilino de Aníbal, el regusto con que buceaba ahora en la inclemencia familiar, que habitualmente le resultaba tan pesadosa.

—La condición de huérfanos y viuda presupone tu viaje al otro barrio. Hace falta como tarjeta de crédito una esquila.

—No me importaría, te lo juro. La idea de no tener que aguantarlos es la misma que la de la inopia o el limbo. Un lugar sin paisaje ni descendencia. Nadie llama, nadie te requiere ni te recrimina.

En la barra del Café Boreal hubo un movimiento de clientes que parecían cambiar de turno. Las voces de los que llegaban resonaban en el eco de las de los que se iban.

—No sé si Elicio Cedal en vez de marcharse de Armenia tras aquellos meses se escondió en cualquier sitio, la pretensión era desaparecer...

—Te dijo que se iba.

—Fue una recomendación y hasta lo prometió.

—Nunca le contaste a nadie lo que llevaba en el saco, lo que puso encima de la mesa en aquella última ocasión.

5

De la Comisaría al número diecisiete de la calle Azumbre podía acercarse Samuel Mol, con el ritmo de su paso sosegado, en poco más de media hora.

Despidió a Lodares a la puerta del Café Boreal y cruzó la Plaza de la Reserva sin haber decidido mentalmente que ése era su rumbo, aunque la imagen de la calle determinaba una atracción menos inconsciente de lo que en seguida supo.

Catorce años atrás lo había hecho en menos de media hora, apresurando el paso cuando el Juez lo había requerido o en las repetidas ocasiones en que cualquier novedad suscitaba otra inspección, aunque el piso familiar en que habían aparecido los cadáveres de Beda Covado y su esposo Melandro había sido exhaustivamente

examinado en los primeros días.

—Esto es lo que tiene un asunto tan característico... —le dijo el Juez Moreda guiñando el ojo, cuando se encontraron en el piso dispuestos a compartir las primeras impresiones, y sin que el Juez intentara disimular la satisfacción de enfrentarse a un caso tan aparatoso—. El piso cerrado, casi nada. La llave echada. Aquí no se mueve ni una mosca. Hay que andar con pies de plomo, y no lo digo en sentido figurado.

Media hora larga yendo por las estribaciones del Barrio de Ciento, evitando las costanillas, asomando al Parque de Movilización sin entrar en él, para tomar la Avenida Concejo o sus adyacentes, lo que en la expansión del suroeste de Armenta iba conformando la ciudad nueva, el urbanismo de mayor aprecio y la demanda más cara en el mercado inmobiliario.

—Fíjese usted qué curiosidad... —decía el Juez, que había tomado del brazo al Comisario, con la vehemencia que desbordaba la contención, como si en las inmediatas actuaciones necesitase apurar el procedimiento—. Esto no sucede todos los días, aquí hay algo más que gato encerrado, y no considere livianas mis observaciones, no me tome el número cambiado, tengo más entusiasmo que veleidad, estoy asombrado...

No era ya, desde hacía mucho tiempo, un camino que Mol frecuentase. Su vivienda estaba en la parte Norte, por encima del Barrio de Ciento, al otro lado de lo que constituía la Ciudadela.

Los paseos matutinos que perpetuaban su costumbre viraban y se repetían por los alrededores de su entorno, también hacia las riberas del Margo, no sólo cuando hacía buen tiempo, también entre las nieblas invernales que el río supuraba como el humo helado de una hoguera de cristal.

A Mol no le importaba la humedad, y en la ruta ribereña le agradaba perderse con el mismo aliciente con que en otros momentos buscaba la soledad para congelar el ánimo, cuando se le juntaban excesivas reclamaciones en la conciencia y, como decía su amigo el Profesor Viñuela, el espíritu empezaba a corroerse, ya que el alma está hecha de un metal al que se adhieren con excesiva facilidad los remordimientos.

—No vayamos a fantasear... —remató aquella mañana el Juez Moreda, cuando el Comisario lo acompañó a la puerta del piso, casi sin poder disimular las prisas por quitárselo de encima—. El que vino y lo hizo, abrió y cerró, lo que implica que tenía llave. Ellos estaban dormidos. No quiero hacer cábalas, pero le juro que con un asunto de este porte se me pone la cabeza como un bombo. ¿O habían cerrado por dentro y echado la llave...? No hay que fantasear pero, entre usted y yo y antes de que la investigación empiece a dar algún resultado, no me diga que no es un asunto de postín. Uno está cansado de levantar cadáveres en la vía del tren y de meter mano

a cuatro carteristas y tres robaperas...

II

Asuntos

1

El diecisiete tenía borroso el número en el dintel, y la fachada del edificio, que Mol vio desde la acera de enfrente, detenido durante un rato y sin muchas ganas de cruzar la calle, también parecía más borrosa, como si los años hubiesen ensuciado el revoco con el humo de una chimenea.

Era un edificio de tres pisos y la calle Azumbre, en un lateral por donde la Avenida Concejo había seguido su rumbo de arteria expansiva, no era larga y se había avejentado en comparación con las inmediatas, como si el edificio del diecisiete la contaminara con el humo de su hosquedad, o la desidia de los vecinos hubiese aceptado el deterioro con el mismo desánimo con que la calle sumaba al recuerdo su fama en la crónica de sucesos.

La mirada de Mol hizo el recorrido completo de la fachada, piso por piso, deteniéndose en el herraje de los balcones centrales, en las ventanas que aparentaban, con igual geometría, su condición de ojos cerrados, y en la totalidad del recorrido lo que constató fue precisamente esa singularidad del inmueble en la bruma que parecía destilar de su interior, la aspereza que sujetaba su abandono como en el gesto hirsuto de quienes se sintiesen proscritos por vivir en él.

El tiempo no beneficia lo que un suceso tan terrible descompone, escribió alguien en *La Hora de Armenia*, cuando Azumbre era la calle más mentada y concurrida, en aquellos días que trastornaron una ciudad en la que habitualmente había poco que contar y, como decía Eliseo Viñuela, casi siempre con el secreto de lo que no conviene, como si lo poco también fuera lo que la vergüenza no permite.

El tiempo reconvierte lo sucedido en la basura del pasado, no ayuda a que se pueda diluir lo que resultó tan siniestro, lo convoca en cualquier recuerdo para hacerlo más irremediable...

Del balcón izquierdo superior, del que correspondía al tercer piso, la mirada de Mol pasó a la ventana aladaña.

El marco contenía el ojo más vacío: unos cristales sucios que podían perfectamente adivinarse tras la persiana rota y caída hacia un lado.

La ventana correspondía a la alcoba matrimonial.

El cuerpo de Beda Covado apareció tendido en la cama, entre las sábanas sangrientas, con la cabeza inclinada sobre el hombro izquierdo, como si el peso y el susto de la muerte no le hubiesen permitido otro gesto que el de ese leve vencimiento.

Su esposo Melandro estaba en una de las habitaciones traseras, también en la cama, tendido a través de ella, los ojos abiertos y atónitos en lo que la muerte pudiera depositar de sorpresa en el sueño, un horror sobre el que Abacio de Lama, el Forense, comentó que podía provenir precisamente de él, del propio sueño asesinado, ya que no era la primera vez que examinaba el cadáver de alguien a quien hubieran matado

dormido.

—La vigilia es un espasmo... —dijo Abacio, y Samuel Mol no sólo recordó la voz del Forense, mientras la mirada persistía en el ojo ciego de la ventana, el párpado semicaído de la persiana rota, también recordó las manos que hacían algunas indicaciones sobre el cuerpo yerto de Melandro, las uñas cortadas con extrema pulcritud que siempre le llamaban la atención—. Quiero decir que en estos casos se la alcanza así, espasmódicamente y de modo instantáneo, como si el remanso del dormido se precipitara en una cascada. La misma sensación de cuando te caes en el abismo o te tiras por la borda. A la realidad o a la puta muerte...

2

Cruzó la calle con el ímpetu contenido con que lo había hecho en tantas ocasiones, catorce años atrás, recordando que siempre llegaba por la misma acera, dando igual vuelta desde la Avenida Cederó, el pensamiento recreando alguna de las vicisitudes más probables derivadas de las primeras inspecciones, las que más rotundamente avalaban las inmediatas impresiones del suceso.

El pensamiento no se recreaba en nada concreto, los datos forenses, la descripción minuciosa de los cadáveres y de lo que los rodeaba, además de lo que el piso contenía, constaban en el expediente iniciado: la incipiente burocracia iba reconstruyendo un paisaje material parecido al de cualquier escenario donde se congela la acción en el instante de alzarse el telón sin que todavía nada suceda.

—Esto es lo que hay... —decía el Inspector Cadmo, sujetando la carpeta que previamente había vaciado de anteriores documentos inocuos y polvorientos, rescatándola del Archivo para darle nuevo uso, de acuerdo a la manía ahorrativa de quien de nada se desprende—. Un raro acierto en parecidas heridas, como si el cuchillo hubiese calibrado los golpes exactos en cada caso. Las muertes casi simultáneas. Lo que el asesino hubiese tardado en ir de una habitación a otra.

—No me lo cuente, que ya me hago cargo.

—Yo nunca he visto nada parecido, Comisario. El mínimo desorden en cada alcoba, nada que delate otra cosa que los muertos propiamente dichos, ni huellas ni señales, a no ser que la sangre borrara lo más cercano. Y en el resto del piso cada mueble y objetos en su sitio, ni una silla en el suelo. Todo lo que tiene valor está intocado, algunas joyas y sortijas, el dinero que pudiera haber...

El Inspector Cadmo se había quitado las gafas, iba a decir una vez más que no se trataba de un robo, a no ser que hubiese algo especial entre las pertenencias de aquel matrimonio que, según las primeras informaciones, llevaba una vida rutinaria, apenas dos meses después de haberse celebrado. Ella, decía el Inspector, una viuda reciente y

de buen ver, y él un solterón empedernido que regentaba una Farmacia en el Barrio de Bronce, ambos viejos conocidos de familias amigas y juventudes compartidas, vecinos de Armenta de toda la vida.

—Yo mismo lo conocía, Comisario. Melandro Cejo, un hombre que bien puede parecerse a un pájaro cansado, no sé si me entiende, esas aves que están aburridas porque no saben volar. Quiero decir que lo conocía de vista. En el Bar Cañada tomaba la misma copa de coñac un día sí y otro no, y no alternaba con nadie.

—¿Y qué más...? —le espetó Mol, retirando hacia un lado de la mesa la carpeta.

—Nada, lo poco que hay... —dijo Carmelo Cadmo desconcertado, moviendo las gafas con el gesto indeciso de ponérselas.

—La vida de un pájaro cansado, no está mal visto, aunque no parezca la muerte más apropiada. Vamos a hacer un repaso de ese destino, ya que según veo a usted le atrae el personaje. Tener calibrada la costumbre de la misma copa es una buena observación. ¿Coñac de garrafa...?

—El único que expende Cañada, aunque no es el peor de Armenta.

—Aquí los estómagos están mejor pertrechados que el gusto, hay más aguante que paladar. ¿Usted, Cadmo, también bebe coñac...?

—Pero no de esa especie.

Mol se encogía de hombros y el Inspector Cadmo comenzaba a ponerse nervioso.

—Nada morboso ¿verdad...? —inquirió Mol.

—Nada que no sea la muerte a puñaladas, ninguna acción torpe, ninguna profanación. Los cadáveres, ya lo dijo don Abacio cuando les echó la primera ojeada, están exentos de cualquier otra violencia. Las puñaladas tienen la medida exacta en lo que al corazón se refiere, y son certeras y profundas.

—Para echarle las cuentas a Melandro es usted el más indicado. Lo del pájaro cansado me gustó. Lodaes está completando lo que se refiere a la mujer. Vamos a ir por partes, poco a poco, intentando que el Juez Moreda no se nos ponga nervioso.

—Será difícil.

—La autoridad no quiere ruido, y eso facilitará las cosas. Al Gobernador ya le han dado algún aviso de Gobernación, directamente de Madrid, y en *La Hora* van a andar con tiento. Hay que aplicarse. Lo que digan los muertos es por ahora lo que más vale.

3

La puerta del portal del diecisiete estaba entornada, como si aquella fuese su disposición desde la última vez que la abrió o volvió a cerrarla.

Pasó por el hueco sin apenas moverla, con la actitud de quien se cuela en el recinto donde alguien podría sospechar un regreso impropio y el movimiento

solapado que en su pasado profesional buscaba la inadvertencia.

—Ese sitio echado a perder, lo que más puede llegar a parecerse a un nido aborrecido... —mascullaba Carmelo Cadmo sin que se entendiesen bien sus palabras, y en la penumbra del portal Samuel Mol olfateó lo que pudiera desprenderse del vuelo de una polilla, el polvo sutil de un aleteo, la atmósfera que arañaba la sequedad de los zócalos, donde las ronchas de viejas humedades estaban fosilizadas.

Había un diminuto agujero en la manga derecha de la chaqueta del Inspector Cadmo. Lo vio por vez primera aquella mañana cuando le acercó y luego retiró la carpeta del expediente, mientras repetía sus casuales observaciones del pájaro cansado.

—El vuelo triste del solterón empedernido... —dijo, recreándose en la descripción que al Comisario parecía haberle gustado—. Esos seres humanos hacen de Armenta una ciudad cohibida.

Al diminuto agujero se refirió por aquellos días Aníbal Lodaes, que siempre consideró a Carmelo un compañero incómodo, aunque entre ambos existía una imprecisa complicidad que Mol aprovechaba en el trabajo.

—Polvoriento... —aseveraba Lodaes, refiriéndose a Cadmo—. No se entiende que no gaste en alcanfor la parte alícuota que corresponde a la higiene del armario. La circunstancia de la familia numerosa no lo justifica.

—Puede no ser el bocado de la mariposa nocturna.

—Ese agujero tiene los dientes de la larva, no se me despinta. Y se repite, no es único. Fíjese en el cuello del abrigo y en el sobaco si alza el brazo. El ajuar de Carmelo se resiente. Al margen de otras consideraciones higiénicas y del ahorro en la tintorería.

—Son seis criaturas las que lleva a la espalda, y gana más o menos lo mismo que usted.

—Hay bocas que atender y bocas que evitar. Un armario no es un domicilio. Yo lo digo por si fuera posible hacer algo a su favor, aunque se tratase de una mera llamada al orden.

Samuel Mol se detuvo en medio del portal.

La sensación del inmueble vacío no se correspondía exactamente con el abandono, el vacío reclamaba la circunstancia del desdoro o del mismo aborrecimiento al nido al que se había referido Carmelo Cadmo: una inclinación al desánimo de seguir viviendo en aquel lugar o la confabulación silenciosa y avergonzada de tener que hacerlo.

—Ya sería el colmo que los vecinos se sintieran apesados después de tantas fotos y desfile de curiosos, pero de lo que no cabe duda es de que la propiedad se deprecia. A nadie le apetece ir a vivir con el espanto o tener que dar la dirección de la crónica de sucesos...

Hasta alcanzar la escalera y comprobar el tacto áspero del pasamanos, volvió Mol a aspirar lo que la atmósfera destilaba, como si en la aspiración recuperase otro grado de densidad que remitía a lo que acabó determinando como un perfume ceniciento, probablemente lo primero que detectó su olfato mientras subía las escaleras y se acercaba al tercer piso catorce años atrás. El perfume que Mol advirtió, sin que nadie más lo hiciese y sin que a nadie se lo dijera, como una emanación tan indecisa como secreta en el pasillo que conducía a la alcoba matrimonial, donde yacía el cadáver de Beda Covado. Era un aroma de violetas, una fragancia morada que condujo al Comisario hasta uno de los frasquitos que reposaban en la cómoda de la alcoba. El frasquito estaba cerrado.

—¿A qué huele la muerte...? —había preguntado alguien, entre los que acababan de llegar, tal vez el ayudante de Abacio de Lama, el Forense, y fue una pregunta que Mol recordó haberse hecho a sí mismo en el trámite de alguno de sus primeros casos, y hasta de haberla escuchado con cierta reiteración.

—A flores secas... —musitó una vez el policía que estaba más cerca del cadáver que iban a levantar.

—No digáis bobadas... —recriminó Abacio—. Huele el muerto porque lo que queda de la vida no se desprende del cuerpo y, por eso, el muerto huele a lo que fue. La muerte no es una sustancia, ni un temblor ni una ebullición. Es un acto, un hecho consumado. Las flores secas, joder, o las violetas imperiales...

4

Vio a Carmelo Cadmo sentado en el último peldaño, al pie del rellano del segundo piso, ligeramente inclinado hacia atrás, como si en la postura buscase el alivio de la respiración tras el esfuerzo de subir posiblemente demasiado de prisa, lo que solían hacer en aquellos primeros días de la investigación, o intentando paliar el dolor del costado que cada mañana disimulaba con mayor dificultad y siempre haciendo una mención apresurada al cansancio y al reuma.

—Tienen que echarse las gomas, auscultarte el pecho, vas al Doctor Manrique y en dos minutos te hace la revisión y la receta. Un padre de familia numerosa no puede ser tan abandonado.

—Lo único que me duele de veras es la preocupación de llegar a fin de mes, lo demás son avisos del mal tiempo. Cuando estoy cansado es porque no tengo ganas.

—Allá tú.

—El cuerpo se arrima a lo que le hace daño y no conviene tener con él demasiadas contemplaciones.

Se sobresaltó al verle.

—¿Qué te pasa, Carmelo, qué tienes...?

—Nada, Comisario. El esfuerzo de subir, la dificultad de llegar. Los años me pesan más por haber engendrado tantos hijos. Los años y la paciencia.

Hablaba con cierta dificultad, como si las palabras le motivaran un encogimiento y algo se le fuese en la cabeza sin que lograra controlarlas por completo.

—No me lo tome en cuenta... —dijo, poniéndose en pie, antes de que Mol lograra echarle una mano—. Es peor ir sin rumbo o es mayor el desatino, no sé si la araña que me sube por el brazo izquierdo es la misma que duerme debajo de mi almohada. En cualquier caso, Comisario, efectos de haber dormido mal o de una digestión atravesada. Cenar con los alimentos crudos...

Samuel Mol se sentó en el mismo peldaño, al lado del fantasma de Carmelo Cadmo.

Había subido las escaleras rozando el pasamanos en la ascensión pero sin sujetarse en él, recogiendo en la palma y los dedos la suciedad que también ascendía en la misma huella, no como si la desidia la hubiese depositado, sino como si supurara en el ya gastado brillo de la madera. La suciedad podía sentirla Mol como el tiempo. Una edad en el discurrir de los años que separaban aquellas muertes en el inmueble, y también el razonable olvido del propio Carmelo Cadmo, que no había durado mucho desde aquellos sucesos.

—No era el esfuerzo de engendrarlos... —decía el Doctor Manrique, que compatibilizaba su Consulta y la Comisaría con la comodidad del edificio aledaño—. Era la preocupación, el desgaste, la inclemencia de verlos crecer. Y ese voy y vengo de un hombre lleno de reticencias y secretos con la propia salud. No lo mató el corazón, fue él quien se encargó de liquidarlo...

El fantasma de Carmelo Cadmo estaba un poco más polvoriento de lo que Carmelo hubiera ofrecido en su aspecto cuando estaba vivo, sobre todo en los años que antecedieron a la observación del agujero de la polilla en la manga de su chaqueta, que Samuel Mol no podía dejar de mirar cuando estaba a su lado, como ahora que se había sentado junto a él en la escalera, y también desde el primer sueño en que Carmelo vino a visitarle.

—Para nada, Comisario... —susurró, como pidiendo disculpas— para contar cuatro cosas, ahora que dejó el servicio y pasea más que antes. Para decirle que en el más allá tampoco se está muy tranquilo, y que hay algo raro, al menos una cosa que a mí me extraña muchísimo: no se ve a casi nadie y, si te descuidas, te encuentras más solo que la una.

—Ven cuando quieras, Carmelo... —le ofreció Mol—. Siempre tendremos algo de lo que hablar.

—De los asuntos que usted dejó pendientes, por ejemplo.

—Asuntos de conciencia.

—O de clemencia, no me acuerdo bien.

Lo que el Inspector Cadmo dejó en los cajones de su mesa, en el despacho que compartía con Aníbal Lodaes y del que durante un tiempo Aníbal intentó librarse usando, más de una vez, absurdas estratagemas y hasta inadecuadas componendas que la Jefatura juzgó improcedentes, fueron dos libretas de igual tamaño y tapas de hule negro, que la viuda devolvió al día siguiente de haber vaciado los cajones y enviado sus pertenencias.

—La rareza del mundo no es tan grande como la de las personas... —dijo uno de los compañeros de la Brigada—. La de años que llevamos conviviendo con Carmelo y nunca le vimos anotar nada en ningún sitio. Informes, atestados, interrogatorios, con los dedos sobre las teclas de la máquina y la tinta correctora, pero ni un bolígrafo ni un lapicero.

Para Aníbal Lodaes la muerte repentina de su compañero fue un golpe más contundente de lo que pudiera prever.

A la mala conciencia de las ruindades y las desconsideraciones, siempre más solapadas que vergonzantes y pocas veces expuestas con el ceño razonable que las pudiera justificar, se contrapuso un sentimiento de orfandad laboral.

Aníbal comenzó a considerar en seguida el valor profesional de lo que el dúo suponía, y fue consciente, sin que Mol tuviera que hacer mención a ello, del uso interesado y eficaz de la pareja, del juego de las contravenciones y las desavenencias en el camino, más refinado que tortuoso, con que el Comisario los empleaba.

Habían sido tantas las reuniones en su despacho, el arqueo que en seguida derivaba en una confianza extrema entre los tres, en lo que se refería al caso que tuvieran entre manos o a la cualidad de las personas y autoridades de Armenta, que la previsión del vacío que dejaba Carmelo Cadmo promovía cierta indefensión.

—Baja alguno de arriba o viene alguien de Ordial... —comentaron en Administración—. Un traslado, una permuta, a lo mejor un ascenso.

Aníbal no tuvo ni la mínima intención de interesarse por la sustitución de Carmelo. El vacío retumbaba en la soledad de aquella mesa y en la máquina descabalada, con la que Carmelo podía poner nervioso al más templado, cuando sus dedos machacaban las teclas sin el menor criterio, como si en vez de usarlas pretendiera arrebatarlas.

Jamás Aníbal compartió un informe con él, y siempre que Carmelo se disponía a usar la máquina se levantaba, visiblemente molesto, y se iba del despacho dando un portazo.

—Yo lo comprendo... —decía entonces Cadmo, compasivo—. Escribo como quien hurga las tripas, entre la impudicia y el asco. La máquina me repele y los dedos se resisten...

Entre la máquina y el féretro, donde Carmelo Cadmo se había convertido en un muerto aseado que la viuda quiso exhibir en el Tanatorio, como un paisaje de estrechas dimensiones entre las flores y las coronas, con el desconsuelo de los hijos que en más de un caso repetían hasta extremos inquietantes los rasgos del muerto dibujados en sus rostros, encontró Aníbal esa rara correspondencia que a veces familiariza los objetos más dispares.

La máquina alargó aquella presencia fúnebre del compañero, lo trajo sobre la mesa, lo depositó en ese armazón que se había vuelto silencioso y patético, como si los dedos se aferraran a las teclas igual que el enfermo a la vida, el muerto al espíritu.

Durante algunos días Aníbal Lodares entró al despacho, cerró la puerta tras de sí, se quitó el abrigo, lo colgó en la percha y, antes de dirigirse a su mesa, cedió la mirada al féretro que albergaba el fantasma de quien había compartido tanta compañía como la de un matrimonio, aunque fuese mal avenido.

Entonces Aníbal llevó los dedos índice y anular de la mano derecha a la frente y se santiguó.

6

Era un fantasma cordial.

El infarto que se había llevado a Cadmo de modo tan fulminante, apenas cuando se alejaba de su casa en el camino que todas las mañanas emprendía hacia la Comisaría, se ajustaba a la acepción afectuosa en esta presencia con que Mol lo rescataba con la misma costumbre de otras figuraciones de su pasado, algunas no tan gratas.

—Debiera ser todo lo contrario, Comisario... —decía el fantasma, anticipándose al pensamiento de Mol, que agradecía la franqueza de su subordinado, todavía algo lastimero en sus consideraciones familiares y preocupado por la falta de tranquilidad en el más allá que habitaba—. No era precisamente la virtud para fortalecer el corazón la que me distinguía, ya ve usted el fiasco. Caí sobre el pavimento como si me talaran las piernas. No le hice caso, no fui a ver al Doctor Manrique para que me echara las gomas.

—Un padre de familia numerosa tan responsable como inconsecuente.

Mol observó al Inspector, sentado a su lado en el último peldaño, al pie del rellano del segundo piso. La nubecilla polvorienta de su aureola semejaba la suciedad de una bombilla pobre que languidece al apagarse.

—No es por nada... —había comentado Aníbal Lodares la tarde en que regresaban del entierro, mientras los demás compañeros y familiares se esparcían presurosos ante la amenaza de la lluvia— pero esa chaqueta podían habérsela

ahorrado al pobre cadáver...

—Has visto lo mismo que yo... —dijo Samuel Mol—. La mariposa nocturna. Cadmo tuvo ese insecto como un animal doméstico, no saques otras conclusiones.

—¿Una vida apolillada...? —aventuró Lodaes, que todavía no había comenzado a sentir la orfandad laboral.

—Como la de cualquiera, ni más ni menos. El insecto asoma en la manga de la chaqueta del muerto, habrá acariciado su muñeca antes de revolotear.

—Estaba posado en la mano derecha del crucifijo del ataúd.

—¿Ayudando a volar al alma de Carmelo...?

—También los chicos tienen un aire polvoriento, sobre todo el pequeño, que es un retrato diminuto. Ya es casualidad que con tan pocos años necesite las mismas gafas.

—Encomendemos su alma a Dios, como dijo el cura. No creo que a Carmelo le pese mucho el saco de los pecados, pero hay que ayudarlo a aliviarlo.

—¿Sabes lo que me ha pasado esta mañana...?

—Algo que tiene que ver con que haya vuelto a esta casa, y con la intención de que yo mismo también lo haga.

—Así es. Te recordé sentado en este mismo peldaño, uno de aquellos días, cuando el desconcierto del suceso nos tenía tan obsesionados como indecisos. Estabas sofocado, dolorido, no hubo modo de que tomaras en serio el aviso, tampoco los que estábamos a tu lado supimos advertirlo.

—¿Qué le ha pasado...?

—Estuve en el funeral de una de las monjas de Celama en el Asilo, la mayor, la Hermana Oscila, la última en morir...

—La recuerdo.

—¿Y sabes a quién vi en la Enfermería...? A Elicio Cedal. Catorce años más viejo, como todos, pero en su caso con el débito de la ruina que ya acumulaba.

—Ochenta y seis u ochenta y siete a estas alturas. De ese débito no estoy tan seguro, de aquélla era un setentón bien plantado.

—No supe administrar la sorpresa, Carmelo, aunque el dispositivo se puso en marcha. Según venía hacia aquí, sin demasiada conciencia del camino, sentí el vacío que me separa de todo aquello, también la pena de ese desgraciado. Fui a ver a Lodaes antes de acercarme, necesitaba hablar con él igual que contigo.

—Ese hombre respiraba con el sufrimiento de los secretos. Usted y yo lo hablamos en alguna ocasión. Pero éste es un caso del que, como de algunos otros, es usted quien más sabe.

—No lo necesario.

—Yo recuerdo al chico, a Galo. Era quien menos encajaba en nada, como otra víctima absurda al lado de aquellos muertos. El que más padeció y el que menos tenía que decir.

—Me queda otro piso para llegar al tercero izquierda, Carmelo. No sé a lo que

vengo, pero tenía ganas de verte.

—No soy la mejor compañía, pero también lo agradezco, por este más allá ya le dije que apenas hay nadie, no sé dónde diablos se metió la gente...

La voz de Cadmo todavía resonó en los oídos de Mol cuando cruzó el rellano y se dispuso a seguir subiendo.

—Debía aconsejarle que no entrara, que se diese la vuelta. El piso sigue abandonado pero a nadie se le ocurrió cerrar la puerta...

III

El arca

1

Los párpados de Samuel Mol se cerraron en la penumbra y el instante de su ceguera coincidió con la sensación de alzar la tapa de un arca en la que no hay otra cosa que el vértigo de su oquedad, como si el interior hubiese ganado la sensación de una profundidad tan insondable como peligrosa.

La puerta se abrió con el movimiento leve del arca y, al volver a cerrarla, los párpados también se abrieron, permitiendo que los ojos sorbieran la oscuridad contaminada que agrandaba el vestíbulo y alargaba el pasillo, por donde la orientación de Mol hizo sus previsiones, aunque no se movió en seguida.

El cansancio de las piernas en la subida de los tres pisos anquilosaba el esfuerzo que no había paliado el descanso junto al fantasma, tenía los músculos contraídos y en el tramo final el sofoco le incitaba a aferrarse con mayor voluntad al pasamanos.

—No es lo mismo andar por ahí, a la deriva, como el paseante sin destino, que subir escaleras.

La penumbra tenía igual debilidad en el salón y en las habitaciones cuyas ventanas daban a la fachada y decaía en las del patio interior, en una de las cuales había aparecido el cadáver de Melandro, pero en la totalidad del piso podía percibirse una misma atmósfera luminosa de limitada fosforescencia, como si entre la oscuridad completa de la noche y el vago relumbre diurno se hubiese derramado un fulgor que el polvo petrificaba.

El vacío corroboraba un silencio de años, y en ese silencio la densidad del abandono no surtía en la respiración de Mol ninguna peculiaridad, tampoco el sorbo angustioso de la cerrazón, ni siquiera lo que el Comisario imaginaba en la costumbre de sus años profesionales, cuando visitaba solitario los escenarios de los sucesos y perdía el tiempo en ellos evitando cualquier tipo de cavilaciones.

Estaba cansado, las piernas tardaron un momento en responder con el engrasamiento de sus paseos.

—La edad... —decía el camarero del Café Buda— mide las distancias horizontales, se acomoda a ellas, y se rila en las verticales, no mire usted para arriba que se puede marear.

También la edad, no tanta ni tan calva, como le gustaba advertir a Mol, tamiza el instinto como aplaca el deseo, aunque eso se corresponde con la dedicación y el uso, es muy cómodo ir haciendo dejación de lo que somos y de lo que necesitamos: mientras más poco, menos esfuerzo...

No olía a nada.

Lo que el arca tuviera dentro se había difuminado. Los aromas se esfuman en la atmósfera, no es posible que perviva un perfume. El vacío es un buen atributo de la

desaparición, y el pensamiento de Mol ajustó alguna metáfora para ratificar lo que el tiempo le roba a la muerte, por violenta que sea, la penuria de los cuerpos derribados que no logran esconder la herida de su destrucción.

Nada recordó en la habitación del cadáver de Melandro, ni siquiera el escorzo de su carne blanquecina sobre la sábana ensangrentada, la herida que simulaba un brote empapando la piel, los pelos hirsutos del pecho. Lo único que quedaba en la habitación era la mesita de noche.

Tampoco el recuerdo fue muy explícito en la alcoba matrimonial, donde permanecía la cama, desajustadas las patas e inclinado el somier, separado el cabezal hacia la esquina.

Nada parecía reproducir el escenario de aquellos días, las insistentes visitas tras el levantamiento de los cadáveres.

Podía muy bien ser un piso en el que nada hubiese sucedido, más allá de las intimidades domésticas de alguna familia que al final no tuvo ningún destino sucesorio, ese bien patrimonial que no encuentra herederos porque en el pleito no hay acuerdo y el juez prefiere que prescriban los derechos.

2

El tiempo que Mol deambuló por el piso fue mayor del que después pudo recordar. Hasta se sentó un momento en la única silla que quedaba en medio del salón, menos averiada y polvorienta de lo que parecía, como si alguien lo hubiese hecho poco antes que él.

Cuando se dispuso a irse, abrió y entornó desde dentro la puerta de salida, detuvo la yema de los dedos en la cerradura, accionó el pasador bastante herrumbroso.

Al cuerpo de Beda Covado lo cubría una sábana y, en el transporte de la camilla por el pasillo, al llegar al vestíbulo, la sábana se enganizó y el cuerpo mostró la desnudez que la sábana velaba, y fue como si en aquel tránsito el poder de la carne recobrarla la imagen mórbida que no le correspondía, robándole a la muerte lo que la materia mostraba, la intimidad hurtada de su poderosa figura.

—Vamos, vamos... —había urgido alguien, tras los que transportaban la camilla, uno de los cuales había devuelto la sábana a su sitio con mano pudorosa.

Samuel Mol recordó ese instante.

Luego volvería a ver el cuerpo en el Depósito, cuando al día siguiente le hicieron la autopsia.

—Nada que añadir... —había confirmado Abacio de Lama, el Forense—. Similares puñaladas, la misma arma, igual destrozo en el corazón...

Volvió a la alcoba matrimonial.

Los pasos de Mol se alejaban del recuerdo y del pensamiento, se alineaban con el viejo instinto que a veces orientaba un presentimiento en la inconsciencia de sus cavilaciones o en la ocurrencia sobrevenida.

El somier inclinado le pareció ligeramente vencido por alguien que se hubiese sentado a un lado de él o recostado a través. Se acercó a la ventana, le costó bastante esfuerzo alzar la persiana trabada. La luz que aventó la penumbra hizo revolotear las partículas de polvo como diminutos insectos, y la voz de Cadmo volvió a resonar en sus oídos con el timbre fantasmal de la lejanía.

—Debía aconsejarle que no entrara, que se diese la vuelta.

Se sentó en el somier, las patas descolocadas se resintieron levemente. Se dejó caer de espaldas. Del techo de la alcoba colgaba el cable que había sujetado la lámpara, tenía en el extremo el casquillo de una bombilla.

Los párpados de Mol volvieron a cerrarse y a abrirse. La luz se contraía en la irrealidad de lo que ya no era ni un presentimiento ni una ocurrencia, sino algo más parecido a la vibración con que palpita el sueño cuando estamos a punto de salir de él, huyendo del espejo que nos atrapa en su abismo, sin que podamos contar con otra defensa que la de despertar.

Entonces palpó algo blando y viscoso en la protuberancia de la tela metálica sobre la que depositaba la mano derecha, una gota de aceite que en la yema del dedo anular roció su espesura en el contraste reseco de las anillas de la tela, como si un desperdicio de lluvia se hubiese colado y caído del techo sobre el somier.

Mol acumuló en la yema la totalidad de la gota, palpó con cuidado los alrededores de la misma y juntó las yemas del anular y el corazón apreciando el espesor pegajoso que no tardó en hacerle reaccionar con la certeza del hallazgo.

Se incorporó mientras el somier oscilaba con su peso y olfateó los dedos antes de comprobar lo que la sustancia que los manchaba tenía de suciedad cárdena, como si en la gota se incrustara el polen de la herrumbre interfiriendo en la suavidad del tacto.

Sacó el pañuelo del bolsillo y limpió los dedos en el pico de la tela, intentando preservar la huella.

Ahora el olfato de Mol sumaba la advertencia de otras huellas lejanas, lo que la sangre cedía de un agror marchito en la coagulación y el parecido agror de otros humores corporales, tan ajenos al plasma, que en el orden olfativo del Comisario tenían su particular valoración.

—Sangre de horas... —podía certificar, y es lo que hubiese corroborado si alguno de los subordinados le acompañara.

Levantó el somier y rebuscó en el suelo, en el punto aproximado que en la tela metálica impregnaba la gota.

Había otras esparcidas en la tarima, la misma lluvia viscosa de una herida que sangraba probablemente de un parecido brazo extendido o de la mano que llega al

mismo sitio donde se había alargado la de Mol.

3

El timbre del segundo izquierda no sonaba, y cuando Samuel Mol se decidió a llamar con los nudillos estuvo a punto de volverse atrás, como si lo que iba a hacer le pareciese incongruente: el reclamo en un lugar donde nada ni nadie quedaba y el arca se hubiese reconvertido en la totalidad del inmueble, abandonado con igual desidia.

Recordó vagamente a algunos vecinos en las lejanas investigaciones, y cuando los nudillos reiteraron los golpes y escuchó los pasos que se arrastraban en lo que sería la longitud del paralelo pasillo y del correspondiente recibidor, casi llegó a ponerle rostro a la voz de la anciana que abría con dificultad la mirilla.

—No hay nadie.

—Sólo quería hacerle una pregunta, no la voy a molestar.

Se cerró la mirilla, volvió a escuchar el deslizarse de los pasos, algo parecido al rumor de unas palabras y no mucho después los pasos que regresaban y la puerta que se abría.

—Nadie... —dijo la anciana, que vestía una bata y tenía el pelo alborotado—. Ninguno que no se sepa.

—¿Vive usted sola...?

Al fondo del pasillo, la puerta semiabierta de una de las habitaciones que daban al patio interior dejaba colar un ramalazo de luz.

—Vivo el sinvivir, qué caray. De la gracia de andar suelta a la de andar atada. Y ya es castigo.

La anciana se había vuelto, dispuesta a caminar otra vez por el pasillo.

—Cierre, cierre, que hay corriente.

Mol la obedeció. De la habitación iluminada salía una voz que ordenaba algo con cierta desazón y premura.

—Viene el Intendente... —dijo la anciana, contestando con la voz un poco más alta—. Ya te puedes espabilar, si no quieres que te tire de las orejas...

Mol avanzó unos pasos tras ella, la vio detenerse al pie de la puerta, asomar la cabeza y volverla hacia él.

—Nadie, nadie. El que hizo el último turno. El primero de la Estafeta. El que sudaba la gota gorda. No le tire de las orejas, pero dele un buen coscorrón, señor Intendente. Una madre ya no hace vida de él...

Había un hombre en la cama, incorporado sobre la almohada doblada, vestido con un pijama muy limpio. La habitación no tenía ventana, la iluminaba la lámpara en la mesita.

—Ande, pase... —le había invitado la anciana—. Este hombre es Don Nadie, el mismísimo Ninguno de las novelas, un hijo que me arrancaron de la costilla. El Intendente te va a dar un repaso, ya verás lo que es bueno.

El hombre tenía un tebeo en las manos. La cama y el suelo de la habitación estaban inundados de tebeos, también en la cómoda cercana había un montón de ellos.

—Ahora le lee la cartilla... —ordenó la anciana, volviendo al pasillo— y luego ajustamos las cuentas y las certificaciones. Por algún sitio andará la partida de nacimiento.

—No quería molestar... —dijo Mol, mientras el hombre mostraba su extrañeza con un gesto avergonzado.

—Soy un enfermo crónico... —informó, con el vano intento de incorporarse, dejar el tebeo, alargar la mano—. Mi madre, ye ve usted, son muchos años...

—No les entretengo, de veras. Es sólo una pregunta, y tal vez usted me puede ayudar mejor que su madre.

—Ella tiene la cabeza bastante perdida, lo mío son las piernas, también los pulmones y un soplo en el corazón.

—En el piso de arriba, en el tercero izquierda...

—Mataron a un matrimonio hace muchos años, un crimen terrible. La verdad es que mi madre y yo alquilamos este piso en mejores condiciones económicas precisamente por eso.

—¿Cuánto tiempo llevan viviendo aquí...?

—Ocho años, hacía seis del crimen. Ese piso lo habían desalojado, el de enfrente estaba sin alquilar y jamás se alquiló, también era de los muertos, del marido, un farmacéutico. Hay otros pisos sin alquilar.

Mol no pudo sustraerse a la curiosidad de coger uno de los tebeos de la cama, y el hombre hizo un gesto de condolencia y sonrojo.

—No tengo otro entretenimiento, ya ve qué pena. Lo más fácil de la vida, cuando se está malo, es echarse a perder. Sin salud no hay razón.

—Me interesa ese piso... —dijo Mol, devolviéndole el tebeo—. ¿Viene alguien a él, ha oído usted algún ruido, cualquier visitante...?

—Está completamente abandonado.

—¿Usted no se levanta de la cama...?

—Sólo para las necesidades... —musitó, fortalecido el sonrojo—. Desde hace cinco años no piso la calle. Las dolencias me acobardaron y el mundo perdió cualquier mérito.

—Alguien habrá podido venir... —insinuó Mol, alzando los ojos al techo—. La puerta está abierta.

—Cuatro pisadas... —dijo entonces el hombre—. A lo mejor, alguna tarde. De noche pocas veces. No se me ocurren cosas raras, no piense que tengo la cabeza

como mi madre por culpa de los tebeos. Podría tratarse de un ratón, aunque ayer hubo un golpe, algo que se hubiera caído.

IV

El pesar

1

Lo que Samuel Mol comenzó a sentir cuando abandonó el diecisiete de la calle Azumbre no se emparentaba con la inquietud que movilizaba sus inclinaciones, cuando algo inesperado se interponía en el cauce que orientaba la investigación, y el profesional regresaba sobre sus pasos, retrocedía con el hilo conductor y, además, hacía una imprevista retirada, hasta el punto de que durante algunos días resultaba difícil dar con él, a no ser que surgiera una urgencia.

Los subordinados del Comisario sabían que en esas retiradas, en las desapariciones que apenas dejaban la señal del rastro perdido, el respeto contenía, al tiempo, la discreción y el secreto que nadie se atrevería ni siquiera a mentar, pues todo ello se relacionaba con la propia intimidad del Comisario, cuya vida privada jamás transcendía en algo que no fuera un dato suelto o inconexo.

Comenzó a sentir el pesar que en su ánimo marcaba otros movimientos y que en las conversaciones con su amigo Eliseo Viñuela solía alcanzar alguna referencia consoladora.

—Es el disgusto de ser como somos, Samuel... —decía Viñuela, que siempre estaba acatarrado y tenía en la mano uno de los pañuelos que repartía por todos los rincones de la casa—. La fatiga de nuestra conciencia. No es fácil acomodarse al propio peso de la vida que llevamos, ni al del cuerpo ni al del espíritu. Y siempre estaremos en el trance de arrepentimos de algo, por grave o leve que sea. Cualquier decisión importante o cualquier tontería.

El pesar no era un resorte como la inquietud que el inesperado hallazgo en el tercero izquierda del diecisiete hubiese activado, pero los pasos de Mol aquella mañana tampoco se ordenaban en la línea, más o menos inconsciente, de su instinto o de sus curiosidades u ocurrencias, que marcaban el sustrato de unos hábitos profesionales, tan reglamentados como improvisados, tan previsibles como repentinos.

Lo que Samuel Mol hacía aquella mañana no tenía el cometido de ninguna encomienda, y ni él mismo administraba con alguna intención lo que estaba haciendo. El antiguo profesional no mostraba otra resolución que la de los pasos desencaminados en que perviviera su herencia, como si el viejo hábito de ir y venir, que Samuel había transformado en la costumbre de los paseos, se conciliara en igual actitud.

—Nunca se pierde el rastro de uno mismo... —decía Eliseo Viñuela—. Se deja, se olvida, se abandona, pero no se pierde. Es como esas adicciones de las que te liberas pero no te curas. Somos adictos a nuestro modo de ser, y ese modo sostiene lo que hacemos, también los gustos y las manías.

Cuando Samuel Mol vio la Iglesia del Calvario supo que había llegado al Barrio

de Bronce.

Las calles de Armenta confluían hacia él en un dédalo apretado, ya que el Barrio como tal se inmiscuía entre los números pares e impares de algunas cuadrículas urbanas que no formaban parte de él, más alargado de lo debido y contradictorio en sus límites.

Era una Iglesia enorme, con una nave central bastante destartalada, altares laterales atiborrados de imágenes, y un altar mayor en el que el retablo barroco parecía ligeramente hundido hacia un lado, como si la sujeción se resintiera y el peso lo fuera escorando.

Mol mojó los dedos en el agua bendita y se santiguó después de rozar el pulgar en las yemas que desleían las partículas moradas, la suciedad que las había impregnado en el somier.

Avanzó por la nave central, se sentó en un banco. La Iglesia estaba casi vacía, y como en el interior del arca crepitaba la minúscula resonancia que le hizo parpadear.

—Ese desánimo que discurre por las venas... —decía Eliseo Viñuela como si estuviese describiendo el curso interior de una conmoción, cuando Samuel Mol reiteraba lo que el pesar tenía de materia oprimida, como la piedra que te cae dentro.

Alguien acababa de retirarse de uno de los cercanos confesionarios y venía a arrodillarse en el banco delantero. Era un hombre de pelo blanquecino y barba crecida, en cuyos ojos distinguió Mol un brillo húmedo que remarcaba lo que podía ser en el rostro un gesto de compunción.

Mol se puso de pie, decidido a abandonar la Iglesia, pero se detuvo un instante en el pasillo central, lo justo para que sus pies viraran hacia la derecha, tras los pasos del penitente que acababa de arrodillarse, siguió los mismos hasta el confesionario y se arrodilló en él.

—¿Vienes dispuesto a recibir el Sacramento, es confesión lo que solicitas...? —inquirió una voz que también resonaba en la oquedad del arca y la nave.

2

La Farmacia conservaba el mismo letrero, aunque le habían añadido un luminoso, y en la placa figuraba el nombre de una Licenciada que, a buen seguro, sería la que en su momento la hubiera comprado o se hubiese hecho con el traspaso.

El local estaba remozado, sobre todo en las estanterías y el mostrador, aunque mantenía, en algún detalle que había sobrevivido, el aire del viejo establecimiento de barrio, esa huella del rutinario ambiente que consolidan los clientes, encaminados con las mismas recetas desde el más cercano Consultorio de la Seguridad Social.

Samuel Mol pidió aspirinas y luego le preguntó a la chica que le atendía si Evaristo Mena seguía viviendo en el Barrio.

—El señor Mena se jubiló hace tiempo... —informó la chica, con la misma naturalidad con que le decía el precio de las aspirinas— y sigue viniendo con sus recetas. También sigue yendo a misa a Calvario...

Mol sólo le había visto una vez. Fue Aníbal Lodaes quien en su momento le había interrogado, en realidad del escueto entorno de Melandro se había encargado casi exclusivamente Lodaes, quien tenía una opinión bastante somera de Mena y suficientemente reveladora del farmacéutico.

—Dos seres equivalentes, si del carácter se trata. No se podría decir que dos almas gemelas, la condición del dueño y el dependiente, el mancebo en su caso, marca lógicas distancias, pero el poco fuelle los asimila, y me parece que también la afición de los meapilas, aunque en el caso de Melandro matizada por el coñac.

Mol volvió a caminar hasta la Iglesia del Calvario. Paseó por el atrio sin pensar en nada. Las palabras de Aníbal Lodaes llegaban como un rumor y se diluían en la propia intranscendencia del comentario.

Melandro tenía una hermana bastante mayor que él, con la que había vivido hasta su matrimonio con Beda Covado, una mujer taciturna y achacosa que en la declaración tomada por Aníbal apenas musitaba las cuatro frases repetidas de su consternación.

—Evaristo Mena fue incapaz de articular palabra, hubo que darle tiempo, tres o cuatro días. Lo que el muerto pudiera suponer para él era lo mismo que si una imagen de cualquier altar de Calvario se le hubiese caído en la cabeza, la total conmoción, el mayor golpe y el más inesperado, con el agravante de imaginarlo apuñalado, la imagen desplomada y rota, un Cristo sangrante, por ejemplo, y sin cabeza.

Vio al hombre de pelo blanquecino, el que le había precedido en el confesionario, salir con paso indeciso.

Vestía de negro, un traje que denotaba el cuidado y el uso, la pulcritud que no puede disimular el desgaste, probablemente la misma observación que podría hacerse de su aspecto, el rostro ajado que se afeitó cuidadosamente, la espalda que se vence en una inclinación que va forzando la resistencia.

Podía ser Evaristo Mena. Lo que su nariz, ligeramente respingona, mantuvo en el dibujo del perfil cuando Mol lo miró, fue lo mismo que podía rescatar de cualquier borrosa fotografía en la prensa de aquellos días, y lo que Aníbal Lodaes indicó no sin cierto malestar.

—La hermana y el mancebo, el perejil de la noticia cuando ya no queda otra tecla que tocar que la de la conmiseración. Dos testigos de la miseria humana. Es fácil imaginar el mal rato de verse ahí retratados, sin el amparo de una muerte cristiana, como piezas absurdas de un suceso que no logran comprender.

En el tiempo que caminó detrás del hombre, cuyos pasos mezclaban la determinación con la lentitud, hizo un mayor esfuerzo por recordar al mancebo que se

había sentado a un lado de la mesa de la pequeña rebotica, donde Melandro tenía su escritorio, la única vez que lo vio.

El llanto lo ahogaba.

3

—Desayuno casi cuando los demás comen... —dijo Evaristo Mena, apostado en el rincón del Bar Etruria, muy cerca del ventanal, y donde acababa de ser servido por el solícito camarero que debía llevar mucho tiempo atendiéndole con igual servicio y a la misma hora.

—Las buenas costumbres... —corroboró Samuel Mol, que había confesado el presentimiento de reconocerle y aceptaba la invitación de su compañía.

—Yo debiera reconocerlo con mayor facilidad... —dijo Evaristo— pero si le soy sincero lo que más he olvidado son las cosas concretas de aquellos días, las personas, los detalles. Me queda una nube en la cabeza.

—¿Vive todavía la hermana de Melandro...? —quiso saber Mol.

—Doña Vilma tiene ochenta y siete años. Está en la Residencia de las Salvadoras, por la carretera de Ordial. La visito alguna vez.

—¿Y usted...?

La sonrisa de Evaristo surgía de un gesto atónito, como la secuela de su pasmo. La edad remarcaba el limbo de una comprensión inocua de lo que hubiese sido su existencia, la nube a la que se acababa de referir.

—Yo me jubilé y vivo con lo que tengo. El soltero sin más obligaciones que las propias, un sobrino que no me habla. La confianza que perdí en los hombres la deposité en Dios.

Samuel Mol observó la precisión con que los dedos de sus manos untaban la tostada, manejaban los utensilios, tomaban la taza después de verter y remover el terrón. Eran los mismos dedos que buscaban con paciencia y mimo los envases de los fármacos solicitados y ayudaban a la contabilidad de su orden.

—Han pasado catorce años, casi quince... —dijo Mol—. Los asuntos que no se resuelven no se archivan, pero tanto tiempo ayuda a olvidarlos. Hoy me acordé de usted y de la hermana de Melandro, de doña Vilma, dos personas extremadamente discretas, concisas en sus declaraciones y que, sin embargo, algo más podrían haber dicho. A ella no le gustaba Beda Covado...

La sonrisa de Evaristo se expandió hasta la comisura de los labios con acentuada simplicidad y en seguida se encogió de hombros.

—No podía parecerle bien que Melandro la dejase sola. Lo había cuidado siempre, pero no fue Beda Covado quien se lo robó. A Melandro con ella le cambió la

vida.

—¿Y usted...?

—Parecido trabajo, algo más de dedicación, pero tenga en cuenta que el matrimonio duró dos meses, lo que se dice una luna de miel, si es que fueron dichosos tan poco tiempo.

—¿Lo fueron...?

—A él le cambió la vida. Ella era una mujer hermosa y yo diría que también poderosa. Las familias eran conocidas, tampoco se trataba de una extraña que aparece en Armenia sin más ni más. Tarso Cedal, el primer marido de Beda Covado, fue amigo de juventud de Melandro.

—Pero fueron un noviazgo y una boda sorprendentes.

—Porque prácticamente nada se supo. La sorpresa hizo que resultara más extraño. La viuda llevaba una vida recatada, apenas se la veía en Armenta, y Melandro era un hombre de costumbres consabidas. El soltero al que ya le quedan pocas ilusiones, porque seguramente prescindió de ellas. Algo sabrá uno de esas cosas, la soledad no es siempre mala compañera.

—No sé si hace catorce años, en la rebotica de la Farmacia... —dijo Mol, observando el nudo de la corbata de Evaristo, que podía llevar mucho tiempo sin deshacerse— tuvimos la misma conversación.

—Era con el Inspector Aníbal Lodaes con quien yo más hablaba, pero a usted por supuesto que lo recuerdo. Esos primeros días yo estaba deshecho. ¿Qué podría decir...?

—Durante esos dos meses fue usted una de las personas que más cerca estuvieron de él, en el día a día de la Farmacia. No sé el grado de confianza que ustedes tenían, pero con el cambio algo habría de observar.

—La confianza que da el respeto, no lo dude, también el aprecio que ni siquiera hace falta expresar. El hecho de que algún día Melandro tuviera enrojecidos los ojos no se me pasaba desapercibido, pero también se llora por exceso de felicidad. La vida le cambió tanto...

—No lo sé, Evaristo... —dijo Samuel Mol—. No acabo de entender si el cambio de Melandro fue la transformación de ese amor imprevisto y correspondido, o hay algo más. Me refiero a lo que pudo suceder en la intimidad de la pareja en esos meses. De lo que doña Vilma y usted pudieran haber comentado...

4

Evaristo había cogido el asa de la taza y la movía sin decidirse a llevarla a la boca. El gesto reconcentrado alargaba el silencio, mientras los clientes del Bar Etruria habían

desaparecido.

—Doña Vilma sufría, yo la visitaba alguna tarde al cerrar la Farmacia. ¿Qué iba a decirme, de qué podíamos hablar...? De la pena, mejor que de la indignación, de haberse quedado sola y de que Beda Covado no era lo mejor que Melandro pudo encontrar. El matrimonio no le gustaba, ella tampoco. Lo que quería es que su hermano se hubiese quedado en casa, el egoísmo más natural.

—Catorce años después, algo más se puede decir, Evaristo... —afirmó Mol, observando de nuevo la corbata cuyo nudo contrastaba con el cuello blanco—. La confianza que da el respeto no obtiene confidencias pero sí conocimientos...

—Nada que en ningún caso tenga que ver con las muertes, eso puedo jurarlo... —dijo Evaristo Mena ligeramente alterado—. Ese hombre siempre sería la víctima, sucediese lo que sucediese... Ella era muy poderosa, demasiada mujer para él, según los peores comentarios, pero yo soy incapaz de comprender, no puedo esforzarme. El que los mató lo sabrá pero, ya lo ve usted, no se descubre, no se entiende. Me encomiendo a Dios cada mañana y es el consuelo que me queda. La nube, es verdad, me permite borrar hasta el último pensamiento o lo que resta del mal sueño, porque tampoco se libra uno de los malos sueños, ya que los años no se cumplen en vano.

—Yo también me encomiendo, aunque no sé muy bien a qué Dios. Cada día las necesidades son distintas y, a veces, harían falta varios Dioses.

—Me conformo con el único que tengo.

Evaristo llevó la taza a los labios con el disgusto de comprobar que el café estaba frío, y la devolvió al plato.

—Dos meses son muy poco, ni siquiera lo que puede alargarse de una luna de miel que, en el caso de Beda y Melandro, no tuvo viaje de novios. Una ceremonia a primera hora de la mañana en la Revelación, y un desayuno en casa de la novia con los padrinos, el párroco, doña Vilma, una prima lejana, Galo, el hijo del primer matrimonio de Beda, usted y pare de contar...

—Así fue... —corroboró Evaristo.

—El chico vino del internado de Ordial la noche anterior y ese mismo día volvió al internado. Usted abrió la Farmacia a media mañana.

—La boda fue así de sencilla, no pensaron en otra cosa.

—Habían amueblado el piso de la calle Azumbre y en seguida se fueron a vivir en él.

—Pasaron la noche de bodas en el Hotel Colomba, pero ya al día siguiente Melandro se acercó un momento a la Farmacia.

—¿Era el novio feliz...?

—Catorce años, casi quince, y aquellos dos meses que yo no quiero recordar, por mucho que usted me lo pida... —musitó Evaristo, y el brillo del nudo de la corbata que llevaría tanto tiempo sin deshacerse tuvo un lustre paralelo en sus ojos.

—No son los muertos, Evaristo... —dijo Mol, mientras en el interior del Bar Etruria hubo un chasquido de porcelanas—. Los muertos soportan el secreto de sus muertes y el tiempo en nada ayudó a desvelarlo. A quienes me refiero es a los vivos, a ellos dos. A lo que pudo suceder en esos dos meses.

—Era un novio feliz, lo parecía. La vida lo cambió, ya le dije.

—¿Y a veces lloraba de felicidad...? Los ojos enrojecidos por un llanto dichoso. Tendré que acercarme a las Salvadoras a ver a doña Vilma.

—Ni se le ocurra. Ahora que va perdiendo la cabeza, todavía sufre más con los recuerdos que flotan. Y siempre son los mismos. La muerta culpable y el muerto que muere por su culpa, un desvarío.

—¿El novio infeliz...?

—Lo último que se me hubiese ocurrido, después de tanto tiempo... —dijo Evaristo Mena, moviendo la cabeza, abatido— es estar hablando de lo que no soy capaz, de lo que menos quiero. Me ha echado usted a perder el día y el esfuerzo...

Samuel Mol vio que Evaristo intentaba incorporarse sin conseguirlo, y se inclinaba sobre la mesa apoyando en ella los antebrazos.

—El novio infeliz, no lo hubiera pensado... —dijo, y cuando recobró su postura recostó la cabeza en el pecho y la fue alzando, hasta que su mirada tomó la fijeza de alguna lejanía oscura y dolorosa—. No tenía otra cosa que ganar que el amor que hubiese merecido, si había felicidad y amor. Lo vi llorando en muchas ocasiones, a veces con el coñac del que abusaba. Y lo vi herido, como si se hubiese cortado el cuello con la navaja de afeitar. También le habían golpeado en la cabeza un día que tuve que curarle. Me caí en la calle, las aceras son un peligro con el aguanieve, fue lo que dijo.

5

A media tarde, después de comer un bocadillo y tomar un café y una copa de anís, Samuel Mol sintió el cansancio que certificaba físicamente la fatiga del ánimo, lo que el pesar incrementaba en el dolor interno que era como un pájaro invisible que aleteaba en la conciencia, y en los momentos más inesperados, a veces en el trance del sueño o el abrupto despertar, provocaba lo que su amigo Eliseo Viñuela definía como un espasmo moral.

—Eres un hombre religioso, Samuel. Tienes la suerte de tus creencias, la convicción del arrepentimiento y el pecado, la fe, la esperanza, la caridad. Son las armas de las que debes servirte, ya que con ellas cuentas. Yo debería envidiarte...

Mol se sentaba siempre en el mismo sillón de la sala de estar que se continuaba con el Despacho de Eliseo, muy cerca del balcón, y Eliseo iba y venía tomando y

depositando los estratégicos pañuelos, atiplada la voz o interrumpida sin contención con el estornudo.

—La creencia no me limpia el alma... —decía Mol, que cuando se suscitaban aquellos asuntos, siempre derivados de su propensión a reiterarlos, sin que Eliseo Viñuela demostrara demasiado interés, tomaba una actitud afligida—. La fe tiene sus contrapartidas en el tormento de mantenerla, no pienses que todo lo resuelve. No me limpia el alma. Esas armas que dices casi nunca tienen munición.

Eliseo reconocía la tribulación del amigo en aquellas ocasiones y, por encima del desinterés, hacía el mayor esfuerzo para seguirle y contraponer las razones o sinrazones que pudieran aliviarle.

Sabía que en la vida profesional de Samuel podían apreciarse, con pocos paliativos, las contradicciones más dramáticas de lo que un ser humano pudiera albergar, en el espejo de los otros y en su reflejo en uno mismo, lo que el daño socavaba desde el delito y la desgracia, o lo que el propio Samuel otras veces, cuando el peso de lo que traía entre manos se le hacía excesivo y bosquejaba alguna confidencia de su trabajo, a lo que no era nada propicio, mencionaba como la puerta del mal.

—La abres y miras, en tantas ocasiones como sucede lo que es imposible. Lo más desconocido, lo más extraordinario, lo más terrible...

Eliseo Viñuela observaba al amigo y hacía un esfuerzo para que el catarro suavizara su ruido. Sabía que en el silencio de Samuel, tras aquellas palabras u otras equivalentes, la desolación barría todo lo que significara un atisbo de esperanza, como si la realidad y los hechos que sujetaban la brutalidad de la misma en la conciencia y en la sensibilidad de Mol hubiesen oprimido al límite sus capacidades y reservas.

—No hay luz ni limpieza, no las puede haber. El consuelo es menor de lo que piensas, apenas una ilusión para recargar la batería. Voy a confesarme, lo hago una y otra vez, con pecados reales o imaginarios, con la culpa que he acumulado conviviendo con tantos culpables. Ese espasmo del que has hablado en otras ocasiones es el efecto del turbio patrimonio del que, en tantos años, me he hecho dueño.

—Confiesas, ya es algo. Se trata del Sacramento de la Penitencia, un cómodo sistema de expiación. En este sentido no puedes quejarte, tienes a mano una buena ayuda.

—Lo hago, soy un reiterativo penitente, y no me importa repetir este recurso. Cualquier iglesia, cualquier confesionario, cualquier confesor, me sirven. Ese Sacramento tiene a su favor la intimidad y el secreto, alguien asume la obligación sagrada de escucharte, eres el reo pero nadie te interroga.

En algunas ocasiones, cuando Samuel se presentaba en casa de Eliseo a horas más intempestivas, sobre todo durante la enfermedad de Marisa Yalta, la mujer de Eliseo

que apreciaba mucho al amigo, la tribulación se expresaba en la contenida ansiedad con que alcanzaba el sillón de la sala de estar, y lo que Eliseo comprobaba, entre las excusas y los pasos tan presurosos como vacilantes, era la apariencia de quien despierta estremecido, violentado en el sueño, sin poder seguir en la cama.

—Una contracción involuntaria, muscular, refleja... —decía algunas veces Eliseo Viñuela, intentando rebajar la tensión con que su amigo hablaba—. No nos pasemos de la raya.

V

La mirada

1

No se alejaba del Barrio de Bronce, y en el ensimismamiento con que caminaba tampoco parecía clara la determinación de ir a un sitio concreto.

Ensimismarse tampoco era un conducto para que el pensamiento se concentrara o surgiera una huida interior.

A lo que Mol accedía, sin que los pasos respondieran a una resolución, era al incierto vagar en que la mente se abstraía con ellos y, al fin, el ánimo podría diluirse hasta que el pesar se suavizara.

Hubo una mirada que se cruzó en la reserva huidiza de un instante, al atravesar una calle, ese gesto de sorpresa que en seguida se corrige, como si la mirada se hubiese posado donde no debía y la alteración de la misma no propiciara su anonimato.

La mujer se apresuraba al llegar a la acera, mientras Mol, todavía retenido en el ensimismamiento, movía la cabeza para seguir la estela de la mirada y tardaba unos pasos en detenerse, inquieto por el reconocimiento.

El mecanismo del viejo profesional se activó con el mismo resorte con que la curiosidad incitaba las simetrías y las coincidencias, lo que el policía comentaba en las contadas ocasiones en que los subordinados podían recibir alguna advertencia didáctica, lo más cercano a una lección en la disciplina de su trabajo.

—No es el ojo avizor, que eso se da por sobreentendido... —decía el Comisario—. Es la expectativa que alienta lo más casual, lo inesperado, cuando parece que los extremos se tocan o se efectúa el cálculo menos previsible, como si el azar tuviera alguna reglamentación.

Mol volvió sobre sus pasos.

La mujer había doblado en la primera esquina, caminaba presurosa, en la media distancia que a Mol le permitió afinar el reconocimiento, y en el recuerdo de la mirada huidiza algo parecido al brillo enfermo que el recato salvaguardaba, lo que otras paralelas y veloces miradas podían comunicar con igual sentido.

Era la calle Cumbrado, la más al sur en las cuadrículas entreveradas de Bronce, y en la luz de la media tarde se percibía el reseco polvo de un silo de la Cementera, la tonalidad calcárea en el revoco de las fachadas que asomaban al desmonte del solar donde estacionaban algunos camiones.

La mujer entró, ya menos presurosa, en el portal del número dieciocho y, cuando Mol llegó al mismo, ella se había apoyado tras la puerta y acababa de encender un cigarrillo.

—No pretendía otra cosa que saludarla... —dijo Mol, que dio tres pasos,

musitando las palabras con la mayor naturalidad, como si estuviera convencido de que ella le aguardaba.

—Lo he confundido... —reconoció ella, con voz temblorosa—. Desde que estoy enferma me he llenado de aprensiones. Le juro que lo confundí.

Caminó hacia las escaleras y en seguida tiró el cigarrillo al suelo y lo apagó con la suela del zapato.

Mol la vio subir, cogida al pasamanos, con la lentitud abatida de quien no sólo parece enfermo sino que no desea disimularlo.

Estaba abriendo la puerta del segundo derecha, lo hacía con alguna dificultad, como si la mano temblorosa no acertara. Se volvió hacia él, que se había detenido al comienzo del rellano.

—Venía a hablar conmigo ¿verdad? No creo que sólo quisiese saludarme...

—El caso es que ya no tengo nada que hablar con nadie... —dijo Mol, acercándose a ella—. Estoy retirado y no hay ninguna razón para que la moleste, pero la he reconocido y sentí el deseo de saludarla.

—Me ha reconocido a pesar de lo cambiada que estoy. También se acordará de mi nombre, a mí me resulta más difícil hacerlo del suyo, lo que recuerdo es el cargo.

—Nora Ferad.

—Los policías necesitan tener buena memoria. Yo no la preciso. Lo que más agradezco, mientras me hago vieja, es que la memoria se borre. El día que me despierte y no sepa mi nombre será el más feliz...

Mol entró tras ella.

Era un piso pequeño y reluciente, donde el orden de los muebles y los objetos parecía conservado con la dedicación escrupulosa de quien no ha movido nada porque todo estuvo siempre en su sitio.

—Es una mujer de cristal... —había dicho en algún momento Aníbal Lodaes, sin que Samuel Mol supiese exactamente a lo que se refería.

2

Nora Ferad dejó a Mol en el saloncito después de indicarle el pequeño mueble en el que había unas botellas y unas copas que podían llevar años sin que nadie se hubiese servido de ellas.

La escuchó caminar por el pasillo, abrir y cerrar una puerta y, antes de sentarse en el sillón que estaba más cerca de la ventana, donde la luz se agostaba en la palidez de los visillos, sintió el desfallecimiento que expandía un reflejo muscular por los brazos y las piernas, el decaimiento que auspiciaba el suspiro del sueño y que habitualmente era como el grato aviso de algunas inminentes cabezadas.

—Es un modo de sumergirte, casi el mismo efecto de estar desnudo en el agua templada de la bañera, igual alivio o parecida disolución en la piel y en el ánimo...

Por un momento hubo en su cabeza un resplandor, no menos huidizo que el proveniente de tantas otras observaciones, reconocimientos y recuerdos, y sintió el palpito de la mirada en el instante del despertar, cuando aquella mañana abrió los ojos y en seguida tuvo que volver a cerrarlos, como si la primitiva luz de ese resplandor proviniera del sueño, no de la vigilia, y alumbrara lo que podía considerarse un presentimiento.

—El pasado que vuelve... —comentó alguna vez Eliseo Viñuela, muy sensibilizado en aquellas consideraciones a raíz del fallecimiento de su esposa, Marisa Yalta, tras la larga enfermedad que había sobrellevado con mucha templanza — sin que el recuerdo tenga otra solvencia que la del presentimiento. No haces el cálculo de lo que sucedió, sino la adivinanza que te sobrecoge...

Con cierto sobrecogimiento se había levantado Mol aquella mañana, una hora antes de lo que era su costumbre, y mientras preparaba el desayuno decidió acercarse hasta el Asilo de las Hermanas Penitenciarias para asistir al funeral de la Hermana Oscila.

En las noches de Mol los sueños removían lo que pudiera pertenecer a la imaginación más recóndita, como si entre lo secreto y lo misterioso se fraguase lo que su obsesión arrastraba, tantos asuntos y resultados contradictorios que provenían de la realidad y se ocultaban con el esfuerzo de olvidarlos o, al menos, con la voluntad de que no contaminaran completamente su existencia, de tal modo que entre los débitos de la profesión y la vida no se produjera un desnivel pernicioso.

La mañana había comenzado con el roto despertar que no albergaba ningún sueño reseñable, apenas la intimidación de lo que podía presentir en lo que tanto tiempo atrás había sucedido, alguno de los muertos que, en la teoría de un viejo y amigo policía, jubilado muchos años antes que él, no obtenían el merecimiento de su muerte mientras no se aclarase la culpabilidad de la misma.

—Son las mayores deudas que tenemos contraídas, las dé los casos sin resolver que constan en el Archivo. Y, además, son deudas que se heredan, todos estamos imputados en las mismas, por mucho tiempo que haya transcurrido.

Nora Ferad estaba sentada frente a él.

Se había quitado el vestido y se había puesto una bata que apretaba su cuerpo extremadamente delgado. Tenía un cigarrillo entre los dedos. Probablemente había cepillado ligeramente el pelo, la recortada melena que acentuaba, en el rostro tan pálido, un contraste de edad y enfermedad. En los ojos persistía el brillo agotado del desvelo, lo que el dolor se cobra con la insistencia del pabilo que tiembla estremecido pero no se consume.

Mol la miró, intentando la sonrisa exculpatoria de quien acaba de percatarse de una cabezada que no pudo disimular.

—Está cansado... —dijo Nora Ferad.

—Llevo un día extraño, no el habitual de quien ya no tiene obligaciones ni muchas ganas de nada. Me levanté como si el tiempo hubiese dado la vuelta.

—El tiempo es lo que menos noto. Las horas y los días son lo mismo. Nada se mueve.

Samuel Mol sintió en la cercanía de Nora Ferad un fluido que podía pertenecer al perfume de su piel reseca o al soplo que el pasado recomponía en la imagen maltrecha del sufrimiento y la edad.

—Le agradezco que me haya saludado. Tanto tiempo después tampoco me importa volver a hablar de una historia que ya nadie recuerda...

3

Fue en ese momento, antes de que Nora Ferad comenzase a recordar cómo había conocido a Tarso Cedal, el hijo de Elicio, el primer marido de Beda Covado, cuando en los ojos enfermos, que se paralizaron un instante en la lejanía que los fijaba en un espejo empañado, advirtió Samuel Mol todo el peso que la desgracia infundía en la dolencia, lo que en el padecimiento pudiera haber de un destino no menos desgraciado.

—Vino un hombre a llamar a la puerta, ya ve usted qué cosa más corriente. Tardé en abrir, hacía tres o cuatro días que me había cambiado de piso y todavía estaba ordenando lo que ahora mismo, después de tantos años, puede verse con igual orden: los muebles, los cuadros, los libros, los objetos que una acarrea sin demasiado interés, ya que nunca fui coleccionista de nada. Ese hombre preguntaba si vivía aquí el encargado del silo de la Cementera, algo tan ajeno para mí que casi ni llegué a entenderle. Le contesté que aquí no vivía nadie, una frase tan absurda como improvisada que le hizo sonreír tras la inmediata sorpresa. ¿Nadie, está segura...?, preguntó, y yo intentaba paliar el sonrojo cerrando precipitadamente la puerta sin que por un momento me lo permitiese. Una llamada y una tonta respuesta, lo que nunca significa nada, lo más trivial, lo más olvidable...

Nora Ferad jamás habría contado el banal suceso que interrumpía su trabajo doméstico en aquella mañana, cuando la llamada de Tarso Cedal nada supuso en el inmediato orden que la tenía entretenida.

Era lo más irrelevante que se pudiera contar del propio comienzo de la relación, y Mol agradeció que en la mirada enferma el recuerdo alentara la confianza, y

apreció todavía más lo que el casual encuentro revelaba en el tiempo, la sensación de que el día esparcía los pasos y las horas con una indeterminación menos acusada, como si el vuelco del pasado cobrara en su impulso un sentido que no debiera desanimarle sino guiarle.

—Habrían pasado quince o veinte días, yo estaba tomando un café en la Ciudadela y el hombre que pidió otro a mi lado, en la barra, musitó sin que tampoco llegara a enterarme del todo: ¿ya vive alguien en aquel piso deshabitado...? En esa ocasión reconozco que reaccioné a tiempo y sin el mínimo rubor, convencida de que la sonrisa franca y cómplice del hombre merecían mejor y más cálida respuesta. Tarso siempre me tomó el pelo con aquella tonta ocurrencia. No hay nadie, no eres nada, las mujeres invisibles son las que reportan mejor compañía.

—Alguno de los compañeros de la Comisaría que en algún momento tuvieron que molestarla, cuando el crimen de la calle Azumbre, dijo que usted le parecía una mujer de cristal. Los policías no suelen explicar sus observaciones y yo no me hice ninguna idea.

—El cristal se rompe, me vio frágil, no me gustaría que me hubiese visto transparente. No me agrada que se me reconozca con facilidad, que en seguida se sepa cómo soy. A Tarso le parecía oscura, le inquietaba cuando hablaba poco: no sabes lo que daría por saber en lo que estás pensando...

Había encendido un cigarrillo.

Los ojos se alzaban sobre el humo, miraban al techo, y Mol supo que en aquel gesto de distancia y altura flotaba la imagen de Tarso Cedal, tal vez con la aureola con que su presencia se había adueñado de la atmósfera sentimental que Nora respiraba y salvaguardaba, desde su muerte.

—Estoy enferma desde que murió... —dijo, sin bajar la mirada— aunque mis leucocitos ya se multiplicaban malignamente antes de saberlo. Un amor escondido, un mal secreto. Los años demuestran que en ningún caso soy de cristal. Al fin la amante de Tarso no estaba en ningún sitio, no existía, nadie sospechaba, pero la muerte también llamó a la puerta de este piso, o mejor sería decir que vino sin avisar, como casi siempre hace, y entró y nos pilló dormidos.

4

Nora Ferad y Tarso Cedal habían mantenido una relación durante año y medio, cuando Tarso estaba casado con Beda Covado y su hijo Galo entraba en la adolescencia como si habitara el limbo al que sus padres le habían conducido con menos dedicación que halago, sin que la consideración de hijo único lo convirtiera en el centro de sus preocupaciones.

—Este chico es una pena... —fue el primer comentario de Aníbal Lodares cuando lo conoció, tras el funeral de Beda y Melandro, una semana después de sus muertes—. Lo que haya ganado en caprichos lo tuvo perdido en atenciones, tampoco parece que despunte en los estudios...

A Nora no la habían molestado mucho a raíz del suceso, pero como persona situada en el entorno, aunque muy lejana y lateralmente, había tenido un requerimiento policial y Mol había hablado con ella en la Comisaría.

—La recuerdo con otro peinado y otra viveza, como si el requerimiento no la hubiese molestado mucho, o se sobrepusiera para mantener el tipo. No había muchas razones para un interrogatorio pero, en casos así, no se pueden dejar cabos sueltos.

Nora miraba a Mol. Lo recordaba perfectamente. Lo había reconocido al cruzar la calle, había apretado el paso porque sabía que a él le había sucedido lo mismo y la idea de que vendría tras ella le causó cierta desazón.

—Respondí a todo lo que me preguntaron. Tarso había muerto meses atrás, su mujer volvió a casarse sin esperar demasiado, y yo tenía algo de viuda, sin reconocimiento ni consuelo como es lógico, dadas las circunstancias.

—Era un asunto delicado... —dijo Mol, que acababa de cerrar los ojos y veía la instantánea figura de aquella mujer muy delgada y esbelta en su despacho, con la melena caída sobre los hombros y solicitando permiso para encender un cigarrillo—. Sabíamos que había mantenido una relación con el primer marido de Beda, también sabíamos que Tarso había muerto aquí.

Nora asentía, la falta de aquella melena desnudaba las líneas más estrictas de su rostro, el dibujo de una belleza marchita que hacía muy difícil la sonrisa compasiva que iba a intentar.

—Dormidos, ya le digo. No eran precisos los detalles pero sí lo que de verdad había pasado, aunque todo quedó en su momento dentro de la discreción necesaria. Los comentarios malévolos no fueron demasiados, alguna que otra suspicacia. En nuestra relación, Tarso y yo habíamos sido extremadamente cuidadosos, fue la muerte la que vino a delatarnos.

No era la primera vez que Mol escuchaba una razón así, como si entre las dificultades y contradicciones de la existencia, el límite de la ruptura del hilo conductor de la misma fuese lo que revelara lo que estaba oculto, ese valor de la muerte para desnudar con su golpe la corriente clandestina de la vida.

—No era habitual que Tarso se quedara de noche conmigo, aprovechábamos alguna ocasión, pero solía venir por las tardes, tampoco salíamos juntos a ningún sitio, apenas uno o dos viajes. La noche de su muerte no hubo ningún indicio, estaba como siempre. Nos dormimos, y cuando todavía no había amanecido y me desperté, tardé un momento en percatarme de que a mi lado había un cadáver. Tarso había sufrido un colapso, estaba encogido, rígido, como si el sueño lo hubiese ahogado...

Dos muertos sin parentesco ni razón en las simetrías que, a veces, contienen las contradicciones de la vida, pensó Mol, compaginando mentalmente los cadáveres de Tarso y de Melandro, dos cuerpos tan distintos en tan cruciales circunstancias.

—Tuvo usted mucha presencia de ánimo... —musitó Mol, sin que la mirada de Nora se alterase, aunque su mano derecha hizo un movimiento nervioso.

—No sabía lo que hacer, le juro que estuve más preocupada que asustada. Fue al cabo de un rato cuando se me ocurrió que lo mejor de todo era llamar a su padre, a Elicio Cedal. Yo no lo conocía, pero me pareció que podía ser la persona más adecuada en una situación así...

Mol recordó a Elicio sentado en la cama de la Enfermería del Asilo de las Hermanas Penitenciarias. Los clavos de su descuidada barba, el pijama de una talla excesiva.

—Tarso vive conmigo, Comisario... —dijo entonces Nora Ferad, que acababa de ponerse de pie y se apoyaba en el sillón antes de dar unos pasos para salir del saloncito—. Es quien me acompaña y consuela en mi enfermedad, y todavía duerme a mi lado...

5

Los muertos viven con los vivos cuando los vivos no se resignan a que se vayan, y ésa es la mejor manera de que los vivos cedan parte de su existencia en aras de esa compañía que reconforta tanto como daña, pensó Mol, mientras la figura de Nora se desleía por el pasillo como una sombra macilenta y adquiriría la inclinación con que el muerto verdadero acaba reposando en el lecho donde murió de verdad.

Dudó un instante en seguirla, y lo hizo con paralela inclinación, como si en el rastro de la enfermedad que ella dejaba entre el fluido del perfume y el sufrimiento, la atracción suscitara un sentimiento de sosiego y condolencia que resultaba benigno.

Nora Ferad había entrado en su alcoba, donde la luz de la ventana tenía un reflejo calcáreo, y se había acostado sobre la colcha blanquecina de la cama, reposando con las manos abiertas y el rostro tendido hacia un lado, lo que a Mol no le permitió comprobar si mantenía los ojos abiertos.

La contempló un momento, lo suficiente para corroborar que la soledad de la enferma, en los años que discurrían tras la muerte repentina de Tarso Cedal a su lado, no tenía otra alternativa que aquella falta de resignación a que el muerto se fuese, lo que no era un conducto consolador pero sí piadoso al que se había encaminado sin otra expectativa que la que orientaba su propia enfermedad, esa muerte de cada día y cada instante que detenía el tiempo.

Tarso no estaba tendido a su lado. Las manos abiertas de Nora Ferad no retenían su caricia. El lecho de su muerte no conservaba el calor de la vigilia sino el frío del sueño que lo había ahogado.

—No queremos molestarla... —había repetido Samuel Mol, cuando Nora se sentó frente a él en su despacho— pero ya sabe lo que suponen estos sucesos tan terribles, no sé lo que usted opina.

—Me cuesta pensar en ello... —dijo Nora, que acababa de pedir permiso para encender un cigarrillo—. No puedo hacerme una idea de lo que me parece imposible, tan absurdo como desconocido, ni siquiera soy capaz de imaginar esos cadáveres, no lo entiendo.

—No es la muerte a la que estamos acostumbrados... —musitó Samuel Mol—. El crimen siempre tiene esa condición extraordinaria, ni siquiera quienes estamos obligados a enfrentarnos con él podemos hacernos a la idea.

—No conocía a ninguno de los muertos... —dijo Nora, con repentina convicción, y Samuel Mol pensó que la idea de haberla requerido a la Comisaría no había sido mala, era mejor que se sintiese incómoda con el requerimiento que más tranquila en una visita domiciliaria.

—Era lo único que queríamos constatar, ni siquiera se trata de un interrogatorio formal. En estos sucesos hay que ampliar la mirada lo más posible, y usted se encuentra en algún lugar preciso.

—Lo comprendo... —dijo Nora—. Y sé de sobra que son ustedes suficientemente discretos, pero desde que murió Tarso es muy poco lo que me queda.

Nora Ferad cruzó las manos sobre el pecho y alzó un instante la cabeza, mientras Mol intentó quedar a un lado de la puerta para que no lo descubriera.

—¿Sigue ahí, Comisario...?

Algo se hundió en las sombras del pasillo, un movimiento de oscuridad en la atmósfera espesa que podía parecerse a la masa del sueño en que los pasos se desplomaban, cuando Mol se sentía extraviado o descubierto.

La voz de Nora llamó a Tarso. Lo hizo tres o cuatro veces, cada vez con menos fuerza.

Mol llegó a la puerta del piso y, antes de salir, la escuchó sollozar.

VI

La bruja

1

También podían haber pasado bastantes años desde que Samuel Mol vio por primera vez a Danza, probablemente en el bar de la esquina de una de las callecitas del Colmenar de Odesa, no lejos del chalé donde entonces tenía el establecimiento que iban a cerrarle por orden gubernativa.

No era el tiempo lo que batía el pensamiento en aquel camino de un atardecer en el que la dorada suciedad del otoño de Armenta dominaba la atmósfera impenetrable de la ciudad, y el ánimo administraba lo que cualquiera de sus habitantes hubiera distinguido entre la melancolía y la indolencia, como si en ese tránsito de la última luz los sentimientos se inmovilizaran esparcidos por todo el paisaje urbano, y Mol cediese en la deriva sin nada que gobernara su voluntad.

No era un camino distinto del que pudo llevarle en tantas ocasiones.

La deriva se correspondía con el impulso de un dominio inconsciente, no sólo en el escenario de la ciudad que habitaba desde hacía tanto tiempo, también en los escenarios de otras ciudades a las que tuvo que ir por su trabajo, donde la ronda de las calles no se escindía de lo que en la cabeza de Mol era un mismo plano de fronteras diluidas, espacios comunes que el tren comunicaba, distancias que en la sombra constituían lo que en su vida era la Provincia imaginaria, que cuando Mol escuchaba a su amigo Eliseo Viñuela denominarla con acatarrada presunción como Provincia del Hombre, no podía por menos que sentir la desproporción de su destino, el modesto temor ante el entierro de tan pocas aspiraciones.

Hacia el Colmenar de Odesa, la tarde de Armenia se deshacía con ese fulgor dorado y sucio con el que, mucho más al Sur, las aguas del Margo rescatarían el brillo de las pepitas enlodadas y la piel terrosa con que la arena de las orillas lamía a los ahogados, al menos el cuerpo de aquellos que el río se llevó sin que jamás devolviera.

—No hay otra razón... —había escuchado más de una vez Samuel Mol, y hasta lo había leído en alguna Guía de la Ciudad— para explicar ese portento de la antigüedad y el fulgor de la muerte, que el curso del río del oro de los romanos se haga de mineral, sudor y sufrimiento, lo que la esclavitud supuso en las orillas donde acamparon las Legiones...

El chalé perpetuaba la misma ruina de sus últimos tiempos, la verja carcomida, las ventanas apuntaladas, los escombros de la interrumpida demolición.

Mol se detuvo un momento.

Pensó en la edad de Danza, los posibles años acumulados sobre aquella perennidad que eternizó su figura en algún momento de la juventud o en el primer brote de la madurez, como si una sobrevenida fortaleza la robusteciera con el

incremento con que la escultura de mármol surte las líneas y las formas del rostro y del cuerpo y, en un caso tan especial, acaso también las del alma, sabiendo que los secretos de esa mujer podían configurar un espíritu pétreo.

—Todo lo que un hombre como usted pueda buscar en un sitio como éste... —dijo Danza, la primera vez que le abrió la puerta— está en sus intenciones, no hay oferta adecuada. Lo que quiera es lo que usted mismo debe inventar...

—Ella es una bruja... —aseguró Aníbal Lodares, el único que compartió algunas encomiendas en el suceso que llevó a su jefe al chalé, en las repetidas visitas que el propio Aníbal en algún momento consideró inadecuadas sin que, por supuesto, se atreviera a insinuárselo.

—Un hombre como yo no tiene intenciones cuando viene a un sitio como éste, y jamás inventa lo que puede desear.

—Digo lo de bruja... —remató Aníbal, que percibía cierta molestia en el silencio con que Mol le escuchaba, o el efecto de una inapropiada apreciación— en cuanto hechicera y, desde luego, sin mermar lo que como mujer aparenta, me refiero a la belleza, no la bruja de la escoba...

2

Cuando Samuel Mol se sentó en el banco de la taberna solitaria que más cerca estaba del abandonado chalé de Danza, un escueto establecimiento que apenas disimulaba alguno de los subterráneos agujeros del Colmenar, sintió que la fatiga interior interfería el recuerdo de la hechicera, de la que Lodares expresaba una imagen más dudosa que convincente, y en seguida su presencia adquirió la lejanía con que la vio en el bar de la esquina de una de las callecitas también cercanas al chalé, no mucho antes de visitarla por vez primera.

El hombre que atendía en el mostrador de la taberna, y que le sirvió la copa de anís con que Mol fue a sentarse en el banco, le dijo que apenas sabía nada de aquel establecimiento, ya cerrado y abandonado en la interrumpida demolición, cuando tres años atrás había adquirido el traspaso de la taberna.

—Luego, sin tardar... —le informó también— viene Vento, que es el cliente más antiguo y que, además, tiene a su favor que lo poco que habla es lo que va a misa, me refiero a que no se anda por las ramas ni dice lo que no es preciso.

Danza estaba con Cindia en la mesa más alejada de la cristalera del bar, y aquella chica desgalichada y nerviosa asentía con la cabeza a lo que Danza le decía, aunque en algún momento parecía dudar o retiraba la mano de la cercanía de las de Danza, como si hubiese un brusco desacuerdo que, al fin, la indujo a levantarse e irse del bar sin que Danza hiciese otra cosa que mover la cabeza y apurar en seguida la copa que

le habían servido para salir tras ella.

—La chica se llama Cindia Olmo, lleva unos meses en el chalé, vino del Castro Astur, y ahora mismo sólo atiende a clientes fijos... —había informado Aníbal Lodaes.

—Entre ellos a Inmobiliaria Puebla... —afirmó Mol, que repasaba las notas y el informe forense de la muerte de Alejandro Puebla, cuyo cadáver apareció al pie del pilar del Puente de la Estación, donde no llegaban las aguas del Margo cuando la sequía dejaba al aire los cantos verdosos y el limo estriado que apelmazaba la reseca suciedad.

—Ese hombre se asomó al Puente de la peor manera... —dijo Lodaes—. El alcohol es el mejor resorte del desequilibrio.

—Un accidente.

—Lo justo para romperse el cuello, no parece que haya otra cosa.

—No la hay... —dijo Mol— pero la familia no es tonta, y el mal camino que la Inmobiliaria Puebla pudo llevar esa noche aciaga no es de su gusto. La discreción es el punto final.

—Más de uno sabe en Armenta que la Inmobiliaria, como usted dice, tenía sus más y sus menos, aunque lo del exceso de alcohol no era habitual. Puebla controlaba los vicios, al menos en parecida proporción a como mostraba las virtudes, me refiero a la misa de los domingos con la familia al completo.

—Es lo único raro... —dijo Mol, cuando Aníbal Lodaes observó que el gesto absorto del jefe indicaba que ya no quedaba más que hablar: la duda pertenecía a lo que el excesivo alcohol hubiera supuesto en tan desgraciada ocasión, y el jefe apuraba encogiendo los hombros el definitivo silencio que sus subordinados aceptaban no sin cierta inquietud.

—Ya le dije... —comentó todavía al salir del Despacho Aníbal Lodaes— que lo que la chica tiene de anguila lo tiene la dueña de hechicera...

3

Tampoco fueron demasiadas las veces que Samuel Mol fue al chalé de Danza, pero la mayoría de ellas ya no tuvieron nada que ver con las circunstancias de la muerte de Alejandro Puebla y el hecho comprobado de que la noche de la misma hubiese estado allí con Cindia Olmo.

—La mala vida, la mala muerte, la buena suerte, cualquier desgracia... —era la cantinela con que uno de los Guardias paseaba su vigilancia ante la puerta de la Comisaría, incidiendo en el tono agorero que amedrentaba de igual modo a quienes entraban a poner una denuncia o a resolver un trámite administrativo.

—La mala muerte de ese hombre se la buscó él mismo... —dijo Danza, pero

cuando Mol le preguntó por Cindia ella no pudo disimular el fastidio—. No puede decir más de lo que les lleva dicho, y usted sabe que yo corroboro lo que declaró. Ese hombre salió de aquí con cuatro copas, no más. Lo último que se admite en esta casa es un borracho y jamás ese hombre vino en tales condiciones. La botella que pudo llevarse fue cosa suya, pero aquí desde luego no la consumió.

Iba en horas desacostumbradas, cualquier día suelto, como si la visita surgiera de una ocurrencia imprevista.

Casi nunca había chicas y jamás un cliente, y sólo en una ocasión nadie respondió a su llamada.

—Ya le dije que lo que busca se lo tiene que inventar... —repitió Danza, cuando Samuel Mol sonrió complacido, y ella dejó que sus ojos sostuvieran la mirada que contenía una chispa de complicidad y apremio.

—Nunca invento lo que puedo desear, no merece la pena ese desgaste de la imaginación.

—Pero no vuelva para hablar de lo mismo.

—Soy un amigo descarriado. Tenía la seguridad de que a usted no iba a importarle que regresara, y hoy es uno de esos días en que voy y vengo sin rumbo fijo. Me acordé de usted cuando ya estaba muy cerca.

Lo que a Samuel Mol más le gustó de Danza, más allá de la perennidad de su carne, lo que en la penumbra de una alcoba que contenía la desnudez de la piel como si se esparciera por la atmósfera, y fuese esa desnudez lo que llenaba la totalidad de los sentidos, como si en ellos todo respondiera a la misma percepción y en igual intensidad, fue lo que la fantasía de la voz enumeraba desde un más allá tan inmediato como inquieto, el cuerpo tendido al lado del suyo cuando todo había terminado y ninguno de los dos parecía dispuesto a levantarse.

No era el sueño común, la debilitada conmoción tras el placer tan largo o la resaca del deseo que en los hábitos de Mol, y según la edad lo iba minando, le producía una alteración amarga, equivalente a la del alcohol pero mucho más transitoria, como un decaimiento en el contraste de la fiebre tan alta y el roce de la arena muscular que resbalaba con aspereza.

—¿Sabes lo que hizo al mundo...? —escuchaba Mol, y en la voz existía una resonancia que, si de nuevo cerraba los ojos, podía llevarle a la cueva en que una vez se perdió de niño, o al sueño de su extravío en un lugar así—. Lo hizo el instinto de un animal doméstico, también su cobardía, no lo hizo la fiereza de un bicho salvaje, ni la ambición del pájaro que vuela más alto y lo ve en la lejanía, allí depositado como la pluma que perdió, un paisaje sin gracia y lleno de incertidumbre.

—No sé de lo que hablas, ni siquiera estoy muy convencido de escucharte.

El cuerpo de Danza se volvía hacia él, y lo siguiente formaba parte de la resonancia que llenaba la atmósfera de los sentidos en la penumbra y el sigilo.

—Lo digo para que te asustes y no vuelvas.

4

Un día Samuel Mol se asustó de veras.

El cuerpo de Danza cedió en su ímpetu bajo la fuerza del suyo y por un instante tuvo la sensación de que se había convertido en un reguero de carne derramada.

Ella tenía cerrados los ojos y el desmayo persistía tras el hondo suspiro que exhalaba el placer en el límite de lo que nunca culminaba el abrazo, ya que los cuerpos alargaban sin estrecharse por completo una suerte de resistencia que ahondaba las convulsiones en la medida de un abismo que, al final, siempre gobernaba ella, como si el esfuerzo del amante se correspondiera con la sabiduría que lo orientaba.

La figura yerta mantenía el desplome, abiertos los brazos, esparcida sobre las sábanas, y cuando Samuel Mol se retiró y saltó inquieto, percibió en la penumbra el reguero azulado, lo que en la carne tibia marcaba el hilo de las venas como una raya de fosforescencia.

—No vuelvas... —musitó Danza en seguida, abriendo los ojos y cerrando los dedos de las manos—. Soy un peligro para el que se pierde y siempre existe el riesgo de morir en el Bosque. Tú eres un animal urbano...

—No digas disparates. Me asusté de verdad.

—He muerto así alguna que otra vez, pero puedo jurarte que jamás maté a nadie de este modo. Una buena profesional debe hacer su trabajo lo mejor posible, no te asustes. El Bosque no es el sitio de los animales domésticos. A veces, como ahora, me puede el cansancio...

Samuel Mol decidió que no iba a volver al chalé, pero todavía lo hizo algunas veces.

Desde aquel suceso la atracción de Danza sumaba el riesgo de alguna posibilidad secreta, y esa aureola no contribuyó a la seducción, la posibilidad encaminaba la inquietud sin especiales retribuciones, como si la satisfacción y el placer adquiriesen alguna inesperada y hasta ingrata advertencia.

—No reincidento en lo mismo, te prometí no hacerlo... —le dijo Mol la última vez que estuvieron juntos, cuando el placer recién experimentado derivaba con mayor intensidad en la desazón de la resaca— pero sabes de sobra que no era vana la sospecha que tuve de Cindia Olmo. Esa chica se fue aquella noche con el cliente, con Alejandro Puebla. Probablemente eres la única que lo sabía, y entiendo que le echaras una mano.

Danza se incorporó indignada.

—Buscas culpables... —dijo—. El oficio de la sospecha está lleno de miseria, no sé lo que quieres.

—Nada, no quiero nada, no pasó nada, no soy moralmente un buen profesional, pero Cindia se fue con el muerto. La culpabilidad tiene grados variados y la sospecha es un oficio ruin pero irremediable, qué le vamos a hacer.

—No sé cómo puedes hablar de culpa sabiendo que el mundo está hecho de azufre.

Samuel Mol estaba desnudo en la penumbra, dio unos pasos por la alcoba, se sentó al fondo de la cama.

—Me confieso con frecuencia... —dijo tan resignado como avergonzado—. Es el único alivio de una conciencia turbia, aunque tampoco solventa mis desazones, pero es que soy un hombre religioso.

—Lo que me faltaba por oír...

—Son frecuentes los casos en que no cumplo con mis obligaciones policiales. La culpa, la exculpación, las contradicciones de hacer precisamente del sospechoso el culpable, y que caiga sobre él todo el peso de la justicia, que es para lo que me pagan. A veces los indicios son más que suficientes y, sin embargo, me desentiendo de ellos, doy marcha atrás, hasta borro las huellas que los sustentan, una absurda acción no menos delictiva o lo que podría entenderse por un no menos absurdo perdón cristiano que concedo del modo más injusto, igual que si me lo adjudicara a mí mismo. La mayor contradicción o la manipulación más desvariada. Esa chica estuvo con ese hombre en el puente. Los indicios se relacionan, como en otras ocasiones, con lo que no puedo negarme a mí mismo: el instinto, esa facultad que tanto me ayuda y atormenta...

Danza se incorporó, saltó de la cama, buscó algo afanosamente entre la ropa depositada en una silla.

—Vete y no vuelvas. Esa chica ya tuvo bastante con lo que le cayó encima, no me hables de ella ni menciones a ese muerto de mierda. Ya es el colmo que también te quieras confesar conmigo, no hay cosa que más aborrezca que las reservas mentales y morales, a los bichos afligidos les pateo la barriga...

5

El hombre que se llamaba Vento, al que se había referido el que atendía la taberna tras el mostrador, se acercó al banco donde estaba sentado Samuel Mol, que apenas había mojado los labios en la copa de anís.

—Aquí todo dios hace de su capa un sayo... —dijo cuando se sentó a su lado, con un vaso de vino en la mano—. Los del Colmenar no tenemos ganas ni altura de miras. La vida es el desorden que mejor se aprecia desde cualquier ventana.

—El chalé lo cerraron por orden gubernativa.

—De un plumazo, pero la mayoría de las chicas ya no venían y la dueña voló con lo puesto. ¿Sabe usted en lo que consistía el equipaje de aquella mujer que, dicho sea de paso, hizo de las noches del Colmenar un alboroto, me refiero al sueño de los vecinos...?

Mol vio los ojos encendidos de Vento, la ceja del izquierdo alzada con presunción.

—El bolso, nada más. Cerró la puerta por fuera y dejó la llave puesta. Yo no tenía otra curiosidad que la de olerle la melena y ella me había demostrado algún aprecio. Eso fue suficiente para que la acompañase a la Estación.

—¿Dónde se fue...?

—A Barcelona. El Shanghai era el que más le convenía. Ese paseo fue el mejor de mi vida. Yo no dije nada, no podía hablar, a lo que olía la melena es a lo que un ser humano no tiene derecho a oler. La vida se acaba con el aroma de un perfume secreto. Ella hablaba, decía cosas.

Vento bebió el vino y Mol el anís.

—¿Qué cosas...?

—Algunas de Armenta, como que la piedra resiste lo que el engaño no puede sostener y que el eco de alguna campana equivale al último suspiro. Otras del río, del Margo, como que lo que lleva el agua se corresponde a la sangre de un niño que se hará mayor o que en las orillas no hay manera de dormir tranquilo, y también decía que el puente une y separa lo que el agua desprecia.

El hombre se encogió de hombros y fue la ceja derecha la que alzó con desánimo.

—Yo no sé si esa mujer tenía el alma en la boca o el corazón entre las piernas, y perdone que lo exprese de este modo porque cuando la recuerdo siento que la desgracia de estar viudo es como una bendición de Dios.

Guardaron silencio.

—Recuerdo a una chica que se llamaba Cindia... —dijo Mol, y Vento se levantó y regresó en seguida con otro vaso y otra copa de anís.

—Es la única que sigue en el Colmenar y, aunque le parezca mentira, casada. Si quiere verla, baja por la calle Niéster y en la primera esquina, a la derecha, la encuentra en el bajo. Sigue siendo muy poca cosa, con menos apariencias que ganas y un don en los ojos que ni el marido es capaz de descifrar, se lo digo porque somos amigos.

—Hacía seis o siete años que no venía al Colmenar... —reconoció Mol, después de llevar la copa a los labios y moverla en el aire.

—No es el mismo. Nada cambió y, sin embargo, todo parece distinto. No sé si igual le pasa a Armenta o es lo que quiere el mundo. También las personas somos distintas sin haber cambiado, y los propios animales. Aquella mujer lo explicaría diciendo que el espejo se empaña o se ensucia. Voy a decirle lo que sentí cuando la vi

subir al tren, sin ni siquiera volverse para despedirme, como quien deja al perro que la siguió.

Vento cerró los ojos y cuando volvió a abrirlos tenía la mirada empañada o sucia.

—Sentí que la voluntad me había abandonado, que ya no iba a tener ni intención ni ánimo ni resolución en lo que hiciese. Se fue el tren y yo saqué del bolsillo del pantalón una miga de pan que, en cualquier otra circunstancia, podía haberme parecido una perla. Luego volví al Colmenar echando más tiempo del debido, sin pensar en nada, y cuando llegué al chalé y comprobé que ella había cerrado la puerta pero dejando la llave puesta, tuve intención de abrir y entrar, pero ya le digo que la voluntad me había abandonado. Soy de los que en Odesa menos ganas tienen y menos altura de miras...

VII

Las prendas

1

Samuel Mol bajó por la calle Niéster y, antes de llegar a la primera esquina a la derecha, vio que la doblaba y venía hacia él una mujer que no tardó en reconocer.

La mujer le rebasó veloz, como si sus pasos se multiplicaran en la dirección que llevaba, con la decisión con que camina no sólo quien tiene prisa sino la intención de desaparecer lo antes posible.

Los vericuetos del Colmenar de Odesa se incrementaban en la altura de sus callejuelas más intrincadas, donde el Barrio en vez de esparcido estaba apiñado, formando una especie de cabeza quebrada que coronaba un cuerpo desparramado en el desnivel de su desorden, pero menos áspero y más transitable.

La idea de seguir a Cindia Olmo desató en Mol otro resorte impremeditado y, al volverse tras ella, sintió la alerta de los infinitos seguimientos en que tantas horas había invertido, cuando en el cauce de cualquier sospecha o en el indicio de alguna acción o comportamiento convenía avivar los acechos, seguir un rastro tras las propias pisadas de la presunción o la mera vigilancia.

Cindia Olmo tenía el mismo cuerpo desgalichado y escueto, el pelo muy corto, el vestido que se amoldaba a sus formas con la apretura juvenil que lo estrechaba.

Mol la siguió en la distancia, percatado de que Cindia en ningún momento miraba hacia atrás, y se fue acercando a ella según ascendían por las calles hasta la altura intrincada, donde si la dejaba alejarse podría perderla.

La caminata animó a Mol.

Los pasos veloces de Cindia no se resentían en las cuestas, la decisión conllevaba lo que podía ser una cita concertada lógicamente a una hora concreta, y en la cabeza de Mol esa idea tomó la relevancia de otros seguimientos en los que el sospechoso, o alguno de los comprometidos en la correspondiente investigación, iban a entrevistarse con alguien, requeridos para hacer algo o dispuestos a cumplir una encomienda.

La callejuela de la casa donde Cindia entró no tenía nombre, era apenas un pasadizo entre otras, y lo que Mol pudo observar al instante de su llegada fue una momentánea indecisión, no como si Cindia dudase de la dirección sino como si le surgiera una última reserva o le costase más de lo previsto el último paso.

No se veía a nadie, las sombras del oscurecer otoñal se desgranaban lentas y la atmósfera del Colmenar concentraba el tufo polvoriento de su vejez, como si las partículas se apelmazaran en el leve vuelo desde el desprendimiento de los revocos, en las ronchas de las fachadas.

Tres cuartos de hora más tarde, del portal salió un hombre joven.

Se había detenido un momento, que Mol aprovechó para deslizarse en la

oscuridad del pasadizo, en el intento de verle lo más cerca posible sin ser delatado, y observó el traje gris, la corbata, un matizado bigotillo y el pelo revuelto de quien no se acordó de peinarse, lo que probablemente motivó el gesto mecánico de llevar la mano derecha a la cabeza.

El hombre dio unos pasos en la dirección de Mol. Era joven, aunque el rostro remarcaba en la delgadez excesiva una línea de tirantez, moreno, y tenía en los ojos el brillo de la fiebre, ese fulgor que excede en la mirada como una brasa enferma, y que en el recuento con que Mol ordenaba en la memoria sus observaciones pertenecía a quienes contienen con dificultad el sufrimiento interior o el destello delata la ansiedad.

Lo vio pasar y, por un instante, dudó en seguirle.

Hubo cierta inconsciencia en la motivación de Mol, como si la situación de la espera en la oscuridad hubiese roto el propio hilo de su deriva y fuera de nuevo el pasado lo que irrumpía sin más dilación, pero en seguida, cuando aquel hombre se fue con paso veloz, se acercó a la casa y no dudó al entrar en el portal.

2

Era difícil calcular la orientación de la escalera, que ascendía en los estrechos tramos, entre la oscuridad que se iba espesando sin que apenas se aliviara en el reducido espacio del rellano, y Samuel Mol mantuvo la palma de la mano derecha sobre la pared, reconociendo el roce en la aspereza del yeso polvoriento.

En los primeros peldaños pisó algo blando, y poco a poco fue recogiendo lo que en seguida distinguió como las prendas de las que Cindia Olmo se hubiese despojado: la ropa interior, el vestido, hasta lo que pudiera ser un prendedor, las medias y los zapatos, y el hallazgo hizo que Mol recordara alguna huella lejana, cuando en las calles de Armenia los objetos personales de un desaparecido fueron devueltos en los rincones más insospechados, con la sorpresa de lo que acabó siendo un macabro descubrimiento.

En el rellano del último piso se escuchó un rumor que podía parecer un sollozo o un parloteo ensimismado.

Mol se acercó a la puerta, llevaba en las manos todas las prendas recogidas, acercó el oído y comprobó que el sollozo se intercalaba entre las palabras. Dejó las prendas en el suelo y llamó con los nudillos. No hubo ninguna respuesta, el rumor se mantenía en igual tono. Repasó la puerta, repitiendo la llamada y al comprobar que la llave estaba puesta la giró para abrir.

La mujer desnuda estaba al fondo del pasillo, y de la habitación inmediata salía un reguero de luz mustia, como si proviniera de una lámpara de muy poco voltaje y

que estuviera en el suelo.

—Eres Cindia Olmo... —aseguró Samuel Mol, que percibía la figura desnuda como un dibujo al carboncillo, más poderosa y firme de lo que la recordara en el seguimiento, como si la levedad y la delgadez fueran engañosas.

La mujer dio dos pasos hacia él, el rumor había desaparecido. Mol le ofreció las prendas pero ella no pareció percatarse, dio la vuelta y fue hacia la habitación. Mol la siguió.

Cindia Olmo se había sentado en el lecho que tenía las sábanas revueltas, la almohada doblada y la colcha tirada en el suelo, cerca de la lámpara también volcada.

—A lo mejor te acuerdas de mí... —dijo Mol, depositando las prendas en la cama, a su lado.

Cindia se acostó boca arriba, cerró los ojos, abrió las piernas, estiró los brazos.

En la atmósfera velada el olor de algún perfume sudoroso, la mezcla de acritud y esencia, derivó en otro aroma de secreción y carne que el olfato de Mol aspiraba como el fluido pantanoso que, en más de una ocasión, había acompañado el descubrimiento de un cuerpo tras mucho tiempo de pesquisas, uno de esos cuerpos escondidos que concentran la muerte en el abandono.

—Soy Cindia... —musitó con un movimiento perezoso—. Las veces que me vieras serían las mismas que me hubieras matado, si lo que querías era acabar conmigo del modo en que unos y otros lo hacen.

Mol se sentó a su lado. La mano le tembló al acercarla a su pecho, y ella tardó un momento en cogérsela.

—Fui un buen amigo de Danza.

—Puedes reconocerme mejor, si compruebas la cicatriz que tengo en el vientre. No sabes que tuve un hijo, y que se necesitó un milagro para que naciera y viviese. También me reconoces cuando me besas.

El aroma era intenso y, en el borde del deseo que la atmósfera emulaba en el asedio de una incierta apetencia, la mano de Mol descansó en la cicatriz de Cindia, que se volvió hacia él con los labios abiertos.

—¿Qué vida llevas, quién viene a verte, me dijeron que te habías casado...?

Lo besó en el cuello y Mol se incorporó.

—Ya no pude resucitar... —dijo Cindia— pero no son muchos los que vienen, sólo algunos para seguir acostumbrada. Y de cuando en cuando, ese pobre desgraciado que me quita la ropa y la tira. También otro que me amenaza. A Danza la recuerdo pero hace muchos años que no sé nada de ella.

Lo que Samuel Mol no pudo reprimir fue la tensión que hizo del deseo un nudo en el que su cuerpo quedó atado, cuando Cindia Olmo, entre sollozos y rumores, comenzó a estrecharle y, con más vértigo que lentitud, como una serpiente que se enrosca entre la convulsión de las anillas, logró que la inmovilidad de la presa se adecuara perfectamente al límite de su extenuación, como si en el final de aquel esfuerzo ya no fuese el deseo lo que desencadenaba su violencia, acaso la sinrazón de un sueño que jamás llegaría a cumplirse o el delirio en que la carne se debate con igual impiedad que desesperación.

Cuando Cindia cedió en el abrazo, la respiración de Mol tardó en recuperar la normalidad, el sofoco interfería en la angustia y el copioso sudor hizo que sus manos temblorosas rozaran la desnuda espalda que parecía impregnada de un lodo resbaladizo.

—No me conduelo... —alcanzó a escuchar lo que la voz ronca de Cindia estaba repitiendo, todavía con los labios pegados a su oído—. No me voy a arrepentir. El que quiera cobrarse la deuda me encontrará dormida...

Olía al barro de la ciénaga. La atmósfera resultaba irrespirable. Las aguas acababan diluyendo lo que la esencia mantenía en su mezcla, el perfume de la piel y del cabello, la vaharada del cuerpo abierto en la extrema desnudez que exhalaba todos los humores, como si la habitación fuese una cueva de vapores descompuestos.

—Otra cosa no puedo hacer. Vengo sin que nadie me reclame, a cobrar lo que necesito, lo que me pertenece, lo acostumbrado. Yo había nacido en la esquina y no podía moverme, la noche que me escapé no la recuerdo, nadie tiene derecho a echármelo en cara.

Mol se incorporó. Estaba empapado. Cindia todavía hizo un esfuerzo por retenerlo apresado en sus brazos, pero él se desasíó como pudo.

—Déjame... —pidió Mol, intentando regular la respiración y estirando los brazos.

—Hay un cielo negro y una lápida borrada, la burla de mi nombre, lo que quisieron hacer sin que lo consintiera, lo que menos me importa. Nada temo que no me haya sucedido, sólo echo en falta a Danza, porque ella me cogía de la mano cuando lo estaba pasando peor y soñábamos juntas.

Mol buscó el cuarto de baño y se limpió y refrescó. La voz de Cindia volvía a ser un rumor entre los sollozos.

—Danza te guardó el secreto... —le dijo Mol, cuando regresó a la habitación, donde ella estaba sentada en la cama con la cabeza entre las manos—. Y yo lo he hecho bastantes veces, no sólo en tu caso. Me he callado lo que he descubierto o lo que llegué a sospechar con indicios suficientes. Fui un mal policía, alguien en quien profesionalmente no se debería confiar, un hombre temeroso de Dios. Ahora, cada día que pasa, ando más atormentado, como si alguien viniese a reclamar las deudas, o me

amenazara con ello. Y no viene nadie, es la costumbre, como dices, de lo que uno hizo, el hábito de vivir de igual manera.

Cindia se puso de pie, dio dos pasos hacia él, de nuevo quiso abrazarle.

—Me casé con un pobre desgraciado, tuve un hijo. Ese hombre no ve lo que tiene al lado, se conforma con lo que quiere, tampoco pregunta nada, nunca lo hizo. Yo sigo perseguida, no tengo que rendir cuentas a nadie, pero soy la misma persona, nadie se confundiría conmigo, y de suyo los que vienen aquí me reconocen en seguida.

—No me agrada estar contigo... —dijo Mol, rechazándola—. Hay un Dios que rema al revés para que los caminos torcidos se vuelvan rectos. No sé si hoy he salido de casa con el pie derecho, tengo mis dudas.

Cindia regresó a la cama.

—No cierres la puerta... —pidió, tendiéndose—. El último que viene es el que más tarda y el más exigente.

Mol alcanzó la puerta. La voz de Cindia todavía retumbó en la oscuridad:

—No iba a empujarlo en el puente, no hizo falta, sólo le ayudé a que se cayera. Luego bajé a mirarle. Tenía cerrado el ojo izquierdo y abierto el derecho. La baba le llegaba a los pies.

VIII

La reclamación

1

Lo que hizo Samuel Mol en el regreso a casa fue un denodado esfuerzo por evitar la deriva que le había llevado tan lejos, como si catorce años después de aquel suceso de Azumbre y, tras el casual encuentro de Elido Cedal en la Enfermería del Asilo de las Hermanas Penitenciarias, el vuelco del pasado recreara la suposición de que no existía ninguna contraposición con el presente, o en el fluido del tiempo ningún obstáculo se interpusiera.

Salió del Colmenar de Odesa cuando la noche ya se había echado encima, y fue bordeando el Barrio de Ciento, por la parte alta de la Ciudadela. El aire otoñal enfriaba la noche de Armenta y en las calles más abiertas del Norte, por donde más directamente se encaminaba a su casa, un viento leve movía las sombras.

Mol se detuvo a la puerta del Café Antracita. Tras el ventanal se divisaba una clientela esquilmada y, en la duda de entrar o seguir caminando, desvió los pasos con otra ocurrencia, pensando que el Padre Arintero estaría en su despacho de la Parroquia del Palio.

Podía atravesar las naves de la Iglesia, todavía abierta, o llamar a la puerta trasera de la Oficina Parroquial, y prefirió hacer lo primero, echando un vistazo al confesionario donde el Padre invertía en algunos días de la semana las horas finales de la jornada.

No había nadie en la Iglesia, ni en el local de la sacristía, ni en el pasillo de la Oficina y nadie respondió a su llamada en el despacho. La puerta no estaba cerrada con llave, nunca lo estaba, y Mol entró, encendió la luz y se sentó a la mesa atestada de libros y papeles, igual que los armarios, las otras sillas y algún mueble auxiliar.

—El día que todo esté en su sitio... —decía el Padre Arintero, sin que la resignación del desorden aliviase su desánimo— perderé la fe. Dios me pone a prueba con esta incapacidad, y lo peor de todo es cuando no logro encontrar el viático y hay un aviso urgente...

Cuando Mol se decidió a buscar la botella de anís que el Padre guardaba en un armario, pero nunca en el mismo sitio, escuchó la voz que lo orientaba a sus espaldas, con la indicación de que podría encontrar alguna copa en el cajón derecho de la mesa.

—Hoy llevo un día fatal... —dijo el Padre Arintero, quitándose la dulleta—. En el Sanatorio de Encina se murió un cirujano cuando iba a operar una hernia, y de los tres moribundos que atiendo, dos entraron en coma al tiempo, y el tercero había fallecido cuando llegué. La extremaunción es el Sacramento que más recelo causa, y a más de uno lo ha rematado en vez de aliviarlo.

—También hubo alguien que resucitó, según tengo entendido.

El Padre Arintero se había sentado a la mesa, buscaba afanoso el tabaco y encendía un cigarrillo.

—Así fue. No un caso, dos o tres en lo que llevo de ministerio. Los Santos óleos como si fueran el bálsamo de Fierabrás o el unguento prodigioso. Uno de los que abrieron los ojos volvió a cerrarlos y musitó: no siga, por lo que más quiera...

Mol y Arintero compartieron la sonrisa con igual indulgencia.

—El mío es un día extraño, parezco un alma en pena.

—¿Querías confesarte...?

—Lo hice esta mañana en el Calvario, y con uno de esos curas que llevan al dedillo el libro de cuentas. Los pecados no debieron cuadrarle, la penitencia no parecía el resultado del suma y sigue.

—Eres un pecador complicado. El saco lo llenas de todo lo que se te ocurre, pero la verdad es que esta noche me pillas con las defensas bajas, lo último que debiera reconocer un sacerdote.

Mol bebió el anís que se había servido.

—Me parece que al cabo de catorce años, en un día tan banal y extraño como éste, la vida me hace una reclamación, de esas con las que ya no se cuenta. No sé si el pasado me zarandea o el presente se mueve más de lo debido. Las cosas o los asuntos que yo buenamente he enterrado no suelen volver a la realidad, me inquietan, me perturban, hasta pueden amargarme, pero sólo afloran moralmente para perjudicarme la conciencia.

—Te has buscado un buen entretenimiento... —dijo el Padre Arintero, con la sorna compasiva de quien no puede disimular que está cansado—. Te has hecho cristiano o judeocristiano, mucho tiempo después de no ser nada. Ahora que te jubilaste, que no tienes nada que hacer y que la edad empieza a pesar de veras. No sé si has acertado, me temo que no.

Mol asintió. El anís no tenía el dulzor apetecido.

—La edad enturbia la realidad y, como bien puede comprobarse, la memoria se llena de fantasmas. Una conciencia cristiana, o judeocristiana que suena mejor, es lo más aparente, lo que cae más cerca, lo que más fácilmente se apodera de nosotros porque en seguida nos agarramos a ella. Un cristiano que navega sin rumbo fijo y con pocas alternativas.

—Mira, yo voy a hacer una cosa... —decidió Arintero, incorporándose—. Meterme en la cama sin cenar y tomar una pastilla para dormir. Es lo más adecuado para rematar un día fatal o extraño. El último moribundo, que ya había cascado cuando le administré los Santos Óleos, me dio envidia. Dormir va a ser el mayor consuelo, pero si todavía te queda algún resquemor te confieso, ya sabes que el Sacramento es gratis y que en tu caso el anís va por cuenta de la Parroquia.

Esa noche el fantasma de Carmelo Cadmo le salió al encuentro, por vez primera, a la vuelta de la esquina de la calle Almohades, en cuyo número siete vivía Samuel Mol.

El fantasma había comenzado a aparecérsele en el sueño, como un visitante que no quiere molestar, con frecuencia en la condición del espectador que deambula en un segundo término entre las cosas soñadas, la sombra curiosa que puede encogerse de hombros mientras el durmiente se alerta y angustia o que guiña un ojo y acentúa el gesto de aliento que el durmiente agradece en los momentos de mayor inquietud.

No había pasado mucho tiempo desde la muerte de Carmelo cuando comenzaron aquellas apariciones y, a partir de cierto momento, comenzó a esperarle en el portal o a llamar a la puerta siempre con la misma contraseña, pero nunca hasta esa noche lo hizo en la calle.

También, cuando alguno de los sueños de Mol resultaban especialmente ingratos y despertaba sobresaltado, los pasos de Carmelo resonaban en el pasillo del piso y su voz solicitaba sosiego, como si el prófugo polvoriento del triste más allá que habitaba tuviese la voluntad de un ángel compasivo.

—Viene cansado, Comisario.

—Eché el día entero.

—Le aconsejé por la mañana en Azumbre que no entrara en esa casa, son ganas de darle vueltas a lo que ya no merece la pena.

—Asuntos de conciencia y asuntos de clemencia, como bien sabes, ya te dije que Elicio Cedal estaba en la Enfermería de las Hermanas Penitenciarias. Y ese hombre no es un fantasma como tú.

Carmelo caminaba a su lado.

La presencia tenía no sólo la consistencia corpórea sino el ánimo que en la voz irradiaba la confianza melancólica con que el Inspector repasaba cuando estaba vivo los asuntos de la profesión y la vida.

—Puede ser un fantasma... —dijo Carmelo— no lo dude. Han transcurrido los años suficientes para que, a pesar de seguir vivo, sea un espectro. Lo que aquellas muertes supusieron podían reconducirlo a esa quimera.

Samuel Mol se detuvo.

La presencia de Carmelo Cadmo en la calle acrecentó el presentimiento de una soledad desesperada, el naufragio de la turbia realidad que acababa de mencionar al Padre Arintero, con esa presión desazonada y confusa de la edad.

—¿Qué años tenías cuando te dio el infarto...?

—Cuarenta y siete... —dijo Carmelo—. Y no menos de dos sobrellevando el dolor en el costado que lo anunciaba, y engendrando los hijos de la penosa descendencia, inconsciente y atribulado. Fui un muerto de muy poco peso específico.

—Elicio tendrá ochenta y seis u ochenta y siete. Los catorce años lo han convertido en un anciano, pero en aquel tiempo conservaba el brío y la rudeza del

trabajador.

—Del Asilo a Azumbre no hay otra lógica que la del desvarío, Comisario, no le dé vueltas. No se entiende que en vez de dar el paseo del jubilado, haya ido a husmear entre los desperdicios.

—Y algo más hice, Carmelo. Como si los pies tomaran la dirección inadvertida y quienes menos pudiera sospechar me estuviesen aguardando, cualquier mirada, casualidad o reconocimiento. Son las cuentas pendientes. Y la edad, ese cumplimiento al que te fuerza el tiempo como una quimera. Los que estáis muertos, ya lo solucionasteis.

Carmelo Cadmo se quedó unos pasos detrás de Mol. Su voz parecía más lejana.

—No es así, ya lo comprobará. Los muertos estamos huérfanos y más solos que la una. Nada se remedia, y el aburrimiento es infinito.

Mol se volvió.

Carmelo Cadmo tenía las manos metidas en los bolsillos del pantalón y la punta de sus dedos se movía nerviosa en los rotos. Las gafas caían por la nariz, con una patilla alzada.

—Elicio fue el único sospechoso, y nos agarramos a él porque no había otro. Sin pruebas, pero con la sospecha de lo que podía saber...

—Un sospechoso recóndito, como usted mismo dijo.

—Lo que ocultara lo hacía más impenetrable, pero eso tampoco evitaba que estuviésemos confundidos... —reconoció Mol—. El Juez Moreda quería resultados, pero la película se iba desinflando y era mejor el olvido que la espera interminable. Las suspicacias las manteníais Lodares y tú, como en otras ocasiones.

—Jamás le íbamos a faltar al respeto, quiero decir a la confianza del mejor profesional. Siempre fuimos, eso es verdad, unos subordinados fieles. Usted era el que más sabía y quien mejor podía administrar la clemencia.

Mol caminó.

—Voy a acostarme, Carmelo.

—Otra cosa que echo en falta.

—Gracias por venir.

—No vuelva a Azumbre, Comisario, no merece la pena. La puerta abierta de ese piso, ya se lo dije, no me gusta un pelo.

3

No iba a dormir, el cansancio suponía un vencimiento que lo vaciaba y lo dejaba exhausto, y el pesar era una rémora que contribuía a la fatiga.

En esas condiciones le costaba trabajo desnudarse y la idea de que el sueño sufría un insistente aplazamiento le llevaba a deambular por el piso y a comprobar,

desanimado, que el desorden de sus cosas era mayor del previsto.

Mol siempre había vivido en aquel piso de la calle Almohades desde que le destinaron a Armenia.

Le gustaba el Norte de la ciudad, lo que en la altura urbana había de lejanía en una demarcación de cercanos desmontes y miradores que el tiempo fue desfigurando, ya que en el Norte, en los alrededores de la carretera del Castro Astur, en seguida comenzó una expansión de bloques lujosos y adosados que se pusieron de moda.

El Comisario llegaba a Armenta sin ninguna referencia familiar. El profesional comedido y taciturno que tomaba posesión del cargo y del despacho en la planta baja del edificio de la Comisaría en la Plaza de la Reserva, no daba pie a ninguna suposición personal, tenía la aureola de un trabajo valioso en diversos destinos, y no necesitaba del mínimo esfuerzo para que su competencia se percibiera, tanto en los estamentos internos de su mando como en la relación con las autoridades e instituciones de la ciudad.

Tardó en saberse que era un viudo reciente y que tenía una hija ya mayor, que vivía en Barcelona, y de la que no hubo más noticia en los años transcurridos, en los que la intimidad del Comisario no sólo se mantuvo inmunizada sino que borró cualquier curiosidad, como si el respeto a su trabajo conllevase la consideración de que formaba parte de una sensibilidad alimentada en el secreto de su modo de ser, la mezcla cuidadosa de lo particular y lo profesional, una indecisa frontera de admiración y respeto.

La intención de tomar una pastilla en seguida fue desechada, los somníferos tenían para Mol la contrapartida de los malos sueños, y su necesidad se contrarrestaba con la sensación de los despertares más abruptos, un efecto que la química procuraba con peores resultados que el alcohol, aunque las copas de anís, su única bebida y la más persistente costumbre en ese sentido, estaban medidas, tenían el control de una larga y aquilatada administración.

—Bebes alterado... —le decía algunas veces a Aníbal Lodares, que mantenía la copa de ginebra y el cigarrillo con el mismo ímpetu de la combustión—. No distingues entre el trago y el humo, no sabes si enciendes la copa o sorbes el tabaco. Vas a quemarte los dedos y los labios.

—Es la vida la que tengo abrasada. Yo no sé, Comisario, lo que puede suponer un matrimonio disuelto y unos hijos tirados a la buena de Dios, pero da grima la desavenencia conyugal, las caras largas, los desplantes continuos.

Cuando se sentó en la butaca del salón y encendió la lámpara de pie, se dio cuenta de que lo que tenía en las manos era una de las viejas libretas de anotaciones, no exactamente la que de un modo inconsciente hubiese buscado, aunque la mera estratagema de cualquier búsqueda, en otras noches parecidas, tenía igual aliciente en el insomnio, el temor de que el cansancio fuese la peor arma para dormirse, ni

siquiera para que el reposo, tendido en la cama sin otra intención, coadyuvara al sosiego, dejase que en la conciencia fructificara la superficie mansa de un lago, que podía tener oscuras y revueltas las profundidades.

Sonó el teléfono.

Sonaba desde una balda de la librería y tenía esa insistencia de la interrupción que, desde hacía mucho tiempo, no era habitual en la soledad de Mol.

—Soy Leva, papá... —dijo la voz perdida en la lejanía de tantos meses, lo que Mol podía recordar como el eco de igual pasado y de igual olvido.

—Leva, hija... —musitó con sorpresa y sin controlar el asombro.

—Mira, es que este miércoles paso por Ordial y podíamos vernos, aunque fuese un rato. Voy a La Coruña, tengo que hacer unas gestiones, cojo el tren en vez del avión.

—Dime la hora y te espero.

El atisbo del sueño fue el contrapunto a lo que debiera suponer la alteración de la llamada.

La voz de Leva resultó el inesperado señuelo de otra realidad, menos inminente pero más verdadera.

—Ocho o diez meses... —se dijo Mol, sin que la sonrisa amarga se desdibujase—. Casi un año sin llamarnos.

4

Lo primero fue un susurro que en la insistencia del sueño prolongaba las palabras con la placidez con que en otras ocasiones las hubiese escuchado, la misma voz en el reclamo de un placer reciente y esa evanescencia que entre las sábanas determinaba la calidez de la piel como la arena fina de una duna en la que estaba tendido.

—Animal doméstico, bicho medroso, no te ocupes de otra cosa, no te hagas mala sangre, ya te dije que el mundo es un metro cuadrado para andar con la rutina que proporcione el beneficio de cada paso, sin que debas ser dueño de lo que no te concierne, hay que restringir la estima y dejar que el deseo se vacíe, conviene quedarse quieto y callado para que sean mayores el placer y el asombro...

La fantasía de la voz de Danza se apagaba cuando el susurro se hacía un rumor en el que el aire arrastraba las partículas de arena. La suavidad tenía entonces un filo sesgado que poco a poco se hacía cortante, como si la finura sedosa perfilara una cuchilla en el aire que se levantaba sobre la piel.

—No vuelas ni resuelvas, no me digas que ya sabes lo que el tiempo necesita y la edad contiene, no busques lo que acarrea el desamparo, déjate mover sin otra esperanza que la de seguir en el mismo sitio y, por favor, no seas tan piadoso...

Algo tengo que contestar, pensó, no me gusta obedecer sin más, no puedo callarme.

—Eres la que siempre me confunde... —quiso decir, pero las palabras resultaban imposibles, y el rumor resonaba en la duna como un eco molesto.

Entonces decidió levantarse, sin que la voluntad avalara el esfuerzo.

La arena cortante había lastimado su desnudez. Estaba sediento. Caminó por el pasillo, en la oscuridad tamizada por el reflejo de un rayo sucio o de una lámpara caída en el suelo. Fue a la cocina, bebió directamente del grifo, hasta darse cuenta de que el agua estaba turbia, terrosa. Regresó con la sensación de haber bebido barro y tuvo que contener una arcada.

Cuando abrió la puerta de la habitación, que no recordaba haber cerrado, vio a Nora Ferad tendida en la cama, las manos recogidas sobre el pecho, los ojos cerrados.

—¿Sigue ahí, Comisario...? —inquirió Nora, todavía sin abrir los ojos.

También quiso contestar pero no logró que las palabras llegasen a sus labios, que manchaba el barro.

Se acercó a la cama, se sentó a los pies, sobre la colcha blanquecina. Cuando se atrevió a girar el rostro para mirar a Nora tuvo la seguridad de que estaba muerta. Un temblor calcáreo removió la penumbra. El cuerpo de Nora Ferad estaba cubierto por un polvo de cemento y tenía la rigidez de la estatua yacente y, sin embargo, todavía escuchó el requerimiento, como si los labios de la estatua quisieran llamarle.

La puerta se abrió.

—Vamos, vamos, que tengo prisa... —dijo Cindia Olmo—. Me visto y voy contigo.

Salió tras ella. Por el pasillo iba recogiendo las prendas que se ponía sin detenerse. Cuando llegó a la puerta del piso se volvió un instante. El rostro de Cindia estaba envejecido y la vivacidad del cuerpo no parecía corresponderse con su gesto ajado.

—No reparaste en la cicatriz del vientre, pero ya te dije que tengo un hijo. Ahora lo que más recuerdo de los consejos de Danza es que de nada vale lo que una se esfuerza. La fortuna es como la belleza o la enfermedad. Ese hombre que viste salir del pasadizo, el del bigote, es el más silencioso de mis clientes, ni saluda ni se despide...

Cindia cerró de un portazo.

Ahora es el peor momento de la noche, pensó Mol, a no ser que Carmelo no se haya ido y esté vigilante. Lo que cuesta soñar nadie lo sabe, el precio del mayor desamparo.

Volvió a la habitación, la cama estaba abierta, las sábanas sometidas y tersas, como si nadie se hubiese acostado todavía. Se acercó a la ventana. Vio a Carmelo Cadmo que paseaba al pie de una farola.

—Un hombre que en la vida tuvo el mismo destino que en la muerte... —dijo—. Andar vagando: en una por oficio y en la otra por delirio. Husmear la sospecha y el sueño...

Lo que jamás hacía en la vigilia lo hacía antes de acostarse en aquellas condiciones: mirar bajo la cama. Se inclinaba con mucha prevención, comprobaba angustiada que no había nadie.

Cuando se acostó, no estuvo muy seguro de haber mirado bien, pero el miedo lo retuvo, aunque no fue capaz de dormirse.

Hay un cuerpo, pensó. Una mujer muerta y desnuda que tiene un pañuelo con una huella de sangre reciente en la mano.

5

Samuel Mol regresaba a la realidad con mucho esfuerzo, y ése era uno de los cambios más notables que la edad le había proporcionado.

El sueño, casi siempre tan costoso, tenía muchos meandros, y en la conquista del mismo el camino se hacía extremadamente largo, de modo que se producía una sensación de distancia en la que el durmiente invertía mucho tiempo para asegurar su condición de tal, la llegada al borde de un horizonte que rayaba la lejanía de la última luz y la definitiva sima de la oscuridad donde, al fin, poder precipitarse.

—Cierro los ojos... —le decía a su amigo Eliseo Viñuela, que dejó de ser un durmiente sosegado el mismo día que falleció su esposa— y no estoy quieto, comienzo sin remedio a moverme en la dirección que no controlo, a irme sin otra expectativa que la de llegar lo más lejos posible, sin que de nada me sirva caer rendido en la cama.

—La edad proporciona ese desgaste, ayuda a otro tipo de desvelo. Siempre lo dijo mi padre. El tiempo del durmiente se hace más oneroso y, para mayor inri, vienen los fantasmas. Un viejo medroso. La vida de un hombre decidido y cabal derivó en el temor y la queja, en la mirada insomne de un ser pusilánime. Y lo peor de todo es que mi padre sobrevivió a mi madre y aguantó muchos años. El viejo que soy, decía consternado, vive de la amargura de seguir viviendo. No hay fantasma que no haya vuelto para pasarme la receta. No fui lo que pensé que había sido, ni mucho menos, las deudas resultan infinitamente mayores.

Ir tan lejos, cubrir esa distancia hasta precipitarse en la oscuridad de la sima, conllevaba lo que parecía un irremediable camino de regreso, el esfuerzo que Samuel

Mol achacaba a la edad, tan distinto de sus tiempos anteriores, cuando la realidad del Comisario tenía un punto inminente de lucidez nada más abrir los ojos, y el recuelo de los sueños, de los buenos y de los malos, apenas duraba un instante, eso sí, de enorme intensidad, como si la materia de lo soñado se licuara y vertiese entera sobre sus párpados.

—Es algo equivalente al propio esfuerzo de vivir... —decía Eliseo— a la necesidad de hacerlo como si volviéramos de la propia muerte, si queremos entender que el sueño es de todas las experiencias posibles la que más se acerca a la extinción o la inexistencia, otra no hay que sea equivalente, y de la experiencia de morir nada sabemos con exactitud ya que nadie volvió para contarla. La edad la hace más costosa y más penosa.

—No te creas que lo veo tan claro, aunque ciertamente la edad anda por medio. Nunca anteriormente tuve esta sensación y, como ya te he dicho más de una vez, he sido un hombre de despertares lúcidos y agradecidos. El regreso, su dificultad, casi su sufrimiento, se relaciona con los fantasmas que decía tu padre. Ese largo camino del sueño está lleno de llamadas ingratas, de apariciones y susurros, también de trampas y presentimientos. Duermo secuestrado y, para volver, casi siempre tengo la sensación de escaparme, de huir de algo o de alguien. Entonces el regreso se complica con la angustia de sentirte perseguido.

La realidad de Samuel Mol, la que iluminaba tan costosamente esa conciencia de, al fin, haber despertado, reconducía el ánimo a la soledad más abrupta, la que había hecho de su vida un avatar ajeno que ya no zanjaba ningún compromiso con el mundo en el que subsistía, como si el profesional se hubiese liberado de todo en pos de un desamparo que justificaba su abandono.

Era un momento ingrato en el que los ojos se abrían con parecida ansiedad a como se habían cerrado en la noche, y en el reconocimiento casi inconsciente del escenario doméstico tardaba en acomodarse a su rutina, como si lo más habitual y obvio contuviera la rareza de lo que no le pertenecía, lo que el uso deteriora sin que pueda percibirse y lo que la mirada extraña en lo que siempre vio, el sentimiento apesadumbrado de entender de nuevo lo que somos en lo que nos rodea.

IX

La llamada

1

Dos días después la llamada del Doctor Lombardo, desde la Enfermería del Asilo de las Hermanas Penitenciarias, supuso un reclamo muy parecido a los que Mol recibía en los tiempos de su pasado profesional, cuando en el curso de alguna investigación se producía una novedad.

—Tiene que disculparme, lo último que quisiera es molestarle... —dijo el Doctor, que no podía disimular el agrado de volver a hablar con él— es la Hermana Cósima quien me encarga que lo haga, creo que usted no la conoce, es la más joven de la Comunidad y no es de Celama.

—No la conozco... —reconoció Mol, que tardaba un momento en ubicar el reclamo y percibía en las palabras de Lombardo la complacencia que había mostrado cuando se conocieron.

—Esta noche falleció uno de los ancianos, un hombre que llevaba una temporada en la Enfermería, al que traté en los últimos meses sin muchas expectativas. Tenía los pulmones destrozados y el corazón muy débil. Ochenta y ocho años, con un visible deterioro desde que ingresó en el Asilo.

—¿Elido Cedal...? —inquirió Mol, con las palabras precipitadas de quien intenta limpiar el sabor de tierra en la boca.

Hubo un silencio.

El Doctor Lombardo debía de digerir extrañado la perspicacia de su interlocutor.

—Cedal Oceja, sí señor. Le decía a la Hermana Cósima que de no tratarse de algo que mereciese la pena no debíamos molestarle a usted, pero ya veo que hacemos bien. Ella se ocupó del anciano, está a punto de sacar el título de Enfermera, me ayuda muchísimo y, aunque no es de Celama, tiene igual tesón y la misma misericordia.

—Me dice que falleció esta noche.

—Paro cardíaco, aunque el cuadro general avalaba cualquier imprevisto. La Hermana lo encontró muerto de madrugada. No es que hubiese empeorado en las últimas horas pero, ya le digo, no es de extrañar. Era el típico anciano que ya tiene saldadas las cuentas, en lo que a la enfermedad se refiere, y sin ningún interés en seguir dando guerra. La Hermana lo consolaba, pero él no solicitaba nada. La pena y el dolor de esta pobre mujer, ahora que no me oye, fue la resistencia que él tuvo a confesar y comulgar. Este hombre no era creyente o simplemente estaba amargado. Lo normal es que los ancianos se entreguen y se pongan a bien con Dios en el límite de sus posibilidades, cuando no lo hicieron en su momento, a no ser que pierdan la chaveta, que es bastante habitual. Pero este hombre no dio el brazo a torcer, ya ve qué pena. La Hermana se nos queda con ese padecimiento...

Mol convino en pasarse por el Asilo a primera hora de la tarde, y el Doctor Lombardo se disculpó de estos trances que muertes y funerales que no son los que

uno quisiera para justificar un encuentro y una grata conversación.

—La vejez y el abandono son parientes pobres de la muerte... —dijo, cuando todavía no parecía decidido a colgar el teléfono—. Usted conocía a Elicio Cedal, y el otro día pudo verlo cuando estuvo conmigo, pero no recuerdo que lo saludase.

—Lo reconocí en la Enfermería, es verdad... —asintió Mol, con visibles deseos de terminar— y algo le contaré esta tarde, no se preocupe. Pero me interesa mucho hablar con la Hermana Cósima. ¿Cuánto tiempo llevaba Elicio en el Asilo...?

—La ficha está aquí, en mi despacho, para que la vea, la tengo sobre la mesa. Los datos generales de identificación, las indicaciones sanitarias, el historial. Ochenta y ocho años y seis meses de edad, exactamente. Llevaba tres y medio en el Asilo. Un ingreso voluntario, solicitado en la convalecencia de un achaque de su enfermedad, tras cinco meses en la Consolación de Ordial. Me parece que ya había solicitado plaza en otras ocasiones sin que hubiese sido posible acogerlo.

2

Venían dos viejos por el pasillo de la galería que daba al patio, donde el sol del otoño derramaba su languidez sobre la espesura del negrillo que se alzaba en el medio y cuyas ramas casi rozaban las cristaleras del primer piso.

—El árbol le va a la zaga de los más mayores... —le había escuchado decir a la Hermana Oscila, probablemente en alguna de las visitas cuando el penoso asunto del Embaucador— pero con el aliciente de que los acompaña y los sobrevive. Con el Cristo de la Perpetuación, que tenemos en la Capilla, es el mejor emblema. No se debe olvidar que la madera pertenece al sufrimiento del Señor y que la cruz del Calvario pudo ser de olmo, las Escrituras nada dicen que lo fuese de encina o de olivo.

—¿Ustedes saben dónde puedo encontrar a la Hermana Cósima...?

La pregunta acababa de hacerla en Recepción, donde la mujer enlutada que estaba sentada tras el mostrador había alzado la mano derecha y extendido el dedo índice con absoluta desgana.

—Donde Dios la pone... —había dicho, sin que el rostro perdiera su inexpresividad—. No hay hora que para ella sea igual, depende del trajín.

Mol se dio cuenta de que los viejos tenían un andar escorado y que con sus pasos componían la descoyuntada figura que hermanaba igual cojera. También se percató en seguida de que ambos eran tuertos del mismo ojo.

—Ésa nunca se sabe... —dijo uno.

—La que más se mueve es la que menos aguanta en ninguna parte.

—No la va a encontrar en el lugar preciso, pero podía distinguirla por lo hermosa que es. La manzana verde entre la fruta pasada.

—Me dijeron que anoche murió Elicio Cedal, un compañero de ustedes.

—¿Es familiar...? —quiso saber uno de ellos, mientras el otro se iba.

—Conocido.

—Raro me parece. No tendría mucho conocimiento a quien le sobraba reserva y mala uva. Se murió arriba, en la Enfermería, sin otro testigo que el botón del pijama que todo el día andaba mordiendo. Algo le dirá la manzana que no puedan decirle las demás monjas, todas pasadas de pulpa y de monda. Ya nos ve a nosotros, igualmente pasados de rosca. Darle la vuelta a la galería nos dura hasta la hora de la merienda, y al patio no salimos para que no se nos enfríen los gayumbos...

Se juntaron y, por un momento, Mol tuvo la impresión de que intentaban acompañarse, como si en la necesidad de hacerlo encontrarán alguna recompensa.

—Con ese Elicio lo tuvo Dios muy fácil... —dijo uno de ellos, sin volverse—. Con echarlo y cerrarle la puerta ya fue suficiente, luego se encarga Pedro Botero. La mayoría es lo que merecemos. A viejo nadie llega sin culpa, y con las Hermanas no acabamos lo más florido. Si era conocido suyo sabrá de sobra de lo que hablamos...

Mol se les quedó mirando.

Habían comenzado a discutir. Las voces alteradas en seguida resonaron con un eco que las apaciguó, como si la galería sumiese el ruido que también pudieran hacer los amenazadores bastones contra las baldosas.

La Hermana que entró del patio y los alcanzó, cuando ambos habían virado en distinta dirección, echando a perder el esfuerzo y la recompensa, ya había visto y reconocido a Mol, que hizo un gesto de asentimiento.

—Me parece que tengo la culpa de la desavenencia... —dijo cuando ella llegó a su lado.

—Siempre van juntos, desde hace ocho años por lo menos. Duermen en las camas más cercanas, comen, pasean, hasta se esperan en el mismo retrete para consolarse del estreñimiento. Riñen dos o tres veces al día y en algunas ocasiones la discusión termina a golpes. La cabeza se la abrieron más de una vez.

—Elicio Cedal no les caía bien.

La Hermana Cósima todavía no les perdía de vista. Ahora caminaban con dificultad uno tras otro, seguro que más escorados y pesarosos.

—Elicio no hablaba con nadie. La soledad es el mayor patrimonio de todos ellos, el silencio se añade como un alivio o una tribulación, depende del carácter y de la enfermedad.

3

La Hermana Cósima tenía la belleza que indicaron los ancianos y que Samuel Mol

hubiera descrito como el atributo de una mujer guapa, dejando de lado su condición de religiosa, ya que ese atributo no restaba ninguna otra posible consideración y en la hermosura de su rostro, con los ojos tan verdes como vivaces, y en lo que pudiera adivinarse de su figura, ese don físico se mostraba sin paliativos.

—Es usted la manzana que dicen sus acólitos... —afirmó sin poder dejar de mirarla al tenderle la mano, y en la sonrisa condescendiente de ella, que debía de estar acostumbrada a esas lisonjas, sin que el recato impidiese la naturalidad, había tanta comprensión como disculpa.

—En estos sitios la juventud se disimula con dificultad. De cualquier manera, le emplazo para que venga a verme dentro de pocos años, ya comprobará lo que sucede con la manzana que cayó del árbol.

La siguió por la galería. La velocidad de la Hermana debía corresponderse con la capacidad para llevar a cabo las tareas, un ritmo de trabajo que desechaba cualquier rutina, un vértigo en el día a día que hacía que la manzana rodase sin descanso por cualquiera de los lugares del Asilo donde hubiese algo que hacer.

—Vamos a la Sala de Visitas, si le parece... —indicó, mientras abría una puerta con una de las llaves que colgaban del manojito de su cintura.

Mol olía el dulzor y la acritud de una atmósfera reseca, la piel de los viejos, hubiera dicho, o el sudor dificultoso que rezumaba el esfuerzo de la edad, como si en el aliento de aquellas existencias cerradas y caducas se expandiera un perfume de florestas ajadas, ropas rugosas y tactos que arañaban como alambres.

El contraste de la Hermana Cósima le hizo variar lo que el olfato retenía de otras visitas, y al tiempo de sentarse en la Sala frente a ella intentó acercarse lo más posible, sobre todo cuando la tuvo de espaldas mientras abría una contraventana y permitía que la luz derramara un brillo ceniciento sobre los cuatro muebles.

—¿Cree usted que a lo que huele el cuerpo es lo que puede oler el alma, o es que estoy lleno de manías y obsesiones por haber husmeado tanto en mi vida...?

—No le entiendo muy bien... —dijo la Hermana Cósima, sin alterar la sonrisa.

—A lo que huele el Asilo, a lo que huelen los viejos, a lo que huele cualquier cosa, cualquier persona, un sitio cerrado.

—La limpieza y la higiene son aquí normas prioritarias. Por las almas también procuramos velar, pero ese cuidado puede írsenos de las manos.

—El olfato es un sentido que con frecuencia resulta un trastorno, sobre todo cuando es excesivo... —dijo Mol, que todavía aspiraba sin que la Hermana se diese cuenta de que lo hacía observando las manos que acababa de entrelazar—. Luego ya sabe usted que la sagacidad es otra forma de usarlo.

La sonrisa forzó el gesto en los labios de la Hermana que no parecía entender las palabras de Mol, o no se hacía a la idea de las mismas.

—Sosa cáustica, jabón, potasa, colada. Ha estado usted en la Lavandería, tiene los

dedos azulados. Lo del alma es una ocurrencia, no me haga caso. Los viejos huelen, por muy limpios que estén, y el Asilo huele a ellos ¿a qué otra cosa iba a oler...?

—Tiene usted razón, hay un olor que es propio de la edad que tienen. Y también, en estos sitios, por mucha limpieza que se haga, huele el vapor y la sopa y las medicaciones...

Mol iba a decir algo más pero se contuvo.

Las manos de la Hermana temblaron un instante, los ojos se alzaron inquietos.

Una mujer guapa, pensó, o como a alguno de los Inspectores le gustaba decir después de un interrogatorio femenino, una real hembra.

—Me llamó el Doctor Lombardo.

La Hermana Cósima parecía nerviosa, y Mol se arrepintió de las ocurrencias y se encogió de hombros como si redoblara la disculpa.

—Elicio era un hombre atormentado... —musitó la Hermana—. El otro día lo reconoció a usted, cuando después del funeral de la Hermana Oscila subió a la Enfermería con el Doctor. Algunas cosas tendría que confesarlas antes de morir, me dijo, y no era la primera vez que decía algo parecido, pero no soy creyente, no hay cura que me pueda echar una mano, ni Dios me vale para nada.

4

No era mucho lo que podía contar la Hermana Cósima que Mol no supiera, el saco que Elicio Cedal había vaciado en su despacho, como aseguraba Carmelo Cadmo y sabía Aníbal Lodaes, en aquella última entrevista que, después de tantas inocuas presunciones en un caso tan enquistado como desesperante, no alimentaba ninguna pista, y a quien se aferraban en considerar como un recóndito sospechoso no era ya otra cosa que un resto del naufragio entre las consabidas conjeturas.

—Se va de rositas... —masculló Aníbal, cuando aquella tarde lo vio salir del despacho del Comisario, más tembloroso y alicaído que en otras ocasiones, pero con la velocidad de quien pone pies en polvorosa.

—Vía libre... —ratificó Carmelo—. El perdón de los pecados aligera el cuerpo y el alma. Nos quedamos a verlas venir.

El saco lo habría vaciado encima de la mesa, pero la mesa estaba limpia cuando los Inspectores asomaron interesados, sabiendo de sobra que las decisiones del jefe no admitían ni injerencias ni comentarios que no fuesen puramente instrumentales.

—Ese hombre se va con viento fresco... —dijo el Comisario, sin alzar los ojos del expediente que tenía entre las manos—. No hay cargos, no hay indicios, no hay nada que pueda apreciarse, no podemos seguir mareando la perdiz, y el Juez Mediero está de acuerdo o mejor sería decir que está hasta el gorro.

—No más que nosotros... —musitó Carmelo.

—Todos hasta el gorro y todos desautorizados, ya que no hemos sido capaces de sacar nada en limpio en tantos meses. El desánimo no es un aliciente y la cabeza conviene orearla.

—Lo que sabe y lo que calla... —masculló de nuevo Aníbal.

—Id a vuestras cosas y dejadme en paz. Al jefe le pagan por tomar decisiones. Ese pobre desgraciado también merece, a estas alturas, un poco de tranquilidad, aunque no creo que la consiga.

La Hermana Cósima no tenía muchas noticias de lo que había sucedido en la calle Azumbre hacía tanto tiempo. Catorce años antes ni siquiera había ingresado en el noviciado y la adolescente idealista que presagiaba un destino religioso en la oración y entrega a los demás vivía muy ajena a lo que no fueran sus ocupaciones y sueños.

—Soy de Teruel pero nunca volví. Las Penitenciarias somos de donde se nos necesita, y el propio trabajo es el recuerdo y la encomienda, no cabe entretenerse.

—Fue un crimen horrible, un matrimonio. Los mataron mientras dormían. Ella había estado casada anteriormente con el hijo de Elicio y era la madre de su nieto, el único familiar que Elicio tenía, un pobre chico que estaba por aquel entonces interno en un Colegio de Ordial. La prensa se ocupó mucho, fue un suceso muy comentado.

—Me suena lejanamente, pero puedo confundirlo con otro parecido. En Armenta llevo dos años y cuando Dios quiera, si me sigo preparando bien, y soy necesaria, podrían mandarme a Sumatra o a Borneo. La ilusión de una monja ilusa, un Hospital en la selva, sin que eso suponga que el Asilo se me queda pequeño.

Los ojos de la Hermana estaban encendidos.

La ilusión de la monja ilusa resplandecía en el verdor de la inconsciencia o la ingenuidad, y Mol sintió la extrema lejanía de un ser humano que parecía irreal y, a la vez, la inminencia de la atracción, lo que los mismos ojos vertían con su fulgor subyugante.

—El mayor consuelo es tenerla cerca, no se vaya a ningún sitio... —dijo Mol, sin que sus palabras sonaran con la naturalidad apetecida—. El Asilo es un sitio donde más de uno podemos acabar, por mucho que nos cueste hacernos a la idea. Con ese consuelo contó Elido, estoy seguro.

—Déjese de zalamerías... —dijo la Hermana Cósima, moviendo la cabeza y con la sonrisa franca—. Ese pobre hombre además de desconsolado estaba temeroso. Lo que quería decirme no era capaz de expresarlo bien. Por miedo, llegué a pensar, y por vergüenza, o porque quien no confía en Dios hace de la desconfianza un auténtico remordimiento.

Samuel Mol asentía.

—Fue el único sospechoso, tuvo la desgracia de que no hubiera otros. No sospechoso de ser el autor del crimen sino de saber cosas, de callar. La noche de los asesinatos Elicio viajaba de Ordial a Madrid en el tren, con suficientes testigos que lo

corroboraron. El especialista del pulmón que iba a revisarlo, el que le confirmaría la gravedad de sus padecimientos respiratorios, era hijo de un viejo amigo suyo. La circunstancia de que Elicio no tuviera un duro, de que se hubiese arruinado en los meses anteriores, era un dato elocuente, estaba a punto de convertirse en un pobre de solemnidad, el viejo mendigo al que usted pudo consolar, porque hasta ese extremo llegó.

—Estaba en el Asilo cuando vine, pero fue en la Enfermería cuando pude tratarlo más. No exagere con el consuelo, no fue mucho lo que pude hacer. No se auxilia a quien no está dispuesto a recibir y, además, tardé en darme cuenta de que el temor de Elicio era real, un miedo del cuerpo y del ánimo. La vida que no se acaba, la miseria de no estar muerto, llegué a escucharle. No tiemblo por lo que me pueda pasar, sino por la culpa de lo que me pase...

5

—No me imaginaba volver a verlo tan pronto... —dijo el Doctor Lombardo, tendiendo la mano muy complacido, y extendiendo la sonrisa a la Hermana Cósima que acompañaba a Mol a la Enfermería—. Resulta que teníamos con nosotros a un viejo conocido suyo, ya es casualidad. Las cuatro cosas de las que pudiera hablar las hablaba exclusivamente con la Hermana, que tiene ese don, ni siquiera al médico llegó a decirle nunca lo mal que se encontraba.

—Un viejo conocido, es cierto... —confirmó Mol— aunque el pasado se enreda en su propia maraña. Lo reconocí, ahí sentado en la cama, pero no me decidí a hablarle, y tal vez debiera haberlo hecho porque, ya ve usted, también él me reconoció.

Lombardo le invitaba a sentarse en su despacho y la Hermana Cósima pedía disculpas para irse, eran muchas las cosas que tenía que hacer.

—Cualquier día vuelvo al Asilo... —aseguró Mol, buscando en los ojos de la Hermana el agrado de su comprensión—. No se deje llevar por sus fantasías misioneras, tiene que echarnos una mano a quienes ya no levantaremos cabeza.

—Vuelva cuando quiera, aquí no hay distinguos, todas las Hermanas valemos para lo mismo y todas somos iguales, lo que garantiza que estará bien atendido.

El Doctor Lombardo insinuaba un guiño que Mol dio por no percibido.

—Es una mujer real, aunque se vista de monja.

La ficha de Elicio Cedal no aportaba más información que la burocrática, y las anotaciones médicas, que completaban el informe adjunto hecho en su ingreso, tampoco resultaban especialmente interesantes. El destino de la enfermedad estaba descrito con la premura de un diagnóstico que no ofrecía ni dudas ni esperanzas ni

alternativas, los pulmones deshechos, el corazón debilitado, los episodios neumónicos que la edad agrietaba y, en la persistente estancia en la Enfermería, el debilitamiento general, la apatía que dificultaba hasta su alimentación.

—Este hombre tuvo una juventud minera, y el cuadro general es el del silicótico, ya le dije que la vejez y el abandono son los parientes pobres de la muerte. Ochenta y ocho años muy mal llevados y el abandono de uno mismo, que es el más cruel. Sacarle una palabra era la tarea más difícil que pudiera emprenderse, aunque sólo fuese para confirmar lo que le doliera o molestara. La Hermana Cósima lo conseguía alguna que otra vez...

El Doctor Lombardo le acercó a Mol el certificado de defunción.

—Con tres papeles se solventa la existencia de este pobre hombre... —dijo, exagerando el desánimo— pero es lo habitual en este establecimiento.

—No hay ninguna referencia de familiares.

—Ninguna que conste en la ficha. Los datos de enfermedad crónica e indigencia son los únicos del ingreso.

—Ni tuvo visitas.

Lombardo encogió los hombros y abrió las manos.

—El tanto por ciento de internos que no las reciben es bastante alto, y los indigentes dan el prototipo de la mayor orfandad.

—Tenía un nieto... —dijo Mol— un chico que habrá crecido en la proporción en que Elicio se echó a perder.

—La desgracia es también muy mala compañera. Entre estos viejos, dejados de la mano de Dios, se contabiliza como un elemento sustancial de sus vidas. La desgracia, ya ve usted, la suerte adversa, el menoscabo. El Asilo huele a ella, por mucho que las Hermanas quieran disimularlo.

Mol agradeció la llamada y la atención de Lombardo.

—Este hombre estaba relacionado con algún caso importante de sus tiempos de Comisario... —quiso saber el Doctor.

—Azumbre, un doble crimen, hace catorce años. No hubo modo de aclararlo. Fue una relación circunstancial, la muerta, ya que de un matrimonio se trataba, había sido nuera de Elicio, había estado casada anteriormente con su hijo Tarso. No hubo cargos ni nada que lo inculpase pero, en estos casos tan complicados las suspicacias contaminan las incertidumbres. Elicio lo pasó muy mal.

Salieron de la Enfermería. Lombardo estaba dispuesto a acompañar a Mol.

—¿Dónde está el cadáver...?

—Abajo. El Asilo dispone de un pequeño Depósito en el sótano. El entierro será mañana muy temprano. Viene un furgón y el Capellán y algunas Hermanas acompañan al féretro. La muerte es aquí tan habitual como discreta. Una misa a mediodía a la que, por cierto, los ancianos no son muy aficionados y, seguro que en este caso, menos, porque el hombre no suscitaba ninguna simpatía. Lo peor de este

sitio, Doctor, me dijo un día una anciana muy pesarosa, es que vivimos contagiados. Todos los males se acumulan y las medicinas se confunden. Aquí no hay otro orden y horario que el de la pena de haber caído tan bajo. Los años igualan la enfermedad y la miseria de haberlos vivido...

6

El cuerpo de Elicio Cedal estaba tendido en una camilla, cubierto por una sábana.

El recinto del Depósito, que era una de las dependencias del sótano, tenía la ventanita de cristales opacos a la altura del techo que probablemente daba a alguno de los patios. Las paredes estaban cubiertas de azulejos blancos, muy limpios y no había ningún otro mueble ni objeto.

—Luego bajarán algunas Hermanas para amortajarlo... —dijo el Doctor Lombardo, que dio cuatro pasos sobre el suelo de baldosas relucientes—. El traje planchado, la camisa recién lavada, los zapatos brillantes. Casi ninguno viajó jamás tan elegante. Las Penitenciarias atienden con parecida delicadeza al enfermo y al muerto. Hay que llegar a la presencia de Dios limpio y mudado.

El Doctor retiró la sábana y Mol tuvo el apremio de una mirada que extendió por sus brazos el hormigueo del malestar nervioso, como si la necesidad de volver a reconocer a Elicio se contrapusiera con cierta violencia al recuerdo de la despedida en su despacho, aquella tarde tantos años atrás en que las palabras fueron tan tensas como escuetas, y el dichoso saco al que se referían Aníbal y Carmelo quedó sobre la mesa más desinflado que vacío.

—Los muertos no son míos y las muertes no me corresponden, eso puedo jurarlo.

—Pero hay algo que le concierne y oculta.

—Nada que pueda contar.

—Beda Covado fue su nuera, y en algún momento usted y ella dejaron de hablarse.

—Murió mi hijo y mi nieto desapareció de mi vida.

—Usted y ella tuvieron algo más que la relación de la nuera y el suegro, a eso me refiero.

—A lo que se refiere es a un matrimonio desgraciado, que aguantó lo que pudo por amor al hijo.

—Usted pudo ser parte de la desgracia.

—Soy la desgracia misma, si me juzga de ese modo.

—Las pesquisas acaban aquí en lo que a usted atañe y en el sentido estricto del caso, no vamos a molestarlo más hasta que sea imprescindible, pero el silencio no es lo mejor. Yo me avengo a lo que decida según su conciencia, qué remedio, y hasta me

presto a exculparlo o a disculparlo, para que no suene tan enfático. Los muertos no son suyos y sus muertes no le corresponden, estoy seguro de que así es, pero la certeza o la sospecha de saber de quién son le va a costar la vida o, como poco, la amargura de seguir viviendo.

El cuerpo de Elicio estaba contraído, agarrotado bajo el pijama que lo vestía como si lo envolviera con una talla desmesurada.

Los clavos de la barba se incrustaban en las mejillas macilentas, bajo los pómulos salidos. La boca abierta parecía haberse roto en la búsqueda del costoso aliento. Las manos estaban oprimidas, cerrados los puños, y los ojos mostraban bajo los párpados entrecerrados la empañada suciedad de un trozo de cristal también roto.

Samuel Mol volvió a escuchar el rumor escueto de las palabras de Elicio.

—No sé lo que usted insinúa.

—Ninguna insidia, apenas la frustración de sentirme ciego en un asunto tan extraño.

—No le puedo ayudar.

—Ni yo sería capaz de atornillarle, Dios me libre. No es usted un delincuente o un sospechoso habitual, mis hombres dicen que un sospechoso recóndito, sería la ocultación lo que podría hacerlo culpable.

—Nunca tuve salud, ni bienestar ni conciencia. No conozco esos lujos.

—¿Es un cadáver normal, Doctor...?

—El propio de un muerto que se ahoga cuando ya no puede respirar. Los cadáveres son habitualmente el resultado de su muerte, como es obvio y usted bien sabe. El de este hombre se parece mucho a los que yacen aquí, donde lo estamos viendo. Viejos que se acaban, y que todavía hacen un último esfuerzo. Un tanto por ciento grande se nos mueren solos, cuando menos se piensa.

—¿Pudo ahogarse él mismo...?

—No sé lo que quiere decir.

—Con la almohada.

—La sofocación es el modo de impedir la respiración. Un modo de extinguirse. En cualquier caso, el resultado fue un paro cardíaco. Elicio tenía, para ambas cosas, las mejores aptitudes, los pulmones echados a perder y el corazón muy debilitado.

7

Samuel Mol buscó a la Hermana Cósima.

El Doctor Lombardo había retardado la despedida, cuando subieron del sótano,

como si la pregunta sobre la muerte de Elicio lo hubiese inquietado y comprometiera una consideración más detallada.

—Supongo que la costumbre profesional es la que afina la curiosidad. Un muerto no revela, en principio, otra cosa que la normalidad de su muerte, si es que la muerte es algo normal, ya que resulta difícil acostumbrarse. Para mí lo normal es la vida, y el intento de que dure, y ya ve lo mal que elegí el lugar de trabajo. La edad y la enfermedad están aquí compinchadas y siempre me ganan la partida.

—Tiene razón, la costumbre profesional afina la curiosidad y la observación, no acabo de librarme. Hay que dejar en paz a los muertos y me tiene que disculpar.

—Es una pena que Elicio muriese solo, la Enfermería está tranquila estos días, la Hermana que hiciese la guardia no tenía allí ninguna encomienda especial, seguro que apenas asomó en algún momento. Habitualmente mueren solos, como le dije, también en los dormitorios, no hay mes que no amanezca alguno así, sin que nadie se entere ni haya dado síntomas de encontrarse mal. Los cadáveres también se parecen bastante, menos plácidos que alterados, o comprimidos, agarrotados como el de Elicio.

—La muerte tiene el efecto de una posesión a la que nos resistimos. No nos dejamos llevar con facilidad, no es habitual la entrega.

Lombardo le tendía la mano.

—Voy a contarle una cosa que corrobora lo que dice. El año pasado se nos murió un anciano que tenía un tumor en el colon. Estaba desahuciado pero lo manteníamos sedado, bastante tranquilo. La noche de su muerte se levantó de la cama, se vistió, anduvo de un lado para otro, subió a la terraza, bajó a la cocina, comió un bocadillo. El cadáver estaba por la mañana en uno de los patios, debajo del tilo, sentado, con un pitillo en los labios que no llegó a encender. No se entregaba, es verdad, no quería estar quieto, se iba para que la muerte no lo pillara.

—¿Todavía por aquí...? —preguntó la Hermana Cósima, que venía por el pasillo con un montón de ropa planchada en los brazos.

—No me resignaba a no volver a verla... —dijo Mol, y en la sonrisa de la Hermana percibió el esfuerzo de sentirse complacida.

—Y además quería preguntarme algo.

La Hermana buscó la repisa de la ventana más próxima para depositar la ropa que le pesaba.

—Lo mío no es un interrogatorio, Dios me libre. Es verdad que Elicio estuvo comprometido en el entorno de aquel caso desgraciadamente no resuelto y, algo más voy a decirle, Hermana: yo sabía que él ocultaba algo importante, y contribuí a que se fuera, me resigné a que no lo dijese. Un policía no puede tener conmiseración ni capacidad de resignarse. No hay pieza que no deba ser acorralada para que se pueda cobrar.

La Hermana Cósima entrelazó las manos, con el gesto nervioso de quien necesita

sujetarlas y disimula la actitud de la oración.

—No tenía confianza en nada... —musitó, también con esfuerzo— ni en Dios ni en nadie, pero tenía miedo, como ya le dije, un temor lleno de amargura. No tiemblo por lo que me pueda pasar, sino por la culpa de lo que me pase, dijo.

—¿Nunca vino nadie a verle...? El Doctor Lombardo no tiene noticia de ninguna visita.

—En el tiempo que llevo aquí, nadie que yo sepa, tampoco llamadas. Lo único que recuerdo fue un comentario, lo que en una ocasión me dijo el único anciano con el que Elicio pudo sostener media conversación. Habían salido a dar un paseo, a estirar las piernas alrededor de la finca, y los siguió un hombre. Elicio se puso muy nervioso y se apresuró a volver. El hombre lo amenazaba.

X

La hendidura

1

Aníbal Lodares cruzaba la Plaza de la Reserva como un animal huido y cuando Samuel Mol se detuvo para observarlo desde la esquina del Banco Comandatario, poco antes de cruzarla él mismo para acercarse al Café Boreal, pudo percibir que iba hablando solo y que al sacar la mano del bolsillo izquierdo del pantalón algo se le había caído al suelo sin que se diera cuenta.

Caminó presuroso tras él, recogió del suelo un sobre doblado y llamó a Aníbal, que tardó un momento en volverse.

—Iba a asomarme al Boreal.

—No me pillabas, tengo la mañana completa.

—Te acompaño un rato.

—La mañana y la vida... —dijo Aníbal, mostrando las manos temblorosas, lo que Mol aprovechó para ponerle en la derecha el sobre doblado.

—Se te acaba de caer.

—Si lo abres y lo lees compruebas los resultados más insospechados de la fatiga conyugal. Al oprobio le sucede el aborrecimiento. La interfecta no se conforma con el arreglo judicial, los hijos la jalean.

—Hay que dar la cara, Aníbal... —aconsejó Mol no muy convencido.

—Me la vuelven a partir. Es uno de los deméritos de la familia numerosa, cuatro hijos son ocho manos a la hora de repartir bofetadas, y menos mal que ella no las tiene ligeras.

—Necesitas un buen abogado, te lo he dicho mil veces.

—Me vale el de oficio cuando la voluntad contraria no es otra que la de sacudirme y llevarme a la ruina. No hay más contrapartida que la demanda y el perjuicio. Los platos rotos, literalmente estrellados en el suelo...

El animal huido movió los brazos como dos aspas. Era el gesto desesperado de quien quiere ahuyentar, a su vez, al enemigo que lo persigue.

—Luego dicen que Dios reparte misericordia.

—Con Dios no te metas... —aconsejó Mol, llegando a su lado.

—Con el Dios con que tengo mis cuentas, que era el mismo de mi ex. Del tuyo no digo nada, aunque lo primero que se me ocurrió a raíz de la separación fue hacerme ateo recalcitrante.

Caminaron mientras Aníbal fue haciendo pedacitos el sobre y su contenido y dejándolos caer con desgana.

—El otro día, cuando nos vimos, te dije que había encontrado a Elicio Cedal en la Enfermería del Asilo de las Penitenciarias. Esta mañana me llamaron del Asilo para decirme que había muerto.

Aníbal se detuvo.

—Ochenta y ocho años con la conciencia recargada de pólvora y miseria... —

masculó—. El Asilo es lo que mejor le viene a quien queda en la estacada, un camino a seguir...

—Vengo de allí. No sé si conoces a Lombardo, el médico que lo atiende, parece un poco chisgarabís. La verdad es que el muerto no me gustó nada.

—Es nuestra obligación: que los muertos no nos gusten y, además, siempre tuviste muy buen ojo para cuadrarlos. Ayer levantamos uno en el Vado, tenía el mejor aspecto, hasta el rictus que proviene de la sonrisa, ninguna señal. Tibio el Forense dijo que se apuntaba a que a él mismo, llegado el momento, lo encontrasen de esa manera, pero me acordé de ti. Tampoco te hubiera gustado. Lo menos natural de un muerto es que no tenga apariencia fúnebre.

Mol fue detrás de Aníbal.

Por la acera de Benemérito Alea pasaron viejos conocidos que saludaron alzando la mano sin que se percatara. Aníbal pisó algo e intentó limpiar la suela del zapato en el bordillo.

—Estoy volviendo a aquellos tiempos... —le dijo Mol—. El pasado que se me echa encima o que, de pronto, es una franja o un presentimiento.

—Miras atrás y lo que no está revuelto está confuso, yo lo padezco de la peor manera desde que me he quedado solo, aunque en mi caso además de abandonado estoy perseguido.

2

Aníbal Lodares entró en una tiendecita de la calle Gómez Borredo, y Samuel Mol le dijo que lo esperaba en el bar de enfrente.

—No te creas que se trata de un trámite cualquiera. La denuncia del dueño contra una dependienta tuvo, al final, la contrapartida de un asunto de abusos deshonestos. Luego se sucedieron dos episodios de lesiones leves, uno por cada parte, y el novio de la chica rompió el escaparate. Ahora se ha interpuesto otra denuncia por amenazas. Calzados Tinedo es un negocio a la deriva...

En el Bar Confort conocían a Mol y, antes de que se sentara a la barra, le sirvieron una copa de anís.

—El que paraba por esta casa era el Comisario... —le dijo con gesto alegre un hombre gordo al que el cabello le crecía como un penacho nevado— y por tal lo consideramos, aunque los años demuestren otra cosa.

—Otra muy distinta, Paulino.

—Vuelve el que fue, eso es irrefutable.

—No lo creas.

—Hágame caso, se lo digo desde este lado de la vida y de la barra, que la costumbre convierte en lo más parecido a un parapeto desde donde uno observa y se defiende. Usted seguirá siendo el que era. Lo veo lo mismo.

A Mol no le apetecía el anís, estaba prácticamente en ayunas, pero llevó la copa a los labios y el dulzor le resultó grato.

La copa ayudó a refrendar el recuerdo condescendiente que el hombre animaba, satisfecho de volver a verlo, y en el gusto azucarado se removió la atmósfera de otras mañanas con el vapor del Margo sobre las aguas quietas o el residuo de la niebla en las calles todavía solitarias.

—Lo que compete al pasado... —musitó Samuel Mol, separando la copa y no muy consciente de lo que acababa de decir.

—No lo dude... —asintió el hombre del penacho nevado—. El pasado es una hendidura, pero no mucho más, no hay que preocuparse. La barra, la vida, igual rutina en lo que nos aleja y concierne. Usted con aquella profesión que lo traía y llevaba por el río o los barrios y yo con la que apenas me permite moverme. No sabe lo que me alegra volver a verlo y que se acuerde de mi nombre...

—Armenta se parece... —dijo Mol, dando un trago— pero de lo que no estoy tan seguro es de que el tiempo sea igual, con el pelo y la calva como única excusa. No soy un hombre tan convencido como tú, siempre anduve desconcertado.

Lodares no regresaba y Mol salió a la calle y cruzó hasta el escaparate de Calzados Tinedo. Las muestras estaban bastante desordenadas, como si al escaparate lo hubieran reconvertido en un apéndice del almacén o nadie se hubiese preocupado de recogerlo y limpiarlo.

Asomó a la puerta. El olor de la tienda, pequeña y no menos desordenada que el escaparate, con un escueto mostrador también lleno de cajas abiertas y zapatos descabalados, tenía la intensidad de la anilina y el cuero mezclada con la acritud que la falta de ventilación puede proporcionar a un local descuidado.

Tras la cortina, a un lado del mostrador, asomó una mujer entrada en años, y Mol tuvo la sensación de que lo hacía no desde el pasillo que comunicara la tienda con otras dependencias de la casa, sino desde la alcoba inmediata en que la mujer acababa de levantarse de la cama, con el pelo alborotado del despertar y la arrugada falda de haber dormido vestida.

—Hoy no abrimos... —dijo, somnolienta.

—Hace siete años compré aquí unos zapatos de agua que me dieron muy buen resultado. Todavía los uso cuando llueve.

—No quedan existencias, sólo pesadumbres, ya ve que la tienda está patas arriba. No hay un par en su sano juicio.

—De la marca es de lo que no me acuerdo.

—Le digo que hoy no abrimos... —repitió la mujer, con un bostezo—. Y, además, voy a enseñarle una cosa para que se convenza del grado a que llegamos en

este negocio. Mire, eche un vistazo a mis pies. Estoy descalza y, como bien puede apreciar, tengo las medias rotas. ¿Le parece de recibo que la dueña de la zapatería no tenga con qué calzarse...?

Aníbal Lodares le hacía señas desde la calle, tras la luna del escaparate.

—Volveré otro día, ya le digo que esos zapatos de agua me dieron muy buen resultado... —aseguró Mol.

—Será que pisa bien o que anda muy seguro por la vida. Es lo que le sucede a los ilusos.

3

—Si el muerto no te gustó nada es porque le viste la catadura de quienes no mueren como deben. Para eso siempre fuiste muy tuyo.

Aníbal Lodares caminaba por la acera de Gómez Borredo y Mol se mantenía a su lado a duras penas. Los pasos de Aníbal resultaban más veloces de lo habitual y no era difícil achacar su apresuramiento a los nervios.

—Quiero hablar con Licino, es el mayor y, por tanto, el más responsable aunque también el más peligroso... —dijo, deteniéndose de pronto y mirando a Mol con la súplica que avalara su ocurrencia—. ¿Qué hace un padre vapuleado en estas disyuntivas...?

—Te lo he dicho mil veces y acabo de repetírtelo hace un momento: buscar un buen abogado. El matrimonio es un negocio desdichado cuando se echa a perder, y como tal negocio hay que verlo. Intereses contrapuestos, desavenencias, aborrecimientos, tú mismo lo repites.

La súplica de Aníbal se desinflaba en el desaliento de un gesto amargo.

—Ya no pueden excavar en la ruina, ni tienen edad para ello porque la rebasaron, ni siquiera el juez puede prestarse. Hay que injuriar al cónyuge averiado, tirar tierra a los ojos del padre vergonzoso, repetir hasta la saciedad la paliza moral y física.

—No te entiendo, Aníbal. Empiezo a pensar que más que un abogado necesitas asistencia psiquiátrica.

—Cuatro hijos. Parece mentira que la disipación de engendrarlos se corresponda con este descrédito de haberlos tenido. Fui un soltero infeliz, eso también es verdad, pero la querencia de uno mismo es poca cosa cuando se es pusilánime.

Mol advirtió cierta resistencia llorosa en las palabras de Lodares.

—Disculpa... —dijo Aníbal, cariacontecido y volviendo a caminar—. Prometo no seguir dándote la vara. A Licino y a sus hermanos ya se les puede pudrir el duodeno, comparten las mismas úlceras hereditarias, un regalo de papá. La interfecta se consolará pensando en el indigente o, en último extremo, en el fardo humano que sacarán algún día del Margo. No vuelvo a darte la vara, lo juro...

Aníbal aceptó un café.

—Ahora tengo que ir hasta el Crucero, donde las vías, a un domicilio desconocido, simplemente para justificar el desconocimiento. Trámites de mierda, como bien puedes suponer.

—Te contaba lo de Elicio Cedal por una razón que quiero que sepas. Lo encuentro allí perdido, en el Asilo, y al día siguiente me llaman para decirme que murió. Pasaron demasiados años y, sin ninguna gana de recordar, me veo impelido a hacerlo. Voy por donde anduve y me conduelo o, para ser más exacto, tengo fatigado el ánimo. También hice algunas cosas después de estar contigo el otro día en el Boreal. Entre ellas, regresar a Azumbre, subir al piso, echar un vistazo.

—Pero ¿qué le pasa al muerto...? —quiso saber Lodares, que cogía con dificultad la taza de café y soplabla antes de sorberlo.

—¿Te acuerdas de Lucerna, cuando fuimos a Ordial para echarle una mano al Comisario Esteban...? Las fauces de un ser humano que ahogaron. El hilo del trapo que en la autopsia apareció en el cielo de la boca. Sofocación, dijo el Forense...

Aníbal dejó la taza en la barra. Mol supo que seguía pensando en los hijos perseguidores y en la interfecta que no desdeñaba verlo de mendigo por las calles ni flotando en las aguas del Margo.

—Era un viejo pasado de rosca, con ochenta y ocho años ya no podría ser otra cosa. Después de todo aquello, ¿qué fue de su vida...? La Enfermería del Asilo de las Penitenciarias, donde volviste a verlo, es el mejor certificado de su destino. Valiente desgraciado.

Las palabras de Aníbal reconfortaron a Mol o, al menos, supusieron un alivio en el despegue de la obsesión que concitaba el muerto, como si lo que Mol temiera es que la imagen del cadáver de Elicio afianzara la idea fija de que no se trataba de un cadáver inocuo, derivado de un paro cardíaco y de las precariedades que indicaban el extremo debilitamiento.

—Costó mucho olvidar el asunto... —dijo Lodares, acariciando con las manos la taza sobre la barra—. Eran dos muertos de mucho tamaño, acuérdate de la longitud de los cuerpos, aunque a Melandro ya se le notara cierta decrepitud. Ella, Beda, nos impresionó a todos, la muerte manchaba la carne pero no era posible quitarle los ojos de encima. Alguna vez llegué a pensar que murieron de sus propias heridas, que se mataron ellos mismos por la frustración del deseo o algo parecido, figúrate qué disparate.

4

Habían llegado a las estribaciones del Crucero, donde las vías en vez de continuidad

tenían un corte que inhabilitaba su uso sin que existiera el viejo tope que alguna vez marcó su límite.

Podía pensarse que en ese alejado tramo de la Estación hubo un desvío de reserva o maniobra, pero el corte, con las traviesas intactas, la gravilla esparcida, y el brillo de la brea y la carbonilla, no desechaba la sensación de la posible llegada de un convoy o una máquina que reconquistase su dirección o el vagón suelto que pudiera descarrilar.

Aníbal volvió a caminar presuroso y Mol atravesó las vías sin que el olor ferroviario ahuyentara lo que el aroma de la galería del Asilo imprimía en la inmediata respiración, el hervor de la sopa, el vapor de la Lavandería, la ropa recién planchada que la Hermana Cósima sostenía en los brazos.

—No me dijiste dónde vas... —inquirió, cuando Lodares se detuvo ante el bloque que daba cara a las vías, y en el que los ladrillos de la fachada tenían la pátina polvorienta del alquitrán.

—Claro que te lo dije: a un domicilio desconocido para justificar el desconocimiento, que es para lo que uno queda. Ni la experiencia ni los años de servicio son ya avales suficientes en el Cuerpo.

Mol llegó a su lado.

Las vías conservaban el pulimento del acero y en la luz de la mañana semejaban las indicaciones paralelas de un destino que podía haberlas llevado muy lejos, como en alguno de los sueños en que los pasos entre ellas aliviaban la conciencia con la seguridad de que el final era desconocido pero la dirección segura y beneficiosa.

—No te entiendo, Aníbal.

—Hay un número siete en la calle Poleas, y la citación para que un cabeza de chorlito se presente en la Comisaría a declarar lleva cuatro notificaciones sin resultado. Domicilio desconocido, aunque sean exactos los datos.

Mol sintió la atracción del acero.

El pulimento cedió un fulgor en la longitud truncada, y fue en ese momento, mientras Lodares hablaba de un muchacho involucrado en un robo y que compartía la reincidencia con la disminución mental, cuando el olor ferroviario se convirtió en una bocanada de desaliento y el hormigueo de los brazos concitó lo que el temblor suponía de presagio, el fulgor segado del sueño y las vías, la rotura que las yugulaba como pudiera suceder con sus venas.

—Domicilio y paradero... —dijo Aníbal—. En el siete o en cualquier establecimiento donde hay que llevar a estos adolescentes perturbados, sin que a fin de cuentas nadie vele por lo que les pasa, auténticas cabezas de chorlito, como te digo. Domicilio inexistente, paradero desconocido, lo que se te ocurra como tal dislate. Citas y notificas al que no vive donde dijo y al que se llama andana...

La fuerza del pesar se hizo líquida en las venas de Mol, mezclada en la sangre

como el agua fría que bajaba la temperatura de sus emociones más recónditas, las que no tenían otro recorrido que el de un sentimiento de decrepitud o desolación.

—La falta de Dios... —que el padre Arintero mentaba como la del ausente que, en el momento más necesario, no comparece— o el desconsuelo de que la fe no es suficiente, ya que la materia de la que estamos hechos no se impregna de ella con el poder preciso. La materia que defiende su precaria consistencia, la carne que palpita, en contra del espíritu donde podríamos confortarnos.

—Eres un cura lleno de pejugueras. Hoy necesitaba otro que me pusiera firme.

—Está más cerca de Dios el que duda, el que tiene dificultades para creer, que el que es dueño de la fe más ciega.

—Lo mío no es un problema de fe, sino de culpa. Cuando me duele el alma no es porque el cuerpo haya sido dichoso, es la conciencia. El tormento moral de quien despachó sin miramiento tantas inculpaciones y sospechas, sin ningún temor, sólo compadecido o dudoso.

Aníbal Lodaes se limpiaba los zapatos en la hierba, al otro lado de las vías, al pie del bloque de ladrillos polvorientos.

—Era lo último que podía pensar... —dijo, cuando Mol se acercó—. Un caso que se archivó por aburrimiento, igual que si caducara en su misma inoperancia o como si la impunidad fuera el fruto necesario, quiero decir que la vida está llena de hechos impunes, vulgares o criminales. Y ahora que vives tranquilo y ajeno al mundanal ruido, te topas con Elicio, vuelves a Azumbre. No sé lo que diría Carmelo si viviese.

—Carmelo es un fantasma que me visita con frecuencia.

—Yo no lo veo pero hay noches en que lo presiento. Esos hijos malvados, esa mujer que no te deja en paz, me susurra. Hasta en el más allá están al día de las fatales circunstancias de lo que fue mi matrimonio.

5

Mol decidió regresar evitando las vías, donde el acero reflejaba lo que un cuchillo tuviera de amenaza si se hubiese caído al suelo indicando con su punta la dirección de alguno de los huidos o exculpados en sus investigaciones, pero Aníbal le rogó que le acompañase, el número siete de la calle Poleas estaba al inicio del Crucero, si el número existía y a la calle no se la habían llevado los responsables de algún embargo.

—Son las cosas que descubre el policía en estas encomiendas de medio pelo, porque en cualquier caso somos minuciosos y prolijos. Tenemos la obligación de ver lo que no se ve, de apreciar lo que no se percibe o ni siquiera existe, al menos establecer esa duda. Anda, échame una mano, no me dejes solo, luego tomamos

algo...

Tuvo que hacer un esfuerzo.

Lo que el temblor vaticinaba era lo que expandía la inquietud de un dolor interior que tanto semejaba el vacío, la oquedad en que resuena la fatiga como una descarga espiritual que desarmaba todo lo que Mol pudiese sostener, la misma conciencia y consistencia de sí mismo.

—Una convulsión moral, ya te lo dije... —advertiría de nuevo su amigo el Profesor Viñuela, y Mol pensó que podría pasarse por el Instituto y hablar un rato con él, ya que la idea de recurrir al Padre Arintero le apetecía menos.

—Tengo prisa, Aníbal, acabo de darme cuenta de que hay algo urgente que debo hacer.

—No me dejes en la estacada. El cabeza de chorlito puede ser peligroso y yo ahora mismo, después del requerimiento judicial y las amenazas de mis hijos, soy un ser reducido.

—No me tomes el pelo. De veras que tengo prisa. Mañana mismo paso a verte al Boreal.

Siguieron juntos y, cuando Mol iba a retirarse por la primera bocacalle, Lodares advirtió que la paralela era Poleas. El siete aparentemente no existía pero podía calcularse, si en la deducción que hizo Aníbal la numeración salteada contabilizaba un solar y lo que podía haber sido otra finca derruida.

Abrió una mujer con visible aspecto de desconfianza y una clara voluntad de mantenerse a la defensiva. El papel de la citación, que Aníbal le mostró, incrementó visiblemente sus intenciones.

—Las crismas que el chico haya roto... —dijo, circunspecta la mujer— equivalen a las burlas y a las malas ideas de la gente.

—Hay tres denuncias recientes.

—Pues, en ese caso, el papel se lo dan a él, que está malo pero ya es mayor de edad, como dije en otras ocasiones.

Aníbal dudó un instante al retomar el papel que ella le devolvía. La mujer llamaba a su hijo y, cuando éste asomó con cara de muy pocos amigos, ella huyó literalmente por el pasillo.

—Se las arreglan como puedan... —dijo, según huía.

—Carpo Henares Villodio... —nombró Aníbal Lodares con la prestancia procesal de quien está imbuido de la autoridad y en ella quiere resguardarse.

Mol vio que el muchacho alzaba la mano derecha como para impulsar un golpe y, al tiempo que amagaba, se rascaba la cabeza.

—Carpo por estar mal bautizado, Henares por el padre que mataría a hostias y Villodio por culpa de la vieja que les abrió la puerta... —enumeró con una voz cavernosa, impropia de la edad que aparentaba.

—Es una citación para que se presente en la Comisaría. Está denunciado por agresiones.

Mol iba a decirle a Lodaes que se fueran sin más dilación, el chico los miraba con una suerte de espanto y odio.

—¿Cuántas...? —inquirió, mientras volvía a alzar la mano derecha para rascarse.

—Tres... —musitó Aníbal.

—Pues que sean cinco... —dijo el chico, que con una destreza y rapidez insospechadas se quitaba el cinturón y lo blandía en la mano con que acababa de rascarse—. Diga usted que me hagan otro papel con las suyas. Si las piernas no les fallan, poco antes de salir del Crucero calle abajo, hay una Casa de Socorro, sabrán que van de mi parte...

Los primeros trallazos con la hebilla restallaron en la puerta, los segundos rozaron a Lodaes. Mol daba el grito de alarma y Aníbal tuvo una última intención de encararse al energúmeno.

—Corre, joder... —decía Mol, que había tropezado en el bordillo.

Corrieron ambos y corrió tras ellos el muchacho haciendo girar en el aire el cinturón como si fuese un látigo.

—Me cobro en sangre lo que me debe Dios... —gritó desahogado, cuando se detuvo, mientras todavía ellos siguieron corriendo—. Estoy disminuido pero puedo defenderme, de sobra lo saben en el Tribunal de Menores...

XI

La mirilla

1

El brillo de las vías persistió como un vértigo el resto de la mañana.

Mol entrecerraba los ojos, y la distancia del acero truncado incitaba la precipitación de un paso en falso, como si en el lento caminar desde el Crucero hasta la Avenida Concejo no fuese nada segura la orientación, ya que ni siquiera estaba clara la voluntad de acercarse de nuevo a la calle Azumbre.

Corrió con Aníbal y escuchó su voz quejosa en la despedida, como si el eco resumiera lo que rumiaba en la contabilidad de sus desdichas, y las palabras revoloteasen avergonzadas.

—En lo que hemos caído... —había gritado en plena persecución—. Restos de serie, pólvora mojada, pies en polvorosa...

El declive del ánimo no contrarrestó la sonrisa de Mol al recordarle: lo que Aníbal Lodares parecía en la carrera, según se alejaba, era lo que en la misma vida semejaba, como si en cualquier situación o en cualquier esquina la vida le pasara factura del modo en que sucede cuando las cuentas no salen y, sin que sepamos la razón, todo son deudas, créditos que vencen.

—No hay réditos... —decía Aníbal con frecuencia, sin venir a cuento, como si en su pensamiento esa confirmación supusiera un agujero intermitente—. Las cantidades de quien nada bueno devenga son las del interés sobrante, la nada más absoluta.

Por la Avenida Concejo llegó a la calle Azumbre y, a la altura del número diecisiete, se detuvo y, antes de entrar, pensó que no hubiera estado mal que Lodares le acompañase, aunque en el camino de Mol, con el avatar del pasado que sobrevenía pesaroso, tampoco eran precisos acompañamientos.

Ese pasado reclamaba el temblor de la vieja soledad en que el Comisario había asumido sus dudas e inquietudes, también muchas de sus responsabilidades profesionales, la única diferencia estribaba ahora en que el tiempo desbordaba la memoria con otras sensaciones menos habituales, más parecidas a los presentimientos.

La puerta del portal seguía entornada, el inmueble mantenía la apariencia del navío abandonado que atracó tras la desgraciada singladura sin que ya nadie quisiera hacerse cargo de él, como si el armador y los marineros hubiesen huido con el temor de la muerte y el naufragio.

—Ni siquiera un barco a la deriva... —podía haber dicho Carmelo Cadmo, y hasta su fantasma repetía algo parecido cuando irrumpía en los pensamientos de Mol.

—Ni siquiera eso.

—A nadie le gusta convivir con el secreto de un crimen, por muy olvidado que esté.

Llegó al descansillo del tercero izquierda.

Había subido con mucho cuidado, extremando la suavidad de los pasos sobre los peldaños y la tarima, y había rehuido el pasamanos, que tenía el brillo de la suciedad y la aspereza, más visible en las revueltas en que la luz cenital derramaba la lluvia del cristal colado, el ramalazo de las gotas de vidrio de la lucerna.

Mol supo que subía escondido y que, en la intención de hacerlo así, como sin pretenderlo, había una expectativa que no era habitual en su pasado, cuando ninguno de sus actos derivaba de la indecisión o la duda, al menos cuando se acercaba el momento resolutivo o del cálculo había que pasar a la acción.

—Algo o alguien... —musitó ante la puerta, y todavía la advertencia que el otro día le había hecho el fantasma de Carmelo Cadmo de que no entrase volvió a su memoria, más como una súplica que como un aviso.

Al contrario que la otra vez, la puerta estaba cerrada, y la mano de Mol giró frustrada para recorrer luego los alrededores de la cerradura, y antes de decidirse a empujar con el hombro, ya que tuvo la sensación de que la tapa del arca era frágil y quien la hubiera cerrado confiaría más en el desinterés que en la seguridad.

—La última rata en abandonar el barco.

2

Fue a la alcoba matrimonial donde apareció el cadáver de Beda Covado.

La persiana trabada filtraba la luz que inmovilizaba el polen de una suciedad que no parecía crecer, como si el arca preservase la propia corrupción del tiempo, y los detritos no alteraran lo que la atmósfera cerrada contenía.

La sombra de la muerte no era otra cosa que el avatar lejano en que la muerte había saldado la propiedad de su violencia, y en la percepción de Mol, al contrario de la visita anterior, no sobrevenían imágenes que detallaran lo que fue la presencia de los cadáveres en su inminente descubrimiento, el cuerpo de Beda entre las ensangrentadas sábanas, lo que su carne supuso en la mirada más dolorosa de un profesional acostumbrado, que no logró rehuir un destello de marfil oscuro en la incisión más íntima.

—El rigor es lo que poco a poco hace del cuerpo muerto un objeto. Éste es el destino de la materia. La vida que se fue o, como ahora vemos, violentaron para extinguirla, deja desnuda la madera de la que estamos hechos. Los cadáveres son estatuas derrumbadas. A veces, en cualquier iglesia o en cualquier museo, siento con igual desasosiego lo que la muerte se cobra en cualquier representación, por muy vivas que parezcan las esculturas...

El modo de trabajar del Forense Abacio de Lama era silencioso, con algún guiño

ocasional o la indicación casi inadvertida de su dedo índice pero, de pronto, mientras tomaba nota de sus observaciones, hacía alguna medida o atendía el requerimiento de los ayudantes, soltaba un párrafo o dejaba escapar alguna frase improvisada.

—Ella no alzó la cabeza y, sin embargo, él pudo revolverse. La hipótesis de la muerte que no alteró el sueño profundo, hasta donde eso es posible, parece sostenible, no hay signos de especial resistencia...

—Abres los ojos, aunque en lo más hondo del sueño te encuentres, y ves a quien te está matando. ¿O no ves nada mientras te mueres...?

Los restos de la cama se reducían al somier vencido, inclinado en su destartado peso sobre las patas descolocadas, y la listada luz apenas dejaba ver las anillas de la tela metálica, un reflejo paliado en la tarima, donde el polvo acumularía las partículas de la herrumbre.

Mol tuvo la intención de volver a recostarse en el somier como en la anterior visita, donde ya no le cabía la menor duda de que alguien lo estaba haciendo, quien hubiera vuelto o, como el fantasma de Carmelo Cadmo pudiera decir, disuelto en la vida fantasmal con la misma voluntad deteriorada con que hubiera existido, quien no se hubiera ido del todo. Nadie que sintiera la mínima piedad para velar los muertos, o recordarlos con la culpa que los resucitase en su conciencia.

—Nadie que no les desease otra cosa que la muerte que les había dado... —dijo Cadmo.

En la protuberancia de la tela metálica, en el lugar preciso donde la yema de los dedos de Mol hizo un corto recorrido, palpó varias gotas espesas, tal vez más recientes que las del otro día. El mismo espesor pegajoso.

Y cuando se inclinó para comprobar los restos en el suelo, vio las gotas que se habían desprendido, como si hubieran manado con mayor caudal, lo que indicaba que la herida que las producía mantenía la insistencia.

Los dedos rozaron las huellas húmedas del suelo, un barro de herrumbre y vida, lo que el polvo segrega en la densidad de la sangre, como una mezcla que en el valor del arca no contaría con otra cosa que su secreto, ya que el tiempo inmóvil, la corrupción que lo contenía y albergaba, nada significaba en el hallazgo.

—La realidad no se destruye con la fantasía, Cadmo... —dijo Mol al incorporarse y observar la mancha cárdena y sucia en sus dedos.

—No lo sé, Comisario... —suspiró el fantasma en sus oídos—. Yo ya no puedo servirle de ninguna ayuda, ni siquiera como testigo.

—Llevo demasiado tiempo durmiendo mal, y estos últimos días duermo peor.

La anciana del segundo izquierda subía la escalera cogida del pasamanos y con más garbo del previsible. En la mano izquierda llevaba una abultada bolsa de plástico. Mol la aguardó en el rellano.

—Quiero hablar con su hijo.

La anciana le miró, encogió los hombros, se dispuso a abrir la puerta.

—Don Nadie no se atiene al Reglamento. La idea que pueda hacerse es la del enfermo crónico, siempre digo que me lo arrancaron de la costilla. Un gasto y un sufrimiento.

Mol la siguió, el pasillo estaba oscuro.

—Cierre que hay corriente.

La anciana dejó la bolsa en el suelo, dio unos pasos.

—El Intendente... —dijo en voz alta, como un aviso—. ¿O el que viene hoy es el Revisor...?

—Sólo cuatro palabras con su hijo... —dijo Mol yendo hasta el fondo del pasillo, donde la habitación del hijo enfermo tenía la puerta cerrada.

—El mismo Ninguno que en la familia hace su santa voluntad. Le lee la cartilla y, por Dios, le mira detrás de las orejas, pero sin tirarle de ellas. Un coscorrón puede darle. Una madre ya no hace vida de quien se niega.

La habitación estaba patas arriba, la cama deshecha, el suelo lleno de tebeos. Olía mal.

—¿Es que se ha ido...?

—Manga por hombro, igual en la Contaduría que en el Fielato. Lo que le falta es lo que no tiene y el que no va a venir a poner orden es Dios, porque está muy ocupado. Aquí la intendencia es la que se echa en falta, hay que levantar acta.

La anciana hablaba desde la cocina. Mol miró en el resto de las habitaciones, había cuatro muebles.

—Me dijo que no se levantaba, que estaba muy enfermo.

—Y ésa es la existencia de quien no se tiene de pie, por lo que convendría atarlo corto. El corazón no remedia lo que no respiran los pulmones. Hay demasiadas averías, mucho estropicio. Dios se escondió la última vez que fui a llamarlo.

—¿Dónde puede haber ido...?

—Donde las cataratas no permiten ver.

Mol se disponía a marcharse y, casi al tiempo de abrir la puerta para hacerlo, el hijo de la anciana entró con un fajo de tebeos bajo el brazo.

—El otro día me dijo que no podía moverse.

—Y no debo hacerlo, pero mi madre ya no es capaz de cuidarme, tengo que afrontarlo. El día que me quede tirado en la escalera sólo pido estar en gracia de Dios.

Mol le siguió por el pasillo. La anciana ronroneaba atareada en la cocina.

—Fíjese qué desmán... —indicó el hombre, señalando consternado la habitación patas arriba—. Ni orden ni concierto. Un ataque inesperado, cuando los nervios

revientan y ni siquiera se es dueño de la voluntad. No hay temple ni razonamiento, y tampoco estoy bien alimentado. Si le enseñó los brazos, se espanta.

El hombre se sentó a los pies de la cama.

—¿Qué pasa en el piso de arriba...? —inquirió Mol, sentándose a su lado y sintiendo el temblor enfermo de su cercanía.

—Viene un hombre.

—¿Lo ha visto...?

—Lo he sentido, como le dije. Y esta noche me ganó la curiosidad. Estuve atento, escuché abrir la puerta y escuché los pasos. No recordaba que viniera de noche pero hoy sí lo hizo.

—¿Le vio o no le vio...?

El enfermo se puso de pie, pisó los tebeos esparcidos en la tarima, el fajo que mantenía bajo el brazo se le cayó al suelo.

—Fui a la mirilla cuando después escuché cerrar la puerta. Estuvo cerca de una hora. La escalera estaba muy oscura. Bajó despacio, se quedó un momento en el descansillo, la cara no era posible distinguirla, pero el llanto sí se escuchaba. Y una cosa puedo decirle, no lloraba de pena, lloraba de dolor.

XII

Malas horas

1

El Profesor Eliseo Viñuela acababa de entrar en el aula para dar clase en el Instituto Pintor Molerá, y el Conserje, que conocía a Samuel desde hacía muchos años, le informó de que era un día complicado porque a primera hora de la tarde se reunía el Claustro.

—No le diga que vine, no es nada importante.

El Pintor Molerá era el Instituto más antiguo de Armenta y el único que subsistía en un desvencijado caserón del centro de la ciudad.

—Hay una historia secreta... —contaba Viñuela— en las paredes, en los zócalos, en los pupitres, también por los sitios más insospechados, porque los alumnos del Molerá, y hasta algunos profesores, heredaron la manía del fundador y es el edificio más pintarrajeado que pueda existir, lleno de mensajes, caricaturas, claves, denuncias, pistas, criptogramas y, lo que resulta más notable, un poema satírico de cerca de mil versos que pueden seguirse desde los sótanos al salón de actos y los despachos y tejados según sus alambicadas indicaciones. Las estrofas van acompañadas de miniaturas.

Del patio emergía un ruido de insectos encerrados.

Los paredones aldaños que fortificaban la cara oeste del edificio habían crecido como si el tiempo los estirara, oscurecido el ladrillo y petrificadas las rayas de tiza que componían un mural en el enorme encerado de arcilla.

A Mol le abrumaba el destartelado caserón, sobre el que su amigo Viñuela tenía sensaciones menos adversas.

—No hay una lógica arquitectónica. Nada responde a lo que se necesita y, sin embargo, lo superfluo ayuda a replegarse y no perjudica. Los espacios muertos son como el vacío que nos ampara en vez de recriminarnos. Es un cajón de sastre, y la costumbre de trabajar en él se convierte en vicio. A los alumnos les cuesta hacerse a él, pero cuando lo consiguen no lo cambiarían por nada.

Mol dio la vuelta al paredón del patio y caminó hacia el Bar Ladera, donde pidió una copa de anís. La barra estaba vacía y sucia, y el camarero que le atendió pasó desganado una bayeta por el mármol.

La suciedad repercutió en el desánimo y mantuvo insegura la copa en la mano, con la sensación de que no la habrían lavado, como si en el borde todavía los labios del anterior cliente depositaran su huella.

—Es un indicio de la enfermedad... —decía Marisa Yalta, la esposa de Viñuela, que también había sido profesora en el Pintor Molerá, y con quien Mol había mantenido muchas conversaciones en los apresurados meses en que el tumor acabó con ella—. El ánimo que desciende con la misma voz, y lo que dices apenas te llega al cuello de la camisa, mientras percibes que el mundo se ensucia con tu propia respiración, y que el pensamiento está lleno de desperdicios.

Marisa recibía encantada a Mol, en las visitas improvisadas, y hasta intempestivas, en que iba a la casa de sus amigos sin poder disimular la necesidad de contar algo, de que alguien le escuchase o echara una mano, o simplemente para salir de la obsesión o la rutina en que el trabajo lo tuviera metido, en ocasiones alguna investigación que le enturbiaba la conciencia.

Marisa Yalta se había convertido en una enferma solitaria, una refugiada que elige retirarse del mundo y de la vida sin otra expectativa que la difícil armonía de su soledad, intentando que el dolor no altere la distancia de la discreción, y evitando que su aureola enaltezca la heroicidad del sufrimiento.

—Es tan intensa esa sensación... —decía— que a veces en el sueño la suciedad es el auténtico suplicio, lo que la desolación y el dolor supuran. Un cuerpo derruido que contiene un alma mugrienta, pero tampoco me tomes al pie de la letra la descripción, ya sabes que me gustan las metáforas.

Marisa tenía en la mirada enferma una llama de agonía y esplendor, algo parecido a lo que Mol había observado en una ocasión, cuando rescataron el cuerpo de un ahogado en cuyos ojos abiertos resplandecía el agua con la luz de la mañana.

—Tampoco debo de estar sano... —decía Samuel Mol—. Los espasmos morales, como los describe Eliseo, empiezan a producirme fiebre y pesar...

2

El desánimo hizo que la sopa de Casa Torino, donde a veces comía atraído por la costumbre de las primeras colaciones en Armenta, ya que Torino le permitía alejarse de los espacios profesionales y hacer una retirada solitaria al mediodía, pues lo que menos le había gustado al Comisario era tener que compartir mesa, infundiera la desazón en el estómago, como si la tibieza se pareciese a la niebla interior que lo cercaba.

—La misma sopa en iguales años... —decía muy complacido el más anciano de los clientes del Torino, que siempre ocupaba la misma mesa en el rincón del fondo, y a quien Mol recordó al entrar percibiendo su ausencia, sabiendo que un coche se lo había llevado por delante hacía unos meses en plena digestión—. La que me hará eterno como el arma alimenticia que defiende lo que soy y sostengo...

No pidió segundo plato.

La sopa quedaba como el espejo de un residuo que en seguida se enfrió en la loza. Los fideos dejaron de navegar y se apelmazaron en el fondo turbio. La cuchara se mantuvo entre sus dedos sin decidirse a remover lo que el espejo empañaba.

Vio a Elicio Cedal.

Podía ser otro de los clientes habituales del Torino, que también considerara la

sopa como el arma alimenticia de sus defensas. No tuvo la sensación de que se tratara de su fantasma y, sin embargo, mientras atravesó el local para sentarse a una mesa no muy lejana a la suya, pudo distinguir las púas de la barbilla alzada, como fideos crudos y rotos, y el hueco de la boca con que el cadáver petrificaba la sofocación. También era un anciano y también escuchó pedirle lo mismo al camarero.

—La sopa de cada día, y no me engañes.

—Un plato de soledad sin espinas... —dijo alguna voz, mezclada con los ruidos muy escuetos del comedor, y en la cabeza de Mol se expandió el eco de lo que en las colaciones lejanas, las de sus tiempos de Comisario, eran como llamadas o avisos entre los comensales siempre solitarios del Torino, aunque cuando uno olvidaba la fantasía de los reclamos, lo único que escuchaba era el fluido de la sopa, aquel murmullo de las bocas sorbiendo, el viaje de las cucharas desde el plato, la unanimidad de quienes defendían al tiempo lo que tenían y lo que eran.

El hombre no se parecía en nada a Elicio, apenas las púas y la edad, y cuando Mol dejó por fin la cuchara en el plato desapareció por completo cualquier figuración fantasmal, y de nuevo incidió el peso y la tibieza que la sopa depositaba como un atributo más de su desánimo.

—¿Es que el Torino se ha hecho filial del Asilo de las Penitenciarias...? —le preguntó al camarero, que venía a servirle la copa de anís, tras indicarle que no tomaría ni segundo plato ni postre.

—Ya sabe usted que la fama es quien mejor mantiene la hostelería. Una sopa que resucita a los muertos. El menú del día sale más barato que el agua bendita...

—Los clientes envejecen como el resto de los mortales, no se entiende esta adicción. Y, además, la sopa se enfría al tiempo de servirla. Tres cucharadas me han dejado el ánimo por los suelos.

—No lo crea, no es la sopa. El que viene con el perdigón en el cuerpo encuentra su merecido, pero en la cocina sigue la misma receta, yo estoy sirviendo desde hace diez años y, además, usted no puede llamarse a engaño, es un cliente antiguo. Aquí, ya lo sabe usted, la norma es la sopa o la vida.

Mol bebió el anís de dos tragos. El estómago no se resintió pero el camarero comenzaba a ponerle nervioso.

En el Torino no había muchos comensales y Mol tampoco hizo un esfuerzo para contabilizarlos, aunque la sensación de la edad unificaba aquella otra sensación de la soledad sin espinas, y cuando fue a levantarse le aturdió el eco de la unánime murmuración, el ruido de las bocas al sorber.

—Hoy invita la Casa. La sopa no tiene precio, y a los buenos clientes se les reconoce y estima.

3

Pudo reconocer a Elicio Cedal al menos en otras tres ocasiones, mientras el camino hacia casa se demoraba sin que el pensamiento lo guiase.

Mol no tenía intención de ir a ningún sitio, tampoco parecía muy decidido a volver, y tanto la Iglesia de la Anunciación como la Capilla de los Teatinos estaban cerradas y no era la mejor hora para hacer una visita al Padre Arintero.

Dobló la esquina en la calle Olivares y el viejo que estaba sentado en el bordillo volvió el rostro y le miró con los ojos legañosos de Elicio. La boca era un hueco que supuraba la oscuridad de la cueva, y en la inclinación sorprendida de Mol surgió el deseo de asomarse a ella, de mirar lo que la oscuridad contuviera en el desarreglo de la muerte, como si de un diminuto abismo se tratase.

Ese encuentro coincidió con la primera sensación de la ciudad vacía.

Armenta producía en esas horas de la tarde incipiente, del mediodía sobrepasado, el mayor deterioro de su abandono, y lo habitual era que sus habitantes se retirasen a reposar o a defenderse de lo que podía llegar a percibirse como el imperio de la nada más absoluta. El vacío se cobraba como una invasión que el propio escenario urbano segregaba y podía dañar a los viandantes inadvertidos, aunque no era ése el caso de Mol, buen conocedor de los créditos y deudas que formaban parte del patrimonio secreto de Armenta.

También presintió que alguien le seguía por la acera de la calle Buenos Aires. Los pasos mantenían su ritmo y, cuando se detuvo, todavía sin volverse, el anciano que le rebasó tenía el mismo cuerpo enjuto de Elicio y según se fue alejando el cuerpo disminuyó y fue empujándose hasta desdibujarse en la distancia.

El vacío de Armenta se incrustaba en la ensimismada imaginación de Mol. Lo que en la voluntad del antiguo profesional quedaba siempre como reserva de acción, el ímpetu o el impulso de jamás ceder o, al menos, de no entregarse por completo a la disolución de la conciencia y el ánimo, tenía ahora la cualidad de una fuga por donde se escapaba la entereza, una pérdida de capacidad y decisión demostrativa de una fragilidad no sospechada. La voluntad de Mol se disolvía en el extravío, y lo que iba suponiendo de debilitamiento apenas procreaba otra cosa que un sentimiento enfermo, como si la salud también menguase, en la proporción en que el caminante empujándose.

También el viejo, que vendía los iguales cerca del Parque Agropecuario, tenía la barbilla con las púas de Elicio Cedal, aunque en su caso en nada se parecían a los fideos crudos y rotos, estaban más crecidas y ligeramente herrumbrosas.

Mol se detuvo frente a él. No era la primera vez que le veía dormido de pie, los ojos ciegos y abiertos filtraban el sueño como una vaharada de humo rancio. La boca,

también abierta, emitía el ronquido igual que un estertor, y por un instante el vacío de Armenia resonó en los oídos de Mol con ese eco de un sueño mortal.

—Lo que necesito es confesar... —se dijo, al cruzar la calle.

El Dios de las malas horas, pensó intentando recuperar el desánimo para remontar el ensimismamiento. No era clara esa idea de Dios, ninguna sostenía lo que pudiera reconfortarle, pero en la advocación existía cierto consuelo, como si la invención sufragara la metáfora de un espejo donde se pudiera mirar, y su propia imagen restituyera la ayuda.

Tardó en encontrar un bar abierto, o no se percató de algunos por los que había pasado. El vacío imponía esa norma de inutilidad y despego. Armenta flotaba en la nada. El Margo suspendía su curso. Las aguas remansaban lo que en la profundidad del río eran los años y las vicisitudes de quienes en él se hubiesen mirado. Un espejo de antigüedad y lodo.

Fue el anís lo que le devolvió a la realidad. Había un Dios pesaroso y barbudo al otro lado de la barra, y la chica que le sirvió tenía el carmín corrido en los labios, como si acabaran de besarla.

4

El cura sordo de San Emeterio fue la última ocurrencia de Mol, que perdió el tiempo que pudo en una taberna ferroviaria por la que podían haber discurrido los últimos siete u ocho años sin que los parroquianos se movieran.

El cura sordo posibilitaba una confesión en la que el penitente se escuchaba a sí mismo sin otra respuesta que un asentimiento imperturbable, o la sospecha de que las palabras imploraban la misma absolucón que el mutismo.

La taberna estaba en la calle Avatares y desde la acera no resultaba posible distinguir el interior porque la suciedad de los cristales había fraguado un espesor de carbonilla y la puerta tenía un cierre metálico herrumbroso.

Los siete parroquianos estaban en el mismo sitio.

La mente de Mol hizo el recorrido que la imaginación no interfería, y su memoria no se contaminó de nada que no fluyera del propio aprecio de lo observado.

Tres hombres en el mostrador con la mano tendida, alineados uno tras otro en el friso de su costumbre y de su perennidad, y cuatro esparcidos en las mesas, cada cual con la copa en la mano y el gesto reconcentrado de quien bebe y al hacerlo, con absoluta parsimonia, gana la eternidad con que los santos se sostienen en los retablos y las hornacinas.

El que en seguida se acercó a Mol, cuando ya se había sentado al pie de la estufa de serrín, que también podía llevar apagada los siete u ocho años que hubiesen discurrido desde que Mol entró en la taberna por última vez, lo hizo con la naturalidad de quien recibe a quien prometió volver.

—El nombre se lo disculpo, pero la cara no... —dijo al sentarse—. Un profesional tan trabajado puede no acordarse de los apellidos pero jamás se olvida de la jeta.

—Pagas la copa si acierto con el total, pero dejo fuera a la dueña... —propuso Mol—. Los de la barra se llaman Elio, Baltasar y Vinocio. En las mesas nos acompañan Pino, Aneares y Lombardía. En tu caso, me es más fácil acertar que en el de ninguno. Seis denuncias son demasiadas en una ciudad de la envergadura de Armenia.

La carbonilla contribuía a que las figuras se unificaran en la estolidez, como si el polvo del tiempo no hubiese nevado sobre ellas sino que lo hubiesen supurado desde la sima de sus absortos pensamientos.

—Abel Cancio Mellado.

—En la posición en que me dejó desde la última vez que me leyó la cartilla.

—Después de haberte perdonado la misma ratería que, con los antecedentes, te hubiera llevado al Penal de Moravines. Llamo ratería al robo con escaló, también a la extorsión y a lo que pudo ser un atraco que echó a perder la dolencia del epiléptico.

—Yo le prometí no volver a salir de casa.

—La taberna tampoco me parecía mal, y compruebo que has cumplido.

—No soy bebedor. Aquí estamos a gusto las ánimas del purgatorio, y de los presentes hay al menos tres, Elio, Lombardía y yo mismo, que somos conscientes de lo que le debemos. La copa, Comisario, es un detalle mínimo. Los otros no van a atreverse a decirle algo, pero sería lo mismo que suponen mis palabras. Tome otra, no me haga el feo. Acertó con todos.

Samuel Mol vio brillar el polvillo negro sobre el mármol blanco.

Los ojos de Abel Cancio Mellado tenían la oscuridad de la brasa apagada, y en el pelo sucio asomaba el hilo de las arpilleras, como si en la cabeza quedase el residuo de los sacos de alguna carbonería.

—No hay ni uno de los siete que no tenga el expediente en la Plaza de la Reserva, apenas me quedaría la duda de Baltasar, aunque en algún otro sitio estará fichado.

—Lo está por lo peor de la estadística, es un hombre que tiene los nervios destruidos y un hijo que dejó de ser un delincuente habitual el día que se mató su madre.

—No te creas que veros de nuevo me complace demasiado. Lo malo del tiempo es el espacio que ocupa el pasado, los sitios, los lugares, la gente que te devuelve a lo que fuiste, un refugio que aguanta con iguales clientes, las benditas ánimas del

purgatorio. Este pasado que parece el escenario de una taberna y donde, si te descuidas, puedes sentarte con el cuerpo del delito.

—Tenía que volver.

—Lo que tenía que haber hecho es haberos puesto en el Tribunal, con los papeles que merecíais. No tiene por qué importarme que se matara la mujer de Baltasar. Otros pierden a los seres queridos en un accidente de tráfico.

—La vida nos tiene aquí retenidos, no se preocupe. El alma de cada cual en la jaula correspondiente. El corazón expurgado. Es el tiempo de otra condena cualquiera, y no hay nada que hacer, puede estar igual de satisfecho que si hubiese cumplido cabalmente con su deber.

5

La mente de Mol hizo un esfuerzo por alejarse de aquella compañía.

Le habían vuelto a llenar la copa y su mano izquierda rozó el polvillo negro acumulado en el mármol de la mesa.

Las yemas de los dedos se tizaron con la suciedad grasienta con que estaban salpicadas las traviesas entre las vías, y en las pupilas de Abel Cancio hubo un brillo temeroso que alertó a todos los parroquianos, como si el aceite contuviera la huella de los delitos exculpados o formara parte del sudor que seguía delatando el remordimiento de sus almas.

Los parroquianos del mostrador viraron al tiempo para situarse completamente de espaldas, las manos tendidas en la misma disposición en que Mol los había descubierto, y los de las mesas bajaron la cabeza, con el mismo gesto con que Mol los hubiera situado en cualquier inspección: el retraimiento que intentaba justificar una ausencia imposible, un disimulo que les confiriese la desaparición.

Abel Cancio había hecho el intento de sentarse a la mesa con Mol, pero en seguida no sólo desistió sino que dio unos pasos hacia atrás, mientras las pupilas todavía brillaban con la alerta temerosa y en las yemas de los dedos del Comisario seguía derritiéndose lo que muchas noches forjaba el goteo que exprimía su conciencia, un líquido negro y espeso de repulsión y miedo.

No le resultó fácil a Mol alejarse de aquella compañía, ni tampoco había ninguna razón para haber entrado en la taberna, siete u ocho años después de la última vez que lo hubiera hecho, aunque en los lugares del pasado, en tantos sitios interiores y urbanos de Armenia, en los que el tiempo garantizaba la marca de su distancia o deterioro, la realidad parecía un recurso del sueño, porque lo que la experiencia de haber estado en ellos cedía a la memoria en nada se contradecía con lo que al sueño pudiese ceder.

La vida de Mol ya no tenía aquellos avales que diferenciaban con nitidez lo uno de lo otro.

La responsabilidad del profesional no podía permitirse ese desvío en que se envolvían las ensoñaciones, y la imaginación saturaba lo que los deseos arrancaban como quimeras, en los trances de ensimismamiento en que Mol percibía, ahora de un modo muy distinto al de su juventud y madurez, una vía de escape que era como una ruptura en la conciencia y en el propio sentido de la vida: la vía de una disolución en la que la irrealidad impregnaba su voluntad y sus pasos, la salida de órbita que no le hubiese permitido el trabajo cabal de sus investigaciones.

No miró hacia atrás al dejar la taberna, y estuvo convencido de que de los siete parroquianos apenas Abel Cancio habría alzado la mano con la señal indecisa del adiós, aunque también lo podía haber hecho para llevársela a la barbilla y acariciar la carbonilla.

En la calle Avatares la tarde se había fortalecido de tal manera que parecía escurrirse del resto de la ciudad, como huida de la temperatura del tiempo común y precipitada en la solitaria longitud de las aceras rotas y los descabalados edificios que nadie parecía habitar.

La puerta de la taberna se cerró como una caja fuerte, y en el ánimo de Mol el pesar encogió los restos del pensamiento alterado, y lo que el efluvio del anís devolvió a la boca no tuvo el dulzor habitual sino la saturación del alcohol que la reseca y un regusto de semillas arenosas.

—El último sitio de Armenta... —musitó Mol, amedrentado, cuando dio los primeros pasos, a punto de perder el equilibrio en el bordillo—. Ni la tentación de volver ni siquiera la curiosidad de hacerlo, con esa tropa de bergantes que no son otra cosa que los espías de mi conciencia...

Caminó despacio, inseguro, sin poder evitar la sensación de que alguien pudiera seguirle o de que en el imprevisto declive de la tarde se revolvieran los recuerdos entre los posos del pavimento.

—Esta calle tiene el nombre de los sucesos contradictorios que reclaman lo que menos debiera, y nada pinto viniendo a ella, no hay razón que lo justifique. Ahí mismo, en la Droguería Ibis, en el número catorce, despacharon la sustancia con que Adela Contorno tomó el último chocolate, y un poco más allá, en el dieciséis, en la Ferretería Mandorla, compró las tijeras el Homicida del Zaguán. En el Callejero de Armenta no hay otro nombre más significado, por mucho que el Destino tenga un Paseo en la ribera de los ahogados del Margo...

En la Iglesia vacía de San Emeterio había un pájaro que volaba despistado por las alturas de la nave central.

El vértigo del vuelo rasgaba el silencio como una raya que no dejaba ninguna inscripción, apenas el esfuerzo desorientado que distrajo la atención de Mol y le hizo avanzar por el centro de la nave, entre los bancos, hasta los peldaños del altar mayor, cuando un golpe seco suspendió el vuelo y el pájaro desnucado cayó como un borrón sobre las baldosas blancas, a medio metro de sus zapatos.

Mol se sentó en el primer banco.

San Emeterio era una imagen cartaginesa que sobresalía en la hornacina del retablo barroco con la espada alzada en la mano derecha y una vara en la izquierda. La prestancia del soldado, desnudas las piernas y los brazos, era la expresión de su valentía y de la fe que justificaba un martirologio al que capitaneaba a sus huestes y también, al parecer, a la esposa que lo cristianizó, otra imagen diminuta al pie de sus sandalias, recordada como Amilda.

A Mol le gustaba más la vara que la espada, y de tanto fijarse en ella había descubierto que sobre la línea lisa y cilíndrica se enroscaban dos protuberancias que bien pudieran semejar dos culebrillas que reconvertirían la vara de Emeterio en el caduceo del mismísimo Mercurio.

—La paz de los gentiles y el comercio de la vida... —reconocía, sin que el cartaginés le pareciera del todo trigo limpio en un santoral lleno de contradicciones y en una imagen que desproporcionaban calamitosamente las pantorrillas.

Sentado en el banco, poco a poco fue estirando las piernas y abriendo los brazos.

El vacío de la Iglesia contaminó un sopor que le hizo cabecear, aunque la cercanía del cadáver del pájaro, que vislumbraba sobre las baldosas blancas con los ojos entrecerrados, pospuso el sueño y enredó el recuerdo de las plumas sangrientas en alguna Iglesia de Ordial, cuando el párroco de la misma apareció decapitado en el confesionario y un hatillo de plumas negras tiznaba el agua bendita de la pila bautismal.

—Pájaros de Dios que urde el Diablo... —musitó Mol con el pensamiento aletargado que hacía del recuerdo una excusa para evitar el sueño—. El báculo y el caduceo, la porra y la espada, el sánscrito y el sambenito...

Intentó desprenderse de los zapatos y le costó mucho esfuerzo lograrlo. El alivio de los pies intensificó el sopor.

—La cabeza de don Cedro, párroco de la Transustanciación, estaba en el propio Sagrario del altar mayor, donde el terrible asesino culminó el sacrilegio como si matar al párroco fuese el único motivo de la profanación.

Se quedó dormido, y en el sueño tuvo la ingrata compañía del párroco decapitado, sobre cuyo hombro reposó inquieto, y de los tres feligreses que venían indecisos por la nave lateral y tardaron unos minutos en acercarse al banco para sentarse después de santiguarse con mucho miramiento.

—Las benditas ánimas del purgatorio... —musitó Mol, que intentó incorporarse todavía dormido.

—Con el favor que nos hizo nos eximió de la culpa pero no de la penitencia... — le dijo al oído Abel Cancio Mellado.

—¿Es que no voy a poder quitaros de encima...?

—Elio y Lombardía ni siquiera tuvieron oportunidad de darle las gracias. Están aquí conmigo. Vienen a confesar.

—El cura de San Emeterio es sordo.

—Pero el Sacramento de la Penitencia funciona del mismo modo.

—Será la espada del cartaginés la que os haga justicia.

—¿No escucha el llanto de estas pobres almas arrepentidas...?

—No hay piedad para tanta impunidad...

Mol abrió los ojos. Seguía con los brazos y las piernas extendidos, descalzo, la cabeza caída sobre el pecho.

—Al párroco lo mató el sacristán. Confesó el crimen antes de cometerlo. Recibió la absolución. La espada del santo de turno con que lo decapitó la había robado en la Capilla de las Hermanas Morabitas. Y no era una espada propiamente dicha, era un alfanje...

Se puso los zapatos, regresó por la nave central.

El confesionario del cura sordo era el más alejado de los bancos. Las confesiones desbordaban el secreto, tronaban con el eco de los requerimientos penitenciales los días en que el cura apuraba el Sacramento, aunque no era lo habitual.

—Los pecados del mundo nunca sobrepasan lo que el mal le roba al bien. La condición humana es, como en todo, limitada, rutinaria y aburrida. Mejor sordo que advertido...

XIII

Revelaciones

1

El fantasma de Carmelo Cadmo no estaba a la vuelta de la esquina de la calle Almohades y Mol lo echó en falta, al menos en parecida proporción a la molestia que le procuraba el posible seguimiento de los tres penitentes.

Llegó al número siete, buscó la llave del portal con cierto nerviosismo, subió las escaleras reconociendo el cansancio en los pies de plomo, tampoco tuvo suerte para abrir a la primera la puerta del piso, el olor de la clausura alimentaba un espesor ingrato en el que podía percibirse la suciedad de las sombras.

La mujer que venía cuatro días a la semana a hacerle la limpieza, a lavar, planchar y poner orden, llevaba una temporada sin poder hacerlo, y Mol tuvo la sensación de que en ese abandono confluía lo que también por otros conductos desorientaba su vida, como si todo perteneciera a una suerte de disolución y desidia que anticipaba el deterioro de la edad.

—El pasado que se espesa... —le decía su amigo el Profesor Viñuela—. Ese tiempo que está detrás de nosotros y nos empuja sin que podamos verle la cara.

No se decidió a dar la luz.

La tarde se incrustaba en un oscurecer precipitado y lo que la noche iría reponiendo, al contrario de lo que sucedía cuando se encontraba en plenas facultades profesionales, era un asedio que también se inmiscuía en su ánimo y en su espíritu, de tal manera que Mol se arrinconaba hasta casi encogerse en su cobardía.

—Éstas son las peores implicaciones de ya no estar obligado a nada, de no tener nada que hacer... —le decía al Profesor Viñuela—. No funcionan los resortes de la voluntad, no están engrasados como antes, y en la inacción aflora la debilidad. La flor enferma en el tiesto de la fragilidad, que es el único que riego. Hay días en que la nada flota como una hoja seca en la palangana...

Llegó al salón y se sentó en la butaca.

Las sombras se correspondían con la oscuridad de los ojos cerrados, tenían igual espesor y suciedad. La cortina de los párpados tampoco escindía lo que el olor del abandono y el desorden imprimía en la cerrazón. El olor era un atributo de la misma oscuridad, pero ya no delataba lo que con tanta insistencia avalaba algunos indicios en la actuación del Comisario, cuando el profesional husmeaba sin otras alteraciones que desorientaran la búsqueda y nada era ajeno a la dirección que los sentidos pudieran percibir, todo estaba encaminado en la investigación.

Hubo un reclamo en la lejanía, el resorte de un viejo gesto en la concentración y el ensimismamiento profesional.

Sin encender la luz, sin apenas moverse, metió la mano en el bolsillo del pantalón y extrajo el pañuelo, en uno de cuyos picos quedaba la huella de la mancha de sangre que goteaba bajo el somier de la alcoba de Azumbre.

Llevó el pañuelo a la nariz y lo olfateó con la insistencia con que lo había hecho

con tantos objetos en tantas ocasiones, cuando estaba seguro de que nadie lo observaba.

—Ahora... —musitó Mol, apretando el pañuelo en la mano y bajando la cabeza — tampoco la muerte huele a nada, ni al muerto siquiera, aunque esta sangre no sea suya, ya sería el colmo que hubiera una herida invisible. Y, sin embargo, el que vuelve algo busca, la expiación, el perdón de los pecados...

El cansancio le hizo divagar un momento, pero en seguida quedó dormido y el pañuelo cayó al suelo.

Fue el teléfono el que lo despertó, un temblor excesivamente ruidoso en la balda de la librería, a sus espaldas.

—Soy Leva, papá, pensé que no estabas.

—Me había adormilado en la butaca.

—Recuerdas que mañana llego a Ordial.

—Te estaré esperando en la Estación a las cuatro y media, ¿cómo iba a olvidarme...?

—No sé, después de un año sin hablarnos.

—Sigo siendo la misma calamidad y, además, para complicarlo, empiezo a hacerme viejo, pero estoy encantado de que llames...

2

Esa noche los muertos de Mol se multiplicaron porque en la muerte fueron confluyendo los consignatarios de cualquiera de los delitos que hubiese exculpado.

Todos estaban de verdad muertos y ni siquiera la condición fantasmal podía paliar esa circunstancia definitiva.

Los muertos no acudían en el sueño de Mol a una cita o a un reclamo, tampoco venían al entierro de alguno de ellos o al funeral del propio Comisario que, en algún momento, cuando algunos se pusieron más pesados de lo debido en su reclamación, zanjó el asunto con contundencia: no soporto las honras fúnebres y de lo último que podréis enteraros es de que pasé a mejor vida.

El sueño tuvo sus revelaciones.

También las fisuras en que la mente de Mol se contagiaba de los sentidos y, todavía en la actividad del mismo, sin que la caja de resonancia se quebrase o el falso despertar la evidenciara, un discurrir de cuerpos y desazones que el propio soñador rehuía sin conseguirlo, como si en su aterida desnudez se reflejara la carne floreciente que lo cercaba y aprisionaba.

No era Danza la que se deslizaba entre las sábanas, aunque el durmiente intentaba

moldearla en su inútil voluntad, tal vez porque tratándose de ella resultaba más grato y menos arriesgado.

Podía tratarse de Nora Ferad o de Cindia Olmo o, cuando en el límite de la ansiedad y la congoja los cuerpos se abrazaban a sus costados, el pensamiento ruin de que entre Beda Covado y la Hermana Cósima la misma piel cobraba igual deseo, como si la caridad y la muerte insuflaran igual placer o la carne no hiciese distinción entre la concupiscencia y la piedad.

—De eso también quiero confesarme, de los malos pensamientos que el sueño no exime, de haber pecado sin que me defendiesen la razón y la conciencia.

Las revelaciones del sueño llegaban malformadas al despertar, pero dejaban abierta esa vía de preocupación e insistencia que Mol no rehusaba.

Un muerto remolón como Elicio Cedal no se le había despegado en toda la noche y, aunque no resultaba nada grato tenerlo al pie de la cama, presintió que en los viejos secretos de las averiguaciones el suegro y la nuera no delimitaban la claridad del parentesco y el trato.

Elicio, con el saco de sus culpas y tribulaciones, parecía más que involucrado en los sucesos, perseguido por ellos, y arrastrado sin remisión a la tragedia que lo arruinaría.

Beda, la nuera, ya no era otra cosa que el cadáver que Elicio ni siquiera podía imaginarse, la muerta que derrotaba cualquier consideración, y en la que la cercanía familiar y afectiva irradiaba un insoportable desasosiego.

Ese sentimiento estaba en el saco de Elicio, el sufrimiento que limitaba sus palabras en los interrogatorios, lo que Mol pudo apreciar y valorar todavía mejor que los Inspectores.

—Lo más penoso que pensarse pueda... —le había comentado ocasionalmente a Aníbal Lodaes— porque lo que este hombre pueda sospechar o saber no está en razón de los hechos, lo supera. Y también lo involucra, ya que nada sabemos a ciencia cierta, el recelo y la desconfianza se alimentan de lo que sabe y calla, o de su misma culpa, vete a saber.

Elicio Cedal era un ser extremadamente silencioso.

El sueño de Mol lo devolvía en la adversidad de aquellos años, no en la cercanía del reencuentro en el Asilo de las Hermanas Penitenciarias.

El silencio lo hermanaba con el pesar y, hasta en el sueño, la condescendencia de Mol era notable, y la decisión de olvidarlo, tras tantos interrogatorios y constatar la coartada, aunque el dichoso saco al que se referían Aníbal y Carmelo no se hubiera vaciado por completo, había sido una decisión más respetuosa que exculpatoria.

—Hay que entender el calvario que lleva.

—¿Y la posibilidad de que suegro y nuera tuviesen otra cosa que afectos y parentescos...?

—Nada comprobado.

—La nada es la palabra que mejor corresponde al caso.

—Yo no quisiera estar en su piel. Y mucho menos en su corazón o en su conciencia.

3

El abrupto despertar interrumpió la conversación que en el sueño mantenía con Aníbal Lodares y Carmelo Cadmo.

Todavía la voz de Lodares repetía que entre el suegro y la nuera podría haber algo que no mostraba ninguna de las suposiciones contempladas, lo que un hombre podía callar por la propia vergüenza de que el hijo lo supiese o, al menos, lo barruntase, o que el mismo nieto llegara a sospecharlo.

Nada, en cualquier caso, que contribuyera a retomar el hilo de los sucesos con una orientación distinta y, en tal sentido, más imprevisible, que no fuera la de delimitar mejor, con mayor complejidad, lo que Elicio Cedal significaba en el trágico asunto, lo que aquel hombre sobrellevaba en su carga silenciosa, reprimido y huidizo, como si el suceso lo alcanzase con la sorpresa de una explosión cuyo estruendo le aturdiría.

Era como volver a alguna de las infinitas conversaciones en el despacho de la Plaza de la Reserva, y en el abrupto despertar Samuel Mol echó más en falta a Carmelo que a Aníbal, como si el fantasma proporcionara un cobijo más propicio para las sensaciones y los pensamientos que el sueño arrojaba en la playa de la mañana, entre las imágenes entrecruzadas de los cuerpos que le habían acompañado, la misma piel fría y templada al tiempo, y en cada uno de sus costados, de Beda Covado y la Hermana Cósima.

Cerró los ojos.

Los residuos de lo que el sueño amalgamaba tenían esa inducción que los hace tan inmediatos como inalcanzables, y como tales residuos se iban diluyendo en el embate de su añoranza, dejando la huella contradictoria de lo que el sueño contiene de intensidad y olvido, lo que tan rápidamente se pierde entre el placer o el miedo o la amargura y, casi siempre, con la melancolía de lo que nos fue arrebatado, como si en ese trance hasta el sufrimiento tuviese un sentido o el temor una justificación.

—Nada de lo que se sueña es inocuo... —decía el Profesor Viñuela convencido de la obviedad de la afirmación y siempre decidido a matizar el capricho de que lo soñado fuese en color o en blanco y negro—. Lo que en la realidad puede serlo, en el sueño jamás, y no me meto en interpretaciones o simbologías, simplemente constato esa actividad inerme, tan radical como decisiva.

Le costaba trabajo levantarse.

En el cuerpo se incrementaba la pesadez de una enorme piedra que hundía el colchón.

Los residuos sobrevolaban la atmósfera templada de la habitación, como si al diluirse en su mente se fuesen disgregando en la niebla de una oscuridad ligeramente paliada por la luz que se colaba en las contraventanas.

La piedra se amoldaba al hueco de lo que percibía como un refugio agradable, y en el ánimo de Mol el pesar había derivado en la desgana, como si el resultado de su deriva desde que descubrió a Elicio Cedal en la Enfermería del Asilo de las Hermanas Penitenciarias radicase en una indolencia que lo arrastraba por el peor de los conductos, sin gobierno ni resolución, con la averiada voluntad del que va y viene sin intereses precisos, echado a perder por los reclamos de un pasado que ya nada debiera importarle.

—No me levanto. No hago nada. No voy a ningún sitio. El que quiera buscar al Comisario que se dirija a la Reserva, ya le informarán de lo que vive un jubilado. La pensión la tengo domiciliada en el Banco Corsino y el testamento con las últimas voluntades está en la Notaría de Vilmo Pagoaga. Poco que rascar en cualquier caso...

XIV

Quebrantos

1

A Ordial hacía siempre el mismo viaje, el tren de la mañana que lo llevaba con la costumbre de una agradable lejanía, como si los kilómetros ferroviarios marcaran la distancia en el sosiego monocorde que contrastaba con los sobresaltos de la carretera.

Por uno y otro trazado había una confluencia en la que el viaje unificaba el criterio de su alcance y donde los viajeros podían compaginar también las sensaciones de lo que el paisaje determina casi como una obsesión que se apodera de quien cierra y abre los ojos en su perspectiva. Eran los kilómetros del Desierto de Moravines, la ruptura desolada entre el abandono de las riberas del Margo y su reencuentro tras la desorbitada desviación de un río que se abría en una curva enorme como si la corriente lo llevase en el intento de huir, para muchos kilómetros después retomar el camino que le hubiera correspondido a cualquier hijo pródigo, reconciliado con su hermano gemelo el Nega en las riberas urbanas de Ordial, ya reconvertido en el espejo que templaba las aguas ciudadanas bajo el Puente Cibar.

El mismo viaje de tantos años, las dos horas en que Mol sobrevolaba en la velocidad de la ventanilla, como el ave que se posó en cualquiera de los postes de la línea eléctrica para verlo pasar.

—En lo único que tenemos que ponernos de acuerdo es el sitio y en la hora, no admito otro procedimiento, yo voy por mi cuenta y, además, como bien sabéis me gusta madrugar... —solía decir a sus subordinados en las ocasiones en que había una cita en Ordial o en algún otro punto de la línea ferroviaria, y el hábito era el mismo desde su jubilación, cuando de vez en cuando se le ocurría tomar el tren, recordar la vía de un destino que marcaba asuntos muy variados, casos, sucesos, encuentros, el tramo del pasado que el presente apaciguaba en el viaje con premeditada quietud.

Fue en la Estación de Moravines cuando vio subir a un hombre joven que le suscitó un recuerdo indeciso.

El traje gris, la corbata ajustada, el bigotillo que podía indicar el contradictorio intento de una apariencia solapada, como el de quien pretende reforzar físicamente los años porque le inquieta que se perciba la inmadurez con que se descubre cada mañana.

Mol aguardó a que entrara en su vagón. El indeciso recuerdo también suscitaba cierta curiosidad, y pertenecía a las antiguas observaciones con que el Comisario desenredaba algún hilo de la memoria casi con un afán de entrenamiento, como si todo conviniera impulsarlo para que la mente se mantuviese en forma.

—Ni siquiera duermas del todo ajeno al asunto en que andas metido... —decía en ocasiones, no con la solvencia del consejo sino como constatación de lo que le sucedía en el trabajo, sin más alivio que la opción de seguir obsesionado con lo que se traía entre manos—. No hay nada alrededor de uno que no pueda servir para aclarar las cosas, lo más ajeno, lo más absurdo, lo más inesperado...

En vez del hombre joven, en cuyo rostro pudo percibir una veloz línea que dibujaba la delgadez excesiva, entró en el vagón un hombre de mediana edad, mucho peor vestido y adecentado, que traía en las manos una cartera de refulgente cuero, con apariencia de estar recién estrenada.

El hombre se sentó enfrente de Mol, que tardó un instante en reparar en él, mientras el tren volvía a ponerse en movimiento y algunas personas permanecían quietas en los andenes de Moravines.

—Lo que resulta una buena metáfora de la vida... —escuchaba Mol en la resonancia de lo que suponían tantos nudos ferroviarios—. Esos seres humanos que acaban de llegar o no saben dónde ir. La gente que no se mueve en el andén de una Estación perdida, y la de Moravines bien puede decirse que se lleva la palma.

Miró al hombre y vio el contraste de la cartera y la indumentaria, también el gesto acobardado y el impulso de sujetarla con parecida intención a como la hubiese soltado.

—Alejandro Nieva... —musitó, no con la complacencia del reconocimiento, sino con la sorpresa que ajusta una coincidencia en la que ni el tiempo ni el espacio tienen cometido alguno.

El hombre suspiró, cerró los ojos, volvió a abrirlos y no fue capaz de dirigirlos a Mol, los dejó que se perdieran en los reflejos sucios del cristal de la ventanilla que matizaba una velocidad morada sobre el todavía lento paisaje de Moravines.

—Nieva Funcido... —remarcó Mol, con más melancolía que aspereza—. Los años no te dejan descansar.

—No lo hacen, no señor... —dijo el hombre desprevenido y alterado, que por fin había sido capaz de quitarse la cartera de encima y depositarla a un lado, en el suelo.

2

Mol bajó los ojos e hizo el ademán de cerrarlos e improvisar una cabezada, como si emulase lo que tantas veces hubiera hecho en el adormecimiento del viaje.

—No me acuerdo de cómo se llamaba tu prima... —dijo de pronto, sin que el hombre que contenía el nerviosismo cruzando los brazos dejase de carraspear, visiblemente arrepentido de haber tomado aquel asiento.

—Eulalia.

—¿Ya no trabajas con ella...?

—No había conformidad. La codicia la hacía picar más alto. Yo me mantengo con poco.

Mol le miró.

Alejandro Nieva tenía el gesto amedrentado de la lejana ficha de su detención.

Era el que se sentaba en el borde del banco, esposado y encogido como un bicho al que sus compinches hubiesen ido arrinconando hasta hacerle caer, mientras aguardaban a que les llamasen a declarar.

—Vergara y Cavedo... —dijo Mol, sin que los párpados del hombre palpitaran o el recuento lo hiciese reaccionar—. Pudo ser la primera vez que te echaran el guante, y de los tres el que más bofetadas recibió.

—Vergara es hoy mismo un honrado padre de familia, con tres hijos y dos nietos. Celestino Cavedo falleció en un accidente de carretera. No hay salida cuando aceleras más de la cuenta y encuentras una curva mal puesta...

—¿Lo seguían...?

—Sí, señor. Y eso que el alijo lo había soltado en el mismo sitio en que lo afaná, sin otra intención que irse. Cavedo no era muy precavido pero tampoco temerario.

—¿Y Eulalia...?

—Lo que le digo, la codicia. El negocio que teníamos a medias no era bastante para una mujer de sus condiciones. A lo que aspiraba sólo podía llegarse en las grandes capitales y en el extranjero. Nada se sabe de ella que no sea lo que inventan quienes menos la conocieron, o alguna noticia del periódico. En cualquier caso, lejos.

—¿Andas solo...? —quiso saber Mol, cuando Alejandro separó los brazos y llevó las manos temerosas al asiento, de modo que la derecha se acercó a la cartera.

—Solo y con pocas ganas.

—¿Tienes algo pendiente...?

—Lo poco que cuelga, pero estoy limpio hasta donde se puede llegar, quiero decir que ahora mismo no hay Juzgado que me reclame.

La lejana ficha de Alejandro Nieva Funcido se había caído al suelo, y cuando Mol la recogió habían pasado tres o cuatro años desde que por vez primera había comparecido en compañía de aquellos compinches que porfiaban por tirarlo del banco donde los tres estaban sentados.

—Vuelves a las andadas... —le dijo entonces el Comisario—. Ésta es la frase que más veces he repetido en mi vida. Se la he dicho a tantos y en circunstancias tan variadas que me aburro de hacerlo.

—Me gustaba tu prima... —dijo ahora Mol, mientras la mano derecha de Alejandro rozaba indecisa el asa de la cartera—. Era guapa, tenía empaque.

—Gustaba a todo el mundo, y al único que jamás estuvo dispuesta a hacer caso fue a mí.

Mol vio la raya del tendido eléctrico como una señal luminosa y cortante, el tren acababa de pitar.

Los ojos de Alejandro estaban legañosos, sucios, menos atónitos que en la foto de la ficha pero más gastados.

—Anda... —le dijo— coge la cartera y esfúmate. No creo que te convenga llegar

con ella a Ordial, es mejor que te bajes en Galvanes o en el Apeadero de Uncida. ¿La cogiste en Moravines o ya la traías...?

Alejandro carraspeó hasta casi atragantarse. Se puso de pie como un autómatas y agarró la cartera.

—En la Estación, en Armenta, pero me parece que el dueño viene en el tren. Lo vi en Moravines.

—Siéntate otra vez y mira si se abre. No sé lo que esperabas encontrar en ella.

—Nada especial, es una pieza de lujo, puede valer por sí misma.

—Ábrela. Si tiene documentos, de nada te servirán, y es mejor que los devuelvas. Basta con que los dejes aquí, yo me encargo de decirle al Revisor que los encontré.

3

La Estación de Ordial, a media mañana, tenía poco movimiento. El Correo se demoraba en la parada, los andenes se vaciaban en seguida y los viajeros que continuaban la ruta hacia el Castro Astur miraban indolentes por las ventanillas, convencidos de que el convoy incrementaría el retraso en la espera del que venía en dirección contraria.

Lo que Mol descubrió en los andenes, bajo la enorme carcasa que cubría la Estación con una estructura de hierro que parecía aprisionarla, como si en el tiempo fuese cediendo y existiera el peligro de que llegara a desprenderse igual que la cáscara seca de un insecto, fueron algunas figuras fantasmales que probablemente no pertenecían a la lógica del escenario sino a la irrealidad de su propio pensamiento, como si en el destino del viaje la interferencia del recuerdo levantara un vaho primaveral deshilachado de la niebla de alguna lejana vigilancia.

Las figuras fantasmales se movieron al tiempo que Mol, cuando cruzó el andén, como el último de los viajeros que acababan de bajarse del convoy, y tras algunos pasos giró decidido hacia la izquierda, en la dirección de la Cantina de la Estación.

—Deben de ser compañeros tuyos de ese más allá donde dices que no hay nadie... —masculló mientras se movía y los observaba, dirigiéndose al recordado fantasma de Carmelo Cadmo.

—No te fíes... —pudo oírle, corroborando que la figura de Carmelo en nada se parecía a aquellas otras, más cercanas a las que con alguna frecuencia surgían cuando menos lo esperaba, como formas secundarias de un sueño o personajes soltados en el lastre de una incierta memoria.

Llegó a la Cantina reteniendo los pasos porque, en el último momento, pudo percatarse de que al menos una de las figuras hacía un movimiento de persecución, la acción opuesta a lo que hubiera sido su vigilancia, cuando en la niebla de una larga

espera hubiese sido él quien se deslizara tras el vigilado, ante la impresión de que emprendía la fuga.

—Estas situaciones pertenecen a los quebrantos de la edad... —le dijo mentalmente a Carmelo—. El que vigila sufre el acecho del vigilado y cuando quiere darse cuenta ya no hay una orden precisa ni un sospechoso ni un caso en marcha. Lo que quedan son los residuos de un pasado que todo lo trastoca. El tiempo impió en que los muertos tienen más voluntad que los vivos...

En la barra de la Cantina había cuatro o cinco personas, y la atmósfera humeante del tabaco y el café contrastaba con el humo deshilachado que la primavera heredaba de la niebla invernal en el exterior, cuando en la Estación el propio Mol y alguno de sus subordinados llevaban horas de vigilancia y espera, enfriada la cabeza y entumecidos los músculos, enquistado también el pensamiento que no podía dar razón de otra cosa que no fuera el cometido de un trabajo absurdo.

Entre los clientes de la barra estaba el hombre joven que le había suscitado un indeciso recuerdo al verle subir en la Estación de Moravines.

El traje gris, la corbata, el bigotillo, ajustaban un indicio que Mol se esforzó en desvelar, mientras le observaba sin que él se percatase. La línea de su delgadez extrema también remarcaba en el rostro, más absorto que distraído, lo que el brillo de los ojos robaba a lo que el viejo Comisario hubiese considerado el reflejo de una enfermedad del alma, cuando ese tipo de diagnóstico formaba parte de la costumbre de sus indagaciones.

—Enfermo del alma. Úlcera moral. Inclinación perniciosa. Ahogo súbito. Temblor esencial... —eran términos que orientaban un acercamiento explícito en la identidad del sospechoso, como un atributo clínico en la identificación.

El hombre apuró la taza de café y, al abonar la consumición, la mirada enferma se cruzó con la de Mol, que incrementó el esfuerzo del recuerdo sin otro resultado que la inquietud que lo frustraba.

Le vio salir sin otra precipitación de la que quien decide irse.

Tras los cristales la figura se sumergía rápidamente en la niebla fantasmal de los andenes, donde todavía perduraban las presencias de una antigua vigilancia.

4

Fue también la costumbre lo que llevó a Mol a caminar por el andén, en la dirección en que tantas veces lo había hecho, antes de decidirse a abandonar la Estación.

El vacío resonaba bajo la carcasa y en el lejano movimiento de alguna máquina de maniobras se alargaba el traqueteo y el pitido de otra resonancia que indicaba un trayecto en los alrededores de las vías muertas.

Cuando abrió la puerta de la Sala de Espera, contigua a la Consigna en la que en alguna ocasión sus subordinados habían encontrado la valija de un sospechoso entre los equipajes, todavía tuvo la sensación de que alguna figura se deslizaba inquieta a sus espaldas, como si el sospechoso les hubiese seguido con la esperanza de que la valija ya no estuviera allí, aunque pudiese constar el recibo con el nombre de quien la hubiera retirado a tiempo.

—Una valija con el cuerpo del delito, valiente hallazgo. Los billetes numerados y los certificados y bonos del desvalijamiento, valga la redundancia... —comentó Mol entre dientes—. No hubo operación más rastreadora ni menos imaginación a la hora de administrar el botín.

La Consigna estaba cerrada. Mol recordó lo que entre los bultos podía parecerse al abandono del Almacén Municipal de Objetos Perdidos, un curioso parentesco entre lo que se deja y se pierde, como si en la intención hubiese alguna simetría, aunque en lo perdido no existiese voluntad y el Almacén, al contrario que la Consigna, no atendiera entregas sino hallazgos.

No había nadie en la Sala de Espera.

El hedor de los sueños incómodos, la constancia más espesa de los retrasos que motivaban un desaliento también sudoroso. La atmósfera cerrada y sucia que el olfato de Mol en seguida sumó a la de los objetos consignados, el equipaje de un tiempo muerto y un tránsito que podía acabar en el extravío o el abandono, lo que el viejo profesional sabía por experiencia.

Habían sido muchos los rastreos ferroviarios. Las horas nocturnas del Comisario en activo tenían la reminiscencia del escenario de la Estación, las vías aledañas, lo que sumaban las mercancías y los vagones ordenados para la carga o la descarga, el sendero de las traviesas hasta la caseta deshabitada del Guardagujas.

No había nadie pero entre la luz desmigada que encubría con poco aliento los bancos sucesivos, algunos de ellos más tortuosos por la deformidad del uso descuidado, refulgía un objeto que Mol reconoció en seguida: la cartera que traía Alejandro Nieva Funcido.

—No me hizo caso, no se bajó en el Apeadero, vino hasta Ordial y ahora, además de perder la cartera, habrá recibido lo que el desobediente merece.

No había muchos sitios donde buscarlo, el retrete, los recodos de las paredes derruidas de los viejos tendejones, el solar que recuperaba un espacio desmadrado donde se expandiría la nueva Estación hasta muy cerca de las riberas del Nega. Echó una ojeada, no vio a nadie. Las obras de expansión estaban suspendidas desde hacía tiempo y la Estación daba el aspecto de un campamento que hubiesen levantado sin llegar a establecerlo, como si se tratase de un proyecto errado.

Volvió a la Sala de Espera, se sentó en el banco, al lado de la cartera cuyo cuero mostraba el brillo recién estrenado. En menos de un cuarto de hora la puerta de la

Sala se abrió con cautela y el rostro de Alejandro asomó indeciso.

—Muy lejos no podías haber ido... —le dijo Mol, acariciando el asa—. Tenías que volver a por ella, no la dejaste en el mejor sitio, cualquiera se la hubiese llevado.

—El dueño me echó el guante... —confesó Alejandro, que dio unos pasos renqueantes, llenos de sufrimiento, sin atreverse a sentarse junto a Mol.

—Te dije que bajaras del tren.

—Me vio cuando iba a hacerlo. Al parecer la cartera le interesaba menos que el contenido, justo lo contrario que a mí. Llegué a Ordial de puro milagro.

—Con tiempo para dejarla donde primero se te ocurrió.

—Pero después de que me sacudiera y me amenazase. Yo ya no trabajo con la misma destreza. No tengo celeridad.

—Tenías que haberte casado con Eulalia... —dijo Mol, viendo el cuerpo estremecido de Alejandro Nieva, las manos que multiplicaban el temblor de su dolorida impericia.

—Porfié por ello, no crea que no, pero sin que jamás se lo imaginara, como si de una quimera se tratase. Volaba tan alto que jamás la podría alcanzar.

Mol le entregó la cartera.

—Si el dueño vuelve a verte, volverá a zurrarte. Quédate aquí y coge el primer tren que salga de Ordial.

Alejandro se sentó con mucho esfuerzo y sin poder contener un lamento. Apretó la cartera contra el vientre, con menos intención posesiva que de alivio.

—No tengo un duro.

—La pensión del policía todavía llega para comprarle un billete a ninguna parte al delincuente que perdió la destreza y la celeridad. ¿Cómo demonios iba a quererte Eulalia...? Lo alto que volase era lo bajo en que tú te arrastrabas, una proporción desproporcionada en el delito común. Sacas el billete y tomas un café doble para despejarte. Y guarda la cartera debajo de la chaqueta, se nota demasiado que no es tuya. No tienes pinta de ejecutivo.

—No será el último disgusto que me proporcione, antes de que logre venderla.

5

El Ordial de la media mañana tenía en la atmósfera la primavera del Nega.

Lo que el río cedía a la ciudad era algo más que el espejo en que ésta se miraba. El río era la vena que surcaba el cuerpo en que Ordial midió las vicisitudes de su edad, la fundación y el crecimiento en que se construyó su desarrollo y también una indicación persistente de los acontecimientos, como si el Nega tuviera siempre la señal precisa de cada fecha histórica en algún punto de sus orillas.

Samuel Mol cruzó el Puente Cibar. El espejo acerado resplandecía en las aguas primaverales.

El Puente retrajo los pasos en la disyuntiva de lo que su pensamiento seguía elaborando, como si de lado a lado, y sin que el río supusiera otra cosa que un fluir de cristal ajeno a su atención, se mantuviera la distancia de la actualidad y el pasado, un impulso y una atracción que escindía lo que su voluntad pretendiera y no fuera posible decidir, o ese avatar en el que no había disposiciones, apenas un movimiento que le llevaba o le traía sin que él hiciera otra cosa que ir o venir.

En la mitad del Puente se detuvo un momento.

El agua parecía quieta, inmovilizada en el remanso de su curso, una corriente ajena que en la conciencia de Mol depositó la pesadez de su inmersión, como un mármol que sepulta los residuos morales que no quería resignarse a perder o, al menos, a olvidar.

—Eso no lo tengo muy claro... —le había dicho a Marisa Yalta, la esposa de su amigo el Profesor Viñuela, en alguna de aquellas ocasiones en que la visitaba cuando el tumor iba infiltrando el ánimo de Marisa y acentuando al límite su sensibilidad, y Viñuela se había convertido en una compañía mucho más taciturna—. De que son residuos no me cabe la menor duda, la edad es quien proporciona su menoscabo. Perderlos u olvidarlos no es exactamente un dilema, pero sí una preocupación. No sé lo que queda de la convicción o de la creencia o de aquello que se llamaban valores o ideas.

Las aguas no le devolvieron ninguna orientación.

La corriente ajena llevaba la fuerza impropia de un movimiento imperceptible, lo que el remanso inmovilizaba en la superficie, lo que el Puente amparaba desde un panorama que podía eternizar cualquier sentimiento de extrañeza y pérdida, al menos con la misma propiedad con que pudiese incitar el halago placentero de la belleza del río, sin que Mol se viese tentado a permanecer allí, en mitad del Puente, a medio camino de uno y otro lado, cuando lo que de veras alentaba el mármol en la conciencia era la búsqueda de un alivio menos comprometido que cualquier otro, una copa de anís en el bar más cercano, el Dolomita podría servir, apenas al rebasar el Puente, y la Cripta de los Tributarios en una de las calles adyacentes, donde jamás faltaba un fraile de guardia en el confesionario, como el centinela en la garita.

Bebió la copa en la barra. El dulzor del anís no amortiguaba lo que en la conciencia de Mol era un peso que irradiaba a su pensamiento, a veces con el soplo de una niebla benigna y en ocasiones con la fuerza de un viento que lo estremecía desabrigado.

—El peso del pesar... —se decía, con resignación, y en los ojos de Marisa Yalta, que centelleaban como si el tumor los iluminara con su incandescencia, había tanta comprensión como desánimo, la lentitud de unas palabras que invocaban el esfuerzo

de un sufrimiento que parecía más espiritual que material, el verbo interior del padecimiento que en nada se correspondía con la desdicha o la desgracia de la enfermedad.

—Pesaroso Samuel... —le decía, como adjudicándole otro apellido al nombre, y Viñuela aprovechaba para rematar la gracia del pesaroso pesado, que Samuel aceptaba agradeciendo la sonrisa que en Marisa Yalta indicaba un límite del dolor y el disimulo.

Llegó a la Cripta después de confundir la calle. El incienso rezumaba en el interior, y el aroma de la cera se ajustaba al chisporroteo de algunas velas que estaban a punto de consumirse en los laterales del altar.

El fraile de la garita hizo un gesto de rechazo cuando Samuel Mol asomó con la destreza de un penitente sobrado de intenciones.

—¿Qué es lo que buscas, el perdón o el tormento...? —inquirió el fraile antes de avenirse a confesarlo.

6

Lo que busco ni Dios lo sabe, dijo Mol tentado de volver al Dolomita, incumpliendo lo que tantas veces se había prometido y que en los últimos tiempos había sido capaz de cumplir a rajatabla: sólo beber una copa de anís por las mañanas, generalmente en el desayuno, cuando paseaba en ayunas en las primeras horas y tomaba el café en el Antracita o en los bares del Ciento y Abastos, donde no tenía que pedir la copa porque cualquiera de los camareros se la servía sin decir nada.

El rumbo de Ordial no era muy distinto al de Armenta.

Conocía la ciudad con el mismo impulso minucioso y en los reiterados recorridos, profesionales y particulares, el ritmo de andarla y recobrarla se acomodaba perfectamente a la ilusión de evadirse sin sentirse perdido pero sí aliviado, como si el impulso determinara la confianza de un agradable descubrimiento que confirmaba la vecindad de Mol.

No volvió al Dolomita.

La promesa podría incumplirla media hora más tarde en el Café Medulio, apostado en la barra, mientras miraba con poco interés los titulares del diario local, y el camarero que le había servido con inusitada presteza hacía un volandero comentario sobre la primavera que reconvertía a Ordial en una caja de plata.

—Lo dice el periódico... —indicó en seguida, sin que Mol se enterara, y el propio camarero señaló con el dedo índice el artículo en que Ordial brillaba en la metáfora con algunos adjetivos exaltados, sin que el lírico colaborador aclarase si de una caja abierta o cerrada se tratase.

La absolución del Tributario no le había complacido. Los frailes de la Cripta tenían la aureola de su austeridad penitencial, también de la liturgia estricta y de un rigor teológico que los distinguía de las otras Comunidades que en Ordial estaban dedicadas mayoritariamente a la enseñanza.

—Se atienen a sus Reglas, no te engañes... —le había comentado el Padre Arintero—. No puedes buscar acomodo en cualquier confesionario. Un penitencial auténtico, sea de la orden que sea, tiene la obligación de leerte la cartilla. La culpa, el pecado, lo evalúa quien lo perdona, no se debe enredar con el Sacramento.

Mol asomó a la Plaza del Yeldo.

La caja de plata estaba abierta, lo indicaba la luz que filtraba un verdor reciente en los plátanos de indias que la cercaban.

Se acordó de Leva.

El pesar no llegaba a diluirse con el anís, pero se amortiguaba en el decurso de una emoción más melancólica, como si en el discurrir de las venas hubiese un sosiego temeroso que no las limpiaba por completo pero que fluía con mayor mansedumbre.

La emoción se compaginaba con la relevancia del recuerdo, lo que Leva suponía en los contratiempos del pasado familiar, la desgracia sentimental de un matrimonio roto sin que existiesen excesivas desavenencias, y el sentido de la muerte de la esposa nada lejana a la separación que convirtió a Mol en un viudo apócrifo, alguien que ya no accedía a ese estado en la realidad legal, pero que lo asumía aunque no le perteneciera, como si la viudedad fuese un falso grado que pudo llegar a sentir como verdadero.

—No se entiende que una pareja como la vuestra se deshaga de este modo... —dijo Leva, tan distante de uno y otro en aquellos tiempos juveniles en que decidió irse de casa, hacer su vida, suavizar exageradamente el compromiso de la hija única, casi borrar el rastro de lo que correspondía a las ataduras de los afectos.

—Una chica rara, una mujer especial...

Nada se entiende, musitó Mol corroborando que en la caja abierta la luz de Ordial era la joya de su contenido en la primavera que la reclamaba.

—Los tres somos así de raros.

—Pero mi madre estaba enferma cuando os separasteis. Eso podía haber influido para hacer un último esfuerzo.

—La enfermedad fue el límite de la incomprensión, al menos por su parte. Y no me gusta nada usar esa palabra, aunque me parece que no hay otra para decirlo.

—Ella opinaba lo mismo, pero estaba confusa.

—Yo no he salido de la confusión. Lo que voy a intentar es vivir sin pena y sin culpa, lo mismo que ella debe hacer, aunque nada me preocupa más que el detrimento de su salud. Ahora que se queda sola, vas a tener que responsabilizarte de acompañarla.

—Cuando me fui, lo hice con todas las consecuencias. No era la hija que necesitabais. Tampoco yo necesitaba los padres que tenía.

—La hija que perdimos.

—Los padres que no supieron reclamarme.

—Una familia tan escueta, tres miembros, casi el mínimo posible. Apenas te recuerdo de niña, ya ves qué raro. Una trenza, el vestido azul con volantes.

—Dos trenzas y un vestido rosa sin volantes, jamás tuve un vestido azul...

XV

Peones

1

El caserón del Colegio Bachiller Carrasco estaba al final de la calle Olavide, en la dirección que Samuel Mol, después de algunas vueltas bajo los plátanos encendidos que cercaban la Plaza del Yeldo, iba a tomar sin que el regusto del anís marcara otra disyuntiva entre el incumplimiento y el recuerdo, ya que las palabras de Leva casi reducían a la caricatura la promesa de la copa y en realidad, al entrar y al salir del Café Medulio, se había sentido reconciliado con la necesidad y la decisión de bebería, tampoco la promesa entraba en la abusiva penitencia que le había impuesto el pejiquera Tributario de la Cripta.

Vio el cartel recién pintado del Colegio en la fachada, sobre el portalón, bajo los balcones del primer piso. También la fachada estaba pintada, como si el tiempo en vez del consabido detrimento en el revoco del viejo inmueble hubiese adquirido lo que aparentaba su rehabilitación, al menos en el hosco semblante que en los años del Carrasco habría atemorizado a los infinitos alumnos que llegaran para cursar sus estudios, especialmente los que viniesen como internos.

—El Colegio cumple este año su cincuentenario... —le informó a Mol el Conserje que ya no asomaba con cara de perro en el chiscón de la entrada, embutido en el guardapolvo, sino luciendo un uniforme que podía tener el único defecto de quedarle un tanto holgado.

Mol entró sin otra previsión que la de apreciar el destino de un caserón que siempre le había inquietado por la apariencia de su deterioro y la extrañeza de un negocio educativo privado en el centro de Ordial, donde el solar del inmueble y el encajonado patio completaban casi una manzana.

De la leyenda del Carrasco sabía menos, y tampoco le suscitaba mucho interés: las normas severas y el profesorado adusto garantizaban la disciplina de los estudiantes que habían corrido peor suerte en otros centros o de quienes ni siquiera hubiesen aspirado por la precariedad de su disposición e inteligencia. En el Bachiller Carrasco se sacaba a flote lo que ya nadie podía rescatar o, al menos, en el denodado intento de que así fuese se invertía el esfuerzo educativo que inspiraba su fundador, un Carrasco casualmente emparentado con la grey cervantina.

—Don Sindo falleció a mes y medio de la efeméride... —le informó a Mol el Conserje, que llevaba en la solapa del uniforme el ribete negro del luto— y los actos del cincuentenario se han visto mermados en consideración al óbito. ¿No será usted antiguo alumno...?

Samuel Mol cruzó el vestíbulo, había asentido sin apenas percatarse, y el Conserje le siguió hasta el patio. Algunos alumnos jugaban diseminados, pero la mayoría estarían en clase.

—¿Quiere que avise a don Evencio...?

Mol dudó. En las paredes de la galería acristalada, que podía ser el refugio de los recreos en los días invernales, estaba instalada una exposición de fotografías, sin duda el testimonio conmemorativo de aquellos cincuenta años en que el Carrasco había acogido a las sucesivas promociones, que en la mayoría de ellas posaban inmóviles en la agrupación de los cursos y con las fechas correspondientes, dentro de un orden que remitía a la inauguración del Colegio y llegaba al curso actual.

—Dígale que no quiero molestarle, que voy a curiosear por la galería y que no tengo prisa.

—Los antiguos alumnos están convocados para una celebración en junio, al fin de curso. Don Evencio está encantado de recibirlos siempre que vienen. El Carrasco, ya lo sabrá, es el decano de los Colegios de Ordial. Nos gana el Instituto Mariano Coblenza, que ya cumplió el centenario, pero llevamos mucha ventaja a los agustinos y a los maristas.

Mol caminó ante las fotografías, en las que se intercalaban los cursos con festejos y actividades, mayoritariamente deportivas, y según avanzaba fue haciendo el cálculo del año en que el nieto de Elicio Cedal pudo posar en alguna de ellas.

—Buscaba a un chico... —le dijo a Evencio Carrasco, cuando en seguida llegó con el Conserje.

—Pero no sería usted.

—No, no, es la primera vez que entro al Colegio. Pasaba por la calle y me acordé de él.

—¿Cómo se llama...?

Mol tenía la seguridad de haber llegado a una de las fotografías en que el muchacho pudiera aparecer.

El friso que las conjuntaba no podía aislarse a no ser por las fechas, ya que las figuras hieráticas y la seriedad de los gestos no orientaban la distinción sino el común reflejo de una actitud continuada, como si de una acumulación de peones de ajedrez ordenados antes de la partida se tratase. Tampoco el tiempo, el tránsito de un viaje tan repetido y estático, servía especialmente de guía más allá de su indicación, porque los muchachos parecían ajenos a él, sustraídos en la instantánea que los petrificaba con el único indicio de la repetición: el mismo gesto, igual mirada en el uniforme amontonamiento de los cincuenta años.

—Galo Cedal Covado.

—Si lo conoce podría reconocerlo... —dijo Evencio Carrasco, observando intrigado a Mol, e indicando con el dedo índice una de las fotografías que tenían enfrente.

—No podría, apenas puedo recordarlo... —confesó, y cuando el dedo índice se acercó a una de las diminutas figuras, tan insignificante y alelada como las que la acompañaban, fue la imagen de Leva la que irrumpió en su memoria, como la niña quieta de parecida edad en otro grupo colegial, entre las monjas en vez de entre los profesores, y con el mismo gesto congelado de su soledad y desamparo.

—No quiero ser la hija de nadie.

2

Evencio Carrasco siguió a Mol tras el rastro de las fotografías, después de hacerle una discreta seña al Conserje para que se retirara. La exposición terminaba en la esquina de la galería, con el orden combinado de la fachada del Colegio en distintas épocas, y ampliada la actual a todo color. También había un retrato al óleo de un hombre muy trajeado que miraba el futuro con la arrogancia de un presente que se le quedaba corto, depositada la mano derecha en el pecho y disimulada la manga izquierda de la chaqueta que podía estar vacía.

—Es mi padre... —dijo Evencio Carrasco, con gesto compungido—. No llegó al cincuentenario por mes y medio. La ilusión de su vida, ya ve qué contrariedad.

Mol no pudo evitar fijarse en el brazo izquierdo de Evencio, en la manga de cuya chaqueta asomaba una mano raquítica.

—No sabe lo que lo siento... —dijo, mientras volvía la mirada al patio, en el que los alumnos que jugaban diseminados habían desaparecido.

—Todo el mundo está en clase. Los rezagados del recreo apuran el entrenamiento. Este curso, con la conmemoración, hay muchas actividades deportivas.

Mol dio unos pasos, luego se volvió.

—Me acordé de ese chico. Pasaba por delante del Colegio y me acordé de él...

—Una historia terrible... —dijo Evencio Carrasco, que parecía desmigalar algo en la mano raquítica—. ¿Es usted pariente...?

Caminaron por la galería, que bordeaba el patio hasta uno de los extremos que lo cerraba con un alto paredón, también recién pintado.

—Era Comisario en Armenta cuando sucedió aquello, pero la verdad es que apenas conocí a Galo, alguno de mis inspectores se encargó de hablar con él.

—Enfermó... —dijo Evencio Carrasco, sin poder disimular cierta agitación—. Fue el mayor disgusto en la vida colegial de mi padre. Fue mi padre quien tuvo que darle la noticia de lo sucedido. El chico, ya lo sabe usted, estaba interno y aquella mañana se había levantado como otro día cualquiera, a las siete y media. Antes de mediodía ya habían avisado de la tragedia y mi padre lo llamó a Dirección y se lo tuvo que decir.

—No era un buen alumno, ¿verdad...? Me refiero a la aplicación y al rendimiento.

Evencio Carrasco se encogió de hombros y tardó un momento en responder.

—No era malo. Indolente. Un chico solitario, eso sí, y de los que no asimilan

estar internos, quiero decir que la condición de hijo único habitualmente dificulta la convivencia, el esfuerzo de acostumbrarse. Y en este Colegio la disciplina es sagrada, así lo estableció mi padre al fundarlo.

Mol se dio la vuelta y Evencio Carrasco le siguió.

—Galo estuvo aquí dos años más, después del suceso.

—Dos que yo recuerde. No acabó el Bachillerato. La enfermedad se complicaba y, además, el asunto también le complicó la vida con los compañeros, quiero decir que no podía pasar por uno cualquiera, ya sabe usted cómo son los chicos.

—Dejó de comer y se acentuaron las crisis nerviosas.

—Exacto. Ése fue el resultado inmediato de la enfermedad, cuando pasó un primer tiempo, tras la tragedia, y poco a poco vimos que salía del estupor pero caía en el abandono, según decía el Doctor Beraza, que era nuestro médico, y cualquiera de nosotros, incluidos sus compañeros y profesores, podía observar. Fue más fácil echarle una mano los primeros días, luego llegó a pesar treinta y tantos kilos. No era de complexión fuerte, ni mucho menos, pero bastante alto para su edad. Entonces tuvieron que hospitalizarlo. Luego volvió al siguiente curso, y estuvo otro más.

—Pero no levantó cabeza.

Evencio Carrasco volvió a encogerse de hombros. Mol había rehecho el rastro de las fotografías y se había detenido otra vez ante aquella en que Galo era como un peón de ajedrez indefinido en la segunda fila.

—No la levantó, es cierto. Tenía un tratamiento fuerte y siempre estaba disipado. Los dos años no sirvieron de nada, a lo mejor para aumentarle el sufrimiento. Beraza era de la teoría de que necesitaba un sitio especializado, pero mi padre no quería bajar la guardia: algo podremos hacer por él, aunque sólo sea que vaya pasando los cursos...

Habían llegado al vestíbulo, el Conserje regresaba pero sin atreverse a acercarse a ellos.

—Ni siquiera se me ha ocurrido ofrecerle un café... —dijo Evencio, a punto de hacerle una seña al Conserje—. Estamos a tiempo para tomarlo.

—No quiero molestarle más, muchas gracias. Llevo jubilado unos cuantos años y, a veces, hago estas cosas, como si siguiera enredado por la costumbre. Espero no haberle molestado.

—En absoluto.

—Mi enhorabuena por el cincuentenario. Es una pena que don Sindo no lo pueda celebrar.

Los ojos de Evencio Carrasco se habían humedecido de repente.

—El corazón no era todo lo fuerte que él creía, y un Colegio suele dar tantas satisfacciones como disgustos.

3

El hecho de que Mol fuese percibiendo el bullicio de Ordial por el camino inesperado que le había devuelto a las inmediaciones del Nega y, poco después, por la Avenida Circular hasta la Plaza del Corado, se contrapuso a la reserva con que mentalmente orillaba la previsión de la llegada de Leva, que de forma insistente volvía a estar acompañada por aquel chico en la misma fila, aunque en distinta fotografía, en que ambos eran peones de ajedrez.

—Dos mujeres en la vida de un hombre... —le decía Eliseo Vihuela, en alguna de las pocas ocasiones en que su amigo había deslizado la referencia familiar sin que pareciese venir a cuento, ya que Mol no era nada propicio a ese tipo de confianzas, y apenas con Marisa Yalta se atrevía a contar algo o accedía al requerimiento de su siempre discreta curiosidad—. No puedes quejarte. Marisa y yo tuvimos de casados la misma situación que de solteros, uno para otro, sin más descendencia que la de estar juntos y solos.

—Es casi igual... —dijo Mol, que observaba el movimiento del pañuelo en la mano del amigo y su esfuerzo por contener el estornudo, que habitualmente estallaba con reincidencia—. Ninguna remedió lo que pudiéramos necesitar y, desde luego, en mi caso del modo más inapropiado. Se me puede echar en cara un matrimonio innecesario y una paternidad inmerecida, ya ves qué galardón.

—Eres demasiado severo contigo mismo.

—Ellas estaban muy por encima de mí, lo reconozco. Mi mujer volaba lejos, en su personalidad y en sus intereses, y mi hija se quedó en medio, entre dos extraños, aunque ha sabido encontrar lo que quería, esa impresión tengo, pero no hubo suerte.

Mol reconoció, primero indeciso y luego preocupado, el temor de ver a Leva, y sintió que otra copa de anís podía ser un paliativo en la demora. Lo que el regusto azucarado ponía en el sentimiento y la saliva.

El chico y la chica, como peones compaginados en las fotografías, no eran otra cosa que una parte de la estrategia de su juego mental, una imagen que se sumaba al camino alborotado en que estaba inmerso desde que reconoció a Elicio Cedal en la Enfermería del Asilo de las Penitenciarias: los ojos extraviados del anciano que el glaucoma reverdecía y los puntos de la mirada del nieto en la fotografía de un grupo escolar, o los ojos que reinventaba con excesiva impunidad en la misma lánguida mirada de una niña perdida.

—El viudo se endurece al tiempo que se seca... —dijo Mol, sin que Eliseo Viñuela comprendiera por completo sus palabras—. No es exclusiva la condición del viudo melancólico. La soledad es un grado. Te endureces en el olvido. Te fortaleces con el abandono. No sé si se trata de administrar el egoísmo o de aceptar sin

sentimentalismos lo que la muerte le quita a la vida, la compañía en este caso...

—No lo sé, Samuel.

Había cierta intemperancia en las palabras de Mol, y un movimiento brusco de su cuerpo mientras las decía, como si en la convicción de lo que intentaba expresar se destilara una parecida dosis de inseguridad y desprecio.

—Nadie lo sabe... —reafirmó no mucho después— ni yo mismo puedo calcularlo. Soy un viudo tenaz... —aseguró, retomando una sonrisa tan expiatoria como cínica—. Y un padre que erró en serlo. La niña de mis ojos no existía.

Eliseo Viñuela comenzaba a sentirse incómodo. Dejó el pañuelo y fue hacia la librería más lejana para buscar otro que estuviese limpio, cualquiera de los que permanecían esparcidos por las baldas.

—Has tenido que vértelas con lo peor y lo más terrible de lo que somos, ésa es la competencia habitual de tu trabajo. Entras y sales de donde los demás jamás iremos. Marisa y yo pasamos media vida en el aula, y la mayoría la pasa en el despacho, o en la fábrica o en el comercio o en una zanja. Hay más riesgo y contradicción en lo tuyo.

—Es una justificación agradecida, Eliseo, pero no vale de mucho. No eché a perder mi vida familiar husmeando los desperdicios e intentando echar la zarpa al sospechoso. El viudo que se lame las heridas tiene otras razones, aunque ahora, últimamente, administra mayores quebrantos que nunca. La edad, lo hemos hablado muchas veces, nos llena de fantasmas y reclamaciones...

4

El hombre que se sentó a su lado en la Cafetería Somalia traía desde la barra la misma copa de anís, en la que se removían unos trozos de hielo.

—Samuel Mol ya no saluda a los amigos... —dijo, taciturno.

—Voy por Ordial como alma en pena.

—Eso acabamos siendo todos, almas en pena. Lo tuyo se parecía más al incógnito y lo mío al vértigo de los recursos y los plazos, además de las demandas. La inquietud procesal, alzadas y reposiciones...

—Ambos trabajábamos más de la cuenta, Cancio.

—Yo no cerré el Despacho, no sé si lo sabes, fue el Despacho quien me tiró por la ventana. Ovidio y Calcedo se cargaron al socio minoritario en aras del descrédito y la inconsecuencia. Cría cuervos.

Cancio Millares tenía el aspecto ajado con que Mol podría rescatarlo de la acera donde hubiese caído cuando sus socios lo tiraron.

Las arrugas del traje, el cuello sucio de la camisa, la corbata descolocada y llena de lamparones, el tufo de quien se levanta tras acostarse vestido, avalaban la figura de

su destino fantasmal, como algunas otras figuras paralelas que surgían en la imaginación y la memoria de Mol, aunque las pocas que todavía pervivían en la realidad solían tener, como le pasaba a Cancio, una solvencia más degradada.

—¿De dónde vienes...? —quiso saber Cancio, sin que la pregunta supusiera otra curiosidad que la de constatar el encuentro.

Mol observó la similitud de las copas, el cristal que rozaban los dedos índices de la mano derecha de cada uno, cerró los ojos un instante e hizo el esfuerzo por ubicar a Cancio entre los fantasmas del pasado que le hubieran correspondido, como si con esa identidad fuese más benigno y compasivo acompañarlo.

—Vengo del Carrasco, ya ves qué idea.

—Yo hago guardia aquí, al menos tres horas cada mañana, desde que me tiraron por la ventana. El Despacho está en el quinto y hay clientes que suben y bajan. Soy el descrédito, Samuel. Lo que se disolvió no quedaba resuelto con la parte que me correspondiera, tampoco podía hablarse de indemnización. Procedimiento. La costra de mi existencia era ésa y no otra, el procedimiento...

—Yo estoy jubilado, Cancio.

—¿Y qué se te pierde por el Carrasco...? Don Sindo cascó y Evencio, su hijo, no parece la mejor cosecha.

—Me acordé de aquel chaval que estaba interno cuando mataron a su madre y a su padrastro, un caso que no hubo modo de resolver.

Cancio removía los hielos de la copa antes de beber.

—El brazo izquierdo de don Sindo era el del mutilado, pero la mano derecha estaba siempre dispuesta para el servicio. Ese brazo bueno lo dislocó, en una ocasión, de una bofetada, y menos mal que aquella vez le falló la puntería.

—No lo conocí.

—Al chico lo recuerdo perfectamente... —dijo Cancio, que entornaba los ojos y tenía dificultad para alzar los párpados, como si estuviesen humedecidos por el anís—. En el Despacho hicimos alguna gestión relacionada con la testamentaría. No sé cómo se llamaba.

—Galo.

—El abuelo vivía aquí. Un paisano que daba tanta pena como el chico que, además, lo aborrecía. El chico estaba malo, se puso muy mal de los nervios. Un pobrecillo al que le machacaron la vida. A don Sindo lo vi con ese motivo, el Juez quiso nombrarlo albacea, pero ya lo conocía de sobra, mi hijo Tobal estudió en el Carrasco.

—Ahora festejan el cincuentenario.

—Matan a tus padres, te tiran por la ventana... —musitó Cancio, que había logrado despegar los párpados—. Ya me estoy cansando de hacer guardia, Samuel, pero el orgullo aguanta más que el cuello de la camisa, a no ser que te mudes todos los días, cosa que no hago.

—No parece que el anís sirva de mucho... —se atrevió a decir Mol, mientras Cancio retomaba la copa y batía el hielo en el cuenco vacío.

—Ese chico se fugó del Carrasco cuando todavía estaba interno, uno o dos cursos después de que mataran a sus padres, y don Sindo no quiso dar parte de la desaparición, era una vergüenza para la vigilancia y disciplina del Colegio. Regresó cuarenta y ocho horas más tarde, en muy malas condiciones. Solo y enfermo, recluido después en alguna Clínica. Supongo que la mayoría de edad lo habrá aliviado, aunque no es cierto que el tiempo lo cura todo. Yo cada día que pasa estoy peor.

5

Acabó comiendo en el Restaurante La Morada, muy cerca del Paseo de los Mártires, calculando la hora en que llegaría el Exprés para estar con tiempo esperando a Leva en la Estación, y todavía en la dificultad de alejarse de Cancio Millares, que no aceptaba de ninguna manera que Mol no tomase con él otra copa de anís, pudo corroborar lo que los fantasmas verdaderos, a pesar de la soledad extrema y del vacío que constataba Carmelo Cadmo en el más allá de sus existencias, ganaban a quienes en el más acá sobrellevaban la degradada vida fantasmal de su mala fortuna.

Las calles de Ordial enfilaban una longitud distinta a los consabidos extravíos y bifurcaciones de Armenia, y en los pasos de Mol se afianzaba la idea de quien va huyendo, de modo que aquellas horas finales de la mañana tuvieron en su cabeza la alerta amortiguada del que se pierde y en la pérdida va encontrando la tranquilidad de saber que cada vez será más difícil que lo encuentren o alcancen, aunque siempre le quede la duda de reconocer que de la huida de uno mismo se trate.

En el recuerdo lejano de Leva había una carta que Mol leyó y guardó, para algunos días más tarde releer y romper.

Esa carta marcaba un límite en la relación de ambos.

El tiempo de la separación de su esposa había enfriado completamente lo que nunca debió tener mucha calidez, la hija estaba lejos de ambos, ya vivía en Barcelona, la esposa había regresado a Valencia, que era su ciudad natal y donde Mol la había conocido. Para entonces la frialdad y la lejanía ya habían solidificado el olvido familiar, y la muerte de la esposa impuso el descubrimiento de lo que había sido una enfermedad casi secreta, larvada en el tiempo y más callada que silenciosa.

Algunos meses después de la muerte llegó la carta de Leva.

En los acontecimientos funerarios no había existido otra cosa que el acercamiento cordial y apenado, lo que el dolor que no es preciso expresar directamente expande en

la educación y el respeto, en aquella larga jornada que los hermanos de la esposa supieron organizar sin el mínimo detrimento, como si lo que hubiese sucedido en el declive matrimonial necesitase ser respetado con la delicadeza y la comprensión de las interioridades que nadie tiene derecho a desvelar.

Era más que probable que la muerta, y Mol podía muy bien certificarlo, dado su temperamento y criterio, tan compatibles con su fragilidad y moderación, hubiese dictaminado alguna norma para que sus hermanos cumplieran a rajatabla lo que ella hubiese deseado en la despedida.

Samuel Mol había seguido con cierta intermitencia el desarrollo de la enfermedad, nunca expresada por ella con la gravedad verdadera, y en esos años la distancia de la hija se había acrecentado sin que, sin embargo, dejara de sonar en alguna contada ocasión el teléfono, y el padre y la hija hablasen como si retomaran la conversación recién dejada, aunque lo que la formalidad establecía no lograba paliar el sentimiento artificial, y acaso pesaroso, de las palabras.

La carta de Leva expresaba con rotundidad, sin los paliativos que en las conversaciones telefónicas no eran otra cosa que fórmulas convenidas, la enorme amargura de la pérdida de su madre, la mala conciencia de su comportamiento con ella en la decisión de olvidarla con la misma contundencia con que evitaba comprenderla. La incomprensión establecía una tendencia irritada y en el proceso de alejamiento, con alguna que otra salpicadura afectiva, que la madre recibía con la callada gratitud de la limosna, se fraguaba un soterrado sentimiento de aborrecimiento, como si la fragilidad tuviese un costo culpable en aquella pobre mujer que todo lo aceptaba sin rechistar, incluido lo que peligrosamente se acercaba al desprecio.

Lo que Leva reconocía en el rotundo y exagerado análisis que alimentaba su amargura, era como poco lo que su padre debiera asumir en la responsabilidad que le cupiera sobre el destino de la esposa, en la muerte de la mujer que tan calladamente había asumido su sufrimiento.

Mol releyó la carta.

Romperla fue casi un acto reflejo.

La vida se hace trizas en el espejo de un papel nerviosamente garabateado.

Lo que se derrama en el suelo pone en contradicción todos los sentimientos y pesares.

La vida misma esparcida en el suelo como el desperdicio de lo que se nos va entre las manos, sin que el corazón responda ni la cabeza se entere, igual que un viento que nada anuncia ni se lleva o que un rumor que extiende el eco de la ausencia como la única señal del hueco que quedó, del vacío que la preserva.

XVI

El desvanecimiento

1

Del Exprés no bajó la hija sino la madre.

En el raudo tumulto del andén la imagen de aquella mujer que estaba quieta, a la expectativa, con la maleta en la mano derecha y una gabardina sujeta en el brazo de la izquierda, no parecía corresponder a una recién llegada sino a una aparición que se distingue entre los viajeros, como si entre ellos fuese removida sin que se enteraran. La pasajera que no viene en el tren que se detuvo, sino que surge en el tumulto de quienes suben y bajan, como si la expectativa perteneciese al rescate de su desorientación.

Samuel Mol sintió el corazón encogido.

La esposa tenía la misma mirada que le reclamaba en el silencio de los últimos años de convivencia, cada día más silenciosa, cada vez más atenta a los gestos indecisos que articulaban la barrera del olvido mutuo, lo que llegó a convertirse en un hábito de convivencia desahuciada que no rozaba ningún dramatismo, apenas una comprensiva y perniciosa resignación por ambas partes.

La mirada tendía, sin embargo, una reclamación desde la necesidad, y en el recuento de Mol, cuando todo llegó al término previsible, esa necesidad no sólo incumbía a la indiferencia, al contraste de los afectos malbaratados, o de lo que el Profesor Viñuela definiría como desamor, también a la insensibilidad con que Mol se fue aislando, en justa correspondencia al aislamiento de ella, y en injusta proporción a lo que la enfermedad mostraba.

La figura, con la maleta y la gabardina, tenía igual altura, vestía del mismo modo, y apenas en la melena podía adivinarse un color más desvaído, como si el pelo perdiera el brillo y el vigor que matizaban el recuerdo de una lejana juventud en las fotografías.

En realidad, ésa fue la preocupada percepción de Mol, tan indeciso como confuso mientras observaba la figura de aquella mujer inmóvil y expectante. Eran las fotografías las que corroboraban esa apariencia casi irreal que le encogía el corazón y ponía un nudo en su garganta, como si el reiterado recuerdo de los fantasmas convocados, que tan fácilmente acudían a la cita como si poblaran un recuerdo que los arrancaba en la memoria, nada tuviese que ver con el resultado de la aparición.

La mujer expectante era la esposa muerta.

Acababa de bajar del Exprés, le estaba buscando con la misma mirada con que lo vio desaparecer en la inmediata distancia del discurrir doméstico, cuando el silencio no era ya otra cosa que la callada costumbre de apenas decir lo imprescindible en la relación diaria.

Cuando Mol fue capaz de avanzar hacia ella, mientras los viajeros se diseminaban

y en el andén vacío crecía el eco del tren que se iba, las fotografías se difuminaron en la contradicción de lo que Leva atesoraba en el parecido con su madre, el dibujo del rostro y los ojos oscuros, la nariz más afilada, los pómulos que remarcaban la delgadez.

No era su mirada. No recordaba de esa manera la mirada de su hija. Lo que un brillo de oscuridad fulgurante retenía en lo más enigmático de su belleza, si es que la niña que había crecido tan desmañadamente podía haberse hecho dueña de una atracción tan inesperada. Lo que el cuerpo de Leva cedió en el contraste con el atractivo de su rostro se proporcionó con el abandono que derivaba del desinterés o el descuido.

La niña se movió a ambos lados, intentando encontrar a quien viniese a buscarla, y Mol tuvo la sensación de que podía perder el equilibrio y caerse.

2

Los brazos de Samuel Mol apresaron un cuerpo que tenía las ramas tan erguidas como secas. La aprensión del abrazo retuvo el temblor de una fragilidad que contrajo el ánimo melancólico de lo que en su vida hubiese sido la huella de un amor extinguido, como si la extinción fuese la razón de ser de cualquier ilusión prematura.

Era la hija en el ser de la madre. La hija depositaría de lo que la esposa legaba en el desamparo de una existencia equivocada, donde nadie debiera achacarse las razones o sinrazones de la equivocación, pero sí lo que la incomprensión detallaba como en un mapa en el que el destino reconvierte las señales en el indicio de un reiterado desencuentro.

Sintió los huesos, la desnuda protuberancia de unas ramas que podían quebrarse bajo las manos que no buscaban otra cosa que el tembloroso afecto que pudiera remitir a un tiempo en que todavía vibraba la savia, cuando en la esposa subsistía una última palabra redentora y en el silencio del abrazo había un esfuerzo de reconciliación.

Los huesos que se fueron contrayendo y que dejaron de sujetar el cuerpo, como si el árbol quedase desnudo en la impotencia de su voluntad, cuando Mol comenzó a pensar que en casa no había nadie y el regreso se hizo más costoso.

Ella se había recluso en la soledad que administraba su separación, aislada hasta en el límite en que resonaban sus pasos por el pasillo, como las diminutas pisadas de quien va y viene en la búsqueda de su ocultamiento que precede a la de su desaparición.

La hija en el ser de la madre estuvo a punto de derrumbarse entre los brazos del

padre.

Mol sintió la alerta de que aquel cuerpo se sujetaba con dificultad, y en ese momento tuvo el primer atisbo de lo que el encuentro iba a suponer, como si en la fragilidad se contuviera el aviso de lo que de nuevo se desmorona o rompe.

—Estás muy delgada... —susurró en el oído de Leva.

—Estoy muy cansada... —dijo ella, desasiéndose.

La voz de la esposa tenía la resonancia de un eco que se alargaba en el recuerdo de otra Estación, y en la lejanía de los andenes Mol percibió el vapor de alguna vieja máquina, de las que ya estaban fuera de servicio, como el rebufo de una niebla que soplaba en el tiempo y arrastraba los recibimientos y las despedidas.

—¿Qué te pasa...? —quiso saber Mol.

—Nada, es el viaje.

Mol cogió la maleta. Leva se sujetó en su brazo.

—¿Qué quieres que hagamos...?

—Podemos tomar algo.

Fue sólo al cruzar el andén cuando el debilitamiento de Leva se hizo más patente. Debo de estar un poco mareada, había dicho, pero en seguida el padre sintió que la hija se erguía haciendo más fuerza en su brazo, y en el gesto de depositar la gabardina en el hombro hubo mayor resolución.

—Me alegra mucho verte... —había logrado decir Mol.

—A mí también... —dijo ella, reconfortada.

—He pensado que podemos quedarnos en el Hotel Convergencia. Primero descansas, y después damos un paseo.

—Voy a quedarme en casa de Cita y Maribel, hace mucho tiempo que me invitaron y nunca pude complacerlas. Me acompañas y luego quedo un rato contigo. Es mejor que vuelvas a Armenta, supongo que hay un Correo a última hora.

Mol se detuvo un instante. La fuerza de Leva en su brazo había cedido.

—Casi ni me acordaba de las hermanas Valiño.

—Siguen solteras, cuidan de su madre.

3

En el tiempo en que Samuel Mol esperó a su hija, en la Cafetería Cobalto, muy cerca del número catorce donde vivían las amigas de Leva, la preocupación fue el sentimiento que unificó lo que pudo pensar de ella, como si cualquier idea preconcebida sobre la cordialidad del encuentro, o el consuelo que para ambos hubiese supuesto, se desvaneciera sin remedio.

Leva no había viajado para verle, cumpliendo con la improvisada ocurrencia de

hacerlo, había algo más en la decisión tantas veces prometida por ambas partes en los últimos años, cuando las llamadas telefónicas se iban distanciando y, sin embargo, al producirse parecían remediar en la espontánea connivencia lo que de veras significaban.

A la carta que Leva escribió a su padre, tras la muerte de la madre, nunca se habían referido. Lo escrito jamás perteneció a lo hablado, acaso tampoco a los silencios compartidos, en contadas ocasiones desde entonces, cuando los gestos de la compañía no mostraban más sobreentendidos que los que pudiera mostrar la rutina de la misma, la complacencia afable que insinúa en el exterior la propia barrera de lo que oculta, como si el ocultamiento perteneciese a la indolencia que lo contiene.

Mol rehusó pedir la copa de anís que tanto le apetecía. El café le supo amargo.

Fue la imagen de la esposa la que sumió un recuerdo entre la vibración de los párpados, poco antes de que se llevara los dedos índice y pulgar de la mano derecha a los mismos, aliviando la vibración y el gesto nervioso.

La imagen podía llegar del sueño, pero también podía pertenecer al momento inesperado en que ella se desvaneció un día cualquiera, cuando caminaban cogidos del brazo y, al tiempo de desasirse, para girar hacia un escaparate, ella cayó al suelo, y lo hizo no con la rotundidad del vértigo que talara su equilibrio sino con la levedad con que en el sueño se desploma un cuerpo que parece venir volando.

Esta mujer que se me va de las manos, pensaba Mol. Este ser sutil y escurridizo. Esta sombra que se disipa, inestable y delicada.

La imagen de la caída era la que mejor anticipaba la de la fragilidad en que ella fue asumiendo lo que su cuerpo y su espíritu fraguaron en la intimidad que la alejó con tanta insistencia, cuando Mol era un hombre excesivamente entregado a sus labores profesionales y sus horarios estaban enredados con una dedicación obsesiva.

—Porque ése es el conducto de un trabajo como el tuyo... —le decía su amigo Viñuela, sin soslayar cierto tono de reproche— y el riesgo de la obsesión, como peligro laboral, es de los menos rentables. Las obsesiones siempre tienen un componente enfermizo.

La imagen obtenía una reincidencia que resumía infinitas ocasiones en que Mol, abstraído o ausente, compartiendo el silencio de la casa como si más que del silencio ya se tratase del vacío de lo que la costumbre mantenía como domicilio conyugal, percibía la sombra disipada de la esposa, un delicado y escurridizo movimiento, algo que lejanamente hubiesen compartido y se le fuese de las manos, si era real algún recuerdo común de la pareja.

—Lo que estoy heredando... —decía Mol, sin que su amigo Viñuela llegara a comprenderle, ya que había momentos en que sus palabras le irritaban por su inconsecuencia y no se sabía muy bien a lo que se refería— es un penoso

desmoronamiento. La casa en que viví, los afectos que tuve, las vidas que podrían atestiguarlo...

Ella caía desvanecida, estaba tirada en el suelo a donde había llegado como a cámara lenta, y Mol se quedaba quieto, observándola, igual que el Comisario miraba el cadáver, menos asustado o inquieto que curioso.

—¿Quién eres...? —decía ella, al recobrase.

Mol intentaba acercar la mano al rostro lívido, acariciar la frente.

Los ojos de la esposa tardaban en expresar el reconocimiento, y de uno y otro brotaban dos lágrimas.

4

Cuando Leva entró en la Cafetería Cobalto no era la esposa que había bajado del tren, tampoco la hija que en su decrepitud, si Mol aceptaba esa palabra para describir la extrema delgadez y el aspecto deteriorado que mostraba, se confundía con la figura de la madre en el declive, aunque nunca había sido excesivo el parecido entre ambas, sino la niña, o mejor la adolescente, que de forma imprevista envejeció, de esa rara manera en que la edad nada tiene que ver con el envejecimiento.

Aceptó un café y cuando se sentaron a la mesa, Mol no pudo contener el deseo de pedir una copa de anís.

Leva llevaba puesta la gabardina, sujeta con un cinturón.

La figura de la niña, que la adolescente reconvertía como si al sujetarla en su interior no lograra ocultarla por completo, tenía un brillo de ingenuo estupor en los ojos, lo que en el recuerdo del padre era una advertencia de extrañeza o miedo, probablemente cuando algunas veces la niña se despertaba y el padre entraba en la habitación para calmar un llanto sin lágrimas.

—¿Qué hace un policía jubilado al cabo de los años...? —preguntó Leva, a quien claramente le costaba esbozar una sonrisa, tal vez porque la rigidez de los labios contraía el rictus y apenas lograba insinuarla en los ojos.

—Volver a lo que no debe... —dijo Mol, con más desánimo que desconfianza—. Siempre quedan cuentas pendientes, asuntos sin resolver. Los años nada remedian.

—Yo creía que todo eso se olvidaba, se borraba por completo. Me parece que sucede con todos los trabajos. Es lo que tengo entendido.

Las palabras de Leva brotaban con el desinterés de lo que podría sufragar su cansancio o, en la percepción de Mol, algo más cercano a su debilitamiento, como si en el esfuerzo de su compañía se filtrara el desaliento de su respiración y temblor.

—No es mi caso, hija mía... —dijo Mol, acentuando el afecto de llamarla así,

pero sin atreverse a alargar la mano sobre el mármol de la mesa para rozar la suya—. Estoy lleno de deudas. Mi trabajo tenía más recovecos de lo que tiene cualquier otro, y no fui un buen policía. Hubo muchas ocasiones en que no cumplí con mi obligación. De suyo casi nunca lo hice con la responsabilidad profesional que debiera haberlo hecho, con la convicción y la eficacia necesarias.

Leva sorbía el café.

Veía a su padre con la distancia del desconocido, como un ser lejano que sus palabras rescataban sin que ella estuviese predispuesta a comprenderlas. No era la persona a quien deseara reconocer, más allá de lo que ya sabía y de lo que opinaba.

El desconocimiento recreaba un clima de desazón en que ambos se sentían involuntariamente afectados, como si fuera el poso que teñía el ánimo desolado de lo que en algunas ocasiones fue el intento de comprenderse.

Alguna vez pudieron pretenderlo, y hasta la lejanía logró irradiar una nostalgia común, como si se hubieran necesitado al recordarse, pero no pasaba del espejismo que suscitaba un sentimiento tan espontáneo como efímero.

Leva volvió a insinuar la sonrisa que el rictus deformaba. Mol llevó la copa de anís a los labios con un gesto avergonzado.

—Hubo un terrible suceso en Armenta hace muchos años. Un matrimonio brutalmente asesinado. Me ocupé de la investigación sin ningún resultado. Fue un asunto sin resolver. Ahora, tanto tiempo después, llegan a mis manos cosas inesperadas, encuentros, descubrimientos. Ya no soy el profesional que fracasó en la investigación, el mal policía dueño de una mala conciencia. Soy un hombre perseguido. Y necesito perdón y misericordia y piedad, fíjate en qué lío me veo metido.

—No sé qué decirte, me sorprendes. Te imaginaba solitario y tranquilo. O, al menos, dueño de lo poco que pueda quedarte. Lo poco que nos queda, la conformidad de que sea así...

—La edad nos llena de fantasmas, es algo que todos reconocemos cuando vamos cumpliendo años, yo no iba a ser menos y, además, mi colección de espectros se alimenta en gran medida de algunos recuerdos profesionales. Malos sueños, peores presentimientos. Todo lo que me ha sucedido en la vida parecía irremediable, a veces pienso que de nada sirve la voluntad. Siempre tuve graves dificultades para decidir, y esa carencia me hizo un avezado disimulador, también un cínico vergonzante...

5

La hija se había alejado de la madre y de la niña y de la adolescente, afianzada en la

abatida figura que hacía denodados esfuerzos por mantener la entereza, y para lograrlo había intentado enderezar la espalda y alzar el rostro, sin que en ningún momento la insinuada sonrisa fuese una coartada suficiente.

—Me parece que estás muy cansada... —dijo Mol, cuando el silencio hizo que el temblor en el cuerpo de Leva fuese como una vibración eléctrica, lo que podía significar que se trataba de un temblor doloroso.

—No me encuentro bien.

—Entonces... —decidió Mol— lo mejor es que te acuestes, que descanses. ¿Necesitas algo, quieres alguna cosa...?

—Nada, va a ser mejor que nos movamos. El viaje me ha descompuesto, y un poco de aire me vendrá bien. Caminamos un rato.

Mol ayudó a Leva.

No se trataba de levantar un cuerpo desvanecido sino de sujetar una rama que el viento podía llevarse, y al ayudarla sintió que el cuerpo de la hija tenía el mismo peso de la rama que se desprendía del árbol como ella se le iba de las manos.

La tarde de Ordial estaba quieta y fresca.

El resplandor dorado que venía del río era el mismo que reflejaba el espejo en las orillas, una luz de atardecer brillante salpicada en las aguas del remanso.

Leva apoyó la cabeza en el hombro de su padre y se cogió fuertemente a su brazo. Caminaron muy despacio, como si ambos se hubiesen puesto de acuerdo en llegar a los Jardines del Regente, más retirados del Nega pero no ajenos a la brisa que dulcificaba el arbolado.

—¿Estás a gusto así...? —quiso saber Mol cuando se sentaron en uno de los bancos.

Leva suspiró profundamente.

—Siempre me gustó Ordial... —dijo, y volvió a suspirar sin soltarse del brazo de su padre.

El silencio llenó de paz a Samuel Mol.

Fue la cercanía de la hija, el esfuerzo de aferrarse a su cuerpo, casi el aliento de su respiración inmediata, lo que alteró la sombra del sentimiento para hacerse exclusivamente una sensación material, como si en ese efecto físico no quedase lugar para la aflicción o el desamparo, que era habitualmente lo que al sentimiento correspondía, sin que en él fuera posible la pureza de una emoción tan intensa sino algo más parecido a una mancha en el corazón, derramada entre ellos con la aprensión de la suciedad.

La sentía, tanto y tan profundamente como probablemente no la hubiera sentido desde que la niña corría tras él por el pasillo y de pronto, al volverse, quedaba abrazada a su cuello, con el diminuto cuerpo pegado como una lapa.

El temblor retuvo alguna palpitación, claramente dolorosa, y Mol afianzó el

abrazo, convencido de que la niña que corría tras él por el pasillo no iba a soltarse jamás porque sólo entre sus brazos encontraría la protección precisa, el amparo de su fragilidad.

—No recuerdo ese crimen horrible... —dijo Leva.

—Es lo que pasa cuando no se resuelven. El tiempo los borra con más facilidad y, además, oficialmente es mejor que se olviden. No hay solución y a nadie le interesa seguir removiendo lo que no la tiene.

—Y ahora, tanto tiempo después, vuelves a darle vueltas. ¿Qué te puede interesar...?

Mol estuvo tentado de acariciar el cabello de Leva, pero no se atrevió.

—El otro día encontré casualmente a una persona involucrada en el suceso, un anciano que murió en el Asilo. Nunca estuvo imputado, no había la mínima razón, pero sabía algo. Era sospechoso de saber algo, la única pista que nos hubiera servido si se hubiese decidido a contarlo. Lo poco o lo mucho que sabía. Yo creo que lo suficiente.

—Uno más entre tus fantasmas.

—Uno más, sí señora. El saco en el que guardaba su secreto no lo vació con la exigencia debida, ni yo tuve la decisión y la habilidad para que lo hiciese. Tampoco hice lo que debía para que fueran otros quienes lo intentaran. Era un sospechoso verdadero, nunca me cupo la menor duda.

—Se fue, desapareció...

—Se llevó el hilo del suceso guardado en el bolsillo o en la conciencia, vete a saber. El secreto, de eso tampoco me cabe la menor duda, iba a ser el causante de su desgracia. El anciano que encontré y murió en el Asilo era un mendigo, una ruina...

Leva aflojó el abrazo.

En la cresta de los árboles del jardín hubo un revoloteo como de pájaros desperezados, o el viento recuperó el escalofrío vegetal que el atardecer iba cediendo.

—Por eso dices que fuiste un mal policía, por la lástima o la pena o la conmiseración y la misericordia. Ése fue un componente en el comportamiento de tu trabajo.

Samuel Mol sintió que el pesar palpitaba como la contradicción del amor de la hija y la incompreensión del dolor que moralmente habían suscitado las desavenencias y el aislamiento, sin que nada tuviera la precisión de lo que se rompe por algún motivo concreto, sino de lo que se desgaja y se pierde sin que logremos contenerlo, la concatenación de lo que sucede sin otra trascendencia que el dramatismo de lo irremediable.

—Es la culpa lo que me queda... —dijo, como en el límite de una confesión que acaso Leva no podría entender por completo, pero sí al menos parcialmente—. Algo que debo confesar buscando la expiación. Y, además, como ya te dije, soy un hombre

perseguido, lleno de presentimientos que tienen mucho más que ver con el pasado que con el futuro.

6

Lo que el atardecer se fue llevando en la declinación primaveral, hasta el atisbo de una fugaz incandescencia en seguida apagada en el horizonte del Nega y las choperas que lo escoltaban como un grumo de verdor oscuro en las orillas, coincidió con el apremio con que en el corazón de Samuel Mol se ajustaron las emociones, y la propia salpicadura del río tuvo en sus ojos una fugacidad quemada de cristales rotos.

Leva se desasíó cuando volvieron a caminar. Por un momento avanzó unos pasos ante él. Había decidido regresar a casa de sus amigas, acostarse, descansar.

La vio en esa corta distancia y tuvo que esforzarse para reconocerla, una vez más, en su identidad de hija y no como la esposa que un día cualquiera, hace tanto tiempo, avanzaba con el rumbo indeciso de lo que pudiera ser su vida en la soledad de la irremediable separación.

También Mol había soñado muchas veces con la esposa desaparecida que, en los sueños, nunca era la esposa muerta, sino la que se iba sin cerrar la puerta, sin asomar al rellano, sin bajar las escaleras, sin que en el portal encontrase la llave de la luz.

Cuando Mol se despertaba, todavía en el sueño, el ruido de los pasos de la desaparecida tenía un eco de liviandad y desmayo, como si al irse no le pesara el cuerpo o la conciencia de la huida destilara lo más leve de un pensamiento que se deshace bajo los pies que apenas rozan el suelo.

Ella no le pertenecía, no quedaba ya ninguna correspondencia entre el amor lejano y los débitos conyugales, entre los actos domésticos de quien pudo ser un animal entrañable y los gestos del mayor desconocimiento.

En la confusión del sueño, en las emociones contradictorias y las sensaciones que amoldaban el espejo de la extrañeza y el desasosiego, existía mayor convicción que en la realidad, como si lo que en la vida familiar estaba sucediendo fuese menos cierto o menos verdadero o más inventado o más irremediable.

Luego Mol se despertaba de veras, sin otra alteración que la del vacío en que su existencia naufragaba al lado de la existencia de su esposa, que en el tiempo de alguno de aquellos sueños, más recurrentes al principio, ya se había ido de verdad, encendiendo con decisión la llave de la luz, abriendo la puerta del portal sin la mínima necesidad de volver a cerrarla.

La hija no dijo nada.

La decisión con que la madre se hubiera ido no ratificaba otra cosa que la propia

indecisión de Mol para aceptar que se fuese.

Caminaron de nuevo cogidos. La mano derecha de Leva abarcando el brazo de Mol.

El oscurecer removía ese poso de esquirlas y virutas que se desprenden de la atmósfera de las ciudades antiguas, como si el viento arrebatara lo que sobra en el desperdicio del tiempo y las ciudades defienden altivas lo que preservan, su espíritu estilizado, la llama de las cúpulas y los pebeteros.

—Era un viaje que no tenía mucho sentido... —dijo Leva, ya muy cerca de la casa de sus amigas—. No tengo que ir a La Coruña por motivos de trabajo, como te dije cuando te llamé. La verdad es que llevo muchos meses sin trabajar, estoy de baja.

—Venías a decirme algo.

—Sí, pero te lo podía haber dicho por teléfono, o en una carta.

—Vamos a hacer una cosa... —propuso Mol—. Duermes, descansas y mañana nos vemos. O te lo piensas y vienes unos días conmigo a Armenta.

Leva sonrió. La sonrisa también afectó al rictus, no quedó insinuada, se remarcó en el rostro como si se cavara.

—Quería verte. Hemos hablado un poco. Todo queda en orden. Vuelvo a Barcelona por la mañana.

La mano de Leva resbaló por el brazo de Mol, acarició su mano.

—Hace unos meses me detectaron un tumor en el pecho. La metástasis se ha extendido, pero por ahora el pronóstico no es todo lo malo que pudiera esperarse. Me han radiado, me han dado quimio. Estoy siguiendo un tratamiento muy estricto, y estoy en buenas manos.

Había confianza en los ojos de Leva, y hubo un temblor mutuo en las manos que llegaron a estrecharse, aunque Mol dejó que la suya quedase inerte, como si no le fuera posible recuperar la fuerza que hubiese perdido, mientras ella, la hija, la niña, la adolescente, la esposa, acercó el rostro para besarle.

—Ese caso tan terrible del que me hablaste... —inquirió Leva— ¿va a tener solución ahora...?

—No lo sé, hija... —musitó Samuel Mol—. Nada se remedia y, aunque así fuese, de poco serviría.

XVII

El túnel

1

La noche tenía la densidad de un largo túnel que el Correo atravesaba con más velocidad que nunca, sin que pareciera que fuese posible respetar las contadas estaciones del trayecto y mucho menos los apeaderos en los que siempre aguardaba un viajero solitario que observaba contrariado al que acababa de bajar, como si entre ambos existiera un débito que ninguno saldaría.

Samuel Mol podía contabilizar muchas subidas y bajadas en la continuidad del tren, los tramos del trayecto en los que en tantas ocasiones se había apostado en un recodo de los andenes o caminado por el pasillo del vagón mirando de reojo los departamentos o esperando en la plataforma, pero ninguna otra noche tenía igual velocidad y jamás sintió la sensación de que era un túnel lo que unía Ordial y Armenta, la línea de un tiempo que no incidía en el recuerdo de los viajes sino en la niebla de la conciencia.

Tardó en percatarse de que había otra persona sentada frente a él en el departamento, sin que le hubiera sido posible decir si esa persona estaba allí cuando el tren salió de la Estación de Ordial. La distancia de su ensimismamiento, lo que la niebla de la conciencia auspiciaba no tenía que ver con la quietud pero sí con la inmovilidad con que su cuerpo adquiría la pesadez de los raíles y las traviesas y, al tiempo, el ingrátido temblor del vértigo que suscita el vuelo de aquello que no se mueve.

Era la conciencia de Samuel Mol, entre la niebla y la conmoción, quien gobernaba el pensamiento de un hombre que hacía un regreso sin esperanza, tras haber recabado lo poco que en la vida le quedaba por resolver, por muchas desazones, culpas y obsesiones que restaran, ya que era suficiente la edad y la experiencia que tenía para corroborar que no hay más alternativas, y las búsquedas no tienen un fin rentable, ya que la apreciación de la rentabilidad de lo vivido y lo no vivido, de las deudas y los pagos, no se ajusta a la moral de una jubilación de la existencia y, mucho menos, como decía el Padre Arintero, en quien es dueño de un alma imprecisa.

La velocidad facilitaba que Mol cerrase los ojos.

Los párpados vibraban con el vértigo que hacía fluir en la conciencia un pensamiento que no podía alcanzar mayor lucidez que la de su espesura. Todas las ideas con que Mol intentaba ordenar sus razonamientos eran bastante indecisas, como si reflejaran la propia imprecisión de su alma. Pero la niebla no lograba borrar lo que el pensamiento sacudía en su ánimo, tampoco en la paralización de su cuerpo, en lo que la carne de Mol se apropiara de lo que el espíritu cedía, casi como una excrecencia o una masa inerte.

Fue finalmente la presencia del acompañante en el departamento, la mirada con que lo descubrió, la que le hizo reaccionar, como si la niebla se disipara movida por un viento inesperado, que muy bien podía coincidir con el pitido del tren en alguna de las revueltas de la línea. Era un descubrimiento sumido en la sombra, entre las luces interceptadas del trayecto y el poso removido de la luna que tenía el reverbero en la superficie del pozo que acumulaba la noche.

Mol vio el rostro del hombre, también sumido en la ausencia de quien parecía entregado a sus pensamientos.

Los ojos brillaban en la fijeza de su propia ausencia con cierta lumbre de fiebre o esmalte, el rostro afilado, el bigotillo que remarcaba la retardada juventud o intentaba vanamente revestir una edad más adulta.

El descubrimiento no validaba lo que podría suponer un reconocimiento, pero supo que ese rostro se orientaba en otras ocasiones, que no era la primera vez que lo veía, y hasta presintió el desasosiego de una aparición, lo que desvelaba alguna coincidencia fantasmal.

El hombre también se mantenía inmóvil, y Mol aventuró el recurso de una impostada complicidad, como si en el trance de la compañía, en la oscuridad interceptada por las luces vertiginosas y la superficie lunar, se pudiera establecer alguna imprevista comunicación, un viejo juego de no muy buenos resultados en alguno de sus avatares profesionales.

El tren no terminaba de atravesar el túnel, aunque el viaje desmentía la idea que se había fraguado en la cabeza de Mol de que de un túnel se tratase, de una velocidad sin paisajes ni pausas.

El túnel cubría la conciencia de Mol, también el espesor de su imaginación.

Hasta que el tren se detuvo en Armenta, y el acompañante se puso de pie, recogió algo en el portaequipajes y se dispuso a salir, Mol no se percató de que así una refulgente cartera de cuero en la mano, sin duda la misma que había robado Alejandro Nieva.

2

En el andén eran pocas las figuras fantasmales que hacían de la noche el espacio de la espera, sin que quedase ya ningún horario para los convoyes que no hubiesen llegado o tuvieran que partir.

Los trenes dormían en el mismo abandono de esos pasajeros del más allá, que en los andenes rebuscaban el absurdo sentido de sus existencias nocturnas, o de los

equipajes depositados en la Consigna sin que en muchas ocasiones nadie los reclamara.

Mol observó de soslayo a los fantasmas, aunque ninguno reparó en él. Casi todos le resultaban caras conocidas, a más de uno lo había interrogado hacía años, y en el contraste de la sospecha y el delito quedaba un vacío que llenaba la desgracia. Ésa era siempre la sima de un dolor moral a la que el Comisario asomaba lleno de prevención y piedad, como si la dolencia que secuestraba su ánimo le mostrase el fondo de aquellas almas malbaratadas por la adversidad, el infortunio de lo que podrían haber cometido.

—Estas sombras ruines... —había dicho en alguna confesión, cuando el sacerdote de turno le requería dudoso de que estuviera haciendo el uso debido del Sacramento — son las que me ponen en el aprieto de maldecir o arrepentirme. El mal me llama con la mayor confianza, como quien posee el crédito de hacerlo...

Fue hacia la Cantina pero no entró, iban a cerrarla y el regusto del anís no retuvo el dulzor que lo incitaba sino la salivación dificultosa que retraía la sequedad del azúcar quemado, lo que más se parecía al propio vidrio de las botellas rotas.

Salió de la Estación y enfiló la Avenida Muniello.

El escalofrío que desfiguró las presencias fantasmales, como si el breve latigazo reordenara la razón sin que quedase ningún margen para que los fantasmas le siguieran, abandonando los andenes, trajo a su olfato la humedad limosa del río, lo que en el cauce primaveral destilaba una vegetación de brotes y semillas.

Cuando divisó al hombre de la cartera, se dio cuenta de que la distancia que le llevaba era más propia de su distracción que del tiempo transcurrido. En realidad iba tras él, en la misma dirección, sin que se hubiera percatado, como si entre las figuras fantasmales existiese una que le había tomado la delantera, la única que abandonó los andenes.

Caminó tras él, manteniendo la distancia, hasta el Puente. La noche expandía el brillo nacarado como una fulguración que agrandaba el techo de Armenia. En las aguas del río el espejo lunar extendía un paño que se tensaba en las orillas, como si recogiera su curso.

Los pasos del hombre se aceleraron al llegar al Puente y hacia la mitad se detuvo. Alzó la cartera hasta apoyarla en la barandilla e hizo un esfuerzo para asomarse.

Mol se había detenido y, por un momento, pensó que la curiosidad de seguir a aquel hombre no tenía otro sentido que el de la atracción de la refulgente cartera, como si el objeto cobrara un especial aprecio en el brillo del cuero, y ni siquiera en lo que había sido su contenido, cuando Alejandro Nieva la vació, atendiendo su mandato, y los papeles que parecían propios de una documentación notarial fueron entregados por él al Revisor, que se hizo cargo sin demasiado interés.

No era el Puente la dirección que más le convenía a Mol para encaminarse a su

casa, en la calle Almohades. Volvió sobre sus pasos y, cuando se detuvo para observar de nuevo al hombre, se percató de que seguía su camino sin la cartera. Del modo en que se hubiese desprendido de ella, sin duda tirándola al río o simplemente dejándola caer al otro lado de la barandilla, no se había dado cuenta, tal vez era lo último que Mol hubiese pensado que el hombre podía hacer.

—Nada sirve de nada... —musitó desconcertado, encogiéndose de hombros, y pensando que con un poco de suerte el Café Antracita todavía estaría abierto.

3

Algunas noches, cuando Mol volvía a casa, después de la larga jornada que le había retenido en sus ocupaciones más de la cuenta, el regreso le resultaba especialmente dificultoso, no ya porque el cansancio hiciera mella en el cuerpo y en el ánimo doblgando el camino, sino porque la idea de recogerse contradecía la expectativa de seguir activo, como si la actividad fuese la única justificación de sentirse vivo.

El regreso era como una claudicación, aunque el trabajo no colmara sus expectativas o la profesión no centrara el ideal de lo que le hubiera gustado ser, si es que en las previsiones de Mol, que había sido un joven indeciso, más conformista que lleno de proyectos, existiera alguna ambición que supusiese la meta que lo reconfortara.

El policía no sumaba los intereses de alguna concreta determinación en el trabajo. El policía no estaba en el pensamiento de Mol, cuando llegó el momento de decidir algún cometido en la vida, tras los que fueron unos estudios jurídicos no muy provechosos, y la orientación adicional de un amigo suscitó la curiosidad de quien tenía desechadas otras orientaciones vocacionales, de modo que la imagen del futuro policía iría afianzándose precisamente en el resorte de la curiosidad.

—Es, a fin de cuentas... —había escuchado complacido a alguno de los profesionales de mayor experiencia— un elemento crucial en el trabajo de la investigación. La curiosidad como el deseo de la averiguación.

Volvía sin ánimo de hacerlo, inactivo y desarmado, como quien se vacía hasta quedar sin respiración y luego, poco a poco, retoma la respiración y recobra el pulso, y sabe que de nuevo todo comienza. El trabajo contribuía a que el alma de Mol se disipara como un pájaro que se pierde en el vuelo. Al regresar, el pájaro restituía el alma en el cuerpo de un animal que no tenía ninguna necesidad de un nido o una guarida.

—Podría vivir en el bosque... —había asegurado una vez, cuando Marisa Yalta, que ya estaba muy enferma y no salía de casa, le echaba en cara su capacidad para rehuir lo que el domicilio suponía en la existencia de cualquier persona.

No estaba abierto el Café Antracita y no parecía que el Padre Arintero trabajase a esas horas en la Oficina Parroquial, aunque se acercó a la Iglesia del Palio para comprobar que estaba cerrada, y husmeó por la puerta trasera de la Oficina, haciendo un vano intento de abrirla. No sería la primera vez que lo conseguía, sabiendo que el Padre Arintero guardaba la botella de anís en el armario y alguna copa en el cajón derecho de la mesa de su despacho.

—Lo que beben los feligreses a cuenta de la Parroquia hay que reponerlo como donativo para las Benditas Ánimas del Purgatorio... —había advertido el Padre al descubrirle con la botella en la mano.

—La tentación no se resarce con un donativo. La culpa es de quien compra la botella, sea con el dinero que sea.

Esa noche le costaba volver.

Era la misma disposición de aquellos tiempos en que la actividad lo mantenía vivo y sin otros pensamientos.

Podía invertir la noche en el mismo deambular de tantas mañanas y tantas tardes, aunque desde la jubilación los regresos eran distintos, en la soledad de la casa había encontrado otro acomodo, el mismo que en la soledad de la vida venía conformando esa sensación del retiro del mundo y de las cosas, un equilibrio al que se habituaba sin que la voluntad se alterase, aunque el subsuelo se movía y la intranquilidad era de pronto un aviso en la mañana, al abrir los ojos tras el sueño que lo intimidaba.

Llegó a cruzar la calle Almohades y en la misma esquina donde la otra noche le había salido al encuentro el fantasma de Carmelo Cadmo estaba el Padre Arintero, que encendía un cigarrillo bajo la farola y no hizo ningún gesto de sorpresa al descubrirlo.

—El cura está donde el feligrés lo necesita. Daba un paseo, aunque reconozco que con el día que llevo estoy derrengado.

—Asomé al despacho.

—En la botella de anís no queda ni gota. El último pecador soplaba con mayor ansiedad que arrepentimiento. La noche está fresca, Samuel, y a lo mejor te viene bien un poco de compañía. No me queda más remedio que andar para espantar el cansancio y coger el sueño...

4

—Pastorear las almas... —dijo el Padre Arintero, que respetaba el silencio de Mol, sabiendo que ese silencio iba a romperse en seguida, cuatro pasos más tarde en la dirección no premeditada que les haría recorrer el Barrio en la línea de las sucesivas

manzanas— es tan arduo como aburrido. Las almas, cuando son como las ovejas, repiten el mismo balido, iguales manías y precariedades. Llevo media vida perdonando los mismos pecados.

—Yo le proporciono alguna variedad.

—Y bien que te lo agradezco. Las almas son más parecidas que los corazones, ya ves qué conclusión. Aunque tampoco es que haya mucho que descubrir en las pasiones humanas, tenemos una condición limitada.

—En una ocasión me dijo que yo tenía un alma imprecisa, lo recordaba esta tarde, viniendo en el tren de Ordial.

El Padre Arintero se detuvo dos pasos detrás de Mol.

—¿A qué podía referirme...? —inquirió interesado—. Me gusta la idea. Un alma que no se delimita tan cabalmente como la de las ovejas del rebaño. Será esa alma que a ti mismo te cuesta reconocer. O que se te escapa con facilidad. Menuda ocurrencia...

—Por el alma no tengo demasiada preocupación, a no ser en lo que atañe a la conciencia. No sé si es un principio o una sustancia, nunca me detuve a pensarlo. La imprecisión me reconforta bastante, siempre pensé que tenía un espíritu desdibujado, un interior difuso. Supongo que eso es, en buena medida, la fuente de mi confusión y de mis contradicciones.

El Padre Arintero sonreía a su lado.

—Por eso resultas un momio, Samuel, un regalo para el pastor aburrido. El alma imprecisa, la conciencia revuelta, un sentido de la culpa lleno de posibilidades. Y, además, últimamente el pasado que te echa un cuarto a espadas, la memoria moral que tamiza y solventa el fruto de los recuerdos. Las convulsiones que dice tu amigo el Profesor.

—Y todo eso... —aseguró Samuel Mol, adelgazando la voz, mientras el Padre Arintero le cogía del brazo, intentando rebajar la exageración de su entusiasmo— para que de pronto sienta el reclamo de lo que menos debiera interesarme. Ya no se trata de los débitos, de lo que hice mal, de lo que dejé de hacer, de todo aquello con lo que debiera reconciliarme en mi conciencia, al menos para obtener cierto sosiego. Ahora vuelve a haber un caso, lo que ya es el colmo.

El Padre Arintero encendió un cigarrillo y observó a Mol con una atención muy distinta a como podía escucharle en el confesionario.

—¿Un caso...?

—Llevo unos días padeciendo la resaca de un asunto que quedó sin resolver, uno de esos crímenes terribles que se archivan porque no se encuentra nada, entre el desaliento y la desesperación del fracaso. Se quedan ahí, a la espera de no se sabe qué, sin cerrar pero sin otra alternativa que la que el tiempo proporciona al olvido.

—Una de tus deudas.

Samuel Mol caminó con los brazos caídos y las manos alargadas y abiertas, como

si el peso de lo que las palabras mencionaban le hundiera los hombros.

—Algo que me concierne, qué duda cabe. En su día se me ocurrieron todo tipo de posibilidades y sospechas, y hubo una persona que no podía ser el asesino pero sí estar involucrada, al menos porque no iba a contar lo que él mismo sospechaba o sabía.

—Y el caso se abre.

—El caso emerge, pero sin otra formalidad de lo que a mí me concierne. Soy yo el requerido y el involucrado. El asesino parece que ha vuelto y la resolución está en mis manos.

El Padre Arintero guardó silencio, fumó despacio. Mol metió las manos en los bolsillos.

—Tampoco te concierne la condición de oveja descarriada... —dijo el Padre Arintero— aunque, entre las del rebaño tan aburrido, podrías ser la negra, sin que esto tenga la valoración peyorativa del dicho popular, sólo la peculiaridad que la distingue. Creo que estuve acertado hablando del alma imprecisa, sería una buena fuente de inquietud, y no sólo espiritual. Tienes una vida complicada, Samuel, y si andas metido en estas otras complicaciones tan graves debes hacerlo con cuidado.

—Es difícil andar entre fantasmas, fuera del tiempo, sin que el presente sea un refugio o, como poco, algo concreto. Y, además, como es bien notorio, estoy jubilado...

XVIII

El caudal

1

Durante dos días y dos noches, Samuel Mol permaneció en casa desatendiendo alguna ocasional llamada de teléfono, tomando los somníferos a los que recurría en muy contadas ocasiones, ya que siempre había sido poco aficionado a las pastillas, y alimentándose precariamente, sin que el estómago le hiciese la mínima reconvención, más bien al contrario, como si en el descuido de los alimentos se aplacara lo que parecía una sensación de letargo, y ni siquiera la apetencia de una copa de anís viniese a contrariarle.

En la noche del tercer día, salió a la calle.

Fue en ese momento, entre el frescor primaveral que animaba su cuerpo haciendo que sus pasos se acelerasen, cuando sintió la necesidad de tomar algo, y lo hizo en dos de los bares que encaminaban la ruta que tenía premeditada, como si en su determinación no quedase ningún rastro de duda o impedimento, nada que sustrajera lo que en el letargo se hubiese elaborado con dificultad, contradicción y esfuerzo.

En el primer bar tomó un bocadillo de jamón y bebió dos vasos de vino. En el segundo un café y una copa de anís.

La noche de Azumbre mantenía el frescor más tamizado, como si la calle retuviera la atmósfera ajena de su retiro, en la proporción en que había dejado de ser una más en el callejero de Armenta.

No había ninguna razón de delimitación urbana, nada en el trazado ni en el deterioro de las fachadas, paralelo al descuido de las aledañas, lo que la arrinconaba en la constancia de su suerte, o de su mala fortuna, era lo que en ella había sucedido, y en el ánimo de Samuel Mol la tibieza de aquella soledad esparcida por las aceras como un aliento seco fue suficiente para que se detuviera un instante, tras los primeros pasos al enfilarla.

Hasta el número diecisiete quedaba un trecho, también suficiente para que el tamizado frescor desapareciera por completo y fuera posible la ingrata sensación de que los portales, aunque ya estuvieran cerrados, supuraran ese hedor, que apenas la primavera podía dulcificar, como si en la herencia de Azumbre fructificara lo que corrompe la violencia de la muerte, la puerta del mal que no se cierra.

Era el camino que el viejo Comisario percibía en la dirección de la acera, por donde tantas veces había transitado. Lo que Mol encontraba en la resonancia de sí mismo, como si la noche rescatara el cobijo de su percepción y de su olfato, lo que la mirada descubría y la memoria ordenaba en el escenario que el tiempo armaba con mayor extrañeza, ya que en el reclamo con que el pasado ejercía su incitación nada se mantenía inmune, todo se movía con igual inquietud y desasosiego.

Samuel Mol podía caminar ahora por una calle que la memoria, y también la imaginación, rescataban del sueño.

A fin de cuentas, era Azumbre sin duda alguna la vía urbana que con mayor insistencia atravesaba sus sueños, como si formara parte del subsuelo de una obsesión que alimentaba algunos desvaríos. Podía estar en ella o divisarla al final de un Barrio donde se encontraba extraviado o escuchar el eco de sus pasos mientras los edificios se desdibujaban o las fachadas casi llegaban a desmoronarse, sabiendo al tiempo que la calle no pertenecía al lugar donde el sueño se desarrollaba, como si el espacio trastocado la recobrara con la insistencia del mismo escenario de tantas otras ensoñaciones en que de pronto bajaba el telón y el vacío y la oscuridad eran los residuos del despertar.

Cuando llegó a la altura del número diecisiete, en la acera contraria, supo que lo que Azumbre significaba en el delirio y el olvido de tantos años, ya que también el olvido formaba parte de su oscuro patrimonio, porque Mol no había regresado a ella desde hacía catorce, hasta la misma mañana en que días atrás descubrió a Elicio Cedal en la Enfermería del Asilo de las Penitenciarías, era lo que el desaliento y el pesar reponían en su espíritu, como si la conciencia necesitara de un paisaje transfigurado, y los hechos de la vida, tan importantes en la esfera profesional de Mol, sostuvieran también algunos lugares con mayor razón que otros para ser reveladores.

—Algo tan primordial como elocuente... —musitó Samuel Mol, con el pensamiento embargado, casi sin que las palabras llegaran a sus labios—. La vigilia del vigilante, el apuro del soñador...

2

Entró en el portal. La noche se escurría en el interior como una corriente sucia, y en el olfato de Mol el hedor no se contradecía con la supuración que en la calle derramaba el aliento seco que extinguía el frescor primaveral, una saturación polvorienta.

Subió con cuidado, como si en cada escalón hubiese una advertencia peligrosa, igual que en los pasos de las ensoñaciones y con la misma congoja.

Fue un primer ruido el que le detuvo. La oscuridad incrementaba la resonancia, y el ruido tardó un instante en repetirse, era sin duda el de una puerta que se abría con mucho cuidado y volvía a cerrarse. Mol estaba en el recodo del primer piso, sin haber

llegado a cruzar el rellano.

Los pasos bajaban sigilosos, peldaño a peldaño, con parecida advertencia a los suyos, aunque probablemente con mayor decisión.

El hombre que cruzó el rellano se detuvo un instante en el primer tramo de la escalera y Mol pudo adivinar que metía las manos en los bolsillos, buscando algo o corroborando que lo llevaba, intentando saldar la duda. En seguida volvió a bajar con paso más decidido.

Mol aguardó un momento y bajó tras él. Cuando asomó a la puerta entornada del portal, vio al hombre que avanzaba a la derecha por la calle, con el paso vivo que le permitía una corpulencia más espesa que sólida, y el bamboleo de quien desparramaba los movimientos como si no los controlara.

En el tiempo en que siguió a aquel hombre, que sin duda llevaba una ruta premeditada, ya que en ningún momento dio indicio de la mínima indecisión, fue identificando su figura, aunque en la libertad de las calles el bicho escondido no mostraba la falsa indolencia de la enfermedad, lo que en el secuestro voluntario de un mal que se acomodaba a los cuidados y atenciones de su anciana y desvariada madre justificaba con el lamento que le permitían sus escapadas.

El camino era largo, y Mol no supo predecir hacia dónde se dirigía el hombre. Fue la curiosidad y cierta convicción de que en sus pasos acarreaba un secreto más vulgar de lo pensable, ya que en la catadura del sujeto no podían caber sorprendentes misterios, lo que alimentó la decisión de seguir tras él.

La vulgaridad del lector de tebeos, su existencia encamada en el desorden de aquella habitación que era su guarida, la madre desconcertada que sobrevivía en el desvarío, no ofrecían otros alicientes, más allá de lo que aquel hombre testificaba sobre el visitante del piso de arriba, los ruidos, los pasos, el haberlo divisado fugazmente por la mirilla.

Cuando llegaron al Colmenar de Odesa, hubo una alerta en la imaginación de Mol. El camino del hombre se había sosegado un poco, la vivacidad se amortiguaba en los movimientos desparramados y, hasta en varias ocasiones, al pie de alguna esquina, el hombre se detenía, y apoyado en las paredes parecía reposar o, al menos, sosegar la respiración.

La distancia entre Azumbre y Odesa era suficiente para que el cansancio hiciera mella. Los vericuetos del Barrio, en la dirección de su altura, donde estaban las callejas más intrincadas, suponían en el tramo final una subida notable por las cuestas paralelas.

Fue entonces cuando Mol supo que el hombre se dirigía a la callejuela sin nombre, apenas un pasadizo, donde días atrás había seguido a Cindia Olmo desde la calle Niéster, cuando estuvo con ella retomando el pensamiento de Danza, tras la información que le había proporcionado en la taberna el hombre que se llamaba

Vento.

La imaginación de Mol removi6 en la oscuridad, y en el mismo t6nel que la atravesaba por m6s conductos de los previstos, las observaciones y los encuentros que surgían tan casual como precipitadamente, y tuvo la sensaci6n de que en el movimiento ajeno se amortiguaba su instinto, el caudal en que se veía requerido como si las aguas de los acontecimientos le llevaran sin remedio.

En la deriva de aquellos días nada se ataba al orden de sus viejos intereses profesionales, tampoco a lo que la voluntad intentara hilar entre las encontradas vicisitudes.

No era sólo el alma imprecisa de la que el Padre Arintero no sabía dar demasiadas razones, tampoco el redoble de la conciencia que en Mol expandía las ondas de su desasosiego o angustia.

La tensi6n de lo irremediable, con que en tantas ocasiones apoyaba el sentido de su vida, lo que 6l era y lo que le sucedía, emergía otra vez como la requisitoria de una acci6n judicial en la que estaba comprometido.

3

El hombre entr6 en el portal de la casa y Mol lo hizo tras 6l, asomando al hueco de la escalera.

Record6 la subida hasta el piso donde Cindia recibía a los clientes, las prendas que había ido recogiendo hasta llegar a su habitaci6n, como si quien se las hubiera arrebatado las soltara igual que un despojo.

Regres6 a la calle. El pasadizo concentraba la mayor oscuridad, como una sima de paredes inclinadas.

El hombre volvi6 a salir en seguida, vio a Mol e hizo un gesto indeciso antes de caminar.

—Está ocupada... —dijo el hombre, entre el desánimo y la sorpresa—. No sé si a usted le pasará lo mismo, pero yo tengo el detalle de llamarla antes.

—Podemos esperar.

—No es mi costumbre. Yo valoro por encima de todo la discreci6n y la tranquilidad. Adem6s, el que está con ella no es como cualquiera, quiero decir que se comporta de un modo raro. He oído lo que le decía. No está cerrada la puerta. Líos es lo que menos me gusta tener.

—¿Es que lo conoce...?

—S6lo de vista, igual que me parece conocerlo a usted, aunque lo que menos puede interesarme son los clientes de Cindia. Ya le digo que nada valoro m6s que la tranquilidad y la discreci6n.

Se iba.

—Aguarde un momento, por favor... —le requirió Mol—. Le conozco de Azumbre, conozco a su madre, estuve en su casa. No es usted el enfermo que aparenta. Sale cuando quiere y, además, visita a esta mujer.

El hombre movió nervioso los brazos al volverse. Observó inquieto a Mol antes de hablar.

—Mi madre es mi sostén... —dijo contrito— la que sufraga mis penalidades, pero cada día es menos capaz de cuidarme. Yo estoy peor de lo que nadie pudiera figurarse, no lo dude, soy un desecho humano. Pero me queda este impulso precario, este residuo del hombre que fui, apenas una gota y por muy poco tiempo, todo hay que decirlo. A esta mujer la pago con las sisas y la reventa de los tebeos.

Mol lo cogió del brazo y notó su estremecimiento.

—No voy a decírselo a su madre, no se preocupe. Esta noche estuve en Azumbre, lo vi salir, pensé que sólo lo hacía por sus tebeos, como me dijo el otro día, aunque no fuese la hora más oportuna. ¿El hombre que vio por la mirilla ha vuelto...? El visitante del último piso es lo único que me interesa, aunque usted con este doble juego resulta sospechoso.

Volvió a estremecerse.

—No diga eso, por Dios. Ninguna sospecha. Las carnes se avienen mal con los huesos, lo que aparento no es lo que soy, ni siquiera en mi aspecto. Estoy muy mal alimentado. Y no es el vicio, se lo juro. Es la necesidad de un ser lleno de limitaciones, una última gota. El rato que paso con ella, aunque me duela sisar a mi madre que, además de un poco trastornada no es otra cosa que una pensionista. Ese hombre sigue viniendo, y algo más le podría decir, aunque le parezca increíble.

Mol le apretó el brazo y supo que el hombre tenía la sensación de haber sido apresado, como si en el sitio donde menos lo esperara le acabasen de detener.

—Es usted policía... —musitó amedrentado.

—Puedo detenerlo, si a eso se refiere.

—No lo haga. El día que mi madre despierte y no me encuentre puede fallecer. El corazón le aguanta para sobrellevar la existencia del hijo enfermo, pero no soportaría su desaparición. Es un órgano consumido.

Salieron del pasadizo.

—Le he seguido, ya ve usted qué desatino... —dijo el hombre— y, aunque le parezca que lo único que quiero es complacerle, no lo crea. Lo seguí, y me acordé de usted al hacerlo, de la encomienda que pudo hacerme.

Mol estaba sorprendido, el hombre había dado unos pasos y alzaba los brazos, como aliviado de liberarse.

—La otra noche, al día siguiente de venir usted, cuando me descubrió en la puerta. También había salido, aunque no para venir a Odesa, hay otra mujer en Corea,

es más barata pero no se la puede comparar con Cindia. Las sisas son, a veces, hurtos, lo que pillo poco a poco lo pillo entonces de una vez, ya sabe que también los pensionistas tienen extras.

—Vaya al grano.

—Vi salir del portal a un hombre, igual que una sabandija, y estuve seguro de que era él aunque, como ya le advertí, la noche que lo espí en la mirilla no pude verlo bien. Tuve tiempo para resguardarme unos números antes, no pudo percatarse de mi presencia, se fue en sentido contrario a donde yo estaba, calle abajo. Y entonces lo seguí, fui tras él, con menos nervios y temblores de lo que pudiera pensarse, con la curiosidad de poder verlo de veras. Luego pensé que me había arriesgado, aunque de ese hombre no sé lo que pueda sospecharse. Yo tengo sanas pocas cosas, el entendimiento menos averiado que otras. Y no soy astuto, tampoco codicioso.

—¿Llegó a verle la cara...?

—Imposible, siempre lo tuve de espaldas y en ningún momento me acerqué más de lo debido. Venía hacia Odesa, traía el mismo camino de cuando yo vengo. Hubo un momento en que lo perdí, luego me di cuenta de lo cansado que estaba.

Mol volvió a cogerle del brazo.

—Ahora me lo va a describir con detalle, todo lo que pueda, la estatura, la ropa, el modo de andar...

—Volví a casa... —dijo el hombre compungido— y cuando entré en el portal, al empujar la puerta, me manché los dedos. Pensé que la sangre era mía, una gota sucia entre las yemas.

4

Samuel Mol hizo lo mismo que recordaba haber hecho cuando días atrás siguió a Cindia Olmo hasta la casa del pasadizo: pisó en los primeros peldaños de la escalera algo blando y en seguida supo que se trataba de las prendas que le habían arrebatado, la ropa interior, el vestido, las medias, los zapatos, y hasta lo que pudiera ser un prendedor.

Todo esparcido hasta el rellano del último piso, con la misma determinación de quien las roba y las tira, el ladrón que huye y se desprende de lo que sustrajo, o en lo que también se le ocurría a Mol la huella imprevista de los más insospechados objetos personales que alguien colocó en lo que acabó siendo, en algún sonado caso, un macabro descubrimiento.

La puerta del piso de Cindia estaba abierta.

Depositó las prendas en el suelo y entró con sigilo. La oscuridad contenía el aroma de acritud y esencia que adensaba la atmósfera, un espesor de perfume sudoroso, y Mol se guió por ella hasta el fondo del pasillo, donde también recordaba

la habitación inmediata, cuya puerta estaba cerrada.

La abrió con cuidado.

Las prendas que había recogido eran el indicio de que el último cliente, al que se había referido el enfermo de Azumbre, ya se había ido. Ese cliente que en el pensamiento de Mol orientaba la coincidencia de otras visitas y al que estaba seguro de poder encontrar, ya que entre la deriva y los seguimientos había una confluencia que su voluntad no alteraba, como si poco a poco, y con mayor dejación en los últimos días, desde el encierro al regreso de Ordial, la corriente en que se dejaba llevar tuviese un sentido más benigno o aplacara su curso con mayor indolencia.

El pesar de Mol se escindía de lo que los acontecimientos iban suponiendo, como si todavía fuera posible alguna actuación que correspondiese más al antiguo Comisario, y en la superficie de la conciencia aflorara un remanso que no contradecía lo que pudiera hacer.

Mol sabía que nada le restaba, más allá de los requerimientos y las reclamaciones que venía sufriendo en su extravío. La confusión le acercaba al secreto, y no iba a hacer ningún denodado esfuerzo para que el Comisario cumpliera con su cometido, pero tampoco para interferir en la marcha de aquellos hechos que el azar multiplicaba y alineaban las simetrías con que el sueño y la vigilia intercambiaban los fantasmas en sus advertencias y miradas.

Cindia Olmo dormía desnuda en la cama, y en la oscuridad la carne derribada tenía una fosforescencia de barro cocido, como si el cuerpo todavía crepitara tras el fuego del horno. La atmósfera de la habitación también irradiaba el calor quemado, y Mol necesitó un alivio en la respiración antes de sentarse a los pies de la cama y por unos instantes contemplar lo que podía ser un cuerpo radiante o el barro agrietado con que se rompen los muertos.

—Todavía me buscas... —dijo al darse la vuelta y abrir los ojos.

Mol no pudo contener el temblor de la mano al acercarla a las nalgas. La incandescencia tenía un reflejo morado. La oscuridad estaba ardiendo.

—Eres lo que me queda de Danza.

—Entonces acuéstate. Voy a confesarte un secreto, ven aquí, no hace falta que te quites la chaqueta.

Mol obedeció. El cuerpo de Cindia lo estrechó como si buscara un cobijo. El fuego se apagaba. La carne estaba tibia.

—Lo que me quiso Danza nadie lo pudo igualar... —escuchó Mol como un susurro—. Dios no es nadie cuando la Diosa le toma la delantera, un ser ruin como todos los de su especie. Ella me hacía sentir lo que no es posible, ya te dije que soñábamos juntas.

Mol se incorporó.

—Necesito que me digas una cosa.

—Ahora vuelve el policía.

—No, el policía ya no existe... —reconoció con sorna—. Estoy jubilado de la profesión y casi de la vida. Danza se fue hace demasiado tiempo.

—Ven conmigo. Todo lo que ella quiso o simplemente tocó me apetece.

Mol le acarició las nalgas. El barro tenía la suavidad de la arena.

—¿Qué sabes del cliente que estuvo hace un rato, el que se va de malos modos y te tira la ropa...?

—Es un pobre desgraciado, se pone nervioso, no puede tranquilizarse.

—¿Es violento...?

—Puede serlo, pero luego se arrepiente.

—¿Cuánto tiempo lleva viniendo a verte...?

—Un mes, nunca lo había visto antes.

Mol estaba de pie, la atmósfera caldeada apenas le dejaba respirar.

—¿No sabes cómo se llama, qué hace...?

—Sólo sé que tiene cicatrices en el brazo izquierdo, heridas, cortaduras. Como si alguien se las hubiera hecho para señalarlo. Unas cuantas. Hace unos días, cuando vino tenía un esparadrapo en la última.

El cuerpo de Cindia se enroscó en la cama como una serpiente de barro.

—No te vayas... —suplicó.

—¿Ya no tienes obligaciones familiares...?

—Mi marido viene a recogerme cuando lo llamo, pero soy más perezosa que Danza.

—Me dijiste que tienes un hijo que atender.

—Un niño rubio.

—¿Ese hombre concierta las visitas, te llama antes...?

—Viene cuando quiere, algunas veces entra y otras se queda esperando o se va. En más de una ocasión, cuando estoy ocupada, le escucho andar por el pasillo, husmear en la puerta, esconderse, pero nunca me creó un problema con un cliente. No le gusta que lo vean.

—Le vi salir la noche que te seguí desde la calle Niéster, pero no soy capaz de distinguirlo, me parece que lo confundo.

Cindia respiraba adormecida.

—A él le pasa lo mismo. Me preguntó por ti, también te confunde.

XIX

Cristal

1

La voz de Nora Ferad era un hilo tan delgado y tan lejano que Mol tardó un momento en saber que era ella la que llamaba.

El nombre apenas lo había musitado y el recuerdo de la mirada que se cruzó en la reserva huidiza de un instante la tarde en que la reconoció en la calle Cumbrado, cuando deambulaba por el Barrio de Bronce, vino a reponer lo que la voz no lograba.

—Soy Nora Ferad, Comisario... —volvió a repetir, dudando del reconocimiento en la llamada, y Mol vio a Nora en el saloncito de su casa, con la recortada melena que acentuaba, en su rostro pálido y en su delgado cuerpo, el contraste de la edad y la enfermedad.

Mol recordó lo que Nora le había contado de Tarso, el hijo de Elicio Cedal, el primer marido de Beda Covado, la circunstancia tan casual de su conocimiento, la relación que habían mantenido durante año y medio con absoluta discreción hasta que, como ella había indicado, fue la muerte quien vino a delatarlos. Tarso había sufrido un colapso durmiendo a su lado y, cuando ella despertó, estaba rígido, como si hubiese sido el propio sueño quien lo hubiera ahogado. La decisión de llamar al padre de Tarso, a Elicio Cedal, fue la mejor ocurrencia en una situación que Nora no sabía cómo resolver. No lo conocía entonces, había dicho Nora, pero me pareció que podía ser la persona más adecuada a la que recurrir...

—Quiero hablar con usted, necesitaba verlo.

—Me tiene a su disposición... —concedió Mol—. Y si quiere podemos vernos esta misma tarde, ya sabe que estoy jubilado y es el tiempo lo que más me sobra.

—Acabo de enterarme de la muerte de Elicio... —informó Nora afligida—. Llamé al Asilo y me lo dijeron.

—¿Quiere que me pase por su casa...?

—Podemos quedar en la Ciudadela, en la Cafetería del Ámbar, a las cinco si no le viene mal.

Cuando la vio entrar en la cafetería se acordó de que Aníbal Lodaes había dicho en algún momento que era una mujer de cristal, sin que Mol supiese exactamente a lo que se refería.

No tenía su apariencia un acusado brillo de fragilidad, y la delicadeza de su cuerpo extremadamente delgado tampoco parecía predecir que fuera a quebrarse fácilmente. El cristal podía empañarse en el fulgor de los ojos que reavivaba la fiebre, en la palidez que no disimulaba la pintura en las mejillas o el carmín que apenas matizaba los labios.

Encendió un cigarrillo nada más sentarse enfrente de Mol y tuvo dificultades para que la sonrisa, tras el saludo, eliminara la tensión que el encuentro le producía, como si la figura del Comisario recuperara la identidad lejana de quien tantos años atrás había hablado con ella en la Comisaría de la Reserva, y no la más cercana y cálida de

cuando días atrás la reconoció en la calle Cumbrado y estuvieron charlando en su casa.

—Quería hablar de Elicio, contarle algunas cosas, fue una persona a la que le estuve muy agradecida... —afirmó Nora— y ahora que me han dicho que murió he sentido que era con usted con quien podía hacerlo. La verdad es que casi no me queda nadie con quien hablar de nada, ya le dije que es Tarso quien sigue viviendo conmigo, consolándome en mi enfermedad, durmiendo a mi lado...

Las manos de Nora eran largas y en la longitud ahuesada también podía empañarse el cristal, como si la piel anudara la lividez de los movimientos, tan gráciles como nerviosos.

—No sé si llegó a tratarlo mucho, o sólo en relación con aquella horrible historia del crimen. Era un hombre que había tenido una vida muy dura, un hombre de pocas palabras, y me parece que entre las contadas personas en las que llegó a confiar, estuve yo. Desde la muerte de Tarso, en aquellas desgraciadas circunstancias, cuando tanto me ayudó, siguió llamándome, interesándose por mí. También nos vimos, vino a casa. No era capaz de ofrecerme algún consuelo, quiero decir de expresar algo que aliviara mis sentimientos, yo estaba destrozada, pero me ayudaba mucho su compañía.

2

El cristal se empañaba en la figura de Nora.

A lo mejor Aníbal Lodaes tuvo la sensación de que aquella mujer a la que, en un momento de la investigación, requirieron como persona situada en el entorno, aunque lejana y lateralmente, más para hablar con ella que para interrogarla, salvaguardaba la intimidad extremando la discreción de los amantes.

Hacía un denodado esfuerzo para que ni siquiera surgiese el nombre de Tarso Cedal, aunque sabía que el requerimiento policial partía de la relación que habían mantenido y, aunque nada podía aportar a la investigación, sus palabras afianzaban el recato y preservaban el discurrir diáfano que Aníbal podía haber observado.

—Se te muere tu amante y al cabo de los meses matan a la viuda casi recién casada y al marido... —decía Aníbal, cuando el desánimo del caso resucitaba algunas consideraciones macabramente jocosas—. Matrimonios veloces, adulterios sesgados. Yo arrastro el vínculo y la prole sin más alternativa y hecho cisco, la vida es así de jodida.

Mol recordó a Nora acostada en la cama, sobre la colcha blanquecina, entre el reflejo calcáreo de la luz de la ventana de la alcoba, donde la había seguido alertado por el posible debilitamiento, tras la conversación en el saloncito.

La luz de la media tarde, al pie del ventanal de la Cafetería del Ámbar, tampoco ayudaba a que su figura fuese más diáfana. La enfermedad habría reducido y oscurecido el cuerpo de Nora, con el encogimiento de un dolor que la iba borrando, en ese trance largo y delicado en que el sufrimiento comprime en parecida medida el cuerpo y el alma.

—Como usted sabe... —dijo, a punto de encender otro cigarrillo— Elicio había liquidado los negocios y la Constructora de Tarso quedó en manos de su mujer y sus socios, todo derivado en seguida al hijo del matrimonio, al nieto de Elicio. El nieto era su obsesión y su penitencia, un chico apocado y enfermo.

—Galo.

—Durante mucho tiempo Elicio no dio señales de vida. La verdad es que a raíz del crimen dejó de llamarme. Supongo que el suceso lo hundió. Tampoco hice especiales esfuerzos para hablar con él, y en las contadas ocasiones en que lo conseguí no mostraba interés, no era el mismo. Yo sabía que lo estaba pasando muy mal, lo que no podía imaginarme era en lo que iba a acabar. Transcurrieron algunos años. Nunca me contó nada de su vida en ese tiempo. La miseria, lo que llegó a convertirlo en un mendigo, aunque puedo figurarme algunas cosas. Desapareció, y lo hizo del modo más radical, de forma premeditada, como si se metiera en un hoyo o se encerrase en una cueva, como si no pudiera soportar su propia vida.

Nora asentía según hablaba y Mol no tenía duda de que aquel hombre silencioso y huraño, que entre la coartada evidente y la recóndita sospecha había dejado un saco vacío como prueba o ardid de la exculpación que los Inspectores aceptaron pero no comprendieron, había destrozado su vida entre la compunción y el sufrimiento y el temor.

Entre los mayores débitos del antiguo Comisario estaba Elicio, un ser silencioso, un animal callado. Lo que de él quedaba, en la figura sentada sobre la cama de la Enfermería del Asilo de las Penitenciarias, no era el resto de una existencia remota, que tanto tiempo llevaba ajena a la vida, sino un árbol seco, sin ramas, sostenido en la inclemencia de una conciencia amargada, que en ningún momento hubiera dejado de latir, como si el remordimiento supurara en la misma herida que administró el asesino.

—Estaba en el Asilo, había vuelto a Armenta. Los años tenían las mismas cicatrices de su desamparo. La primera vez que lo vi apenas pude contener las lágrimas. Elicio, ya ve usted lo que es la vida, se parecía más que nunca a su hijo, a Tarso, repetía el cadáver con que yo estaba viviendo, el hombre que se murió a mi lado, cuando dormíamos, sin que yo me enterase. Me llamó una tarde. Salía del Asilo a dar un paseo. Volvimos a vernos. Yo me acercaba a un bar, tomábamos algo, paseábamos. Duró un tiempo, luego ya no podía salir y al Asilo nunca quiso que fuera. Nunca llamé preguntando por él, hasta esta mañana, cuando me dijeron que

había muerto.

3

De pronto el cristal empañado era como un vidrio que no lograba ocultar la ausencia. Fue en un instante cuando Mol percibió que Nora Ferad se había ido, y tras el silencio escueto de las palabras se abría la profundidad de una distancia que la secuestraba.

Los ojos de Nora reflejaron el vacío de su pensamiento o, en lo que Mol pudo adivinar, el hueco de un recuerdo robado, mucho más que un rapto incontenido de la memoria.

—Fue aquí... —dijo entonces, cuando pudo recobrase de aquella íntima sacudida— donde Tarso me abordó, creo que se lo conté la otra tarde en casa. Ahí mismo, en la mitad de la barra, donde tomaba un café. No había vuelto a esta cafetería desde entonces y del encuentro Tarso y yo jamás hablamos. A veces gastaba bromas sobre lo que en su día supuso llamar a mi puerta, de los riesgos de una equivocación. Hay historias que empiezan así, cuando tocas el timbre de una casa que no es la que buscas...

Nora estaba de espaldas a la barra. Acababa de cerrar los ojos. La misma luz del ventanal del Ámbar sumía parte del local en el reflejo de la tarde que iba declinando, sin que la luz artificial delimitase una franja distinta, y Mol acercó a los labios la taza del café, que ya estaba frío, y respetó el silencio que, mientras ella tuvo los ojos cerrados, pareció contagiar a los pocos clientes esparcidos por la cafetería, que podían adormecerse en la misma quietud en que el tiempo se empañaba.

—Era muy difícil que Elicio contase algo que pudiera preocuparle y, sin embargo, hubo unos días, cuando nuestros encuentros fueron más seguidos, en que yo le notaba la necesidad de mi compañía. Y esa necesidad suponía que iba a hablar, que la confianza de la única persona que estaba a su lado, cercana y cariñosa, debía aprovecharla. Fue entonces cuando tuve la sensación de que Elicio guardaba algo, y en el esfuerzo de hablarme existía la necesidad de un alivio. El hombre viejo que en alguna ocasión, a pesar de la higiene, olía a viejo, a lo que huele el cuerpo que se consume, como un tufo de la desgracia de la edad y el sufrimiento de haber vivido tanto, ya sin mucha voluntad de hacerlo, necesitaba de sus viejas palabras, las pocas que lo sosegaran, eso pensé. Llegué a asustarme. Cada vez que nos veíamos, él se ponía más nervioso. Paseábamos. A veces se nos cruzaba alguno de sus compañeros del Asilo, jamás saludaba, volvía la cabeza hacia otro lado. En una ocasión quise cogerle del brazo, acababa de tropezar, estuvo a punto de caerse. Hizo un movimiento brusco, retiró el brazo como si mi mano pudiera quemarle.

La imagen de Elicio sentado en la cama de la Enfermería volvió al recuerdo de Mol.

El olor del viejo. El tufo de los años en el propio aliento de los internos o en el sudor seco de sus cuerpos o en las zapatillas arrastradas por los pasillos del Asilo. El contraste del vapor de la Lavandería y la ropa blanca que llevaba en los brazos la Hermana Cósima. El árbol sin ramas que se erguía por el propio impulso de la enfermedad y la fiebre, cuando ya no quedaba voluntad para sostenerse.

—Tengo miedo, dijo Elicio, una de aquellas tardes... —y en las palabras de Nora hubo cierta indecisión, como si en lo que quería contar existiese la contradicción de hacerlo—. Era lo último que se me podía haber ocurrido, que el temor lo estuviese amargando.

—La conciencia rebulle de la forma más inesperada... —aventuró Mol con muy poco convencimiento, en seguida arrepentido de la obviedad de sus palabras.

—Miedo de verdad, temor auténtico... —aseguró Nora, que acababa de coger la cajetilla de tabaco y golpeaba con ella en la mesa—. Ya sé que el temblor de un anciano puede responder a las causas más habituales, cualquier variante del pulso o del ánimo y la enfermedad. A Elicio le temblaron los ojos. La mirada de quien está acorralado, amenazado. Y no era la conciencia, el estremecimiento de una vida tan dura y callada, o del viejo que, al fin, se desmorona. No lo sé. No era fácil que concretara lo que podía decir. Tampoco yo soy muy hábil para sonsacar algo, no tengo costumbre. Me importaba más que sintiese mi confianza, que supiera que podía contar conmigo. No sé de lo que se trataba. Pensé en el crimen, en lo que pudiera haber pasado hacía tantos años.

—Elicio Cedal estuvo muy comprometido en la investigación... —informó Mol — pero tenía una coartada que lo descartaba directamente, la noche de los asesinatos no estaba en Ordial. Las sospechas venían de lo que pudiera saber, de lo que no quería decir, algo que inducía a no soltarlo, a que en la investigación no nos resignáramos, porque existía el convencimiento de que no se trataba de un crimen ajeno, de un asesinato con motivos convencionales, robo, extorsión. El asesino entró en la casa sin violencia, no tocó nada, no se llevó nada. Abrió con llave, los mató, se fue. Ninguna huella extraña ni, por supuesto, el arma homicida, el cuchillo con que los mataron.

Nora no parecía seguir con especial atención lo que Mol acababa de decir.

—La sorpresa de su muerte me ha afectado mucho, no sé si más de la cuenta, sabiendo que no podía ser de otro modo, que con su edad y deterioro no había demasiadas esperanzas. Me influye el hecho de no haberle llamado con más insistencia, hasta de no hacerle una visita en el Asilo, aunque me lo hubiese prohibido tajantemente. El esfuerzo de confesarme su miedo, su temor, la amenaza que sentía* derivó en algún rastro de emoción en aquellas ocasiones en que nos vimos por última vez. Y también en un secreto, algo que estoy segura de que jamás me hubiese

confesado sin esa emoción, sin las cuatro lágrimas que compartimos.

4

A Nora le habían servido otro café y Mol pidió una copa de anís. En el momento en que el camarero se acercó a servirles, ella hizo un rápido movimiento con la cabeza, la giró hacia la barra.

—Tarso sigue conmigo... —musitó al volverla de nuevo— ya le dije que la muerte no se lo llevó, me acompañará hasta el final y moriré en sus brazos. Tengo derecho a que éste sea el único pensamiento de mi vida. No es un capricho romántico y desventurado, es un pensamiento.

Mol asintió. El anís llegó a sus labios con cierta ansiedad, dio un trago largo.

Lo que Nora pudiera haber imaginado en la mitad de la barra de la cafetería podía él constatarlo como el humo de un fantasma que tomaba café cuando la abordó hace tanto tiempo. El fantasma de Tarso no era uno de sus fantasmas conocidos, por eso el humo configuraba la silueta vaporosa, pero eso no evitaba que Mol lo contabilizase entre tantos otros fantasmas desprendidos como sombras inmóviles entre los clientes.

—Beda era el secreto de Elicio, y no sé si este dato supone algo especial entre las muchas cosas que usted llegó a saber, ni siquiera me imagino lo que hubiese supuesto si en la investigación hubiera tenido conocimiento de ello.

Mol sujetó la copa.

El cadáver de Beda Covado estaba tendido en la camilla, lo sacaban de la habitación y al llegar al vestíbulo la sábana se enganchó y el cuerpo mostró la desnudez que la sábana velaba. La carne muerta tuvo en ese instante furtivo la apariencia de la carne viva, la intimidad hurtada de una figura poderosa que suscitaba la turbación que no había existido cuando el cadáver permaneció en la alcoba donde lo descubrieron.

—Beda Covado... —musitó Mol, sin que la imagen se apagara, como si en la plenitud de la carne fluyesen otras instantáneas que fortalecían la vida por encima de la suspicacia de la muerte, en el recuento de otros cadáveres—. Nunca supe a ciencia cierta cómo era esa mujer. Lo único que llegué a pensar, desde el primer momento, es que ella fue el motivo principal de las muertes, quiero decir que Melandro, su marido, no había sido otra cosa que un trágico e irremediable acompañante.

Nora volvía a jugar con la cajetilla de tabaco. Había sacado un pitillo, lo mantenía entre los dedos sin encenderlo.

—Beda conoció a Elicio en Ordial antes de que ella se casara con Tarso. El noviazgo de Tarso y Beda no duró mucho, ella se quedó embarazada antes de casarse. Hubo algo entre ella y Elicio antes del matrimonio, algo tan casual como inesperado.

De Beda reconoce usted que nunca supo a ciencia cierta cómo era. No sé si de Elicio no podría decirse lo mismo, aunque es verdad que yo lo conocí en circunstancias muy especiales y que todo fue especial en nuestro trato. Yo conocí a un hombre tan discreto como voluntarioso, una persona que resolvió aquella situación tan dramática y delicada en que me vi metida, siempre reconfortándome. Y luego volví a encontrar a ese hombre convertido en un anciano depauperado y enfermo, temeroso y amenazado.

—Tiene razón, no podía imaginarlo... —dijo Mol, que apuraba la copa y hacía señas para que le sirvieran otra—. El hecho de que Elicio y Beda se hubieran conocido antes de que ella se casase con Tarso, que hubieran tenido alguna relación, es lo más imprevisible. De Beda siempre se dijo en aquellos días que era una mujer poderosa. También me pareció misteriosa, pero ése es un añadido a su muerte y a su desconocimiento, a lo poco que de ella se podía recabar, más allá de los datos convencionales de alguien de su posición y relaciones. Tampoco la juventud de Beda aclaraba nada. La chica guapa que habría roto muchos corazones y poco más. En ciudades como Armenta, usted lo sabe, hay más recato que leyenda...

Nora encendió el pitillo. La luz del Ámbar decaía en el ventanal y el silencio se había adueñado del interior de la cafetería, como si todos los clientes, menos los fantasmales, se hubiesen ido.

—No sé por qué me lo contó... —dijo Nora—. Sería el miedo, aunque nada tuviese que ver. El temor hizo que Elicio se convirtiese en un hombre más débil. La fragilidad que llenó de lágrimas los ojos, lo que jamás hubiera pensado en él.

—Todavía queda una pregunta... —dijo entonces Mol, sin atreverse a mirar a Nora—. Esa relación, casual, inesperada, anterior al matrimonio de Tarso, no sé si al propio noviazgo, ¿se repitió después...? El suegro y la nuera y, a los pocos meses, si es que Beda se casó embarazada, el hijo, el nieto...

—Jamás Tarso habló de nada parecido... —dijo Nora tajante, a punto de girar de nuevo la cabeza—. Lo único que le escuché, en contadas ocasiones, es que su matrimonio iba mal, que no se entendían. Tarso y su padre tenían una relación muy buena, trabajaban juntos en muchas cosas, la Constructora estaba en el mejor momento.

—Lo que rebulle en la conciencia... —musitó Mol, cuando Nora volvía a mirarle—. Lo digo por la mía, por la ciénaga en que a veces se convierte esta propiedad de nuestro espíritu.

XX

Esquinas

1

La noche tenía las esquinas sueltas.

Era una noche reciente de la que Mol apenas pudo percatarse, pues lo que hizo, después de acompañar un rato a Nora Ferad, fue encaminar las copas con el señuelo de alguna distancia inalcanzable y la razón, apenas considerada, de que no había modo de volver.

Hacía ya mucho tiempo que Mol no bebía tanto y que no justificaba la inclinación de hacerlo. Lo que en parecidas ocasiones lejanas le había llevado a seguir bebiendo siempre tenía algo que ver con el acicate de la conciencia, cuando todo en ella contribuía al desorden de la memoria, como si algunos recuerdos, sobre todo sentimentales, cobraran el espesor de las pérdidas y las culpabilidades.

—Es un proceso de saturación... —decía el Profesor Viñuela con la voz pastosa, cuando también las copas se emparentaban, entre los estornudos y la labia desatada de una conversación sin fin, a la que siempre tenía que poner término, con alguna advertencia cariñosa, Marisa Yalta, dispuesta, además, a evitar que su marido vertiera el anís no en la copa de Mol sino sobre la alfombra—. El subconsciente se carga, el combustible es excesivo. El motor funciona sin que lo hayamos puesto en marcha, sigue encendido a pesar de que ya no vamos a ningún sitio ni hacemos ninguna maniobra. Somos una máquina sin reposo, Samuel, y ni el sueño perdona.

—La máquina la empujan, el motor es lo de menos. Las manos que nos atrapan son las que revuelven el mecanismo.

—Da gusto oírlos... —decía Marisa, que ayudaba a Mol a ponerse el abrigo y comprobaba su peso de plomo, ya que Mol daba aplastado los primeros pasos hacia la puerta—. El mecanismo que no cesa ni se contiene, las válvulas y las bielas, pero en cualquier caso demasiada gasolina.

Las esquinas sueltas.

El frescor primaveral sumergía el aliento de las sombras. Del Margo podía llegar el rumor del remanso, lo que murmuraban las aguas en la quietud y en la calma, ya que la noche no tenía otras resonancias, ningún ruido tampoco.

En el límite de la calle Almohades, donde la plazuela, la cabeza de Mol hizo un esfuerzo por recobrar. Se detuvo un instante, convencido de que a pesar de todo estaba llegando, y en el frescor aspiró lo que las sombras contaminadas por el asfalto exudaban de gasolina o brea.

—Te empujan... —musitó—. Eso no hay quien lo pare.

Hasta el portal de su casa ya no había más esquinas, tampoco la noche las necesitaba para soltarlas o prescindir de ellas, lo que envolvían las sombras, con la paciencia de las escasas farolas, eran las esquilmadas paredes de un almacén cerrado por quiebra y el muro de la fábrica de esparto que debía de llevar tres o cuatro años

abandonada.

Sobre la pared de la fachada más lejana, donde debería torcer para llegar al portal de su casa, alguien estaba apoyado con esa condescendencia con que lo hace quien quiere reposar o contribuir a que la pared no se desmorone.

—El peor momento para que el fantasma de Cadmo me dé la vara... —se dijo Mol.

Tuvo intención de cambiar de acera, llegó a intentarlo, pero el esfuerzo de la cabeza había dado algún resultado, y supo que era inútil: un fantasma como el de Carmelo tenía la perseverancia que ampliaba al límite lo que en la vida se había quedado en un denodado trabajo sometido a las meras obligaciones.

—Estos putos fantasmas... —pensó entonces Mol, escupiendo el regusto del anís que comenzaba a agriar el estómago— tienen excedida la voluntad y el aguante. No hay nada que rascar y, además, como dice el propio Carmelo, en el más allá no hay nadie, están más solos que la una.

2

Cuando el fantasma lo vio y separó la espalda de la fachada, al tiempo que sacaba las manos de los bolsillos del pantalón, hubo un ruido que hizo que la noche se moviese, de modo que las esquinas recobrarán su emplazamiento en ella.

El ruido tuvo en la cabeza de Mol el efecto de una resquebrajadura y el presentimiento de lo que la resaca horadaría al día siguiente, cuando evaluase compungido el exceso de las copas, lo inapropiado de haberlas bebido.

—No hay otra razón para haberlo hecho, para haberlas tomado de manera tan reiterada y contundente, cuando uno ya no tiene ni edad ni arrestos, que la avería. El volante no responde, el acelerador tampoco. Los frenos son la moral del mecanismo pero no surten efecto cuando vas embalado...

—Te comprendo pero no te entiendo del todo... —dijo el fantasma, cuando llegó a su lado—. Me parece que no vienes por la dirección correcta o que acabas de saltarte un semáforo.

—No me tomes el pelo, Carmelo. Soy un hombre abatido que no se orienta en la noche. Llevo horas perdido.

—No me confundas, no soy Carmelo, soy Lodaes, y puede que lleve las mismas horas y parecidas copas.

Mol se detuvo.

Aníbal Lodaes daba dos pasos imprecisos. Cuando volvieron a juntarse ambos sintieron que tropezaban.

—¿Querías algo...? —inquirió entonces Mol, a cuya nariz llegaron los efluvios

del coñac que el aliento de Aníbal despedía.

—Tengo la idea de que fuiste tú el que me llamaste.

—Ese pobre fantasma, ese penoso espíritu... —masculló Mol, poniendo la mano derecha en el hombro de Aníbal—. Lo que rumia en el más allá con igual incertidumbre y pesar, más solo que la una el pobre hombre...

Aníbal Lodares tenía los ojos húmedos.

—Pero ¿te has fijado en mí...? —requirió—. ¿Te das cuenta de esta abolladura...? —indicó, llevando el dedo índice de la mano derecha a la ceja.

—Me preocupa Carmelo. La vida eterna no puede ser tan esquiva con un ser humano de su categoría.

—Han tenido que darme un punto, Samuel... —dijo Aníbal—. En la Casa de Socorro del Paseo Cortezo, a trece números de lo que fue mi domicilio conyugal.

—Déjame ver... —solicitó Mol, al pie de una farola y Lodares alzó la cabeza bajo la luz—. Está bien dado el punto... —dijo Mol tras la comprobación— no se te notará nada. Las cicatrices en las cejas son las más livianas.

—No es una herida profesional... —advirtió Lodares, más indignado que compungido—. Un hijo le levanta la mano a un padre, mientras la esposa lo incita o le ríe la gracia, y el universo ya no puede ser el mismo. Si, además, puede hablarse de alevosía y reincidencia es que a lo mejor ni siquiera Dios existe...

—A Dios no lo mezclas con las rencillas familiares, Aníbal. A Dios vamos a dejarlo para cargos de mayor importancia. No toquemos a Dios, hostias...

—Vale, vale, no te pongas así. Debajo de la ceja está el ojo, y hay muchas razones, y las sabes de sobra, para que un tuerto no sea a veces otra cosa que el producto de su mala estrella.

Mol se iba y Lodares fue tras él.

—Entonces ¿qué es lo que querías...?

—Que no blasfemes.

—¿Para eso me llamabas...?

—No me acuerdo.

—Dijiste que tenías que hacer una comprobación.

—Ahora caigo. Quería preguntarte algo sobre las libretas de Carmelo, las que nos devolvió su mujer, me parece que las guardaste tú.

Aníbal Lodares intentaba cerrar el ojo de la ceja herida, mientras el otro le temblaba con la misma aprensión.

—¿Las libretas de Carmelo...? Las tengo guardadas en un cajón de la mesa. Puede que se hayan apolillado. ¿Qué es lo que te interesa...?

—Las notas del fantasma... —dijo Mol, conteniendo una sonrisa que el anís dulcificaba en la comisura de los labios pegajosos.

—Ni él mismo las entendía. La letra de Carmelo eran cuatro garabatos.

—Llevó al chico al internado después del entierro. Me refiero al pobre

desdichado, a Galo Cedal.

—Y habló con el Director del Carrasco y con algunos profesores y vigilantes y con los compañeros. El informe lo repasaste con él. Los detalles, las minucias, todo lo que al desdichado concernía, también la declaración del médico del Colegio.

—Y algo de lo que el chico soñó aquella noche, cuando dormía mientras mataban a su madre y a su padrastro.

—De eso no me acuerdo.

—Una o dos frases en alguna de las libretas del fantasma.

Aníbal Lodaes bajó la mano de la frente a la barbilla.

—¿Es que Carmelo te visita, o sólo como esta noche, cuando tenemos dos copas de más...?

—Es que no todos los fantasmas tienen una vida ficticia... —aseguró Mol, sin que la sonrisa se despegara.

3

Cuando llegaron al portal de la casa de Samuel Mol, y éste se dispuso a buscar la llave en los bolsillos para abrir, Aníbal Lodaes se dio cuenta de que, en tantos años de trabajo compartido, jamás había subido a la casa del Comisario, aunque en más de una ocasión, en el coche o dando un paseo desde la Comisaría de la Reserva, le había acompañado, casi siempre embebidos en el comentario de algún caso que se traían entre manos.

—No te voy a invitar a seguir bebiendo... —dijo Mol— porque ni a ti ni a mí nos conviene, pero puedes subir un rato. Igual tienes curiosidad por conocer la guarida de un animal solitario.

—Ninguna curiosidad. Los bichos abandonados, o dejados de la mano de Dios, como es mi caso, no estamos interesados en husmear las guaridas ajenas. ¿Te imaginas lo que puedes encontrar en la habitación que tengo alquilada en el Hostal Corsario...?

—Me lo imagino... —dijo Mol, y Aníbal se sintió contrariado.

—Me lamo las heridas... —reconoció— aunque la brecha que me han hecho hoy no cuenta para ello, pero en la habitación del hostel las escasas pertenencias son honrosas, no me vayas a tomar el número cambiado.

—Tienes a tu favor que te hacen la cama todos los días. Lo que me imagino es la luna del armario, ninguna otra cosa, no seas suspicaz. Un bicho abandonado o dejado de la mano de Dios tiene en la luna del armario la contemplación de su ventura.

—¿Haces lo mismo, también te miras en la luna de tu armario, cuando ya no te queda otro sitio al que mirar...?

—Contemplo mi fracaso... —reconoció Mol—. La soledad me ayudó mucho a

reconciliarme con él. Me miro y procuro ser compasivo con la imagen que me delata. Pero la procesión va por dentro...

Aníbal Lodaes se dio la vuelta, parecía decidido a irse sin tan siquiera dar las buenas noches.

—Ahora me acuerdo... —dijo—. Una frase de Carmelo en la libreta, anotada cuando llevó al chico al internado después del entierro. Pobre desgraciado ¿es que no había un puto familiar que pudiera haberlo acompañado...?

—¿Qué decía...?

—Una gota de sangre. No sé muy bien a cuento de qué lo anotaba, tal vez el sueño que tú dices. De todas formas, mejor que las libretas y las precarias e indescifrables anotaciones, con mala letra y peor ortografía, puede ser lo que te cuenta el fantasma. Se lo preguntas.

—No seas gracioso, Aníbal. El hecho de que no todos tengan una vida ficticia no quiere decir que alguno la tenga verdadera. Los fantasmas ya no saben nada. Pueden hacer alguna advertencia o quejarse como tú. Se conduelen de vagar. Carmelo ni siquiera se cambió de chaqueta, lleva la misma.

—Una gota, es cierto. El sueño de Galo la noche de autos, la gota. Luego, en alguna otra hoja, una herida. No sé si es la herida del mismo sueño. Una herida seca. En fin, lo que Carmelo escribe es lo que le sirve para el informe, algo que dijo Galo cuando estuvo con él, cuando volvieron juntos a Ordial. Pero luego en el informe me parece que no había nada de eso. No le daría importancia.

Mol tenía la llave en la mano.

—Nada, en el informe no había ninguna referencia a un sueño de Galo la noche de autos.

—El chico le impresionó mucho a Carmelo, quiero decir que le dio más pena que a nadie, como si le recordara a uno de sus hijos, al que llevaba las mismas gafas que él, aquel pobre chavalillo que estaba con la madre cuando enterramos a Carmelo.

—¿Entonces subes o te vas...? —quiso saber Mol.

—Dices que no invitas a una copa, y yo no tengo ni el mínimo interés en ver la guarida de un animal solitario.

—De todas formas, búscame las libretas de Carmelo.

—Están en alguno de los cajones de mi mesa, estoy seguro. Desde que la mujer nos las devolvió.

—También puedes quedarte a dormir, si quieres, aunque no haya una cama hecha.

—Voy a que en el Paseo Cortezo me hagan otra cura. La ceja empieza a dolerme más de la cuenta. No te dije la verdad, la agresión no fue con el puño, fue con la cabeza.

XXI

La corriente

1

Los tres días siguientes Samuel Mol no salió de casa.

La resaca fue más suave de lo previsible pero contribuyó a que el pesar se afianzara en un cansancio que derrumbaba con igual contundencia el cuerpo y el alma.

La intención de llamar a Leva guiaba los pasos por el pasillo, desde la habitación al salón, en el intermedio demorado de ir y volver, que fue lo que estuvo haciendo con la indecisión de un reincidente medroso. Llegó a tener el teléfono en la mano, a marcar los primeros números, y volvió a colgarlo, desanimado.

La imagen de Leva acudió a uno de los sueños de esos días.

Era una presencia secundaria en la acción que lo llevaba por un paraje tormentoso. Podía estar persiguiendo a alguien o era posible que alguien le siguiese o que se hubiera perdido en ese paraje donde ni la lluvia ni los truenos le alcanzaban, aunque tronaba y llovía a su alrededor.

Entonces se refugiaba en una cabaña. Había mucha gente. Se sentaba en el suelo. La lluvia resonaba en el tejado, los truenos estallaban con su luz blanca en las ventanas.

Y entre la gente, como diluida en el murmullo de los que hablaban como si comentasen algo importante, estaba Leva, empapada y sucia.

También soñó con Marisa Yalta.

Iba a visitarla, como tantas veces hubiera hecho cuando ya estaba muy enferma, y aguardaba a su lado la llegada de Eliseo Viñuela, que regresaba de sus clases en el Instituto.

En el sueño no parecía el mismo piso que habitaba el matrimonio, y donde tanto tiempo había pasado con ellos. El piso mostraba un notable abandono, aunque los muebles pudieran ser los mismos o estuviesen cambiados de lugar.

La puerta estaba abierta, y cuando entró hubo una fuerte corriente, como si todas las ventanas también estuviesen abiertas, y se escuchó el golpe de las mismas y el ruido de algunos objetos que cayeran al suelo.

Marisa Yalta estaba sentada en la mecedora, en el salón. Tenía puesto el camisón y una toquilla sobre los hombros.

La corriente movió la mecedora y el cuerpo de Marisa, que con la enfermedad había alcanzado una levedad extrema, estuvo a punto de ser llevado en volandas.

Cerró la puerta con mucho esfuerzo. Los ojos de Marisa Yalta tenían una lágrima enquistada. Puso la mano en sus hombros, en un vano intento de protegerla o animarla.

Los huesos eran ramas secas bajo la toquilla.

Le acarició la cabeza rapada y sintió el frío y el estremecimiento con que a veces se encogía aterido y temeroso entre las sábanas.

Marisa estaba muerta. Eliseo era un viudo silencioso y enojado.

—A Dios ya no se le nombra en esta casa... —decía, cuando en el sueño Mol reclamaba su misericordia.

La mañana del tercer día, cuando ya había decidido ducharse y asearse y se había resignado a no llamar a Leva, sonó el teléfono. El que llamaba era Aníbal Lodares.

—¿El fantasma sigue sin decir ni pío...? —inquirió jocoso.

—Hace tiempo que no lo veo. Es probable que, por fin, se resigne a su condición de tal y no vuelva.

—Revisé las libretas, no sé dónde aprendió a escribir Carmelo, son palotes o garabatos. El chico sangra, no dice que la gota sea del sueño. Le dolía una herida, esa noche del crimen especialmente. Carmelo me hizo algún comentario por encima, estoy seguro de ello, pero ya sabes que las libretas tampoco las usaba mucho, supongo que al cabo de cuatro días ni él mismo entendería lo que escribió. No se aclaraba. Hay una palabra suelta en una hoja, se lee con dificultad pero juraría que la palabra es autolesiones.

2

Las noches de Azumbre se convirtieron en una cita en la que Mol mezclaba la vieja costumbre de la vigilancia y el extravío que las gobernaba con el desánimo y el pesar.

No era exactamente la decisión de acudir a la espera de aquel hombre que regresaba con la atadura de un pasado que Mol debiera esclarecer, se trataba de la misma inclinación en que la deriva, desde que descubrió a Elicio Cedal en la Enfermería del Asilo, guiaba sus pasos sin que la voluntad funcionara como el resorte de la conducta, más determinado por lo que pudieran ser algunos actos encadenados en la conciencia.

Paseó las aceras de Azumbre. Aguardó en el quicio de los portales aledaños al número diecisiete. Fue de un lado a otro sin más convicción que la del vigía que olvida la orden y aguanta su cumplimiento con la indolencia de quien no imagina otro cometido.

Nadie llegaba, nadie salía.

Los días de Mol se fueron empastando como si en ellos nada marcara su decurso, embadurnados entre el cansancio, la vigilia y el sueño, y un largo pensamiento que no contrastaba demasiadas ideas, apenas la sensación de que en la coyuntura de estar vivo cualquier animal ajusta la conformidad y hasta se hace posible, un día tras otro, cierta placidez casi ajena a lo que no sean las más perentorias necesidades.

—Nada de nada... —se dijo Samuel Mol al despertar, algunas jornadas después

de la rutina de las primeras noches, cuando Azumbre ya se había convertido en un escenario sin tiempo, como si el pasado de lo que vigilaba ya sólo fuese el presente de sus merodeos, el curso sin sustancia de lo que su propia vida se apropiaba, igual que el curso de las aguas del Margo, donde lo mismo significaba la corriente que la inmovilidad del remanso.

En algún momento, con el propio pesar diluido, sin que la fatiga lo removiera, estuvo a punto de renunciar, como si la voluntad encontrase su propia facultad y la orientación decisiva, pero resultaba un esfuerzo que la conciencia no permitía y, además, las noches estaban más vacías que nunca, no flotaba ningún fantasma, apenas en una de ellas, cuando hacia al amanecer volvió a casa, al cruzar el Puente del Margo asomó al pretil y creyó distinguir, en las aguas apacibles, el bulto de un cuerpo que se iba entre el sigilo y la ocultación, un hombre o un animal, un cadáver en cualquier caso, arrojado al río con igual impiedad.

Mol contempló en las aguas primaverales del Margo lo que el espejo del amanecer detallaba como un secreto urbano, el mismo misterio que atesoraban las lunas de los armarios, que tanto le atraían e inquietaban, como dueñas de las intimidades inconfesables.

El espejo de las aguas. El cristal que te roba una mirada imprecisa. Lo que la luna perfila en el brillo helado del vidrio. Las sombras que se mueven detrás, como si el reflejo mismo las creara.

—La nada me consuela... —musitó, cuando ya estaba cerca de casa y el largo pensamiento embadurnado comenzaba a borrar la mente, mientras en las articulaciones se movían las hormigas que componían un rebaño disperso.

En aquellos días no fue a la Iglesia, ni confesó. Tampoco acudió a hacer una visita al Padre Arintero ni se acercó a casa de Eliseo Viñuela. La tentación de llamar a su hija ya había desaparecido. Ella apenas flotaba, de cuando en cuando, en sus sueños, siempre como un personaje secundario.

Aníbal Lodaes le llamó en dos ocasiones, y Mol se mostró tan inexpresivo como desinteresado, de modo que Aníbal tuvo que percatarse de la impropiedad de sus llamadas.

—Entonces se fue el fantasma... —era ya la única broma que le quedaba, como una desgastada corroboración que no tenía ninguna gracia.

—Se fue... —confirmaba Mol, lacónico.

La noche retardó el amanecer cuando el cuarzo de la luna primaveral quedó enquistado en el firmamento, igual que si fuese el resultado de un vidrio roto en el armario. Un trozo de cristal, una materia luminosa que esparce la fosforescencia helada en las aguas del río.

El hombre salió del portal del diecisiete.

Lo hizo con cierta brusquedad y sin ningún gesto de advertencia, no con la actitud de quien comprueba que nadie puede verle sino con la decisión de quien tiene prisa.

Samuel Mol estaba en el portal de enfrente, resguardado en el quicio, ligeramente adormilado.

La rapidez de la salida no le permitió distinguir con exactitud el rostro pero sí obtener la sensación suficiente del reconocimiento que unificaba las precipitadas observaciones y encuentros, desde la primera noche en el pasadizo de la casa de Cindia Olmo hasta la coincidencia en el departamento del tren cuando volvió de Ordial después de estar con Leva.

Era sin duda el hombre joven de rostro afilado y matizado bigotillo, al que también había seguido hasta la casa de Cindia el vecino del segundo y que en el tren llevaba la refulgente cartera que robó Alejandro Nieva y que se deshizo de ella, cuando Mol fue tras él desde la Estación en el regreso de Ordial, probablemente tirándola al río desde el Puente.

El hombre caminó presuroso por la calle Azumbre y tomó en seguida la Avenida Concejo. Llevaba apretado contra el pecho el brazo izquierdo, ayudado con la mano derecha que sujetaba el codo.

En el cálculo del seguimiento no le fue difícil a Mol aguardarle en una esquina, caminando con celeridad, sabiendo que en la previsión de su rastro podía dar la vuelta y pasar a su lado.

La dirección del hombre, que Mol preveía, era la que iba a llevarle a Odesa, según el presumible hábito de otras noches, y en el camino a ese Barrio existían varias opciones y la más directa era la de abandonar a la derecha la Avenida Concejo y tomar en seguida la orientación contraria a la ribera del Margo.

Cruzó ante él y Mol certificó que se trataba de ese hombre. La mirada afiebrada, el pelo revuelto, el remarcado bigotillo y un rostro afilado en el que la edad probablemente no se correspondía con el aspecto, aunque en la veloz observación lo que el rostro mostraba era algo parecido a un dolor comprimido, el propio esfuerzo de sujetar el brazo derecho desencajaba el gesto y lo desfiguraba.

Los pasos incrementaban la velocidad y en el salto de las calles, al cruzarlas, detenerse un instante e inmediatamente ponerse en marcha con mayor decisión, Mol se fue percatando de que el hombre no iba hacia Odesa. Por un momento llegó a pensar que intentaba una ruta contradictoria, como si se hubiese percatado del seguimiento o, al contrario de lo que había hecho al salir de la casa de Azumbre,

empezara a tomar algunas precauciones, lo que Mol no tardó en descartar, ya que no mucho después redujo la velocidad de los pasos y se detuvo bajo una farola.

Iba hacia el río, no cabía duda. Había dejado caer el brazo izquierdo en el costado y, bajo la farola, había encendido un cigarrillo, que fumaba con ansiedad.

Llegó a la altura del Puente y, antes de decidirse a bajar por las escalinatas que no lejos de la pilastra conducían a la orilla, encendió otro cigarrillo, y lo fumó con el brazo izquierdo apoyado en el pretil, extendido como si buscara para él la postura que pudiera aliviar lo que parecía un intenso dolor.

Mol asomó a la altura de la escalinata.

El hombre la había bajado y estaba sentado en el último peldaño, cerca del agua que en el remanso esclarecía el brillo lunar como una lumbre helada que ardiese igual de quieta.

—No hace falta que se esconda... —escuchó Samuel Mol, y la voz del hombre tenía una resonancia muy clara, aunque estuviese de espaldas.

—Ya no lo intento... —reconoció Mol, decidido a bajar por la escalinata hasta llegar a él.

El hombre volvió la cabeza.

Era el pelo revuelto lo que rescataba, con el brillo afiebrado de los ojos, una juventud que el tiempo había desperdiciado entre los trastornos y las alteraciones, como si la edad se contrajera en la corriente de un río interior donde nunca pudo remansarse.

—Tengo que aliviar una herida... —dijo el hombre, que hizo un enorme esfuerzo para quitarse la chaqueta y recoger la manga suelta de la camisa en el brazo izquierdo.

Mol lo vio incorporarse, acercarse a la orilla, arrodillarse al pie del agua, y tender el brazo ensangrentado, para con la mano derecha comenzar a lavarlo.

—¿No sería mejor que lo curasen en algún sitio...?

—No tiene mayor importancia, no se preocupe, no voy a desangrarme.

Era un brazo blanco. La sangre manchaba la piel, tiznaba el agua.

El espejo roto y sucio tenía en la imaginación de Mol lo que el filo rasgaba en el sueño de algunas noches profesionales, una hendidura, una herida que también podía haber producido un alambre herrumbroso.

—Es lo que me aplaca... —musitó el hombre, que acariciaba la herida con la yema de los dedos—. La compulsión me oprime y la cuchilla es el desahogo, ya ve qué penalidad...

El hombre se incorporó y dio unos pasos por la orilla. Había vuelto a bajarse la manga de la camisa y a ponerse la chaqueta con menos esfuerzo. Encendió un cigarrillo.

Mol vio su figura ante el agua.

La reincidencia del espejo con el vidrio roto dotó de lejanía a esa figura que se alzaba como una sombra espigada. El hombre había dejado suelta la manga izquierda de la chaqueta, que caía inerte, como un apósito hueco del brazo herido.

—Le conozco... —dijo el hombre, sin volver el rostro—. No olvidé su cara en tantos años. Lo he visto en más de una ocasión, y alguno de estos últimos días lo seguí sin que se enterara. Ya ve, mientras usted intentaba encontrarme yo iba detrás...

—Yo tenía menos razones para reconocerte, pero también sé quién eres. Los años te han cambiado, como es lógico. Tenías dieciséis, y catorce después ya habrás cumplido treinta.

—El veinticuatro del mes pasado. Usted ya no es Comisario...

—Me jubilé.

—Pero todavía le remuerde la conciencia cuando piensa en los asuntos en que anduvo metido, estoy seguro. Tiene pinta de andar sin rumbo o de aburrirse, a lo mejor me equivoco...

—No, no te equivocas del todo, aunque el remordimiento es más variado de lo que puedas pensar. Pero estoy jubilado, el profesional dejó de existir. Ahora hablas con otra persona. Tampoco tú eres ya aquel chico asustado que sufrió lo que por edad no le correspondía.

—No lo crea. Pudo pasármeme el susto, como usted dice, pero la edad es más complicada. Lo que aparento no lo he crecido. Soy el mismo que estaba interno.

El silencio remarcó un chapoteo en el río. La luna vibró en el remanso.

La noche alimentaba esa resonancia que congelaba el silencio y desnudaba las palabras, como si en la conversación se expresara la nitidez de unas voces que aunaban su naturalidad y sigilo.

—A veces sueño que hablo con alguien y que cuento lo que jamás confesaría. He podido hablar con usted soñando, sin pensar que estuviera jubilado, como si siguiera siendo el Comisario. No se trata de un interrogatorio, no respondo a las preguntas, simplemente lo cuento...

—Yo reconozco que nunca pensé en ti. No eras una pieza que encajara en ningún sitio. Un pobre chico que aquella espantosa noche dormía en la correspondiente camarilla del dormitorio del Bachiller Carrasco. Galo Cedal Covado. Supongo que aquella noche, como cualquier otra, pasaron lista cuando fuisteis a acostaros...

—La pasaron y fui en la fila hasta la cama. Me acosté como siempre. Apagaron la luz. El sueño de los internos era ruidoso, yo siempre dormía mal...

El hombre volvió a sentarse a la orilla. Acarició la manga vacía. Samuel Mol se había acercado a él.

—Si ya no ejerce de Comisario, habrá perdido la curiosidad profesional. Con el remordimiento puede tener bastante, o con el aburrimiento, como me sucede a mí. La desgracia es que no me curo, estoy tomando las mismas pastillas y no levanto cabeza. Ahora a las clínicas sólo voy a que me echen un remiendo, a limpiar el organismo, cuando estoy intoxicado porque se me fue la mano.

—¿Dónde has vivido...?

—Lejos de Ordial, lejos de Armenta. Madrid, Barcelona. Lejos y solo. La peor compañía.

—¿Nunca volviste a ver a tu abuelo...?

—Llámele por el nombre, si quiere hablar de él... —dijo Galo con la voz inesperadamente endurecida—. Lo que a la familia compete no tiene otra referencia que los nombres. Ni madre ni padre ni nada que se le parezca...

—Te lo preguntaba porque Elicio murió hace unos días en el Asilo. ¿Cuánto tiempo llevas en Armenta...?

—El mismo en que usted me vio. A lo mejor me hubiese reconocido más fácilmente si, cuando aquel ratero me robó la cartera, no le hubiese dado los papeles que en ella había al Revisor sin antes echarles una ojeada...

—Eran documentos pero, es verdad, no me fijé.

—Del Registro y de la Notaría, títulos de propiedad, contratos de compraventa. Tenía que hacer algunas gestiones en Ordial y en Armenta, no iba a quedarme mucho. Pero en la cartera, entre los documentos, también había recortes de prensa. Lo que salió en los periódicos aquellos días. El pobre chico los guardó, quería saber lo que pasaba. Estaba asustado por muchas razones, ya puede usted imaginarlo.

—La otra noche la tiraste al río.

—Vacía, bueno, sin los documentos, sólo con los recortes. Usted ya tenía la mosca detrás de la oreja, ya me reconocía o sospechaba quién era. La tiré para que me viese. Algunas veces sueño que soy yo el que se tira, desde el Puente del Nega o desde este del Margo. Y no siempre me ahogo, ni siquiera siento el agua. Me siento tranquilo cuando me lleva la corriente...

5

Galo caminó por la orilla. Se fue alejando, cerca del agua, mientras Mol permanecía quieto.

En la viveza del pensamiento de Mol se ajustaban algunas ideas contradictorias, deudas, descuidos, lo que queda sin rastrear al pie de lo inmediato o lo que, en tan contadas ocasiones y, a veces, cuando ya era prácticamente irremediable, sobrevenía como una ocurrencia no tenida en cuenta, ni siquiera desechada, aquello que nadie calibraría como una negligencia o una omisión.

—La vida misma... —podría muy bien decir Eliseo Viñuela, cuando en el ajuste de la conciencia se repasaban actos que el sentido común justificaba sin que la voluntad hubiese advertido, un modo de portarse o comportarse que hubiese tenido su razón y su lógica—. Nunca podemos tener todas las cartas en las manos y hay ocasiones en que teniéndolas no las vemos o no se nos ocurre mirarlas.

Galo le hacía señas. Había vuelto a encender otro cigarrillo. Fumaba con la misma ansiedad de quien mete precipitado la cuchara en el plato porque está muerto de hambre.

—Venga, Comisario, que le voy a mostrar algo.

La figura de Galo podía confundirse entre las sebes y las espadañas, y en la memoria de Mol el adolescente también se confundía con el trajecillo que parecía recién estrenado, la corbata negra de nudo comprimido y unos ojos que alimentaban la ausencia, como si todo lo que pudiera mirar o pensar lo alejara de la realidad y el mundo.

—El estupor es el indicio del daño... —podría haber dicho el Juez Moreda, cuando entre los comentarios de aquellos días se hizo alguna referencia al muchacho—. Luego los trastornos se cobran las desdichas. De algunos traumas donde más se aprende es en la Fiscalía de Menores...

Había dado unos pasos entre las espadañas y había alcanzado una piedra que se alzaba sobre el agua. Mol llegó a sus espaldas.

—Fíjese lo lejos que llega, casi a la mitad del río... —dijo Galo, haciendo un esfuerzo y lanzando algo con la mano derecha.

El leve chapoteo indicó el objeto que caía en el agua, sin haber llegado a la mitad que indicaba Galo.

—Voy a tirar otra. Fue más lejos, hacia la mitad... —volvió a señalar Galo.

Debió de ser una piedra más grande que la anterior. Basculó para incrementar el esfuerzo y el lanzamiento, inmovilizando el brazo herido. El chapoteo resonó más lejano.

—Casi podía ser la medida exacta, ¿qué le parece...?

Samuel Mol hizo un gesto de preocupación y extrañeza, mientras Galo volvía a su lado haciendo equilibrios para bajar de la piedra a la que se había subido y apartar las espadañas.

—El arma homicida... —musitó—. ¿No se la llama de ese modo...?

Mol asintió.

Lo que el pesar infundía en el desánimo producía la suficiente inquietud para que en ese instante sus nervios hormiguearan por el cuerpo aterido, igual que si un ejército de insectos se desplegara sobre una superficie de mármol.

—Hice lo mismo con los guantes que había usado. Los llené de piedras y los tiré lejos. También las llaves del piso. Tenía unas llaves, ni ella ni él lo sabían.

Hablaba con la misma naturalidad y sigilo, la mirada fija en la corriente, tan tranquilo como si las aguas se lo llevaran en la serenidad del sueño, cuando como decía que acababa de tirarse desde el Puente.

—Lo primero que hice fue venir aquí. El coche lo tenía aparcado cerca. Me desnudé, me lavé de arriba abajo. Hacía un frío de mil demonios. Lo que más echaba en falta era la cama y, al final, el único contratiempo, que el coche tardó en arrancar, como si funcionara mal la puesta en marcha, ya me había pasado lo mismo cuando lo cogí en Ordial. Elicio nunca cuidó los automóviles...

6

Mol dio la vuelta para retomar los pasos por la orilla y Galo en seguida fue tras él, hablando a sus espaldas.

—Salí del Carrasco a la una y media. El sueño de los internos era el mismo que el del Vigilante, quitando algún caso en que alguien se pusiera malo en plena noche, cosa improbable, nadie rechistaba. Podía fiarme. A las cinco y media, cerca de las seis menos cuarto estaba de vuelta. Salir y entrar del Carrasco no ofrecía dificultad. Había una puerta en el patio que era fácil dejar abierta. El coche de Elicio estaba aparcado en la esquina de Somares, al lado de su casa, también me había hecho con un juego de llaves y no era la primera vez que me daba un garbeo. En cuatro horas fui a Ordial, hice lo que usted sabe, y volví. No era un conductor experto, Dios me libre, pero siempre me gustaron los coches.

La voz tenía la reincidencia de la complicidad y el sigilo y también semejaba una voz complaciente en el relato de lo que no parecía una confesión, sino la mera revelación de los datos que contenían la verdad de unos hechos terminantes.

—Yo no iba a hacer ningún esfuerzo para que nadie se enterara... —dijo Galo, sin que Mol se extrañase del razonamiento con que administraba la rememoración de los actos, ni tampoco lo que de ellos pudiera fluir en la sorpresa de escucharlos, como si todo obtuviera la lógica de una verdad tan natural como la voz que la narraba y tan comprensible en su relación y sentido—. No era mi intención disimular nada, ni me hubiese importado que lo descubriesen. Cuando llegué al dormitorio, antes de acostarme, fui al retrete. Luego lo único que hice fue tumbarme vestido. Dormité un poco hasta que sonó la campanilla. En el Carrasco nos levantaban a las siete y media. Ese día, hasta que me llamaron para darme la noticia, cuando el Director me llevó a su despacho, no hice nada raro. Tampoco cuando me lo dijeron. Lo que más me costó fue llorar...

El pensamiento de Mol quedó vacío un instante.

Había una raya en la fosforescencia del agua. Algo afilado y vertiginoso rasgaba

el destello de la luna en el remanso.

El frío de aquella noche regresaba en la brisa que infundía la humedad, y cuando se detuvo y volvió la mirada hacia Galo, que se había quedado silencioso y quieto a sus espaldas, lo imaginó desnudo, tiritando entre las espadañas, con la carne blanquecina del adolescente delgado y enfermizo.

—Había un motivo... —dijo Mol, y el esfuerzo de las palabras no se correspondía con la espontaneidad de los hechos en la voz de Galo, que acababa de tirar la colilla del cigarrillo y al sacar la cajetilla comprobaba que estaba vacía.

—¿Una explicación quiere usted decir...? —le escuchó, como si también hiciera un esfuerzo por acomodarse a la curiosidad de Mol.

—Algo para poder comprenderlo... —musitó Samuel Mol, desconcertado, sin que el vacío de su pensamiento recuperase todavía una mínima función que no deslumbrara el reflejo vertiginoso de la hendidura lunar.

—La rabia... —dijo entonces Galo, logrando que la palabra sonara como una piedra que cae de la boca.

Mol sintió un temblor en las manos.

A veces, en los lejanos cometidos profesionales, cuando la inminencia del peligro no tenía la previsión debida, o la inmediatez de una certidumbre fluía en la sobrecarga de ansiedad, el temblor era como la advertencia de lo que la acción reclamaba, el aviso de un momento crucial.

—No es un dolor insoportable... —aseguró Galo— es mucho peor. Lo que duele se aguanta o se contiene, puedes gritar o desesperarte. Lo que llevas dentro se acumula y estalla. Parece el resultado de una tensión envenenada, compulsiva. Usted conoce mejor el horror...

—Conozco el mal... —dijo Mol aturdido y resignado—. La desgracia, el miedo, también la maldad y la desventura. Lo peor de lo que somos, la penalidad y el desvarío. Lo suficiente para mantener la mínima confianza en los demás y en mí mismo.

—Pues no busque más explicaciones de las que ya encontró, no le dé más vueltas. Tampoco piense que en lo que yo acarreo no hay sufrimiento. Ya vio mi brazo. Las heridas me alivian, las pastillas me sirven de poco.

La manga vacía de la chaqueta de Galo era como un gusano muerto. En el puño de la camisa se esparcía la mancha pegajosa de la sangre que seguía manando en el brazo apretado al pecho.

—Fue tu abuelo el que lo supo... —dijo Mol, como si el viejo Comisario no pudiera soslayar la pregunta, cuando Galo parecía decidido a irse.

—No cite parentescos ni afectos que los avalen, ya se lo advertí. Yo no tuve familia. Lo supo, pudo adivinarlo con facilidad, si tanto le interesa al policía. El coche quedó de nuevo aparcado en la esquina de Somares, y en el cuentakilómetros

era fácil comprobar la distancia exacta del que va y viene de Ordial a Armenia. Elicio sabía que yo había cogido alguna que otra vez el coche. La sospecha tenía la contrapartida del aborrecimiento. La rabia también se alimenta de él.

—Fuiste el otro día al Asilo. ¿Estuviste en la Enfermería...?

Galo intentó una sonrisa y, al apretar el brazo izquierdo, hizo una mueca de dolor.

—Deje al antiguo policía y confórmese con los remordimientos. No han sido muchas las ocasiones en que merodeé por Ordial y Armenta, el viejo seguía dándome asco, es verdad. Decrépito, hundido en la miseria, con la conciencia sucia. Pude ayudarle a morir, si es a eso a lo que se refiere. Tenía los pulmones del silicótico, no sé si sabe que en la juventud, antes de los buenos negocios de la construcción, había sido minero.

Galo caminaba hacia la escalerilla que subía al Puente y Mol no iba a seguirle.

—Beda Covado lo conoció poco antes de casarse con Tarso Cedal. Eres el hijo de los tres. ¿Es eso lo que eres, es eso lo que descubriste, es la razón del crimen...?

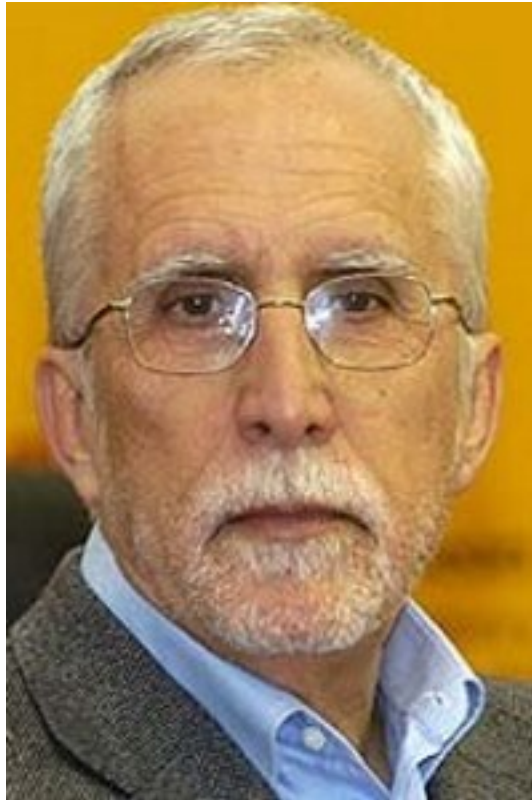
No se detuvo, lo único que hizo, poco antes de tomar la escalerilla, fue coger una piedra y lanzarla al río con la fuerza suficiente para que cayera en la mitad del agua.

—La familia es un asunto nocturno y confuso... —musitó Mol, recordando una frase que citaba con frecuencia su amigo Eliseo Viñuela.

Galo asomó poco después en el pretil del Puente.

Su voz resonó en la noche como un grito irónico y suplicatorio:

—Tenga también piedad de mí, Comisario. Apenas soy uno más entre la culpa de tantos...



LUIS MATEO DÍEZ (Villablino, León, 1942). Es licenciado en Derecho y ha desarrollado su vida profesional durante más de treinta años en el Ayuntamiento de Madrid. La publicación en 1973 de *Memorial de Hierbas* marca el inicio de una fecunda producción narrativa de la que cabe citar novelas como *La fuente de la edad* (1986), premio de la Crítica y Nacional de Narrativa, *El expediente del náufrago* (1992), *Camino de perdición* (1995), *Fantasmas de invierno* (2004) y *La piedra en el corazón* (2006). Con *La ruina del cielo* fue distinguido de nuevo en el año 2000 con el premio de la Crítica y el Nacional de Narrativa.

En el libro *El reino de Celama* (2003) reúne sus tres novelas ambientadas en ese territorio imaginario, y en *El árbol de los cuentos* (2006) recoge todos los textos publicados hasta el momento de un género que ha cultivado con asiduidad.

Desde hace unos años mantiene una dedicación especial a la novela corta, con títulos que se cuentan entre los más inolvidables: *El diablo meridiano*, *El eco de las bodas*, *El fulgor de la pobreza* y *Los frutos de la niebla*. En el año 2000 fue elegido miembro de la Real Academia Española y le fue concedido el premio Castilla y León de las Letras.